

LUIS BELLO

VIAJE

POR LAS
ESCUELAS DE ESPAÑA



MÁS ANDALUZA



RENACIMIENTO



DGCL

16A

S

EB. 1161411

f. 64503



Viaje por las Escuelas
de España.

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

ENSAYOS E IMAGINACIONES SOBRE MADRID

Madrid, 1919.—Editorial "Saturnino Calleja", S. A.

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA. I

El cerco de Madrid. La Sierra. Por Castilla y León. Asturias. El prejuicio contra el maestro.—Madrid, 1926. "Magisterio Español".

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA. II

Por Andalucía: Cádiz, Málaga. Primer viaje a Granada. Las dos Castillas. Toledo. Soria.—Madrid, 1927. "Magisterio Español".

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA. III

Por Extremadura: Cáceres y Badajoz. Por Andalucía: Huelva.

MAS ANDALUCIA. IV

Las Siete Huelvas. Sevilla: Viaje preliminar. Jaén: Viaje a Santiago de la Espada.—Madrid, 1929. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.

PROXIMO A PUBLICARSE

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA. V

Galicia.

LUIS BELLO

Viaje por las Escuelas de España.



MAS ANDALUCIA:

Las Siete Huelvas ★ Sevilla: Viaje preliminar.

Viaje de instrucción a Tánger.

Jaén: Viaje a Santiago
de la Espada.

MADRID, 1929

COMPañIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.
LIBRERIA FERNANDO FE

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

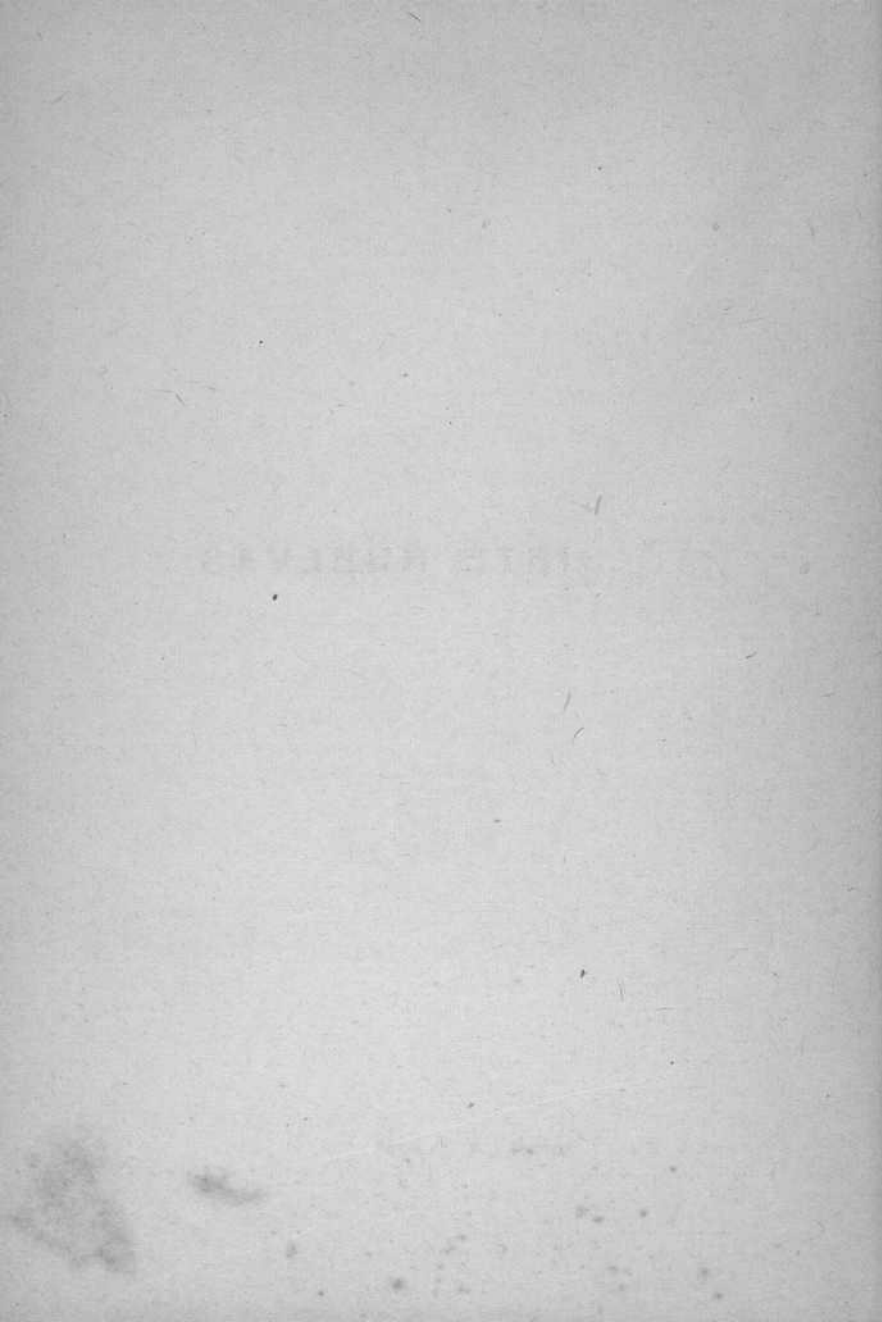


Blass, S. A. - Madrid.

R. 53812

1920

LAS SIETE HUELVAS



RAZON DEL METODO

CONTENGO la alegría de verme otra vez en tierra andaluza, puesto ya el pie, que quiere volar, sobre el fragoso y florido escalón de Sierra Morena. Este curso de agua que baja a la Rivera de Múrtiga, entre chopos, castaños y nogales, cantando, trabajando, como buen río molinero y madere-ro, nos lleva, aguas arriba, a uno de los más deliciosos rincones de España. Desde él abordaremos tantas cosas que será preciso poner un poco de orden; y aquí está la razón del método, indicio de limitación; pues si yo fuera perfecto, daría de un solo trazo mi idea de las siete Huelvas. Clasifico y separo siete Huelvas, dentro de las Andalucías, por afán de concretar, precisar y no perder tiempo; pero sé que se me escapan otras, aun viéndolas desde aquí, claras y distintas, como esas siete, que son:

Primera: Aracena, la Sierra.

Segunda: Ríotinto, las Minas.

Tercera: Niebla, la Historia.

Cuarta: La Palma, el Campo.

Quinta: Palos-la Rábida, el camino de América.

Sexta: Ayamonte, las Pesquerías.

*Séptima: Oñaña, el Desierto, la Marisma, el
Absurdo.*

Eso hay—y mucho más—en una sola provincia española. Vamos a meternos en las escuelas, cerrados que todo lo igualan, con sus cuatro paredes, su crucifijo, sus bancas paralelas, potros para herrar chicos, todos iguales, vengan de la sierra, de la mina, del campo o del mar. Pero nosotros, al menos, situaremos cada escuelita en su ambiente y con ello veremos separarse los siete mundos que ruedan—casi siempre sin descubrir—sobre el pupitre del maestro.

ARACENA: LA SIERRA

I. POR FUENTEHERIDOS Y GALAROZA

YO entré en la sierra de Aracena, desde Fregenal, por Cumbres de Enmedio, junto a Cumbres Mayores, y subí en auto las cuestas de la Nava, entreviendo a lo lejos, en alguna revuelta, los picos de Aroche. Es la parte más amable y fecunda de Sierra Morena. Muchas gentes de Huelva, de Extremadura Baja y de Sevilla aprendieron ya el camino. En toda la Andalucía occidental estos nombres antiguos — de antigüedad diversa—: Aroche, Aracena, Zufre, Alajar, Galaroz, suenan a fronda, a bosque, a fuentes frías y aires limpios, de altura. La Peña de Arias Montano, en Alajar; el castillo de Aroche, las grutas de Aracena, son incentivos para la afición del veraneante y etapas conocidas del buen peregrino. No sólo el verano, sino cualquier tiempo es bueno para visitar la sierra de Aracena; y no sólo esos lugares, sino otros muchos, menos nombrados. Yo llegué, por ejemplo, a Fuenteheridos, en el Castañar de San Ginés; paseé por el Coso viejo; subí, en busca del maestro, las escalerillas de piedra que

conducen a la iglesia—con su torre esbelta y su galería de aspecto italiano—; me interné por las calles altas... Fuenteheridos se me ofreció como una villa discreta, rica, bien cuidada. Era alcalde un maestro, a quien no vi, por los deberes de su cargo municipal; pero allí estaba destacado al paso del autobús, un verdadero *policeman*—el uniforme más brillante de Sierra Morena—, y esa honorable autoridad me dijo que en cuanto acabaran con los caminos vecinales iban a emprenderla con las escuelas. También Galaroza tiene situación pintoresca, sobre tres collados; podría llamarse la villa blanca, si no fuera más bonito su nombre árabe: *Gal-Arosa*, "Jardín de la Prometida". Está rodeada de huertos, y luego empiezan castaños, robles, chopos, formando bosque claro. En estos lugares y en otros más chicos, la sierra de Aracena es siempre habitable. No tiene el ceño de Guadarrama, de Gredos o de Gata.

2. ARACENA

Vista desde el castillo, Aracena es una estrella de cinco puntas. Casas encaladas, tejados al rojo vivo. El caserío rompe la línea para trepar hasta los muros rotos del fuerte y desemboca hacia los pinares de la sierra o los olivos del llano por una red de callejuelas, dúctiles, bien plegadas al suelo. En medio del pueblo, la plaza, con sus dos casinos, sus dos cafés y su estatua. Quisieron honrar con un monumento a D. Julián Romero de la Osa, benemérito compatriota que hizo la plaza y recompuso el Hospital de la Misericordia. Pero como el filántropo era hombre oscuro, un sencillo labrador, acordaron dedicarle la estatua al santo de su nombre y por eso

hay en el centro de Aracena una efigie cívica de San Julián. Tiene calle Nogales, que sin duda aprendió en esta sierra el buen sentido y la clara limpidez del estilo, cualidades serranas que se respiran en Aracena, pueblo de gentes despejadas y de buenos trabajadores. El patrón de la villa no es, sin embargo, San Julián, sino el marqués de Aracena, Sánchez Dalp, retirado hace pocos años, que, entre otras obras útiles, donó un edificio habilitado para escuelas. Unas escuelas, no; porque aun siendo limpias, claras y capaces, las aulas me parecieron impropias para la enseñanza y servirían mejor de oficina u hotel. Un patio de rotonda, con barandilla baja; una escalera peligrosa. Sin campo de juego. Lo mejor de esta escuela graduada son los maestros y las ventanas, abiertas a un paisaje alegre. Pero las escuelas de Aracena deberían ser adecuadas a una villa rica, de sierra. Van los muchachos que caben. Muy pocos. Cuatro maestros y cuatro maestras para cerca de siete mil habitantes. Predominan los pobres. Veo algunos descalzos. Desde luego, no hay cantina escolar, y haría buena falta; pero sin duda creen innecesario atraer más asistencia no habiendo sitio para los aspirantes. En resumen: pueblo bellissimo, deliciosa avanzada de una Andalucía próspera, con buenos maestros, pero pocas escuelas, instaladas impropriamente.

3. EL CASTILLO

Aracena sube hasta el mismo pie del Castillo por unas callejas de arrabal sembradas de guijos, descansando antes en la plaza Alta y en el rellano de la iglesia. Hay una verja; pero, si no la abren

a tiempo, debéis trepar, como yo, ladera arriba, y llegaréis pronto a una cruz de palo, no muy recia, hincada en la argamasa de un torreón. Buscaréis el castillo. No está. Para verlo, no procede subir, sino distanciarse campo adentro hasta dejar que se unan piedras y tierras, formando masa otra vez, como cuando había muro. Quedan—eso sí—restos, machones, pilastras almenadas, que simulan una guardia perfectamente inútil, pero que sirven para resguardarse del viento y del sol. Yo fui por primera vez al cerro de Aracena, solitario, magníficamente abandonado, en una mañana fría de invierno; y era muy agradable estar allí las horas muertas, solo, tendido al sol, como un vagabundo. Revoloteaban ya mariposas tempranas. Venía por el talud, monteando, cazando a su manera, no un rebaño de ovejas, sino, para decir las cosas como son, una piara de cerdos. Desplegábase a una maravillosa luz el gran paisaje de la sierra. Los pueblecitos: quizá Corterránel, Valdezufre... En el horizonte, muy lejos, al Sur, una línea fina de humo: Ríotinto. Escalones de olivares. Greca, ancha, de encinas, pinos y castaños. La estrella de cinco puntas, que es Aracena, con su ojo único: la Plaza de Toros, reverberaba, como si fuese de pedrería. Pasada la hora del lagarto, entre las piedras del castillo, recorrí todo el cerco, llegué a la iglesita mudéjar. ¡Nadie! La puerta, entornada, no crujió; y, allí, en el presbiterio, comprendí que todo aquel silencio era por el prior D. Pero Vázquez y por dejarle dormir tranquilo en su estatua yacente, vidriada, el siglo XV, por un maestro ceramista trianero.

Todavía hay otras muchas cosas dignas de ser saqueadas con ojos infantiles en el recinto de un castillo. ¡Si no hicieran falta más que los ojos! Pero

¿quién se mete por ese hueco, boca de subterráneo, de galería o aljibe? Está junto a la cruz de madera, donde antes debió de alzarse una torre muy sólida. Un chiquillo, escurriéndose, ayudado por otros—por las voces de los otros—, es capaz de todo; y sabría encontrar el camino que lleva desde aquí al lago de la gruta. Iberos, tartesios, y fenicios, quizá también los romanos, los godos y los moros que habitaron este castillo, sabrían seguramente que el cerro de Aracena está hueco y en el fondo de grandes cavernas de cristal hay agua. Este secreto lo guardarían muy bien. Por milagros así hemos leído que el defensor de alguna plaza, al cabo de muchos días y meses de asedio, pudo enviar al caudillo de los sitiadores, para demostrarle la abundancia de abastos, no sé si una carpa o un barbo vivo. En Aracena, la leyenda no dice que supieran nada los antiguos, ni que el descubrimiento de las grutas fuese obra de algún pastor o de algún chico de la escuela, buscando la "pala de oro", como me contó en el castillo cacereño de Montánchez un chico que sólo tenía noticia de haberse descubierto "la pala de plata". Aquí llegó a las grutas, antes que los muchachos, "la tía Pastora", la *Pan y sardina*, y no desde el castillo, sino por una salida que iba más abajo de la fuente, ladera del cerro, barrio de San Pedro. La vieja "Pan y sardina" no buscaba tesoros, sino la cría de su cerda que se le había escurrido por el agujero. Como era testaruda, se metió ella también. Llevaría su candil, sin duda. El caso es que detrás de la vieja fué el pueblo, con linternas, hachones y bengalas, como en Artá, y nació "la gruta de las maravillas".

4. LA GRUTA DE LAS MARAVILLAS

Cuando yo llego a verla ya es un número de gran turismo internacional la gruta de Aracena. Acceso cómodo, entrada monumental, de piedra bien labrada. Porteros. Guías. Iluminación eléctrica, con juego de luces. Compró a la puerta un libro de gran sabor local: —"Mentés. El guía para visitar la Gruta de las Maravillas." Su autor, D. Eduardo López Cristino, presbítero—. Mentés, el amigo de Homero, no sólo nos entretiene e ilustra con la fantasía del troglodita en su caverna, sino que agrega noticias y cabos sueltos, historia y Arqueología de Aracena. Libro de 1924, con todo el aire, en impresión y estilo, de 1800. Aquí he visto documentada la historia de la imagen de Pero Vázquez, el prior, que descansa allá arriba, en bulto al natural, de cerámica blanca y que tiene debajo la catedral gótica más suntuosa. Y he leído también pormenores poco sabidos de Arias Montano, que estimó grandemente la villa de Aracena, tan próxima a la Peña de Alajar. Según apuntes inéditos, que ha repasado el padre López Cristino, el Romano Pontífice, en recompensa de sus grandes servicios, "le hizo entrega en calidad de preciadas reliquias, de tres de las treinta monedas que recibiera Judas como precio estipulado para la venta del Divino Maestro". Pero esto no hace al caso. Siempre será "Mentés" el primer libro sobre la Gruta de las Maravillas.

Están iluminadas ya todas las cavernas, incluso las que fueron descubiertas el año pasado. El agua, al rezumarse de la piedra caliza, ha labrado microscópicamente gigantescas edificaciones. Estrellas de

nieve, cristalizaciones superpuestas, obedeciendo a un plan que parece humano, de grandes salas abovedadas y galerías comunicantes. Al fondo, un lago, río, arroyo. Aguas, nunca muy profundas, limpias, con tal riqueza de reflejos que los ojos no saben apartarse de ellas. Ningún signo de vida zoológica. He visto a José Gómez, el explorador, que se zambulló por la corriente del agua entre unas peñas y fué a salir a las grutas nuevas nunca vistas. Gracias a él hemos podido visitar este año la cripta más hermosa, como de nieve inmaculada, fuertes columnas de una sola línea, blancas; cúpula de cuarenta metros y en las paredes, alicatadas, rosetones rojos. El blancor de esta gruta y la virginidad de todos sus colores son inolvidables. Como me gusta ver siempre en estas maravillas naturales la imprímación humana, pienso en el valor y en la destreza de estos hombres que han hecho accesible el laberinto de cristal. —Por aquí han pasado recientemente los geólogos—me dijeron en Aracena—. Pero no nos enseñaron nada interesante—. Sin embargo, no estoy conforme. He leído en el trabajo de Hereza sobre los yacimientos metalíferos de Huelva—*Hereza y Alvarado. XIV Congreso Geológico Internacional*—la teoría más maravillosa sobre la Gruta de las Maravillas. Idea sencillísima, digna de un poeta: "Esta gruta debió producirse de un modo artificial, con ocasión de explotaciones mineras de época romana, de plomo argentífero. La Naturaleza, ha operado después, sobre esas excavaciones, interesantes formaciones de estalactitas adosadas a los materiales calizos del cerro del castillo." Toda la mitología que teníamos preparada el padre López Cristino y yo se nos viene abajo. Pero el espíritu creador se engrandece. La sierra de Aracena cobra

de esta manera un valor más alto. Saqueada por todas las codicias, rasgada, profanada y exhausta. vuelve a concebir un tesoro nuevo, va nutriéndolo y labrándolo en sus entrañas, durante siglos, y aguarda con paciencia a que se asomen y la ayuden a darlo a luz sus hijos más humildes: José Gómez, obrero, y Pastora, la *Pan y sardina*.

II

RIOTINTO: LAS MINAS

I. EL PUEBLO Y LAS ESCUELAS

AQUELLA línea fina que veíamos en el horizonte desde el castillo de Aracena, fué hasta hace pocos años una nube, una tromba de humo quieto, posada, angustiosamente, sobre este pueblo. Eran los famosos "humos de Ríotinto". La calcinación de las teleras—que ardían, amarillas, del color del azufre, en lo alto—, llevaba hasta muy lejos, a muchas leguas de las minas, su flúido venenoso. Si en el agua del río minero, vitriolizada, no hay fauna, porque no la soporta ningún ser viviente, en el humo de las teleras se quemaban—se *turraban*—las plantas. Desolación. Rocas peladas, sin un árbol. En días de calma cerrábanse puertas y ventanas. La escuela del Coso hubiera bastado entonces para todos los muchachos de las minas de Ríotinto. Hoy sustituye al fuego el agua. Los altos hornos acabaron con la pesadilla de Huelva y al llegar en el tren sólo veo el penacho blanco de una chimenea, al pie de un formidable monte plomizo, con visos de ocre y ámbar, en cuya cima o meseta, plana, maquinitas minúsculas trabajan y resoplan como ja-

quillas fogosas. Los vaciaderos, donde cae la escoria de la piritita, son reverso, negativo, más bien de la inmensa hoyita o anfiteatro de donde sale el cobre. La corta, el vaciadero, el pueblo, trepando, separándose un paso cada día para no caer; la balsa grande, las fundiciones, la vía por donde el mineral fluye, rumbo a Huelva, siguiendo el atormentado cauce del río sangriento; a un lado, en alto, los jardines ingleses, la colonia—casitas campestres, maderas barnizadas, trepadoras hasta el tejado, campo de *tennis*, siluetas blancas, risas—; alrededor, la sierra, brava, que vuelve a llenarse de vegetación y destaca los primeros pinos hasta el mismo borde de la corta. Ese es Ríotinto. Pero yo recomiendo a todo español que vaya a Ríotinto, por lo menos una vez en la vida; y, si quiere entender una ruda lección, que lea la historia de las minas.

Debo seguir mi ruta de las siete Huelvas, y entro, cerca de la estación, en la escuela del Coso. Los alumnos de D. Tomás Bernal, de D. Felipe Romero, son, casi todos, hijos de operarios de las minas, o de empleados de la Compañía. Ellos mismos no serán, probablemente, otra cosa. Hay enorme variedad de destinos y pueden elegir. Ser peón es poco. Pueden ser "barreneros", o "prendedores"; unos abren los barrenos y otros los prenden fuego a toque de bocina y de corneta; "saneadores", que van limpiando de peligros las galerías; "zoteros", que avisan, con la voz de alarma: ¡zote!, anunciando las explosiones; "zafreiros", si recogen la zafra, es decir, el mineral en el suelo; "paleros", si mullen los desmontes para cargar tierra. Y hay una misión muy difícil que exige ciencia: la de "entivador", que va armando los andamiajes de madera para prevenir hundimientos. El que prefiera ser mecánico puede

ir a las excavadoras, a las jaquillas de arrastre, o a las grúas. Pero en la cementación tienen otras funciones: el "balsero", echa los lingotes de hierro en las balsas para reducir el cobre; el "peón de terrero" riega con mangas de mineral para que al filtrarse el agua vaya dejando el sulfato de cobre; el "peón de cáscara" saca la cáscara de cobre puro. Y todavía quedan la fundición—los altos hornos—, el ferrocarril, los talleres... Hay todo un mundo en las minas de Ríotinto. Y la atracción que ejerce este poderoso mecanismo es invencible.

Yo dejé pronto las escuelas del Coso, al salir los muchachos, por llegar a la corta antes de ponerse el Sol. Son escuelas del 88; grandes, un poco frías. A la de D. Felipe asisten unos sesenta niños, aunque haya matriculados muchos más. Igual ocurre en la de niñas, al lado. Las madres emplean pronto a sus hijos. Son maestras la madre y la mujer del alcalde: doña Magdalena Rael, doña Teresa Machinandia-rena. Cuidan sus clases. Tienen buen material fijo, donación del Ayuntamiento, y se nota esmero y capacidad para la enseñanza. Figuran cerca de diez mil habitantes en el censo de las minas de Ríotinto, pero la mitad viven fuera, dispersos en poblados próximos. Para el núcleo central sólo hay cuatro maestros: los dos citados y otros dos que regentan escuelas del Ayuntamiento. Dejaré aquí consignados sus nombres, porque si el profesorado de Ríotinto es escaso en número, en cambio son ejemplares su entusiasmo y su competencia. D. José Carrasco Padilla, D. José Sabio Enríquez, tienen también clases grandes, de tipo antiguo, material reformado y un patio que me pareció sombrío. Están arriba, en el último escalón del pueblo. Sin embargo, el terreno se les hunde. Pronto hará falta construir

otras; y, si mi voz fuera escuchada, yo pediría que el Estado español extremase en toda la zona minera de Ríotinto el cumplimiento de sus funciones tutelares y crease con abundancia, con prodigalidad, buenas escuelas nacionales. Inspiran estas palabras sentimientos compartidos, no sólo por los maestros, sino por cuantos se asoman a estudiar la vida de este rincón, vida originalísima, profundamente interesante, que ha de mirarse cara a cara, tal como es. Zona minera, sin producción agrícola, entregada a la gigantesca labor de extraer el mineral de cobre, para ella las minas lo son todo; y por consiguiente la entidad de más fuerza la Compañía. La Compañía ha instalado escuelitas, de tipo modesto, en todos esos poblados que poco a poco van creciendo: en el Alto de la Mesa—o Mesa Pinos—, en el Barrio, la Atalaya, la Dehesa y el Valle. Ha hecho un buen servicio al vecindario, casi todo él compuesto de obreros o empleados suyos, sustituyendo en ésta como en otras funciones protectoras la acción oficial. Tres días en las minas de Ríotinto enseñan cómo puede organizarse una protección vigilante, previsora y, en cierto modo, paternal, disciplinando una comarca, moralizándola, conteniéndola. Las escuelitas de la Compañía tienen profesorado español, de maestros titulares. Como veremos, su obra es útil; pero el Estado debe hacer innecesaria esa cooperación, aun estimándola y agradeciéndola.

2. LA CORTA.—LA CONTRAMINA

Podrían venir aquí pintores. Nuestros artistas viajan poco. Quedarían aterrados ante la violencia de este paisaje de guerra—guerra sobrehumana,

geológica—, que es la corta de Ríotinto. Se verían pequeños, en el gran anfiteatro del valle de Marte, como si cayeran en un terrible planeta, sanguinario. Luego irían enamorándose del color. Yo he visto en la costa norte de Mallorca, más allá de Miramar y de la Foradada, un acantilado increíblemente rojo a la luz del Sol. Caliza roja trabajada por erosiones y desplomes, que sangra como recién descuartizada. El mar, añil—ya sabemos todos la intensidad del azul en aquellas divinas aguas—. El cielo, desnudo, reverberante. Algunos matojos de pino, entre la sangre de la roca. Pero allí la armonía de tantos colores crudos viene de la luz y de esa plácida sensación de felicidad que vierte en nuestras venas la dulzura del clima. Aquí la gran herida, cóncava, de la corta, en cielo claro y en sierra sobria, austera, saca toda la riqueza de tonos de su propia entraña. Arriba, oscuras tierras ferruginosas, borloneadas de pinos nuevos. Como va calando la cuchilla, asoma la cortadura pálida, a trechos blanca, que poco a poco se sonroja con irisaciones de nácar y carnaciones de caracol marino. Luego se oscurece, se enturbia el rojo de los tramos altos, degradado ya, y empieza el tramo gris, veteado de verde neutro, hasta que uno de sus escalones llega a ser, en pleno sol, francamente verde, el verde mineral, mate, de la piritita de cobre. Y esta parte de la hondonada, con su gravedad, amortigua el exceso en que pudieran caer los rojos chillones. Así vemos el inmenso criadero del Sur, al pie de Ríotinto, pueblo—así también el del Norte y el de San Dionisio—, como prodigiosas estampas de un mundo irreal, imaginadas para conjugar los colores más difíciles. Vienen enmarcadas en unos montes como suelen ser los montes de Sierra Morena, con las mismas peñas que

vimos en Alajar o en Aroche; pero aunque no estuvieran allí los Terreros, la fundición Bessemer, las chimeneas de la fábrica de ácido sulfúrico, la Corta, por sí sola, nos diría que está hecha para algo más que para darnos un paisaje sobrenatural.

En esta hoya, en su gradería descendente—como un vaciado de la Torre de Babel—, trabajan millares de hombres. Unos en la superficie, en la Corta; otros, bajo tierra, en la contramina. Hay treinta y seis pisos, cuando yo llego a Ríotinto en este año de 1927. Bajan los obreros por los pozos maestros; pero tienen numerosas entradas de topo en las galerías. Llevan su casco, un sombrerete de cartón forrado de lana batanada. Debajo un gorrillo de seda. Es la defensa de la contramina, para evitar un mal golpe, *una pitera*. No necesitan lámparas Davi. No hay grisú. Los focos son de carburo. Sin el disparo de barrenos, cualquier otro ruido sería desproporcionado con la grandeza de esta labor; pero las explosiones suenan aquí como el rugido del león. —Un león con fiebre, que trabaja por fuerza—. Estos barrenos truenan continuamente. Se oye primero la bocina, la corneta, luego la voz de los zotereros; todo el mundo corre a guarecerse. La batalla, por lo menos el estruendo, culmina a las doce, antes de irse a comer barreneros y prendedores. Como casi todos los operarios viven fuera del pueblo, se les ve llegar por la mañana temprano, por todos los caminos. Los de la línea tienen dos trenes. A las cinco sale un relevo; pero los de las nueve se van andando, de noche, cada uno con su farol; su foco de carburo. Esta procesión de luciérnagas, vista desde el Alto de la Mesa o desde La Atalaya, nos da el momento más lírico de Ríotinto.

Lírica y Geología trabajan de la mano para lle-

nar esos trencitos, interminables, que vuelcan el mineral de cobre en los muelles de Huelva. Aquí hay un cerro Salomón, que se supone bautizado por los fenicios. Cuando los mineros creen trazar una galería nueva, suelen encontrarse lámparas romanas. Continúa la tradición. Todavía no se han puesto de acuerdo los geólogos sobre si los yacimientos de Riotinto deben llamarse filones o masas. Un español del siglo XVIII, D. Francisco Angulo, el hombre que vió más claro el negocio de Riotinto, lo describía—en 1787—como "una montaña inmensa penetrada de una sustancia compuesta de azufre, hierro, cobre y no sé aún si de alguna plata. Los antiguos la dejaron ya laborada por varias partes, pero, en general, sus trabajos iban siempre sin orden y las excavaciones quedaban por consiguiente poco seguras. Hay aún espacios inmensos intactos, de donde se podrá sacar cuanto mineral se quiera, sin contar los que podrán descubrirse en las partes circunvecinas de la misma montaña, pues que la naturaleza de la roca, la calidad vitriólica de las aguas y las rocas antiguas que se observan en los cerros circunvecinos, anuncian que varias de ellas encierran la misma especie de mineral". En San Dionisio—según geólogos como el Sr. Hereza—, además de las plantas ya labradas—los 36 pisos de que hablábamos antes—, es decir, además de 450 metros, "un sondeo de unos cien metros en la última planta asegura la continuidad del criadero en profundidad, y de este modo a la hora presente, se desconocen las dimensiones totales de este importante yacimiento".

Como yo vengo a ver escuelas y no minas de pirita de cobre, he de recoger aquí, solamente, lo que tiene un aspecto educativo, no ya pedagógico, sino

propio más bien del anecdotario de un viaje por España. Esta anécdota de Ríotinto ¡explica tantas cosas! En la falda del cerro Palomero, fuera de las minas, y si no me engaño, entre jardines hoy, estaba el "Hoyo de don Liberto". Digo "estaba", porque yo lo busqué y no supe dar con él. El cementerio de los ingleses domina un alto—y es, por cierto, bellísimo—. En ese hoyo fué enterrado, como protestante, y no en el cementerio católico, el famoso D. Liberto Wolters Vousiohielm, natural de Estocolmo (Suecia), primer concesionario de las minas de Ríotinto. No cuento nada nuevo. Este célebre D. Liberto era buzo de profesión. Vino a España en 1718 y contrató con el Gobierno para sacar la plata de los galeones que traía de Indias D. Manuel de Velasco, y que se hundieron en la bahía de Vigo el año 1702. Nada sacó, pero andando por las covachuelas, según sus enemigos, o curioseando, enterándose y hablando con la gente, proyectó antes que nadie la explotación de varias minas abandonadas, o descuidadas—Guadalcanal y Ríotinto entre ellas—. Logró su intento, tras violentísima polémica. Salieron contra su "Manifiesto", un "Papel Heráclito"; una "Impugnación Demócrita"; una "Sentencia de Rhadamanto". ¡Ignorancia, mala intención! ¡Garbancería! Pero el buzo benefició las minas. Más tarde dominaron en ellas tipos extraños. El Estado contrató nuevas cesiones o las administró por sí mismo. Saqueo, filtraciones, pleitos, mala fe. Un ex sastre valenciano; un ex alguacil, déspota, a quien llamaban "Satanás de las Minas". El único hombre de genio que pasó por allí, en viaje de inspección e informe, fué el ya citado D. Francisco Angulo, luego ministro del intruso José I. Cada episodio es más lamentable que el anterior. Cada

liquidación, más ruinosa. La venta en 1873, con Echegaray, ministro de Hacienda, es como una pérdida de las colonias sin ejércitos libertadores y sin americanos. Fué quitarse de encima, de una vez para siempre, quebraderos de cabeza

Aquel dramaturgo de soluciones desesperadas y expeditivas, gran cortador de nudos gordianos, firma los proyectos de ley subastando y adjudicando a postores ingleses las minas de Riotinto. La República del 73, su Asamblea Nacional, su ministro de Hacienda, encontraron preparado el camino por numerosas tentativas. Llegó la suma a 92.800.000 pesetas. Años antes—1856—un comisario regio las tasaba en diez millones de pesetas. Recuerdan estas cifras—hoy a distancia de tres cuartos de siglo—los cien millones de dólares como indemnización por las Filipinas. ¡Verdadera liquidación de bienes nacionales! ¡Forma compleja, retorcida, barroca, de un género de desamortización! El temor de que mis lectores vean aquí resabios del 98, me lleva otra vez al cafetín de Riotinto, al Centro Minero, para ver las cosas como son, sin estudiarlas en ningún libro. La vida está ya organizada aquí en torno de la Compañía, que preside el pueblo desde la única eminencia que le resta en su edificio sencillo, de galerías avanzadas, con cierto aspecto colonial. El Ayuntamiento no lo veo. El pueblo está limpio, ordenado, urbanizado. Su extensión superficial va disminuyendo a medida que la Corta se ensancha. Donde estaba antes la iglesita y todo el barrio antiguo, cimentado sobre mineral de cobre, hay un gran socavón, en cuyo fondo van y vienen las vagonetas. Estas calles son, en realidad, de las minas. Al disciplinar sus costumbres locales, continúa el reglamento de la explotación. Nada logra, ni aun

trata de exceptuarse de este régimen. Por eso busco las escuelas, campo de acción inalienable; y quisiera verlas fuertes, ricas de espíritu y de medios materiales. Sobre todo, el espíritu. Su misión es, precisamente, la de afirmar en torno suyo una órbita propia, espiritual.

3. EL CONTORNO.—NERVA

Ríotinto va esparciendo su población—y la que llega cada día—por todo el contorno de estos montes. Nerva tiene ya 15.000 habitantes y crece con mucha rapidez. Pero más cerca está el Alto de la Mesa, donde hubo un antiguo pinar, soberbio, que en tiempos—antes de las teleras—podía cruzarse de rama en rama. En este barrio hay unas escuelitas fundadas y sostenidas por la Compañía. Las casas de obreros, todas de un solo piso, tienen todavía cierta libertad de estilo. Muchas veo adornadas de tiestos—geranios y claveles—y alguna vez, casi pudiéramos decir que estamos en Andalucía. Mucho más regular y geométrico es el barrio de El Valle, con sus hileras de casitas de una sola puerta y dos ventanas, telescopadas. Barrio de casas baratas. Aún no se ha descubierto el medio de disculpar su economía. En El Valle y en La Dehesa hay escuelas de la Compañía, de tipo semejante a las que ya hemos visitado. Las mejores son las de La Atalaya, de la Compañía también. De estas barriadas nuevas, la que menos tiene mil habitantes, y Mesa-Pinos se acerca a cuatro mil. Me dicen que algunos maestros no tienen título y hay algunas servidas por auxiliares. Se ha procurado nivelar las condiciones de su trabajo con las de los maestros de escuelas nacionales. La matrícula es numerosísima. Las fa-

milias y los propios muchachos de toda esta comarca tienen verdadera avidez por la enseñanza, y si hubiera, no doble, sino triple número de clases, se llenarían todas.

Desde Ríotinto pudiéramos girar visita a pueblos que tienen sus escuelas en situación mucho más lamentable. Yo sé que el perro del maestro de Marigenta, aldehuela inmediata a Zalamea la Real, cuando se va su amo cerrando la puerta, entra por la ventana. Hay escuelas tan malas como la de Traslasierra, en un horno; o en una antigua capilla, denunciada, con sólo una ventanita de treinta centímetros.

Siento que falte tiempo para hablar como se merece de Nerva. Aquí la vida es más intensa y el esfuerzo municipal va cristalizando en obras estimables. He visto una sala muy amplia en las escuelas del Ayuntamiento a cargo de Quintero Carreño. La matrícula es baja: la asistencia, más aún. Los vecinos viven dispersos. Algunos muchachos vienen de muy lejos y en el mal tiempo faltan la mitad. Hay bastantes niños descalzos. Esta escuela, del Municipio, se abrió en 1888, el día 7 de agosto, tercer aniversario de la emancipación de Nerva. Así consta en una lápida de mármol. Para sus 15.000 habitantes tiene Nerva 16 maestros y maestras. Cuatro municipales con otros tantos auxiliares. Cuatro maestros y maestras nacionales. Todo ello sin plan ni concierto. La Compañía tiene también escuelas que aumentan la confusión. Valdría la pena de unir los esfuerzos, con buenas escuelas graduadas, modernas, del tipo más eficaz. Nerva puede hacerlo y el Estado debe ayudarle.

4. UNA OBJECION.—LAS ESCUELITAS
INGLESAS

Yo estoy habituado a que el efecto de estos artículos sea distinto y, a veces, contrario al que busco. Hace pocos días, fijando el punto de vista de los Ayuntamientos que desean disponer de alguna acción eficaz contra los maestros "indeseables", citaba un caso agudo, excepcional, capaz de dar toda la razón al pueblo que lo sufre. Una señora, maestra de Andújar, me escribe protestando y quejándoseme de que "cualquier quídam se considere con talla y facultades para hablar del maestro y discutir su obra". Combato las excesivas atribuciones concedidas recientemente a las Juntas locales—supongo que ya habrán sido revocadas—, y mi comunicante me escribe: "En su artículo cita un caso repugnante del que se acusa a un maestro, y esto lo hace para justificar el deseo de facultades por las Juntas, y yo a esto le pregunto: ¿no sabe usted de casos iguales y peores que éste en que en lugar del maestro se ha acusado al cura? Porque si no sabe de alguno yo le puedo citar unos cuantos..." Como se ve, no basta aprender las letras para saber leer; y yo he perdido el tiempo escribiendo, en Visita de Escuelas, más de trescientos artículos de que no tiene noticia la maestra de Andújar. ¡Paciencia! ¡Ya veremos cuando lleve tres mill (1).

Hoy la objeción no es tan penosa, aunque tenga mayor alcance y, desde luego, sea más explicable. Ante las escuelas fundadas y sostenidas por la Com-

(1) Resultó, luego, que no era tal maestra de Andújar sino un comunicante anónimo, quizá el mismo maestro del caso a que yo me refería.

pañía inglesa de Ríotinto en toda la zona minera, yo he pedido que el Estado español organice amplia y generosamente su enseñanza. Mi tesis es bien conocida: La instrucción primaria corresponde al Estado. Pero si el Estado no abre escuelas en un núcleo de población o las que abre son malas, el vecindario enviará sus hijos al primero que tenga el acierto de fundarlas. Para mí quien posea la escuela posee la fuerza moral. Por eso quiero dársela al Estado, que aparte de su mejor derecho, es, en un Estado normal, el único capaz de usarla con desinterés. Combato cualquier subrogación o sustitución de poderes y hablo así desde Ríotinto, lo cual me autoriza a hablar en el mismo sentido desde Huelva o desde Granada.

La objeción llega en atentísima carta de doña María Pérez, desde Castellón de la Plana. Se lamenta del tono conmiserativo que empleo al llegar a las escuelitas de Ríotinto. Ex alumna de esas escuelas, conserva por ellas cariño filial y sale en su defensa. Sus padres, sin ser mineros, ni tener relación alguna con las minas, se trasladaron desde Valladolid a Ríotinto con el exclusivo objeto de darles a ella y a sus hermanas una educación libre de toda influencia clerical. Las escuelitas inglesas trabajaban con verdadero amor. "Daban becas para estudiar en Madrid, en el Instituto Internacional, a las que sobresalían en reñidos exámenes, para los cuales venía un doctor en Ciencias, de fuera, que juzgaba en estricta justicia sin conocer a profesores ni alumnos." "Y en este colegio de Madrid estudiaron la Marcial Dorado, que fué condiscípula mía; Esther Alonso, que ayudó a la traducción de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*; Francisca Pascual, que hoy dirige un centro de bordados a mano en

Nueva York; Angela Palomo, profesora y graduada B. A. en la Universidad de Wellesley (Estados Unidos); Trinidad de Mora, empleada en la Redacción de una revista importante de Nueva York; Elisa Pérez, profesora en Middlenburg y en Kansas, en cuya Universidad se graduó este año, llamando la atención su tesis sobre el teatro de los Quintero, que le ha sido pedida, juntamente con otros escritos suyos, para servir de consulta en otras Universidades. Actualmente enseña español en la Universidad de Baldwin, manteniendo con tal celo el amor a España, que sus alumnos, más de ciento, hombres ya, consideran su bello ideal hacer aquí una visita. Y no le menciono más para no cansarle. ¿Cree usted que las escuelas del Gobierno en Ríotinto podrían ofrecer otras tantas?"

¡Pero si no hay escuelas! ¡Si precisamente lo que pido es que el Estado en toda España, y particularmente en Ríotinto, en Algeciras y La Línea, en donde aparezca otra poderosa influencia moral, así como en nuestras viejas ciudades levíticas, instale su enseñanza pública, mejor aún que la de sus concurrentes! La señorita María Pérez, española, habla así por afecto a la escuela en que fué educada, aun comprendiendo los sentimientos de patriotismo que dictan mis palabras. Hace constar—yo lo dejé consignado también—que los profesores son españoles. Pero el problema que suscita y le interesa es otro. Por su importancia, vale la pena de recoger, con motivo del viaje a Ríotinto, esta "segunda cuestión previa", de la enseñanza en España.

"... Existe, o por lo menos existía en mis tiempos—en la escuela inglesa—, una libertad y libre examen que no existía ni existe en las escuelas del Gobierno, que son confesionales y clericales. Y por

eso quisieron hacer desaparecer aquéllas. ¡Cuando lo que debía hacerse era poner en cada pueblo de España una igual! Con la seguridad de que todas darían los mismos frutos, puesto que el español es inteligente en sumo grado y sólo le falta al pobre escuelas libres, sin trabas confesionales que le asfixian y coartan desde pequeño..." "Y el catolicismo español, cuyos tentáculos todo lo abarcan en España, se sirve de cualquiera, aunque no comulgue con ellos. De los socialistas se sirvió en la famosa huelga de Ríotinto inspirando a los mineros para que les quitaran las escuelas, entre otras cosas. Exactamente lo mismo que pide usted ahora. Claro que ellos eran ciegamente instigados por la mano negra que todo lo mueve en España. Como movió la pluma de Concha Espina en *El metal de los muertos*, y ha movido la suya al pedir que se sustituyan estas escuelas por otras del Gobierno..." Dejo lo transcrito, con su tono y estilo, al parecer inevitable en cuanto se aborda el aspecto religioso de cualquier tema, porque deseo no restar viveza ni calor a esta objeción. Mi posición es firme. No he pedido que cierren esas escuelas, ni "que las sustituyan" por otras, sino que el Estado español tenga escuelas, buenas escuelas, suyas, en todas partes. Mi ideal es que no haya otras, ni confesionales, ni no confesionales; que esta parte confesional quede para los hogares y las iglesias; y la escuela pública del Estado, capaz para todos, libre, técnicamente perfecta, eduque por igual a ricos y pobres. Como estamos lejos de ese ideal, acepto las colaboraciones, lamentando su forzosa necesidad. Pero, por lo menos, pido que el ciudadano pueda optar entre mandar sus hijos a la escuela inglesa, a la escuela manjoniense o a la escuela pública nacional.

III

NIEBLA: LA HISTORIA

I. ENTRE MURALLAS

GRANDES cosas podría contarnos el río Tinto si lograra sacar fuera el pecho, todo lleno de sangre! Iríamos a escucharlas con el maestro, Morales Quintero, y las aprenderían luego los chicos. D. Cristóbal—el párroco—, D. Cristóbal Jurado, erudito y arqueólogo muy despierto, se habría ingeniado para oírlas antes que nosotros; y en cuanto a doña Elena Wishaw, ilustre dama inglesa, vecina de Niebla, guardaría hace ya tiempo buena nota especificada en alguna gaveta de su museo. Pero el agua es siempre nueva; no tiene ayer. Como las malas memorias, desemboca todo cuanto sabe, sin reservarse dato, ni experiencia. Yo he ido a contemplar el panorama del río y sus orillas desde una huerta que hay en la casa antigua de Ibáñez, entrando por la plaza nueva, recién urbanizada. Pasa rojo, de púrpura, y en los remolinos brotan y flotan siniestras burbujas blancas. Este es el río Tinto, minero desde muchos siglos. Río Tinto, "así llamado porque nace por veneros de caparrosa, que por otras partes dicen aceche...; en el cual

no se cría ningún género de pescado, ni cosa viva; ni las gentes las bebe, ni las animalías, ni se sirven de estas aguas en ninguna cosa. Tiene otra propiedad, que si le echan un hierro en el agua en pocos días lo consume". Así consta en las primeras Relaciones de las Minas de Zalamea la Vieja, por el 1500. Aguas arriba, el puente romano. Toda la ribera plantada de chopos, álamos y eucaliptus. Entrando en ella y buscando lo que el río se calla, daremos con un puerto, quizá cartaginés, quizá tartesio. Soterrada bajo la corriente, pasa una maravillosa conducción de aguas, neolítica. Por la fe de doña Elena Wishaw digo que es neolítica, y por mi asombro ante el atrevimiento de ingeniería tan remota digo que es maravillosa.

Pero pocas cosas pueden maravillarnos ya, dentro de la maravilla de Niebla. Cuantos lo hayan visto al pasar—línea Sevilla-Huelva—, saben cómo surge entre los olivares del Condado el espectáculo inverosímil de las murallas de Niebla. Enteras, aunque falten los grandes bloques y destaquen solamente de la argamasa mora algunas esquinas de torreón. Vivas aún; y en acecho de una catástrofe ferroviaria, para demostrarle al tren que ellas están hechas para la eternidad. Detrás del río y de las murallas. Niebla; sin asomar un solo tejado. Cuando se borra la decoración y se aleja el fantasma, nos queda su aroma. Así nos acompaña y se nos cuelga del brazo más allá del escaparate, el hada complaciente de las fruterías; y no traigo el ejemplo demasiado femenino de la perfumería porque, aun siendo muy vieja, Niebla exhala fragancias de naturaleza campestre. Si es posible, lector, haga un esfuerzo y déjese llevar por la sugestión de ese nombre. Deje el tren en el apeadero de Las Mallas. Suba por el

barrio nuevo de Doña Elena y métase muros adentro por la primera brecha que divise desde la carretera. Allí estaremos nosotros.

Digo nosotros porque ya me veo avecindado en Niebla, como mistress Wishaw. No sé qué encanto silencioso tiene esta ciudad vacía, huérfana de sí misma, máscara inexpresiva de los innumerables rostros de su pasado; y, a pesar de todo, amable, acogedora. Me hallo a gusto, y no como un extraño, dentro de los muros de Niebla. He dormido en una alcobita recogida, enlucida de blanco; las vigas del techo, labradas; lienzos oscuros, todo pátina. Gasas azules defendiendo el espejo, de vidrio tieso, como hojalata. Y antes de que acabe de borrarse en el aire el recuerdo ingrato del pábilo—la vela, la palmatoria en el alféizar de una ventanita, ¡evocaciones lugareñas de infancia!— ya está aquí el sueño, fácil, ¡buen servidor! Sí. He dormido muy bien, bajo la advocación de la santa de Alba, entre los ascendientes de mi hostelera, todos de aspecto entonado, señorial; las damas de facciones correctísimas, muy hermosas. Los caballeros, de gran empaque. —Este, que le parece a usted tan señor, es, en efecto, el abuelo, Rajado de la Palma, sochantre y confitero, que murió de ciento tres años—. Comprendo que la dulcedumbre y armonía de la vida bajo el cielo del Condado bastan para llegar a grandes edades. Son frugales estas gentes. Comen poco. Apenas pueden decir que cenan; y yo creo que no cenan. Pude someterme a su régimen; pero mistress Elena Mary Wishaw, con una amable invitación, me disuadió de empezarlo desde mi primera noche en Niebla. Por gratitud debería hablar de ella, como primera figura de este pueblo, medio realidad, medio ilusión, con más pasado que presente; esto es: el ideal de

un arqueólogo; pero yo no debo olvidarme, ante todo, de las escuelas.

En ningún caso podría salir de Niebla sin conocer al maestro, y al párroco, dar vuelta a las murallas, bajar al foso del castillo y entrar en el Casino. Es D. José María, el maestro, quien me guía por estas calles. Niebla, capital de un reino, cabeza del Condado, antes que Huelva, fué despoblándose hasta quedar con mucha holgura dentro de las murallas romanas. Viven hoy menos de dos mil quinientas personas, en casitas bajas, casi todas de un solo piso a puerta de calle. Se mantienen en pie contados edificios históricos. De la iglesia primitiva, pegada a las murallas, sólo queda el arco de una puerta románica, que los vándalos siguen atacando, a pesar de haberla declarado monumento nacional. Las escuelas corresponden al período de última decadencia. Aquí, según fama, se educaron sabios y poetas, y entre los ocho mil hombres que degollaron en un solo día los almohades vencedores, estaba Aben Alhakem, célebre historiador. De ese florecimiento tan remoto, nada puede quedar. Hay una escolita de niñas. Otra, de niños. D. José María Morales tiene la clase en los bajos de un antiguo convento, que aun siendo de escaso vuelo atrajo todas las dependencias municipales. El claustro cobija la capilla—conmovedora imagen—del Hospital de la Misericordia, el Ayuntamiento y el Juzgado. Mientras tanto, púdrese en la plaza una obra, sin techar, empezada hace sesenta años y suspendida no sé cuándo. Tan poca gracia tiene esa desdichada construcción que entre todas las ruinas de Niebla ella es la única que estorba: y ya, hoy, vale más derribarla y volverla a empezar. A la escuela de Morales asisten hoy 79 chicos; pero a veces se

reúnen más. Es curioso este caso: la matrícula no pasa de 75; pero el maestro admite al que venga para sustituir a los *faltos*, y aunque nadie falte, no le cierra la puerta al que desea entrar. En la pared veo cornetas y tambores. D. José María ha organizado un batallón infantil, con su banda. Los muchachos van bien y sus cuadernos indican que el instructor no pierde el tiempo. Pero ser chico en Niebla debe de ser una delicia, un regalo del cielo. Meterse por los buretes del castillo; desplomarse en el foso, entre malvas y ortigas. Descubrir los alisares, azules, de la fuente en medio del patio; buscar los atanores que traían el agua de los Caños de Niebla... Y luego, correr por el adarve de la muralla, ayudar al viento y a la lluvia a derribar las piedras romanas, aunque sea disciplinadamente, a toque de corneta y tambor...

2. NIEBLA, CON SUS ARQUEOLOGOS. EL CONDADO DE DOÑA ELENA

Decir "imperio" es mucho, y hasta decir "reino" parece demasiada exageración; pero si Niebla siguiera siendo cabeza del Condado, nadie se ganaría el título mejor que "doña Elena". Esta señora inglesa vino aquí hace muchos años con su marido, Mr. Wishaw. Seducidos por el prestigio de la antigua ciudad y noticiosos, sin duda, de constantes descubrimientos arqueológicos, adquirieron en ella una finca para hacer excavaciones. Al enviudar, durante la guerra, mistress Wishaw decidió ir a vivir a Niebla, y al poco tiempo la inglesa era ya "doña Elena". ¿Cómo ha ido insinuándose, encajando, dominando en la vida del pueblo hasta rea-

lizar la nueva conquista de Niebla? Yo no sé. Lo cierto es que si en Ríotinto sólo os hablan de la Compañía, en Niebla y sus contornos sólo da que hacer doña Elena. Es el espíritu más inquieto, y, desde luego, más avizor. Ve debajo de tierra y a través de los cuerpos opacos, incluyendo entre ellos a los naturales del país. ¿Es Arqueología pura? ¿Es industria? Su Museo ¿está hecho solamente como contribución a la Historia? Repito que no sé, porque cuesta mucho trabajo enterarse de tantas cosas en un viaje rápido. Por una parte, ahora voy a contar cómo doña Elena ha demostrado virtudes, efectivas, de zahorí. Por otra parte, sé que tiene su Museo, en relación con los mejores del mundo; su correspondencia, su hospedería adjunta, que hace extraer del subsuelo de Niebla vestigios de las edades más remotas y que hasta el perro que sale a recibirnos al llegar al arco prerromano por donde entraréis, ya sugestionados, en su casa, es un perro neolítico.

Fué Morales, el maestro, quien me llevó al Museo de doña Elena. Señora de cabellos blancos, tez curtida por el aire libre y el sol, de trato fácil; ingeniosa; muy popular, como una traducción inglesa de la infanta Isabel. Como en el subsuelo de Niebla, en la cultura de doña Elena, se encuentra de todo; y hasta debe ser incluida en esta Visita de Escuelas a título de maestra de una escuela fundada y regentada por ella misma a poco de llegar a estas tierras. Hoy sólo dirige la *Escuela Anglohispanoamericana de Arqueología*, cuya sede es Niebla, patrocinada por el Rey y auxiliada por altas personalidades de España y del Extranjero. El Duque de Alba, el marqués de Bute—inglés—, sir Max Muspratt y la Compañía de Ríotinto, figuran como primeros

contribuyentes. Fondeada en la colina más ilustre del Condado de Niebla, la vivienda de esta dama arqueóloga tiene algo de camarote y de tienda de campaña. Arde un buen fuego en la chimenea. Sobre las mesas, bien enfaldadas, lindos libros ingleses, revistas de arte. ¡Tan lejano todo esto del hogar, frío, escueto, del abuelo sochantre Rajado de la Palma! Sobre todo, los libros, los periódicos; es decir: la idea de actualidad y de comunicación con el Mundo. Cuando en cualquiera de estos apartados lugares nos encontramos un rincón semejante, nos apelotonamos en él como el gato gris de doña Elena en su almohadón turco, junto a la estufa. Es el calor de fuera lo que trasfunden sus paredes; el calor de la cultura y del interés por la vida del Mundo, lo que nos retiene.

Y ahora voy a contar cómo la viuda del inglés Mr. Wishaw hizo de zahorí. El agua que yo he bebido desde que llegué a Niebla la ha alumbrado ella. Es agua "neolítica". No todo el mundo puede decir que ha bebido agua neolítica. La misma señora ha contado en una Memoria: "Obras prerromanas hidráulicas en Niebla y Palos de la Frontera", cómo realizó su descubrimiento. La escuela trabajó bien desde que su directora tuvo la inspiración, y la primera parte de la obra queda ya realizada. Diré en síntesis que se trata de una cañería antiquísima, prerromana, utilizada muchos siglos, pero cegada o destruída, según el archivo municipal de Niebla, ya entrado el siglo XVII. Desde entonces el pueblo tenía que salir por agua fuera de las murallas, al otro lado del río. Doña Elena había visto los caños de Ronda y aquella cañería subterránea, "construída con hormazo, de cantos rodados y mezcla durísima, forrada con enormes ladrillos del tamaño, pero

no de la técnica, de los *mazariis* romanos". Esto fué lo que le llevó a seguir un estudio minucioso y tenaz en los alrededores del manantial de la Ollita, donde iban a hacer aguada las vecinas de Niebla.

Para la Arqueología—todo el mundo lo sabe—hace falta ciencia e imaginación. Disciplina y fantasía. Toda reconstrucción del pasado tiene algo de novela. Toda habilitación de ruinas y restos pretéritos tiene algo de cuento de hadas. La novela de los caños de Niebla podría escribirla doña Elena Williams y Windsor, viuda de Wishaw, si no bastara ya con el simple relato que hemos citado. Tuvo hasta ahora buenos colaboradores: D. Jorge Bonson, Mr. Targett—de la *Cambridge Archeological Society*—y sus propios obreros, entre ellos un alarife de Niebla, Luis Esteban, que hoy ya es alumno aventajado de la Escuela de Arqueología, y desde luego, el maestro más práctico en descubrimientos. Pero todavía falta un Jorge Ebers, un Bulwer Lytton, capaz de animar el presente de Niebla con alguna vastísima evocación histórica. Sólo con pasear por las cercanías del puente romano, volviendo luego a la huerta de la casa antigua de Ibáñez, está hecho el primer capítulo. Desde esa miranda se ve el embarcadero con su murallón de grandes bloques ciclópeos. La muralla, ibera en su base, luego romana y mora. La misma huerta es como un osario de civilizaciones enterradas que ahora vuelven a salir a flote, entre cebollas y patatas. Como la propiedad llega hasta el río, comprendiendo el embarcadero, mistress Wishaw, auxiliada por un aristócrata inglés, ha comprado la finca. El emparrado de un patizuelo empieza a lucir ahora, entre fustes y capiteles de columnas pompeyanas. Pero esto no tenía valor. Lo único esencial era anticipar las

37 pesetas en que el arrendatario de la huerta tenía calculada la cosecha de habas. El terreno excavado junto a los últimos arcos del puente indica el lugar donde los obreros de doña Elena dieron con la conducción prehistórica, cuya corriente viene del Templo del Agua, y por rotura de hace siglos se pierde, Dios sabe en cuáles sumideros.

El Templo del Agua, ¿dónde está? No tengo noticia de que haya parecido todavía, y ese nombre, con su tradición, ha de buscarse hacia el origen de los caños de Niebla. La Torrecilla de los Bermejales es un "ladrón" o respiradero, sangría y "peana". El Templo estará más arriba; quizá en la Sierra de Aracena. Y la corriente que va a morir al mar, sin unirse al curso del río Tinto, quizá pudiera dominarse otra vez. Así me dijo doña Elena, antes zahorí y ahora maga: —Yo he hecho el viaje montada en una caballería, buscando indicios del gran río subterráneo de que me había hablado un geólogo francés muerto en la gran guerra, y ví que tenía razón. Inmensos arenales movedizos llegan hasta la playa, surcada por mil riveras, ramblas y arroyuelos que dan, en el océano, con un banco impermeable de barro ferruginoso, alto como de dos metros. El viento, suroeste, amontona los arenales en cabezos fantásticos, amarillos, rojos o blancos como la sal. Hierro volcánico, magnesia. Aquello es un gran sanatorio.

Porque esta señora conoce Niebla y el Condado, como sus compatriotas conocían las minas de piritita de cobre al entrar en Ríotinto. A fuerza de estudiar, excavar y luchar, lo ha tomado cariño. Y, como veremos, no se ha contentado con un amor baldío, respetuoso y holgazán.

3. MAS INFORMACION.—EL CASTILLO EL CURA DE NIEBLA

Estábamos contando cómo halló doña Elena Wis-haw el agua neolítica de la Ollita; pero acaso nos entretengamos demasiado con este episodio. En fin, valga como ejemplo, como lección de cosas; y yo procuraré abreviar. Para la Escuela Arqueológica de Niebla, esta primitiva ciudad—Ilipla—, era el puerto de embarque del mineral de Ríotinto, desde los albores de la Edad de Cobre. Aquí llegaba, por sendas, a lomos; y desde aquí, en barcazas, por un gran canal, cuyos restos son visibles aún, iba a los navíos de Palos; o acaso a Lucena del Puerto. Bajo las murallas iberas, al mismo pie de los enormes bloques de piedra y hormigón, hay un lago labrado por trabajo de hombre, largo de trescientos metros, ancho de veinte o treinta; "a pesar del fango depositado por las riadas de miles de años, conserva cuando menos tres y en partes siete u ocho metros de profundidad". Este puerto artificial, la obra de fábrica iberorromana, el murallón ciclópeo, y, sobre todo, un banco de balasto, de arena amontonada río arriba, cerca del puente, banco muy extraño, cortado de pronto a la mitad del paso, preocupaban a la Escuela Arqueológica y a su directora. Es tradición en Niebla que bañándose en el río unas mujeres que sabían nadar muy bien, lo habían cruzado por una galería subterránea, tan alta que podían caminar de pie. Allí debía de estar la traída de aguas, necesaria para una tan importante ciudad murada; precisamente cerca del manadero de la Ollita. Pero ¿cómo comprobar la hipó-

tesis? Doña Elena lo cuenta en su comunicación arqueológica con bastante arte. En mayo, la primavera del 26, sentada, y meditando sobre el problema a la sombra de aquellos eucaliptos, vió de pronto un gorrión que bajaba del árbol. —Cuál fué mi sorpresa viendo que iba a beber a la orilla del río! Sabido es que ningún ser vivo puede beber el agua vitriolizada sin morir. Desde luego, caí en la cuenta de que allí, forzosamente, había de brotar agua dulce. ¡Agua dulce en tal sitio! ¿En qué cabeza cabe que un manantial de agua dulce pudiera subir por tantos metros de fango venenoso y llegar a la superficie en condiciones de potabilidad? Como un relámpago pasó por mi cerebro la única explicación. Aquel "manantial" era el salidero del conducto subterráneo, con presión tan enorme que podía echar a la superficie el agua pura de la cual bebía el gorrión... — ¡El pobre gorrión, sin saber química, ni arqueología, por puro instinto, daba la clave del problema de mistress Wishaw, y al propio tiempo del problema de Niebla! Autorizada por el alcalde, empezó a excavar la cuadrilla de doña Elena. Pronto dió con el agua, y a los tres metros brotó un caño tan recio que costaba trabajo encauzarlo. Agua de calidad, que hoy llega a la plaza nueva de Niebla, y sobra para aumentar el caudal del río Tinto, Pero, ¿de dónde viene? Comunica con el desagüe de la Ollita. Sus atanores son prerromanos. ¿Conocían los ingenieros neolíticos la ley de la subida del agua encauzada a su nivel? A esta pregunta, doña Elena no se contesta categóricamente. Parece que sí. Cuenta saberlo cuando queden bien estudiados los bajos del castillo. Luego resta la obra de perseguir el itinerario de esa cañería bajo tierra, hasta la sierra de Aracena, valiéndose de

indicios naturales, como los jazmines silvestres, "jazmines del campo", que brotan al pie de los derribados caños de Niebla.

De esas excavaciones y de las grandes aventuras arqueológicas de la Escuela, el primer botín está en los innumerables objetos de distintas edades, que van apareciendo; desde los grandes atadores iberos hasta la Dama de Alabastro, pequeña joya, inclasificada, del gran depósito o Museo de Niebla. Ante el rudo interés de lo neolítico se pulverizan las demás curiosidades; pero cada cosa tiene su sitio. Muchas civilizaciones han venido a vivir dentro o cerca del recinto de Niebla. Hacían guardia allí cerca, explotaban y vigilaban el tesoro del cobre. Niebla, metrópoli, cabeza natural del Mundo en la Edad de Cobre, ha vivido siempre de prudentes indemnizaciones por el espolio a que sus últimos invasores la tenían sometida. Excavando bien, la cronología no se interrumpe. Todos han dejado allí huellas; por lo menos tumbas. Ha de haber una gran ciudad enterrada a derecha e izquierda de ese caminito de jazmines silvestres.

No sólo doña Elena; también el párroco de Niebla sabe de arqueología. Aunque D. Cristóbal Jurado no puede remover las piedras ciclópeas, orillas del Tinto, del Urión—"que Avieno dice *Hiberus*"—; esto es, aunque no diga misa en la caverna neolítica, ni acote para su parroquia el dolmen de La Lobita, ha procurado conservar testimonios tangibles del pasado de Niebla. Destruída la iglesia de San Martín, su parroquial es un museo. También tiene un nido de arqueólogo en su casa. Yo he visto allí, en compañía del maestro—que apenas guarda en su escuela, para enseñanza de la Arqueología, un botijo de barro de Andújar—, vitrinas muy curiosas.

Vi también un retrato del párroco, con solideo y sobrepelliz, jugando, no con gatos, sino con cachorros de león. Y la leona, viva, a sus pies. ¡Hombre terrible don Cristóbal! Pero, en realidad, sería necesario mucho valor para vivir encerrado en Niebla, si no fuera por el gran derivativo de la condición histórica, artística y arqueológica. Las luchas a que el ejercicio de la condición militante obliga bastan para entretener los ocios y las soledades del pueblo.

Por cualquier parte que vayamos caminando, se nos aparecerá en Niebla la Historia. La que viene vestida con aparato más romántico es la época árabe. La Reconquista se confunde con ella, tanto que son la misma cosa, y tienen la misma cifra: el castillo. Un aristócrata inglés, de quien ya hemos hablado: el marqués de Bute, solicitó concepción por noventa y nueve años para cuidarlo y conservarlo. No sé si la obtuvo. Desalojados los "buretes", humildes viviendas, guaridas de familias pobres, en los sótanos, galerías, prisiones y covachas del castillo, a cambio de casitas nuevas, está ya todo él en manos de los arqueólogos. Otro triunfo de doña Elena. Y aún no es éste el mayor. Del mayor, si se logra, hablaremos al llegar al puerto de Palos.

IV

EL CAMPO

I. LA PALMA DEL CONDADO

TODO este campo de La Palma, viniendo de Sevilla o viniendo de Huelva, es tierra andaluza: plana y fértil. Llega por suaves laderas hasta Almonte, y es todo como una gran vega magra que va a morir en las marismas. El hombre vive de prejuicios; yo tenía, al entrar, conmiseración por el campo de Huelva. Me parecía, tal como lo denuncia la estadística, el más pobre de España. Una Cenicienta sin redención posible, sin hada ni príncipe, sin baile hasta media noche ni zapato de raso. Así deducía yo de mi Catecismo—"Catecismos del agricultor y del ganadero", "Fertilidad de la tierra", "Riqueza agrícola de España"—. En gráficos y mapas, nuestro buen amigo D. Luis de Hoyos nos había puesto siempre a la provincia de Huelva en el último y más desdichado lugar, como el rabo de esta nación, ya de por sí bastante zaguera. Detrás de León, de Almería y Cáceres, de Soria y Cuenca, ¡La última! Hoyos nos da—fundándose en los mejores datos—los valores totales de la producción del campo. El campo de España rinde al año cerca

de 10.000 millones—9.201—. De ellos, Valencia, la provincia más rica, da 413, y Huelva, la más pobre, da sólo 35. El valor total de sus rendimientos rurales no pasa de treinta y cinco millones de pesetas. Pero atendiendo a su tamaño, viendo la producción de cada provincia por hectárea, la estadística sigue castigando a Huelva a la más humilde condición. Cada hectárea del suelo de Pontevedra rinde por término medio 548,3 pesetas al año. Cada hectárea de Huelva, 35,2.

¿Esto es posible? ¿Es posible que Huelva no produzca la mitad que Almería — por hectárea — y apenas la cuarta parte que las tierras ingratas de Soria? He visto la sierra de Aracena: Jabugo, Aroche, Galaroza, Cortejana. Algunos calveros, algunos montes pobres; pero en general, sierra explotada con bastante fruto. El olivo llega hasta muy arriba. Hay cereal, pinares, castaños. Ganado, aunque no en la proporción de Extremadura. La zona montañosa de Ríotinto, y en general toda la faja por donde van buceando las vetas mineras, es cultivable y en gran parte se cultiva. De Niebla yo he destacado la historia, porque así convenía a mi plan de exposición; pero allí interesa más la agricultura. Es ya tierra llana, del Condado, como la de La Palma y la que veremos pronto hasta Villalba de Alcor. Extensión muy dilatada de olivares, viñedos y tierras de pan. ¿Qué representan las marismas fronteras del estuario del Tinto y del Odiel, con las más espaciaosas de la desembocadura del Guadalquivir? ¿Qué restan las dehesas y los cotos de caza? Aquí veo una campiña privilegiada, tierra oscura, jugosa, buen sol, lluvia frecuente, cosechas regulares, sin sequías, sin plagas. Grandes pueblos situados a corta distancia unos de otros; La Palma, Bollullos,

Almonte, Escacena, Hinojos, Chucena, Paterna del Campo, Manzanilla... No exagera el cura de Niebla cuando dice que los mostos del Condado, dulces y dúctiles, son origen de los famosos vinos de Burdeos y Jerez y del "champagne" de Reims—origen, sin duda, por darles la primera materia—. La riqueza de estos pueblos, en la línea o próximos a la línea de Sevilla y del puerto de Huelva, se aprecia sin moverse del tren. Sólo la llegada a Jerez de la Frontera puede compararse a la entrada en La Palma. Veo más chimeneas que torres, grandes almacenes, enormes pipas apiladas en la estación, tráfago de carros... Aquí el andaluz trabaja. No sé cuántas horas. Me dicen que su jornada es muy corta y el jornal escaso; pero la animación revela vitalidad. Luego, pasado el camino del tráfico carretero, la villa es limpia, está cuidada, revela un momento de bienestar y plenitud. En suma: riqueza. Y riqueza que sale del campo.

Por eso me rebelo contra la estadística y creo que sólo el antiguo Condado de Niebla produce más de lo que asignan sus datos oficiales a toda la provincia de Huelva. Debe de haberse cretos. Leyendo bien el catecismo de D. Luis de Hoyos, encuentro un capítulo, "Correcciones del Catastro", y en él estas líneas: "En el opuesto criterio de valorar en más altas estimaciones las producciones por hectárea según el Catastro, figura en primer término Huelva, que de las 42 pesetas del avance estadístico se eleva a 236 por la valoración catastral..." "Los aumentos a que estas cifras—las del nuevo Catastro—han dado lugar, bien por ocultaciones de superficie o por bajísimos señalamientos en los rendimientos, han llegado al 256 por 100 en Huelva, al 220 en Badajoz, al 184 en Murcia..." La corrección es tan

notable, que vuelve de arriba abajo toda la estadística.

Todo irá aclarándose poco a poco en justicia. Como la ibérica Trigueros—otra gran ciudad primitiva tartesia, fenicia, soterrada y roturada—, el Condado debería tener por armas en su escudo la espiga, el olivo y el campo partido de mieses y barbecho. Pero ya es hora de asomarnos a las escuelas públicas de La Palma. Hay cinco de niños, dos de niñas y una municipal. Pocas para un pueblo de ocho mil habitantes. Tomando por centro la plaza—con su admirable parroquial, modelo esbelto, fino, del primer barroco, entre andaluz, extremeño y portugués—, podemos visitarlas todas en poco tiempo y ver que no están desatendidas, pero que urge completarlas y mejorarlas con grupos escolares dignos de esa deliciosa y bellísima iglesia de San Juan, de la capilla, de tipo románico, que la devoción particular acaba de construir y, sobre todo, de la riqueza y fuerza productiva del campo de La Palma. Hay buenos maestros. Allí está D. Julio Chic y Pérez, en una clase grande, con más de setenta niños. Antigua capilla, con doble arcada, buen solado de madera, pero impropia del destino que ahora sirve y destinada quizá a convertirse en oficina municipal. El material es regalo de una señora: doña Juana Soldán; si no recuerdo mal, madre del alcalde. Otro buen maestro, D. Joaquín Bardallo, da su clase en un sobrado. En realidad, no hay ninguna escuela. Pisos alquilados: uno en la calle de San Juan, otro en la calle de Suantes, otro en la plaza de la Magdalena. D. Sutgardo Duarte, D. Luis Fernández Tristaucho, D. Juan Rodríguez de Cos, maestros enamorados de su profesión, tendrán que perdonar si paso tan de prisa por las escuelas de La

Palma. Estos pueblos ricos son casi siempre desesperantes. Gastan el dinero en todo menos en la enseñanza y no quieren oír. Temí que, aun siendo poco, sería tiempo perdido el que invirtiera en hablarles de las escuelas. ¿Me equivocaré?

2. VILLALBA DEL ALCOR.—PUEBLO DE LABRADORES

Elijo entre estos pueblecitos labriegos el de nombre más sonoro, a lo campesino y a lo castellano: Villalba del Alcor. Hay junto a Medina de Ríoseco, en Valladolid, otra Villalba del Alcor, que ahora es Villalba de los Alcores, con más historia medieval, más torres y más piedras caídas. Esta otra tiene, de seguro, mejor presente, No le faltan blasones. Allí dicen que la torre de la iglesia sirvió de cárcel a los rehenes de Francisco I. Sin embargo, aunque esto no sea cierto, les importará poco perder esa vanidad, mientras les quede el trigo, el vino y el aceite. A Villalba del Alcor—la del Condado—se sube desde la estación por el camino o por la vereda. Por la vereda asoma en seguida, sobre el alcor, que no es muy alto, y se divide como un seno, frondoso de álamos en el fondo, por donde viene corriendo un regatillo. Pero si llueve o la tierra está demasiado blanda, es mejor el camino, aunque sea más largo. Todo él está plantado de eucaliptos, hermosos árboles, de un metro de diámetro muchos de ellos. Soberbia entrada había de ser, propia para lugar de nombre tan armonioso; pero cuando yo llego han cortado los troncos, ¡todos, sin dejar uno! a dos palmos del suelo. Quedan los muñones, en fila, y el viajero siente al verlos una especie de cons-

ternación: —No; no, señor; no se preocupe usted —me dijeron luego en el Casino—, esos eucaliptos vuelven a crecer. —Pero, ¿quién los ha mandado cortar? —El Ayuntamiento. —Y, ¿estorbaban a alguien? —Estorbar, no. Se ha hecho dinero de la madera y de la hoja. Pero ya habrá usted visto que los han cortado muy bien. Todos iguales. Y han puesto además un guarda para que no se siente nadie en los tocones.

Crecerán otra vez los eucaliptos, no lo dudo; pero si al maestro de Villalba del Alcor le obligan a celebrar la Fiesta del Arbol, hará muy bien en no llevar a los chicos por ese camino de la estación. Quizás hayan servido las mismas pesetas de la madera y de la hoja para la Fiesta del Arbol del año pasado. No quiero definir el pueblo con este solo rasgo; porque un pueblo de labradores en Andalucía tiene mucho que ver y que estudiar y no se descubre tan pronto. Hay otros detalles agradables. Por ejemplo: la escuela de niñas. Primero convendrá situarla. Esta escolita tiene su acceso por una plazoleta, junto a la de la iglesia. Las gradas de la iglesia, que corren también delante de la plazoleta, preparan ya la escenografía; pero nadie puede imaginar nada más bello, más pacífico y más cristianamente, más humanamente lleno de gracia que aquella rinconada, hecha sólo para dos o tres puertas, una de ellas la de la escuela. La portada es pequeña, pero de gran aparato ornamental, barroca, con tres agujas o remates floridos y una orla de retablo, sobre el plano de la pared encalada. Toda blanca, de arriba abajo, la pared y los adornos; blanca y limpia, como en general todo el pueblo. Detrás hay un jardín minúsculo. Sólo un rosal trepa, tejas arriba; pero ¡qué bien! Para entrar en

la escuela hay que abrir una puerta de cedro, tallada, con el escudo de los Osorno. Pocas veces recibirá el visitador una impresión tan grata. Ya dentro, no es lo mismo. Poco espacio, amontonamiento. Doña Dolores López Maestre tiene ochenta niñas matriculadas. Asisten unas cincuenta. Enseñan también en Villalba del Alcor hermanitas de la doctrina cristiana, por fundación particular; y no hay sino esas dos escuelas para cerca de cinco mil habitantes. Dos maestros, auxiliar uno de ellos, si mal no recuerdo, tienen su local en un antiguo pósito, propiedad—como el de la escuela de niñas—del Ayuntamiento. Enorme, espacioso y bien situado; pero en completo abandono de material. El tipo más antiguo de escuela. Y no sé que haya otra; quizá por creer en el Concejo que para labrar el campo no hacen falta escuelas.

Un paseo por Villalba del Alcor es como un baño de reposo. Calles tranquilas, de ese tipo andaluz tan aplomado, tan bien proporcionado, en el que mis últimos viajes me llevan a descubrir influencias extremeñas. —Ese tipo urbano creo—por lo menos hoy—que baja de Fregenal, de Zafra, de Llerena, hasta el condado de Niebla. Lo contrario habría que demostrarlo—. Calles inalterables, imbuídas de pasado, no muy lejano, hacia fines del XVIII. Grandes molinos aceiteros, todavía con el sistema de grandes vigas, formidablemente macizas, como las hemos visto en la Mancha. Conventos. El convento de las Carmelitas obligará a todo el que tenga ojos a penetrar siquiera en el jardinillo, aunque esté abandonado y nazcan allí los rosales, los jacintos y la salvia como en medio del campo. Si las calles de Villalba del Alcor son canales de paz, ¿qué será el Convento de las Carmelitas? Hay allí, en clau-

sura, catorce. Ni una más, ni una menos. Por fundación de un vecino caritativo tienen su dote, de dos mil duros cada una, según voz popular. Y del mismo origen son estas otras noticias: que antes las almas piadosas cuidaban amorosamente de ellas enviándolas sacos de trigo, pan de flor, pernils, pellejos de aceite y buenos cerdos bien cebados.—Pero ya no. Pasará usted por allí a cualquier hora y no oirá usted gruñidos en el huerto de las monjitas. —¿Y cómo se sostienen? —No lo sé. Pasan *las morás*. En realidad no son sólo estas carmelitas las que viven con pobreza en Villalba del Alcor. Sólo son grandes y magníficas algunas casas de señores o de labradores bien acomodados; y, sobre todo, la prodigiosa iglesia parroquial, con su torre mora rematada por capitel austriaco, su lienzo de muralla, donde antes hubo almenas—todo enjalbegado de blanco, claro está, porque estamos en la región donde triunfa la cal—, su grandiosa puerta árabe en que apenas está marcado el arco de herradura, contrastando graciosamente con el coronamiento barroco. La escuelita y la iglesia, tan modesta una, tan ostentosa la otra, tienen, sin embargo, aire de familia. Se lo da, no el nervio, ni el hueso, ni el músculo, sino más bien el atavío y las alegrías del remate volado. Guardan allí—apenas visible—una *Magdalena* de Zurbarán; cerámicas y mosaicos que atestiguan el paso de varias civilizaciones. Pero fuera de esto, repito, el pueblo no vive con grandeza. La propiedad está mal repartida. Hay muchos jornaleros, aunque no faltan pequeños propietarios. —Cuando llueve ocho días seguidos—es decir, cuando no hay labor—, ya están las pobres mujeres pidiendo en los portones—. El Ayuntamiento vigila. Tiene cuatro guardias municipales, cinco guardias

civiles, dos ordenanzas del Concejo y del Juzgado, tres escribanos, un sereno, ocho guardas de campo, jurados.

Y dos maestros.

3. POSADAS. FONDAS. MALAS NOCHES. BUENAS GENTES.

Para alojarme bien, me habían llevado primero a la mejor fonda del pueblo. La patrona, muy silenciosa, me mostró mi habitación, grande, con dos camas cumplidas, de las cuales me sobraba, seguramente, una y media. Quise lavarme; pedí agua; me trajeron dos jarros, dos toallas; y, por último, entró, con gran ruido de cajas y maletas, un comisionista gordo, que yo conozco por el afán que tiene de viajar en el tren con las ventanillas abiertas. Le despedí con urbanidad, y él acudió a la patrona.

—¡Oígal... Este señor dice que el cuarto es suyo.

La buena mujer se remontó en seguida:

—Usted ya tiene su cama—me increpó—. ¿O va usted a dormir en las dos?

—En las dos, o en ninguna. Yo he tomado la habitación para mí solo.

—Pero ¿no ve usted que tiene dos camas? Una es la de este caballero, que había venido antes que usted, y otra es la de usted.

Era inútil discutir. Ya me había ocurrido hace muchos años, en la provincia de Murcia, despertarme a media noche con la desagradable sorpresa de ver a un tío que empezaba a quitarse las botas. ¡Y lo peor era que allí sólo había una cama! En-

tonces tuvo que desalojar el tío; pero aquí, el primer ocupante, según la ley de la patrona, era el comisionista. Valía más irse a otra fonda. Y, en efecto, fui a parar a la otra fonda del pueblo. ¡Escondrijo humilde! ¡Industria lánguida, mortecina, con una vieja enlutada, suspirona; una camilla sin brasero, con tapete de hule, raspado en los bordes; desconchadas las paredes; socavado el piso! También aquí había en el cuarto dos camas, y sobre una de ellas estaba durmiendo un galgo muy viejo, que se incorporó sobre las patas delanteras al vernos.

—Aquí puede quedarse el galgo—dije a la posadera—. Vamos a ver otra habitación.

Pues en este fonducho es donde encontré al tratante en ganado. Un hombretón recio, calmoso, de pocas palabras y acento levantino. Esperaba la cena y se había puesto a liar un cigarro. Uno de estos abuelos chocarreros y charlatanes, que abundan en todas partes, le veía con admiración sacar una petaca rebarbada, de no sé qué crin o melena; pero, desde luego, magnífica. El viejo mostraba gran curiosidad.

—¿De qué es esa petaca?

—Esto lo hacen con pellejo de los compañeros del toro.

—No los había visto nunca con tanta cerda.

Y se quedó maravillado. El tratante no hubiera hablado más después de tal sentencia; pero el abuelo quería conversación. Así me enteré de que aquel hombre era valenciano y tratante en ganado, especialmente en mulas. Venía corriendo toda España, y como el negocio está tan malo, acababa de perder treinta duros de fianza en la feria de Don Benito. Porque vale más dejarse treinta duros ahora que doscientos luego, y en estas cosas hay que

saber perder. De asunto que no tenga quiebras desconfíen ustedes, porque alguna trampa hay en ellos. Yo no sabía que se hubiera acabado el dinero en Valencia; pero así nos lo dijo el tratante. No quedaba nada. Todo está tirado, y hace falta humor para venirse por Andalucía a comprar bestias.

—Pues usted bien trajina.

—Algo hay que hacer.

—Aquí abajo tiene mi compadre dos muletos que se pueden ver.

—¿Son burreños?

—Burreños, y en los dos años.

—Como no sean burreños de dos años y bien gordos no convienen.

—No hay otros dos mejores en todo el condado.

—Pues mañana los veremos.

Burreños, nacidos de burra. Estos son los mejores mulos y los de más aguante. La propaganda de esa famosa "Liga contra el ganado híbrido" no ha llegado a estas tierras, y si llegó no hicieron caso. Un mulo vive mucho más que un buey. Para cuidar un mulo, usted le echa un pienso por la noche y puede usted acostarse tranquilo; pero los bueyes piden que se les vaya dando a sus horas paja y grano. Hay que levantarse dos veces. Si se lo da usted a un tiempo se comen todo el grano. Además el mulo lo resiste todo. Yo puedo—según el abuelo—salir a cuatro y cinco leguas, a gavillar, llevar las gavillas a la era, trillar y traerme el grano a mi granero con los mismos mulos. Van por cualquier terreno, se mojan, toman fríos... No les pasa nada. El buey es muy delicado. Por todas esas razones y por otras vale mucho más un mulo que un buey, sobre todo cuando es muleto burreño de dos años, como los que tiene el compadre.

El tratante valenciano ya no necesita hablar más. Queda grave e inexpresivo, quieta la cara y reluciente como la de un ídolo javanés. Los mulos que aquí compre los venderá donde hagan falta y los dará al fiado. Seis meses, o nueve, o un año si es preciso. Todos cumplen bien su palabra, y cuando no, ahí está el mulo, criado y engordado, para llevarlo a la feria o para marchantearlo en otro lugar. La guerra se acabó. ¡Aquellos eran tiempos! Hoy es necesario conformarse con lo que cae. Sale a la calle después de cenar, sin duda para otro negocio. La maritornes acude a abrirle muy solícita. Lleva suelta la bufanda, sin abrigo, con un trajecillo ligero. Es hombre fuerte y tiene el mundo por suyo, seguro de que, poniéndose en razón, todo se puede comprar y vender.

Aquella noche volví a casa tarde; me dormí, sin reparar demasiado en la cama ni en el cuarto. Me despertó a altas horas una presencia extraña, una sombra que abría cautelosamente la puerta vidriera y se filtraba en mi habitación. Era el galgo. Le espanté como pude, con una bota; pero la vidriera se había cerrado ella sola y el demonio del galgo no podía salir. Me levanté, a la luz de una bombilla, que lucía fuera, y el galgo dió un salto limpísimo por el hueco de un cristal. Ya no recobré el sueño. De madrugada oí que llamaban al tratante. "¡Ya va, ya va!" Antes de dos minutos estaba el hombre otra vez en campaña. Para ganar dinero en este trato—y en todos—hay que madrugar.

PALOS. - LA RABIDA: EL CAMINO DE AMERICA

I. MOGUER. CAMINO DE PALOS.

A HORA, trayendo viaje tan revuelto: Aracena, Riotinto, Niebla, la Palma; por último, Villalba del Alcor, deberíamos descansar en Huelva, lo más cerca posible de la risueña y florida plaza de las Monjas. En Villalba del Alcor acierta el buen madrugador. Trajinantes y viajeros escarmentados saben también este refrán: "Cama de piedra, la noche en vela, la madrugada buena." Pero antes de fondear en Huelva, iremos a La Rabida, no como peregrinos, sino por llegar al puerto de Palos y ver qué ha sido de él, qué suerte trajo el viento de América a pueblo tan glorioso. Ahí arranca, sobre no se qué estribo imaginario clavado en la arena roja, palustre, el puente espiritual tendido hasta la otra orilla atlántica. Lo veo, en sueños, brillando al sol, combándose al viento, como un hilo de araña. ¡Gigantesco destino, carga demasiado fuerte para los hombros de un puertecito seco! Esto es lo que deseo: asomarme, ver las escuelas de Palos, hablar con los maestros y los chicos de Palos;

tal como son hoy. Nada más. Mi buen amigo Marchena Colombo tiene el ánimo heroico, y mientras yo atiendo a las pequeñas realidades presentes, él se encargará de soñar.

Ir en el tren hacia San Juan del Puerto o en auto por las marismas de Huelva sería como atravesar el delta del Nilo, si hubiese en cualquiera de los brazos del Nilo—ni en ningún otro río del Mundo—agua tan intensamente roja como la del río Tinto. La violencia y la extraña armonía de colores que hemos visto en la Corta, manadero del cobre, se traduce aquí en tintas planas. Una gran llanura de arenas ocres, estriada de vetas sangrientas. Juncos y plantas de salobral. De distancia en distancia, como isletas, como oasis, grandes macizos de álamos y de eucaliptos. El brillo escarlata del río, con la fuerza del sol, no puede compararse a ningún otro color de la naturaleza sino al de la sangre viva. Pero, ¿y el cielo? Todos estos destellos rojos, de rubí, los devuelve en azul. Y aun aquí mismo, en Andalucía, nos parece que vemos por primera vez un cielo verdaderamente azul. Los puentecillos, los pasos de agua dulce, resaltan siempre en negro, como las grúas de las estaciones, donde se amontona el mineral de cobre como el hierro en Bilbao. Luego, bajando por la carretera hacia el mar, los ojos descansan en un paisaje más humano. Buena tierra, oscura. Encinas de copa redonda. A los olivos nuevos los han pintado un camisón blanco. Hemos entrado ya en los olivares y en los viñedos de Moguer. Hemos entrado en un país que tiene ya hecha—prodigiosamente hecha—su estilización literaria y que, a pesar de todo, me parece nuevo. Por la suavidad y puerilidad de color y dibujo, estos cerros punteados de olivos y estos surcos en las ha-

zas me recuerdan las colinas de Mallorca, que siempre guardarán para mí el hechizo de una estampa infantil.

Moguer... Su luz, sus gentes, su monte de oro, su Giralda, sus naranjales, sus caminitos de chopos, sus azoteas, su castillo... Lo conocemos por Juan Ramón. Juan Ramón Jiménez ha hecho la interpretación lírica, melancólica, de Moguer, no sólo en *Platero y yo*, sino en sus *Poemas agrestes*, y en toda su poesía. Por grande y diverso que sea el Mundo, va siempre vestido para Juan Ramón con los colores de Moguer. Si él lanzara al mar desde su río, hoy casi seco, una vela blanca, la pondría bandera malva, el tono más suave que ha sabido encontrar en el crepúsculo de Moguer. ¡Deliciosa versión! No toda ella bondad y amorosidad, porque no pocas veces asoma la zarpa entre las malvas. Versión de poeta y de pintor que no tenemos de ningún otro pueblo español, y que merece, por lo menos, el reconocimiento de un catador de pueblos, como yo. —"El corazón de la torre vieja da un hondo—campanazo en su armadura de azulejos..." — A estos dos versos se levantan todas las cosas antiguas de Moguer, desde el barrio de los marineros hasta la gavia del castillo. También las bodegas son antiguas; pero sin pesadumbre. Y los hábitos. Y la divina inconsciencia de esta pobre gente, por quien muestra, en el fondo, tanta piedad, a despecho de la complacencia folklórica.

¿Se concibe un aguafuerte de tonos pálidos, apagados? Sin embargo, nada tan violento y tan firme de trazo como estos caprichos de la paz de Moguer. Por su apariencia, blandamente sentimental; por la gracia de *Platero* y la guirnalda de rosas que ha sabido colgarle, este libro llegó a ser lectura para

niños. Como el *Gulliver*, de Swift. Pero Juan Ramón no se sirve de fábulas. No ataca a fondo por medio de ninguna ficción ni cambia las proporciones de los hombres y de las cosas. Va miniendo suavemente su libro de horas perdidas, en el rincón del pueblo, alegrándolas, reavivándolas con emociones de infancia. Así es más atractivo el poema de Moguer, representado por innumerables personajes que no aspiran a la leyenda ni a la mitología. Los escenarios están buscados con cariño. El Monturrio—la estirpe romana—, colinitas rojas que parecen de oro, cercándolo. El castillo y la iglesia, como una pequeña catedral.—Asomándose a una ventana de la torre—al Sur—se ve el patio del castillo, el Diezmo, y en la marea, el mar. Bajo la torre, las casitas blancas, con azoteas, y en las azoteas, "macetas floridas, pintadas de añil". Todas las casas están socavadas de aljibes. Pasan también bajo tierra galerías que van a salir fuera del pueblo. Hay calles miserables, donde juegan los niños pobres cerca del cauce seco. La calle de la Fuente por donde se va al huerto. La de la Ribera—la niñez del poeta—, la calle Nueva, con el dulcero maravilloso. La calle de la Aceña, en la Marina. Hay también una plazoleta de los Escribanos. Repito esos nombres, que tienen ya para mí su valor lírico; pero el mayor encanto del Moguer de Juan Ramón está de puertas afuera. Caminos de zarzas; almendros, naranjales, higueras... La cañada de las Brujas. El huerto de la Piña, poblado de jilgueros, chamarices y verderones, con una noria de cuyo frescor se mantienen. El pinar de las Animas. El arroyo de los chopos. Una cinta de mar que brilla. En el río, una velita blanca... Todo ello, tan luminoso, tan idílico, tiene en las más rosadas viñetas su caída

a la fatalidad, su "moridero". ¿Hasta donde llega el moridero en el poema de Moguer? —Pero no sólo hay cielo, tierra y pueblo—el buen pueblo doliente—. También hay *personas*. A pesar de lo cual, el autor ha preferido mantener largo diálogo a solas con *Platero*. Su libro es la elegía de *Platero*: un borriquillo. Yo le perdono a Juan Ramón la sangre de todas sus víctimas, incluso la de "Frasco Vélez", como la de otros alcaldes, matuteros también; y la de "don José, el cura"; pero el pobre Lipiani Esperaba algún recuerdo conmovedor de las primeras letras y veo pasar a Lipiani, el maestro, camino de la ermita, con su pelotón de niños pobres, niños de la escuela, pobre él, como ellos. No le perdono la puñalada alevosa al maestro pobre que el señorito rico de Moguer pinta hambreado la merienda de sus alumnos. "Porque el pobre Lipiani, con el pretexto de la hermandad en Dios, y aquello de que los niños se acerquen a mí, que él explica a su modo, hace que cada niño reparta con él su merienda, las tardes de campo, que él menudea, y así se come trece mitades él sólo."—En el fondo, oro y malva, de este pueblo cuya alma es el pan, en agosto, o es el vino, en diciembre, ha puesto Juan Ramón el trazo negro de un prejuicio. El mismo prejuicio de Frasco Vélez. Lipiani, el pobre, se lo perdonará; pero yo no.

MOGUER Y SU POETA.
CARTA DE JUAN RAMON JIMENEZ.
RESPUESTA.

Juan Ramón Jiménez escribe al director de *El Sol*: "Le ruego, y se lo agradezco anticipadamente, que publique usted en su diario esta carta a Luis

Bello." Pero yo reclamo el honor de incluirla en mi Visita de Escuelas. No se me ofrecen con frecuencia correspondencias de tal categoría. Dice la carta:

"UNA PUÑALADA ALEVE

Sr. D. Luis Bello.

Mi querido amigo: Acabo de ver en *El Sol* de esta mañana su artículo "Moguer, camino de Palos y camino de América". Y he sospechado, en el acto, leyéndolo, que lo pasearon a usted de largo por mis calles de la Friseta, de San José, del Caño, del Sol, de las Angustias, camino indispensable de los coches que van a Palos y la Rábida, y que ahora compensa usted su prisa evocando mi "Platero y yo", con una bondad que he agradecido a usted en lo que vale. No sé tampoco si piensa usted insistir sobre Moguer, aunque me sigo figurando que llegó usted por Huelva, y que le quitaron allí las ganas de conocer mi gran pueblo—vieja costumbre de la absorbente capital choquera, que lo ha venido anulando día tras día, y en toda forma, desde hace muchos años—. Sentiría que hubiera sido todo así. Moguer, a pesar de su actual y tristísima decadencia, de la que corresponde buena parte a algunos mogueres, que pudieron, en su hora, sostenerlo y levantarlo, sigue siendo el pueblo más agudo, hermoso y atractivo de mi provincia mágica, incluida, naturalmente, su capital.

Y si ha estado usted despacio en Moguer, Luis Bello, ¿cómo antes de decidirse a escribir lo de mi "puñalada alevosa", no se informó usted, tan sencillo como era, sobre aquel desprestigiado L. — dejemos esta vez y misericordiosamente su nombre en el olvido—, que pasó hipopotámico, por alguna de sus escuelas, y a quien yo llamé "pobre" sólo por compasión y caridad? Porque la puñalada que usted dice que yo le doy en mi libro a él, me la da usted, en realidad, a mí en mi libro; y el prejuicio que usted, no sé por qué ni para qué, me cuelga a mí, me lo tengo yo que descolgar, y, deplorándolo mucho, colgárselo, ya sabe usted por qué, a usted. ¡Qué parrafito final, de qué lamentable sentimentalismo! Yo, "el señorito rico andaluz"; L., "el pobre maestro hambrió"; y, ¡zá!, "la puñalada" traperera, gitana, "aleve". ¡Ay, ay, ay de L., digo, de J. R. J.! No, Luis Bello; L., jaranero, comilón y

borrachín de las bodegas de Moguer, hasta el punto, según me dijo el médico que entonces lo asistió, de comerse, una tarde, una tortilla de cincuenta huevos, con su vino lógico, no era precisamente gala del Magisterio. Y, en todo caso, si L., cuarentón, alto, ancho, fornido como era, exacto, por su corporeidad y su mente, para la picapiedra, sentía hambre de holgazán, y vagabundo en sus paseos pedagógicos, ¿qué hambre no sentirían los niños pobres de la calle de los Picos, del Coral, de la Carretería, de los Hornos, de donde fueran los desgraciados, a quienes él despojaba de la mitad de su pedazo de pan?

Vuelva usted, querido Luis Bello, si puede, a Moguer, mi pueblo inagotable, que allí encontrará usted hoy también, como cuando yo era niño, y entre muchas cosas dignas de ser encontradas de veras por usted, maestros mercedores de atención y elogio. Defendiendo, en pedagogo fantástico, a una sombra, no hace usted, tan justo—creía yo—y tan exacto en sus visitas escolares, gran honor a los maestros españoles.

Su alevoso amigo imperdonado, *Juan Ramón Jiménez.*"

RESPUESTA

Mi buen amigo Juan Ramón: Usted lo ha querido. Ya está completa la semblanza de ese maestro, tal como correrá en lengua plebeya y señorial por las bodegas de Moguer. Sólo nos faltaba la tortilla de cincuenta huevos. La fuerza gráfica de tal anécdota, medio sevillana, medio bilbaína, ahonda los trazos finos del primer dibujo. Por eso hablé yo de la zarpa entre las malvas. Y por eso no hay alevosía de mi parte, sino acto heroico y casi temerario, pues herir la susceptibilidad de usted, frente a frente y de propósito, como yo lo hago, no es lo mismo que perpetuar en un libro—¡gran libro!—las gigantescas y pantagruélicas debilidades de un desdichado. No. Usted sabe defenderse bien. Su carta lo demostraría, si hiciera falta. Empieza usted por suponer que me han paseado de

largo por las calles de Moguer, camino de la Rábida; que en Huelva me quitaron la voluntad de detenerme allí, y que salvé la prisa acudiendo a su libro. De esta manera, quiere usted tacharme de ligero ante mis lectores y minar mi buen crédito. Pero, no, querido Juan Ramón. No lo consigue usted. Mis lectores conocen el plan de viaje por "las siete Huelvas". Saben que Palos, con la Rábida, el camino de América, formaban una de las escalas, y que, no siendo posible visitar todos los lugares, prescindía de muchos importantes, que para mi objeto tienen menos significación. Hasta de Huelva prescindí. Mi viaje oculta un sentido: el que yo le doy; y nadie me lleva, sino que todos me guardan el respeto de venir conmigo. Sin embargo, por usted y por el encanto de su libro, me detuve en Moguer, y esta impresión literaria era como una añadidura.

Recorrí esas calles que usted nombra y algunas más. Moguer tiene hoy dos hombres ilustres, ya usted lo sabe, cuyos méritos no comparo. Ausente usted, fui a ver al otro; y le encontré primero en la bodega, como gran cosechero, vestido al uso del pueblo, campesino y andaluz; luego, en su despacho, rodeado de libros, altos armarios hasta el techo, mesa revuelta de buen trabajador, vestido severamente de negro, correctísimo cuello inglés y pres-tancia digna de un constitucional del año 12. Muchas y muy interesantes cosas tenía que decirme, sin que la conversación pudiera derivar hacia *Platero*, ni hacia Lipiani, ni siquiera hacia la vida municipal de Moguer. Moguer—por otra parte—no podía escapárseme. Estaba, desde hace tiempo, en mi biblioteca. Lo que yo vi del pueblo y sus contornos podía someterse a otra estilización menos ingrátida, menos convaleciente. Incluso podía ser

substituída la tónica dando a los hombres y al paisaje—rústico y urbano—otro aliento menos fatigado. Pero las emociones infantiles son insustituíbles. Comprenderá usted el enorme interés que encierran para mí las memorias de infancia sabiendo que las escuelas no me interesan por las escuelas, sino por los niños y por los maestros. Juan Ramón, niño, en las escuelas de Moguer, me atraía más que los paisajes de Moguer.

Y, en efecto, el cristal es limpio; de limpidez que no se altera ni aun cuando interviene la pasión. ¿Nunca? Alguna vez, sí. Precisamente cuando mira a los maestros. Al repasar el libro y cerciorarme de esta singularidad, no quise callarla. Al contrario. El caso de Juan Ramón, que en un libro de emociones de infancia demuestra ternura por todo menos por la escuela, merecía subrayarse. La crueldad con los maestros ha de responder a causa profunda o a contagio del prejuicio popular contra ellos, ya viejo, viejísimo. Porque no es sólo el tragaldabas, querido Juan Ramón. Usted ha olvidado que también habla de "doña Domitila". Es la *miga*, o amiga, (1) la guardadora, más que profesora, de párvulos.—"Si tú vinieras, Platero, con los demás niños a la *miga*, aprenderías el abecé y escribirías palotes... Pero, no; doña Domitila... te tendría, a lo mejor, dos horas de rodillas en un rincón del patio de los plátanos, o te daría con su larga caña seca en las manos, o se comería la carne de membrillo de tu merienda..."—¿También "doña Domitila"? Pero ¿qué especie de langosta cayó sobre Moguer? ¿Ponen allí todavía los maestros, ni las *migas*, gorros con ore-

(1) De una y otra manera, "migas" y "amigas" he oído que las llaman en Andalucía y en Extremadura baja.

jas de burro a los muchachos torpes? Y no es esto sólo. Al hablar de los "judas", cuando las pobres gentes del pueblo descargan sus escopetas contra el muñeco que representa al traidor "en superposición de vagos y oscuros simulacros", Judas, según palabras de usted, simboliza sus odios: "el diputado o la maestra, o el forense, o el recaudador..." ¡La maestra odiada, Judas! No había yo demostrado hasta ahora inclinaciones a ningún sentimentalismo; pero por si acaso usted tiene razón, me contengo.

Lo más certero de su carta quizá sea la intención de echarme encima los ocho maestros que tiene hoy Moguer, merecedores de atención y elogio. Yo, "defendiendo a una sombra, no hago gran honor a los maestros españoles". Pero ellos ya saben a qué atenerse. En el libro, junto a los nombrados, no aparecen otros. Sólo a esos dos ha inmortalizado usted. No digo que hiciera hincarse de hinojos a Platero, en reverencia ante la escuela.—Platero se arrodilla, ¿humorísticamente?, "como una mujer", al pasar la procesión del Rocío, en desagravio de la semblanza de "don José, el cura"—. ¡Pero una bondadosa salvedad! ¡Una mirada de inteligencia a los otros, a los buenos! Seguramente usted no tiene recuerdos de escuela, sino de colegio. Habla del colegio de D. Carlos. Aquí está la separación, la distancia terrible. El colegio no es la escuela. Yo querría que todos los grandes escritores españoles se percataran bien de que en nuestra escuela tradicional no sólo es víctima el niño, sino también el maestro. Que ayudaran por todos los medios al salvamento de uno y otro. Mis objeciones a "Platero" son compatibles con la devoción y el afecto que siempre ha sentido por usted su amigo, muy antiguo—y muy moderno—, *Luis Bello*.

OTRA CARTA

"Madrid, 7 diciembre 1927.

Mi querido Luis Bello: Evito al señor director de *El Sol* la molestia de pasarle a usted mi "final" antes de ser publicado, y se lo envío a usted directamente.

Gracias por su respuesta a mi respuesta, impresas en forma tan curiosa, perdida la mía sin fecha y minúsculamente en la envolvedora y vistosa de usted. De ésta, lo primero que me interesa recoger es: que, según usted, yo he intentado minar su buen crédito. Yo creía, y lo han creído ya bastantes personas, que era usted quien había intentado minar el de mi libro, el cual, según usted sabe, circula por escuelas, colegios y Universidades de España y del extranjero—y gracias a ello mi Moguer es amado en el mundo—, sin que hasta hoy se le haya ocurrido a nadie ver en sus páginas ofensa alguna contra los maestros españoles.

Moguer, los artículos de usted sobre Moguer, mi anterior respuesta y "Platero y yo", existen. Quien, sin pasión o con ella, que es lo mismo, desee "comprender", tiene ya datos suficientes. Porque, al insistir yo—como podría, si tuviese ganas de perder mis horas, para aclarar citas de usted traídas por los pelos a su asunto, y cuyo sentido no es en mi libro el que usted, cogido a un clavo ardiendo, intenta darles malévolamente—, no faltaría quien viese en mí un deseo de llamar la atención sobre "Platero", que yo, no olvide usted esto, consciente de su tono y del tiempo mío en que fué escrito, subtité "Elegía andaluza", y es lo que es.—Y, de paso: ¿no le parece a usted, Luis Bello, que es subidamente difícil aliar la ingravidez con la perdurabilidad? Porque la fugacidad y la pesadez van juntas sencilla y corrientemente—.

Acaso, si usted hubiera nacido y vivido años en Moguer, comprendería lo que, naturalmente, se le escapó como viajero momentáneo, y lo que yo intento representar en mi elegía: su profunda nostalgia, que traspasa seres y cosas, de pueblo largamente maltraído y resignado. Para mí sería gratisimo que usted opusiera a mi visión de muchacho la suya en otro libro paralelo y distinto al mío.

Todo lo que exalte a Moguer será siempre motivo de orgullo para mí; y usted no sabe la felicidad que yo sentiría si pudiese escribir o ver escrito alguna vez un "Moguer resucitado". Precioso, por el momento, el humorístico retrato que hace usted del otro moguereno ilustre, que no sé quién pueda ser, porque en Moguer existen varios hombres de igual ilustría, con bodega, mesa revuelta, estantes de libros hasta el techo, de los que nada dice usted, y... correctísimo cuello inglés. Pero usted mismo deja sospechar que en Moguer no le importaba Moguer— y eso estaría muy bien si no escribiera usted luego y arbitrariamente sobre Moguer—, sino x asuntos de infinita y oculta trascendencia, llamados, sin duda, a recorrer los días, las semanas, los meses, los años y aun los lustros, y, entre los cuales, ¿qué es la eterna poesía ni aun el desvalido Magisterio, verdad?

No acepto su corrección a mi "miga". He mantenido en "Platero y yo", usted lo habrá visto, muchas palabras populares. "Miga" se llama en Moguer y en otros lugares de Andalucía a ese nido de párvulos que usted y otros, con perfecto derecho, llaman "amiga". Ya en otra ocasión, la señora de Martínez Sierra, pedagoga insigne, me corrigió mi "miga". "Miga" se ha escrito, además, frecuentemente; y así es como tiene sentido para mí. Por su etimología, entre otras acepciones, "miga" es, lo sabe todo el mundo, uno de los primeros alimentos suaves que se da a los niños. En España, casi todo toma siempre un sentido realista. Y a esa escuela primera, jardín en otros países, van, o iban, los niños de los pueblos españoles a recibir el primer alimento moral.

Su amigo, minador y... zarpador, que no podrá usted decir que le ataca por la espalda, *Juan Ramón Jiménez.*

EPÍLOGO... MUY BREVE

¡Cuántas cosas! Demasiadas, según mi opinión, para escritor tan seguro de sí mismo. Todas me parecen muy bien: la ingravidad, la fugacidad, la pesadez, las ilustrías, la miga. Sólo una me interesa refutar. En las escuelas no circula el libro

íntegro. Fueron suprimidos, entre otros, los capítulos espinosos: el del maestro Tragaldabas, el de "doña Domitila", el de los Judas. Supresión acertada.—L. B.

3. EL PUERTO DE PALOS

El puerto de Palos, desde hace muchos años, ya no es puerto. Esa fontanilla donde hicieron aguada las naves de Colón está seca. Considero inútil insistir demasiado en lamentaciones de circunstancias. Tal como la vemos hoy, esa fuente, hermana de otras, más afortunadas, que aun corren en tierras de Castilla y Extremadura: la de Maqueda, la de Alburquerque, no acaba de parecernos muerta. Yo confío en la virtud de doña Elena, zahorí, como el lector sabe, y en la voluntad del cura de Palos, que trabaja por alumbrar otra vez el agua neolítica de los caños de Niebla. La fontanilla, con su capacete, reluciente al sol como un casco árabe, aparece hoy rodeada de viñedos. Creeríamos que no es tal fuente sino lagar, o entrada a un gigantesco silo donde Palos guarda la cosecha del año. Todo cambia. Todo va siguiendo un ritmo que en vano queremos alterar. Muere una cáscara; se cae. Sale otra, por fortuna. Y por maravilla. Yo estoy aquí mirando la hermosura de esta tierra, llana, nueva—nueva en el ámbito que resonó con tan antiguas voces extranjeras; sidonias o focenses—, toda plantada de cepas jóvenes hasta las colinitas rojas. Voy sumando historias, desde el metal tartesio por el Palus Erébea a la leva de aventureros y descubridores, grandes y gloriosas historias; voy dejándolas caer en el arenal y el producto es un racimo de uvas. Voy barajando razas y civilizaciones, desde la primera

estirpe atlántida a la gota de sangre azanega traída a viva fuerza por D. Gonzalo de Estúñiga; y sale este pueblo, al parecer sin pasado; salen estas gentes que nos esperan en el camino de la Rábida.

Hemos visto el pueblo de Palos en la calle y no en día de procesión. Ya sé cuáles son sus pasiones y cómo se congrega, defendiendo su iglesia, sus imágenes: su Virgen de alabastro, singularmente —esa Virgen que unos impíos quisieron desnudar—. Ya estoy habituado, en tantos viajes desde el otro cabo de la tierra castellana, a separar la Historia de la realidad presente. Nombres magníficos, que sueñan con el timbre más puro, hoy no pasan de ser eso: nombres. Al pie de soberbias ruinas... Pero no creo necesario decir una vez más lo que el lector ya ha oído. Atengámonos al día de hoy. ¿Qué es hoy Palos? Hable por nosotros su maestro. Entregado el pueblo a sí mismo, sin ayuda de nadie, sin otro estímulo que el de vivir, no podía pensar que el hecho de salir de su puerto las carabelas de Colón era como una divina señal, como un testimonio de preferencia que le acordaba el Destino. El mismo mar había empezado por retirarse. El puertecito quedó en seco. La honra que trajeran sus capitanes, pilotos, marinos y soldados, fué, sin duda, a florecer en Sevilla o en la corte de Madrid. América debió de llevarse hombres de Palos, como de ninguna otra región de España. Allá se volcó; y aquí apenas quedaron cien vecinos a la sombra de esa torre. Las águilas no habían aprendido entonces a volver a su roca; ni los emigrantes a guardar su refugio para el regreso. Palos se hundió. Esta es la verdad. Palos vuelve a nacer ahora.

Y para que esto sea más exacto, entro a ver al maestro nuevo, en un local nuevo. Parece que hayan

pensado ahora en las escuelas por primera vez. Le han dado una especie de tiendecita a puerta de calle, en la carretera. El trazado de la clase es irregular; propio para el mostrador de una abacería. La luz, absurda. Se llama el único maestro de Palos don Félix Martínez Lecea. Una población de dos mil habitantes matricula en su libro ciento veinte niños, y asisten casi siempre, alrededor de cien criaturas. ¿Cómo pueden arreglarse en aquellas pobres y escasas bancas? ¿Cómo los puede atender? La maestra tiene menos asistencia, pero también su escuela demuestra el interés del pueblo por la enseñanza. Los muchachos son de inteligencia despejada, de sangre inquieta. Si los Pinzones volvieran a hacer su leva, de aquí saldrían buenas tripulaciones. Pero es la otra leva, la del campo, la que viene por ellos. La escuela es como una cosa improvisada para que no falte en el cuadro de las atenciones municipales. Ahora piensan en no se qué dinero de América. ¡Mala esperanza! Las escuelas de Palos, dignas de su historia, debe hacerlas España. Aquí debe construir el Estado, con excepcional preocupación y adelantando su propósito de llegar hasta donde pueda—y no menos—, las mejores escuelas de la Península. Si hace también el puerto, esas dos obras valdrán más que todos los festejos, certámenes y conmemoraciones.

4. EN EL ESTUARIO DE HUELVA. REFLEXIONES FRIAS DESDE LA RABIDA.

Uno de los lugares españoles que exigen de nosotros mayor serenidad—aparte la turba vocinglerá—es este de La Rábida. Palos y La Rábida. Tan

solitario, tan gravemente rodeado de dilatadas perspectivas, el monasterio nos aguarda y se nos ofrece como humilladero para el examen de conciencia. Lo mejor es venir ya por ese camino de Palos con el espíritu bien lleno de otra idea fuerte. Así no caeremos ni en el aplanamiento de los que entran aquí a llorar grandezas pasadas, ni en el entusiasmo pueril de tantos otros que se imaginan, por herencia legítima, descubridores y civilizadores. Yo sigo pensando que debemos aplicarnos a un trabajo sencillo y que no estaría mal empezar por devolverles su puerto a los de Palos y darles unas escuelas que honraran a España.

La otra autosugestión es muy fácil. El estuario de Huelva es grandioso. La confluencia del Tinto y del Odiel se abre en dos brazos de mar, se ensancha hasta semejar una gran corriente, como los misteriosos ríos americanos: un Orinoco, un Amazonas, un Río del Cobre, ya que no un Río de la Plata. RIO DEL COBRE—si pudieran cambiarse a placer los nombres geográficos—debería llamarse el estuario de Huelva, considerando dentro de la unidad, como familia bien avenida, no sólo Huelva, Palos, Moguer, Aljaraque y San Juan del Puerto, sino hasta Lucena y la más lejana ciudad de Niebla, por un lado, y hasta Gibraltor por la boca de Tharsis. Así, como familia que vive junta bajo la misma onda, debe mirarse la bahía de Cádiz, con Rota, Puerto Real, San Fernando, Puerto de Santa María, Chiclana... Así serán, con el tiempo, una sola cosa, si esto marcha; es decir, si el Atlántico no sigue llenando de arena sus playas más venerables. Grandes ciudades compuestas, que son, en todas partes, las más atractivas, con una gran ventaja a favor del estuario de Huelva, que además de ser Río del

Cobre, salida de las minas inagotable, es el camino del mar, el puerto natural de Extremadura baja.

Por esas aguas, entre costas llanas, marismas y canales, nada tan fácil como imaginar desplegado al viento el lino de las carabelas. De aquí a embarcarse en ellas y a dar por seguro el derrotero de la gloria, no va nada. Favorece, además, nuestra natural inclinación a interpretar demasiado ingenuamente la Historia, esta luz sobrehumana, radiante claridad, transparencia celeste—de cielo de Paraíso terrenal—, y la severa presencia del mar Atlántico que vuelve a llamarnos, a convocarnos para otras epopeyas. Prefiero, sin embargo, ajustarme a mi tono. No deben olvidar mis buenos amigos de Huelva que traigo larga peregrinación por parajes muy gloriosos y muy humildes. Tampoco sería posible cerrar los ojos a esas otras naves que salen por el Río del Cobre como abejas que tienen lejos su colmenar y vienen al salir el Sol a la floresta hispánica. Una de las grandes cosas—dignas, hondas—de la última guerra fué el pudor del heroísmo sentimiento nuevo que supieron guardar todos y que evitó la ostentación del esfuerzo y la valoración del sacrificio. Dieron lo que se les pedía. Cumplieron con su deber, sin gestos heroicos. El Tipperary, La Madelón... Yo quisiera que nosotros peleáramos también sin frases. Sabemos perfectamente lo que es preciso hacer, y, como vivimos en nuestra época, tenemos plena conciencia del efecto que causan las palabras demasiado entusiastas cuando caen en frío. Este es el peligro de Palos y La Rábida, que, por mi parte, zanjo delegando en los poetas épicos americanos todo homenaje a nuestras glorias—si así lo sienten—, y atendiendo a lo que

nadie puede hacer por nosotros. Labor modesta, pero firme. No de héroes; de hombres.

Por el estuario de Huelva, delante del jardín de La Rábida, parece que vienen las naves de América de retorno; no traen, sin embargo, españoles con nuestros mismos sentimientos. Son americanos de larga vida americana, con espíritu crítico, independiente, habituados a sopesar la riqueza y las formas exteriores de la cultura. Yo sé que hago más solicitando unas buenas escuelas para los hijos del puerto de Palos que cantando la gloria de los Pinzones y de Alonso Sánchez.

VI

AYAMONTE: LAS PESQUERIAS

I. DICIEMBRE.—MAL TIEMPO

DICIEMBRE. Vísperas de Nochebuena. Ayamonte, a través de una movible e inquietante cortina de agua fría, cuyos flecos el viento nos restalla en los ojos. Ayamonte, con el capuchón de hule, corriendo un temporal. El agua convierte en marisma las carreteras y los muelles, baldea las calles, cae desde lo alto del Salvador como una riada que acabara de romper el dique... ¿Esto es Ayamonte? Veníamos buscando la dulzura del confín tartesio en esta margen andaluza del Guadiana, confiados en el crédito de su cielo azul y sus casitas blancas. Pero hoy le agradezco una vez más a mi buena estrella el haberme traído en hora de excepción. Mi experiencia de viajero por España me ha enseñado que la excepción está llena de realidad de cada día; que hay que contar con la excepción, y que ésta es la única regla sin excepción. Creo que no está mal venir a un pueblo marineró cuando sopla el viento más duro del Atlántico, cuando cualquier casa, cualquier tenducho tiene algo de arca de Noé y parece que ha roto amarras y empieza a

sentir el oleaje. En Ayamonte nadie ignora cómo se gana el pan la gente de mar. Las mujeres ven su penosa lucha de cerca. Se levantan de madrugada o en plena noche los pescadores. Vuelven a dormir Dios sabe cuándo. Pero estas rachas de tiempo lluvioso y frío igualan un poco a las gentes de mar y a las de tierra e inclinan a las últimas a sentimientos humanitarios. Así me ocurre a mí —no sé si a todos los viajeros de tierra adentro—, que me parece estar a bordo compartiendo las penalidades de los "hombres de galeón".

Galeón es aquí el barco pesquero, de vapor desde hace mucho tiempo. Hombres de galeón... Vamos a preguntarle a D. José Moreno Ocaña, maestro de Ayamonte, cuántos muchachos de su escuela serán, andando el tiempo, hombres de galeón. Se librarán cuantos puedan, porque si son listos tendrán mejores destinos que el de simple bracero. El bracero del mar es el hombre de galeón. Viene de Portugal o de Levante. Avecindado en esta costa, pronto aspirará a otro cargo más lucrativo. Pero hay quien nace para ochavo y para hombre de galeón. Los muchachos que veo descalzos por la calle aguardando la camioneta de Huelva para llevar el maletín, los aprendices de lobo de mar que andan impávidos bajo la lluvia, relucientes como tafetán sus magníficos andrajos, no querrán ya ser hombres de galeón. Aspirarán a mejor puesto: a "patrón de pesca". Y si llegan a entender algo de letra y de cuentas, a "patrón de papeles". Aceptemos la escuela como lo que es, como un vivero. Entremos en el antiguo convento de la Merced y aprendamos a conocer un tipo nuevo: la "escuela de galeón".

No he visto nada tan extraño como esta larguísima crujía, de paredes salitrosas, de suelo húmedo,

carcomido, rezumante. Primero está la doble fila de bancas de un maestro. Mejor dicho: primero están las bancas de popa, en línea quebrada, dispuestas para un coro, según el género más antiguo de clases de párvulos adaptado a la marinería. Luego, la mesa de ese maestro, auxiliar. Luego, las bancas y la tarima de la clase de D. José. Del punto en que uno y otro coinciden sale otro enorme claustro, en cruz con el primero; pero éste, vacío, inhabitable hasta para la gente de galeón. Lo que hay al fondo no lo quiero saber. El salitre de estas paredes y este suelo de salazón envuelve el menaje de la escuela y hasta los manguillos de las plumas, que deberán coger tinta de calamar. Cuando vengan por aquí los vecinos, habituados a su principal negocio, no se sorprenderán de lo que a un recién llegado le parece tan pintoresco. Para muchachos que vayan a dedicarse toda su vida a la sardina y al atún, la escuela de la Merced no es más húmeda que un falucho. Yo creo, sin embargo, que sí. El aire libre lo salva todo. Lo dignifica todo. Ya querrían los maestros y los alumnos de la Merced que allí oliera francamente a pescado y a sal.

Sin embargo, el local no es la escuela. El maestro, que aquí hace de "patrón de papeles"—y algo más—, es un verdadero maestro. Desde el primer día empezó a estudiar a los chicos ayamontinos, y su cuaderno es acaso el más interesante que yo he encontrado en las escuelas andaluzas. Hablo, naturalmente, como escritor que va buscando los rasgos definitivos, los que mejor definen la condición de cada pueblo. Puede prestarse a confusión la palabra empleada. Definitivo suele valer tanto como concluso e irreparable, y precisamente el trabajo de la escuela tiende a comenzar una co-

rrección, a reparar primitivas naturalezas. A don José Moreno Ocaña le interesa la diferencia de capacidad entre los chicos de sierra y los de costa. Va midiéndola. Se inquieta, se impacienta al ver a unos tropezando en terreno llanísimo para los otros. Procura descartar lo que corresponda a defectos de la enseñanza y a la anterior indisciplina. Trae a capítulo la rudeza de la vida, el ambiente familiar, el alcohol... Y luego, como si nada de eso fuera absoluto, ni mucho menos invencible, emprende la gran pelea del maestro para colocarse en el nivel normal. Esta labor es tan dura—yo lo he visto—como la pesca en galeón. Un maestro así no puede pensar en otra cosa. Os llevará por las calles más típicas sin reparar en ellas. Olvidará el castillo y el Salvador, con sus arcadas góticas, el techo de San Francisco y la misma ciudad, por donde vamos a grandes pasos caminando como si no cayera un diluvio. Si el ventarrón vuelve el paraguas, se quedará tranquilo, porque ya hay un engorro menos. Y será precisa gran resolución para llegar con él hasta la corriente del Guadiana y detenerse a mirar sin ningún prejuicio pedagógico la luz del faro que acaban de encender en la otra orilla los portugueses de Villarreal.

2. AYAMONTE.—LAS PESQUERIAS.
LA VIDA DEL MAR.

Una casita de Ayamonte—como no sean las terribles guaridas de la Punta, hermanas de las que enfrentan al otro lado, por la parte de Isla Cristina—es siempre un rinconcito limpio, ordenado y alegre. Desde la ventana de una escuela de niñas, en el barrio alto, veo el otro tipo de construcciones an-

tiguas, con sus azoteas moras, sus corralillos blancos. Macetas andaluzas, chumberas africanas. Y redes. La pared bien encalada, es decir, bien cubierta con el albornoz. El techo de aquellas casitas nuevas tiene, en vez de cielo raso, unas vigas madres; sobre éstas van las alfanjías, pintadas de colores suaves, y encima, ladrillo fino, o teja plana. Desde todas partes se ve el mar—o el estero—. Cualquier terrado es observatorio para ver llegar los galeones.

La pesca ha terminado ya. La gente de galeón se dispersa hasta abril. En Huelva subieron conmigo al autobús de Ayamonte muchos portugueses con sus mujeres y sus chicos. —Estos vendrán de Punta Umbría, de pescar la sardina. —¿Ya no vuelven? —Sí. Van a Portugal a pasar Navidades, y en enero vuelven. Son "parejeros", de los que están constantes.— Su aspecto mísero—parecen segadores gallegos de menos sangre—se agrava por el de la impedimenta. Los de Ayamonte, sin duda, se habían ido ya, porque en la calle, en cafés y bodegones, sólo veíamos gente del país. Hay un descanso de tres meses. ¡Lástima no poder salir a la sardina, y, sobre todo, a la almadraba del atún, espectáculo fuerte! Aquí están las tarrafas, vaporcitos pesqueros, con sus "acostaos": laúdes, faluchos y cambráis, motores, barcazas pescadoras y botes de panda. Tendré que hablar por referencia, mientras no vuelva en otra excursión para verlo con mis ojos. Los ayamontinos narran con entusiasmo las faenas de pesca. Se ve que es su vida el mar; y, además, la salsa de su vida; con algo de azar, de emoción y de violencia que no tienen los pueblos labradores. Aquí hasta los oficios más sedentarios, hasta el cura y el maestro de escuela viven en una ráfaga de epopéya.

Las artes tarrafas con sus galeones salen a pescar la sardina a distintas horas. El personal debe estar siempre dispuesto. Salen "al oscuro", de noche, sin luna, que es la pesca franca. El vapor navega con las luces apagadas y su escuadrilla detrás, misteriosamente. Un marinero va dando grandes golpes con un mazo en la proa. Al tropezar con la mancha o banco la sardina huye. Su fuga deja en el fondo una fosforescencia. A esto le dicen "arder el agua". Cuando arde el agua y el patrón dice: "¡Tírala!", tiran la red, soltando el calón, que es la punta del arte; los plomos se hunden, flota el corcho y queda formada una pared larguísima de malla estrecha. El barco va dando vuelta, formando un círculo, y cuando llega a cerrarlo se dice que ha hecho "la copejá". Ya está prisionera la sardina en los codillos. El barco queda quieto y manda a los "acostaos", que empiezan a llenar, pero los que entran al copo son los "botes de panda". Hay también pesca de alba y pesca de día, en "paiño". La sardina se ve porque "hace reviro"; salen burbujas en hilera, por la superficie del mar. También hacen "salterio" a las seis de la tarde y hay la calada sin ver; pero la pesca al oscuro y la de alba es la más frecuente. El pescador tiene muchos indicios. Adivina que hay mancha por los alcatrafes, pájaros ictiófagos, y por los "zorros de mar", delfines y golfines, que con su instinto son la mejor guía.

Cada una de estas artes tarrafas tiene su patrón de papeles, que suele ser el timonel y correr con las cuentas de la tripulación; y su patrón de pesca. Este es el más importante. Conoce el fondo del mar, se guía por las estrellas, y un poco también por su instinto, como el alcatraf y el golfín. Sabe si abajo hay piedra o no. Esto es esencial, porque si hay

roca se rompe la red. Cuando él manda calar es porque está seguro de que no va a destrozar unas artes que valen treinta o cuarenta mil duros. En los buenos tiempos—después de la guerra—, cuando los beneficios eran grandes, un patrón de pesca ganaba cuanto quería. En Ayamonte les hablarán a ustedes de un "lance" que dió Rafaelito Pérez que valió 18.000 duros. Un lance, una sola redada. Y en Isla Cristina me han contado que algunos patronos, directores de pesca, han llegado a ganar un año setenta y cinco mil pesetas. Llevan a su cargo estos dos jefes unos sesenta hombres por cada escuadrilla, y en esa numerosa tripulación va un estado mayor de ayamontinos, que tiene su misión especial y sus beneficios sobre la pesca bruta, y luego una masa de jornaleros, braceros del mar, cuyo oficio, más rudo, es el de halar red, y sólo tienen su jornal, el pan y el "jalalar". Ese jornal fijo suele ser de cuatro pesetas y estipularse por temporadas. Cada salida que produzca más de lo preciso para cubrir gastos—el gasto diario de las artes tarrafas no baja de mil quinientas pesetas—, el bracero tiene una peseta más de jornal. Se les da 750 gramos de pan. Y el jalalar—o halalar— es la pesca que puedan llevarse a su casa. Con ello, vendiendo el exceso de lo que come, a bajo precio, el jornalero portugués o levantino, vive, ahorra el jornal y a fin de temporada puede llevárselo, entero, a su casa.

3. SIGUE LA VIDA DEL MAR

El mar no sólo atrae a los muchachos ayamontinos por la aventura, la ganancia y el hábito heredado de padres a hijos, sino también los sujeta

a la orilla del muelle con espectáculos siempre nuevos. Como no pueden embarcar en las tarrafas, aguardan en la Lota—la puja del pescado—, escena tradicional, de más emociones, desde luego, que la escuela. Llegan los barcos, con sus artes, brilla la carga, cuya cuantía aprecian bien por la línea de flotación. Antes que los tarraferos y los contratistas aforan ellos, viéndoles la cara a sus padres. Afora el comprador, a ojo, calculando las botas de 45 arrobas que traerá cada embarcación. La puja va de más a menos. Habla el tarrafero dando un precio muy alto, que va bajando rápida y acompasadamente por unidades—99, 98, 97, 96, 95...— Los compradores oyen y aguardan, con arreglo a su plan. —¡94, 93...!— Una voz dice: ¡Mío! —A esto lo llaman *amiar*—. El que *amía* se lo lleva. Venta noble, que gana siempre el que tiene más voluntad, que algunas veces no es el que tiene más dinero. Viendo negocio, los otros se calientan para el barco próximo. Si no, se encogen de hombros y compadecen al temerario: ¡Allá él!

Los de galeón salen indiferentes con su jalalar. Los del país forman una especie de aristocracia del proletariado. Cuando van en el vapor—no en los acostaos, o barcos auxiliares—tienen el diez por ciento de la pesca en lota, una vez rebajado el diez por ciento que corresponde al armador. Si el mar da, todos marchan bien. Aparte del jornal van pidiendo anticipos y a fin de temporada liquidan. Si el mar da poco, como estos dos últimos años, deben conformarse con liquidar a razón de siete y hasta seis reales. Su suerte va unida a la del tarrafero. Pero de esto hablaremos al llegar a Isla Cristina, donde tuve ocasión de oír noticias de la crisis actual.

Otra pesca más ruda aún que la ya descrita es la del atún, en almadraba. Bajeles, vigías, estari-beles, atajos, galeones, insurrectos y demás barcos auxiliares de la almadraba, descansan ahora en los esteros hasta el mes de abril. Debo reducirme a lo que oigo en Ayamonte e Isla Cristina, y al trabajo de D. Alvaro de Miranda, director del Laboratorio Oceanográfico de Málaga. La almadraba tiene ya su tradición administrativa y literaria porque el arte de pesca del atún es antiquísimo. Es, además, complicado, costoso. Hacen falta redes y barcos; inmensas redes de distintas mallas, que van graduándose a lo largo del encierro hábilmente dispuesto al paso del atún: raberas, las más anchas, endiches, buches, safinas y redes matadoras, las más estrechas. Forman entre todas como una inmensa corraliza alargada por donde va adentrándose, incautamente, el rebaño marino. Es en la estación más dulce, en su viaje nupcial—o emigración genética—cuando las enormes bandadas encuentran en su ruta, a poca distancia de tierra, las traicioneras almadrabas. Viniendo del Atlántico, la primera, en aguas españolas, es hoy la de Ayamonte. Se le ha preparado con tal maña, adquirida desde los más remotos tiempos tartesios, que el atún, azuzado por los barcos auxiliares, entra por obra de la fatalidad en su encierro de malla, como los grandes rebaños de toros de las Pampas dan en el matadero. De uno a otro cuadro van pasando hasta llegar al último, el de la matanza, de red más estrecha, donde lo espera toda la flota. Levantar esta red, sacar a la superficie del mar, fuera de su elemento, tanta vida bullente, relampagueante, es comenzar una terrible lucha, a ninguna otra comparable, porque si bien el atún no se defiende, su

fuerza y su mole exigen para dominarle rapidez y energía casi salvajes. Huyendo del gancho que los busca dan saltos, vuelos desesperados con los que vienen a caer sobre las tablas de las embarcaciones, y allí es preciso rematarlos. Es el momento feroz de la levantada de atunes. —El estudio de D. Alvaro de Miranda, publicado por el Instituto Español de Oceanografía, recoge con acierto la descripción de Pardo de Figueroa (el famoso doctor Thebusem) que imagina la matanza en tiempos de Cervantes, en las pesquerías de Zahara. Matanza en tierra, adonde se traían las redes, trabando desde la playa:

"Allí era admitido cualesquier advenedizo, y cuando menos ganaba como jornal una comida abundante y nutritiva; ni se le preguntaba su nombre, ni se hacía información de su conducta; aquello era una especie de asilo de toda la canalla y gente de la briba de España entera; un ejército hampesco, obediente al arráez que lo mandaba, y que hoy lo manda a son de tambor y al golpe de rebenque. La divergencia de colores y hechuras de sus harapientos vestidos, aquella multitud de tipos que retratan al *pícaro* consumado, el placer y el entusiasmo que produce el anuncio de la llegada de un *lance de atunes*, señalado con su bandera por uno de los vigías de las atalayas, la animación y la gritería que se despierta al contemplar aquella multitud de grandes peces que juntos en la red parecen por su color una enorme mancha de tinta que ha caído sobre el mar; el frenesí de que se poseen los pescadores al ver a los atunes ya en la orilla, en cuyo momento se arrojan sobre ellos cocle en mano y se entabla una lucha en la cual se defiende el inofensivo pez con fuertes y violentas sacudidas, el agua de la mar teñida con sangre y con cieno, la algazara de los que tiran de la jábega, el aspecto de aquellos hombres medio desnudos, o desnudos del todo, acelerando la muerte del atún, el toque de los tambores, el movimiento de las banderas en barcas y atalayas, la especie de mugidos de los pescados moribundos, los alaridos y la confusión que allí reinaba, todo esto alumbrado por el fuerte sol de Andalucía, en medio de un desierto arenal y teniendo por decora-

ción el Océano, forma un cuadro tan extraño y tan nuevo, que no se parece ni a las partidas de caza, ni a las funciones de toros, ni a las carreras de caballos, ni a ningún otro de esos análogos espectáculos que suelen verse con frecuencia entre nosotros."

Pardo de Figueroa, como gaditano viejo—era de Medina Sidonia—, debió de asistir alguna vez a esta guerra; pero como se ve, el sistema era distinto. Aquellas almadrabas de *tiro*, traían la pesca a la playa. En las de *buche*, las que funcionan hoy, todo se lleva mar adentro. Las tripulaciones de hoy son de otro género menos aventurero, más industrial. Falta ese color de romance picaresco, pero la realidad es más ruda y más sangrienta. En menos espacio, sin público, sin vocerío inútil, los braceros del mar, las gentes de galeón, pelean su batalla a bordo. El espacio que las embarcaciones dejan libre para la levantada, pegándose a la última red, bulle como agua hirviente con los coletazos y zambullidas de la poderosa pesca. Desde ese momento al del regreso, llevando sobre las tablas el tesoro de plata, ya inmóvil, limpio, hay una hora de actividad tan intensa como pocas veces se ve obligado a realizar el hombre en la dura lucha por la vida.

4. PEDAGOGIA PARA EL ATUN. PEDAGOGIA PARA GENTE DE GALEON.

En memoria de hombre—y, con mayor motivo, quiero suponer audazmente que en memoria de atún—nadie dirá cuándo empezaron estas bandas de peces tradicionalistas a tomar el estrecho de Tarifa como puerta de amor y a entrarse por ella, de mar a mar, en su viaje de Citerea. Siempre, al

llegar abril, ¡siempre!, más allá de la infancia del rey Argantonio, los rebaños marinos han venido pegándose a la costa por la misma ruta. Siempre se han acercado a las arenas de Ayamonte. Y siempre, por huir despavoridos de las primeras redes, han caído en la almadraba. Yo comprendo bien su ceguera en el viaje de ida. La pasión genésica los turba. Pero a la vuelta de cuatro meses, cuando es razonable suponer que traigan ya los ojos abiertos, ¿cómo no les sirve de nada la experiencia? ¿Cómo se dejan engañar otra vez? Todos los chicos de Ayamonte, todos los tratadistas de Oceanografía saben que el atún, al morir fuera de su natural elemento, asesinado a bordo, exhala una especie de queja o mugido lamentoso, única señal de sufrimiento y quizá de conciencia. Iba a decir también de personalidad, pero la palabra me parece excesiva para un atún.

En memoria de hombre nadie sabe cuándo empezaron a embarcar en los primeros galeones las primeras gentes de galeón. Naves todavía más antiguas, con artes aún más primitivas que las de Tartesos, han salido al mar siempre tripuladas por las mismas bandas. Siempre al llegar abril se han presentado al arráez o al patrón gentes que vienen de otras tierras a ganarse la vida; hombres de paga, hombres de jornal; pescadores, remeros, galeotes, matadores de peces, matadores del hambre... Siempre han obedecido al mismo instinto de vivir y han encontrado también, más cerca o más lejos, la red matadora de que nadie se libra. Fueron bandas salvajes; luego, esclavos; luego, algareros y maleantes, gente del hampa y de la briba; más tarde, gente de galeón. Yo los he visto a ellos y a sus familias entre cañizos; y he visto también, una no-

che de lluvia, tenebrosa, el farolillo de las casas de galeón.

Pues bien: yo no me atrevo a cambiarles su tradición a los atunes. No acabo de establecer con ellos solidaridad. Si oyera en una levantada esa quejumbre del atún agónico y viera cómo en la batalla no se defiende, sino que salta y se desploma, lleno de sangre—fría—, acaso sintiera como un brahmán el horror de la violencia y el respeto a la suprema unidad de la Vida. Pero mientras tanto, no sé componer una nueva "Pedagogía del Atún". La de hoy se reduce a términos muy sencillos: mantenerle en sus venerandas tradiciones. Hacer que desvíe ligeramente su camino hacia la red rabera, empujándole con el atajo, obligarle a entrar en el cuadro, luego echarle a la cámara y llevarle sucesivamente, de trampa en trampa, al copo. No necesita más que eso; y salmuera cuando ya está despedazado.

Paralela a ésta podríamos dejar escrita una "Pedagogía para Gente de Galeón", fundada en leyes naturales, de las que difícilmente conseguirá librarse quien viene al mar o a la orilla del mar en una condición inferior. Aquí me permito rebelarme. Es posible cambiar esas leyes. Han ido cambiando poco a poco. Admiro la sabiduría y el sentido práctico de los que no juzgan conveniente enseñar al atún la manera de escaparse de la almadraba; pero me niego a hacer extensiva su teoría a la gente del campo y a la gente de galeón.

5. ISLA CRISTINA.—ANTES, LA HIGUERITA

A don Blas Infante, el notario.— Otras funciones espirituales desempeña usted ahí, fuera del ejercicio notarial; pero el notario será quien me ayude a levantar acta de cuanto veo en Isla Cristina. Salimos de Ayamonte anoche, en medio de un temporal deshecho, y hoy nos amanece al pie de La Higuera un día de sol claro. Para aprovecharlo pido que me lleven a la torre más alta, por ver mucho cielo de una vez y el panorama de la isla hasta el mar y hasta la ribera portuguesa del Guadiana. La torre más alta es, en todos los pueblos que no tienen castillo cimero, la de la iglesia. Aquí, la iglesita de la plaza, única para diez o doce mil almas, se contenta con su espadaña neoclásica, donde voltea discretamente una sola campana. Iglesita de aldea pesquera, no mucho más grande que una barraca. La torre más alta es, pues, la del Ayuntamiento; pero sin alardes, sólo como una terraza más, con su minarete avanzado, de las que aquí levantan para ver llegar los galeones.

Ya con este primer detalle empiezo a comprender la singularidad de Isla Cristina, que, por la historia de su fundación, no se parece a ningún otro pueblo de esta costa andaluza. Isla Cristina no es Andalucía sino por el cielo. Comprendo bien, amigo don Blas, el afecto que usted siente hacia ella y la efusión, la ternura con que la tratan sus vecinos, ricos y pobres. Está recién creada, tibia todavía, al calor de la entraña maternal, y la ven instantáneamente crecida, fuerte, ordenada y seria. La actividad de Isla Cristina, su formalidad y bue-

na administración, la alegría, sencillez y llaneza de su trato, con otras cualidades que sólo conociéndola pueden estimarse, obedecen, sin duda, a su origen y a su aislamiento. Es la última colonia griega fundada en playas tartesias. Un poco griega, un poco fenicia, como todo Levante, de donde le vino su sangre. Es, por mil razones, isla. No cuenta sino con el mar. Tierra adentro, los pobladores no tienen un palmo de suelo, porque en muchos kilómetros, desde Huelva a Ayamonte, el automóvil cruza una sola finca, propiedad hoy, si no me engaño, de los duques de Terranova. Cinco pueblos caen dentro, más allá del estero y los bajos de Isla Canela; cinco pueblos, muy separados, entre pinares, montes y eriales: Villablanca, hasta cerca de San Silvestre; Lepe, Cartaya, hasta el camino de Gibraleón. Ayamonte aun se defiende con algunos restos; pequeños, porque todo lo cedió a cambio de la almadraba. Pero Isla Cristina sólo reina en las casas, en los canales y en las tierras ganadas al mar; es decir, en lo que veo desde la azotea del Ayuntamiento.

☞ Tiene, sobre todo, sus barcos. Para verlos ha levantado esos alminares que parecen tribunas y también cofas. Como los terrados de Levante y las azoteas tarifeñas, están encaladas y brillan al sol las de Isla Cristina. Aparece en la pared blanca de un patio, un peristilo, una triple arquería de aire oriental; asoma en otro el festón de una parra, guirnalda sobre la refulgente nitidez salina del muro enjalbegado. Y chispean las esferillas de cobre, que bien podrían ser de oro si en vez de coronar las escaleras de La Higuera adornasen las azoteas de Sidón, para ver llegar, no las artes tarrafas, sino las grandes naves de Tharsis. De ningún modo

podrían ser más blancos los altos de ninguna ciudad. Esta cal que traen de Ayamonte, donde da de vivir al bracero pobre que la trabaja en hornos familiares, sufre luego un baño brillante de molca, aceite de sardina. Resbala el agua llovediza hacia los aljibes, y el panorama del pueblo toma el aspecto marineramente de una goleta de placer.

Todos saben aquí cómo ha nacido Isla Cristina. Había en el siglo XVIII unas cuantas chozas pesqueras, olvidadas del señorío y destruidas por el terremoto de 1756. Eran estos pescadores levantinos: catalanes y valencianos, que salían a encontrar la pesca a la misma raya de Portugal, hacían temporada, y con las Navidades volvían a su tierra. Al año siguiente alzaron otra vez unos cuantos cañizos sobre adobes, como los he visto ahora en la Punta, y para guardar sus trebejos del destrozo que les causaban ganados y pastores dejaron un guarda catalán, de Mataró, llamado José Faneca. Este Faneca, solo todo el invierno, discurrió cavar al pie de una higuerita, buscando agua potable, y dió con ella y con el nombre del poblado que alrededor de la fuente formaron sus compañeros en pocos años de pesquería. Lo cuenta en sus memorias don José Mirabent, párroco del pueblo en 1824 y fundador de esa iglesita para las familias de tantos pescadores, marineros, conductores de pesca, toneleiros, trajineros y demás gente como acudió al servicio de los barcos y de la saladura y espicha. Levantinos y portugueses eran mayoría en el censo de La Higuerita. Por mucho tiempo sólo se habló allí catalán y valenciano. Aun hoy suenan apellidos de Levante. Los Pérez Roméu han ejercido y ejercen, como veremos, patriarcado. Soler y Barcia—Roque Barcia era de Isla Cristina—, Milá, Vidal, Casano-

va, Cabot, el propio Mirabent, Rosselló, Llobell, Pinell y otros muchos linajes justifican el título de colonia levantina que bien podemos elevar a su más remoto origen fenicio y griego. Y si hiciera falta otra prueba, acudiríamos al testimonio de su industria.

6. PRESENTE DE ISLA CRISTINA

¿Cree posible el lector, andando por España, prescindir de la Historia? Unos por viejos, otros por nuevos o incipientes, contamos en todo pueblo con la Historia, como en el agua marina con la sal. La Higuera es hoy una ciudad mediterránea, a pesar de su geografía. Quedan chozones de tipo antiguo en los arrabales, y en el mismo paseo central alineados con los reclutas jóvenes. Conserve como reliquia esa barraca de fundador, toda ella puerta, toda chimenea, con el gracioso triángulo valenciano y moruno de su caballete. Consérvelo como el mejor monumento conmemorativo, junto con el modelo más arcaico de la primera "chauca" para salazón. El caserío se extiende hacia el canal, rellenando el estero, arreglando como puede el desorden de las primeras construcciones. Hay barrios de calles muy estrechas. Casitas bajas, encaladas. O de azulejos rosa, azul claro, verde pálido. O de rabioso almazarrón. Patios enlosados, con macetones. Se vivirá de la sardina y del atún; pero no pueden faltar en esas macetas tulipanes rojos, madre selvas, geranios y jazmines. Andalucía, Levante y Portugal han concurrido a formar el carácter de este pueblo nuevo.

Diez o doce mil habitantes, aislados en su industria y en sus costumbres, que llevan siempre en el

margen de su presupuesto una parte de azar, ¿cómo se gobiernan? ¿Cómo viven? Isla Cristina ha tenido años de abundancia, más que ninguna otra ciudad costera, en la guerra y después de la guerra. Hace tres años empezó una terrible crisis, cuyos efectos duran todavía. El labrador no puede contar con la lluvia. El pescador puede contar menos aún con la pesca. Guarda, sin embargo, los hábitos de grandeza y mantiene la tradición del pacto entre armadores y marineros. Ha mejorado las fábricas, y es cada día más numeroso el personal dedicado a trabajos de tierra. Fábricas y "fabriquines" de conserva, fábricas de salazón, en lugar de las "chaucas" viejas, movilizan un ejército de hombres y mujeres, trayendo la pesca de fuera cuando las escuadrillas de Isla Cristina no pueden dar abasto.

He visto recién instalado el material flamante, sin estrenar, en una fábrica del tipo más moderno. Lleva el nombre de los Pérez Roméu, como las escuelas de fundación privada que visitaremos. Pero hay cerca de veinte grandes fábricas complemento de la pesquería. Mantell Hermanos, Pérez Milá, Martín Cabet, Sobrinos de Tomás López, Olías, Sanchiz y Fau, Munell, José Cabot, Juan Zamorano, Serafín Roméu, Yagüe, Fumador... La preponderancia de levantinos, catalanes y valencianos continúa en Isla Cristina como en las primeras "chaucas" de La Higuera. Esa fábrica de tipo nuevo mejora, abrevia y asegura la limpieza y perfección de todas las operaciones, que son muchas donde se trabaja sardina y atún; es decir, en fábricas mixtas. Un pueblo entero necesita cada una de estas grandes organizaciones, desde el maestro director hasta la operaria que cierra la tapa de lata. Esto es el mundo que nos interesa, más que la in-

dustria en sí, como explotación de un negocio: los trabajadores, los padres de los chicos; el porvenir de los propios chicos de la escuela. Son los del bichero, los que entran el atún; los pesadores, que manejan la báscula; los descabezadores; los "ronqueadores" o descuartizadores del atún; los "peteros", que lo despellejan; los de la tabla, que lo cortan; los estivadores, que lo llevan a la "chauca"; los "picadores", tivaleros, caldereros, fogoneros, cocedores...

Las máquinas disminuyen el personal; pero al engrosar el volumen del negocio aumenta la población obrera. Con sueldo, a jornal fijo o como destajistas. Cinco pesetas y un kilo de pan, los hombres. Tres o 3,50 y un kilo de pan, las mujeres. En Ayamonte me dijeron que las mujeres trabajan en las fábricas a 35 céntimos hora, y que algunas resisten catorce y quince horas de faena para llevar un duro a casa, como los hombres. Las grandes fábricas enrolan toda su gente por temporadas. En las pequeñas suena la sirena—el pito de llamada—y acude a trabajar el que quiere. No tengo noticia de que a estos jornaleros—camaradas hermanos de las gentes de galeón—les falte ningún día jornal si quieren ganarlo. No esperan inútilmente en la plaza como los trabajadores del campo. Pero sus gajes son menores que los del marinero. He leído en el libro de Bellón Uriarte—que el Instituto de Oceanografía ha tenido la bondad de enviarme—detalles curiosos sobre la vida de estos pueblos pesqueros y sobre la forma del trabajo. Algunos han variado al modernizarse procedimientos y maquinaria. Pero en lo esencial todo subsiste. Tarrafas y fábricas van defendiendo los mismos contratos de trabajo.

Hemos visto cómo la tripulación de los vapores

tiene su tanto de beneficio en la pesca de la sardina, y sabemos lo que es el "jalalár". En las fábricas "la gente tiene, además, un duro por cada mil atunes que se capturan y el valor de los despojos del atún". Quedan supervivencias de un régimen comunalista, o acaso de la libertad y confianza naturales en las primeras sociedades pesqueras. "Allí —dice Bellón— ocurre con la sardina algo digno de mencionarse: en un pueblo en el que muchos años entran más de doce millones de kilogramos de este pez es inútil tratar de comprarlo en el mercado, porque no se vende... Esta paradoja obedece a un acuerdo de la Asociación de Armadores para impedir que los pescadores se lleven la sardina oculta-mente. No habiendo mercado donde venderla se evita radicalmente el robo, que en el año 1918 se calculó había ascendido ¡a dos millones de kilogramos!" ¿Robo? Mejor diríamos exceso de familiaridad. La almadraba, sin embargo, no hace ya su leva de pícaros. Barcos y fábricas trabajan con obreros, que no es como trabajar con gente de la briba y del hampa.

La vida es ruda, y esa parte de azar contribuye a darle color e intensidad. En épocas de abundancia, aquí como en Asturias los mineros, en Cataluña los obreros de hilados, en Castellón los toneleros, tuvieron muy buen año pescadores y fabricantes. Ahora están atravesando la semana de las vacas flacas; semana que lleva ya tres años. Para hacer frente a sus compromisos con el personal, algunos tarraferos encontraron dificultades invencibles, y antes de ver comprometido su buen crédito, la Asociación de su gremio contribuyó con una derrama y resolvió solidariamente el conflicto. La crisis de este año viene agravada por la de los anterio-

res. Puede ser apreciada en el casino y en las chozas que hemos visitado a la margen izquierda del río Carreras. También será fácil hacerse cargo hablando con las mujeres que mandan sus chicos a la escuela. Habría sido más grave aún de no tener ya organizada la industria con mayor amplitud que en las otras pesquerías del Sur de España. Son nuevos casi todos estos "bosques" cubiertos para colgar el atún. Además de los mercados antiguos acaban de abrirse otros. Va la sardina en cajas con hielo a Sevilla, Córdoba, Extremadura y hasta a Madrid. La salazón, en cubetas o en cascos planos y tavales o cascos chicos. Estivada y en rueda, a Levante. Miles y miles de toneladas, en aceite y en escabeche. Como el ferrocarril de Ayamonte es todavía una esperanza, la pesca va en camión hasta el Barreno de Sevilla—la Lonja del pescado—, y los vapores se llevan el resto. La exportación aumenta. Yo he visto en la mejor fábrica una pila de grandes cajas con etiqueta italiana. Debajo, en letras pequeñas pero bien claras, dice: "Pesquerías de Isla Cristina. España." Ya no es sólo la primera materia, sino también la elaboración. Pues bien: ahora veremos cómo este pueblo animoso, industrial, tan fecundo en recursos, ha vivido hasta hace pocos años igual que en tiempos de Roque Barcia: con dos escuelas de niños y dos de niñas. Es el detalle, el pequeño detalle en que no han parado muchas generaciones.

7. PORVENIR DE ISLA CRISTINA.
LAS ESCUELAS NUEVAS.

Todavía hoy Isla Cristina—10.000 habitantes—sólo tiene dos escuelas de niñas. Sustituyen la obra de la escuela nacional numerosas "migas", escuelitas y colegios espontáneos de tipo arcaico—en alguna parte han de acomodarse los chicos—. He visto, junto a las casas de galeón y las chozas de cañizo más pobres, una clase de caridad perrillera, no tanto escuela como capilla, donde una ancianita trabaja con vocación y buena voluntad. D. Antonio de Sardi, dos veces doctor, sabe que donde no hay médicos hay curanderos, y que casi todas esas suplencias docentes vienen a ser curandería. La vida del pueblo, exuberante, casi excesiva, ha ido acomodándose a normas en todo, menos en la enseñanza. Las ganancias súbitas desaparecieron como llamas de alcohol, y precisamente en las mejores rachas fué cuando se adelantó menos. El gasto en la calle de marineros y pescadores, personal fijo y adventicio, debió de llegar a cifras increíbles. Me dicen que el año pasado—en plena crisis—entró por el fielato de Isla Cristina un millón de litros de vino común, de bajo precio, además de medio millón de otros alcoholes.

Todo esto va modificándose, conviene decirlo en justicia, advirtiendo, sin embargo, que el cambio obedece en gran parte a labor personal. Las escuelas de niños graduadas, con seis maestros y el director, son fundación particular. Ya al llegar a Huelva me habían advertido: "No deje usted de ir a Isla Cristina si quiere llevarse buena impresión

de nuestra provincia. Allí está Román Pérez Roméu, que gastó medio millón de pesetas en memoria de su hermano." Así es. La obra debe ser públicamente elogiada, y como en estos artículos no habrá descubierto el lector grandes aptitudes de quien los escribe para panegirista, dejaré consignado que gracias a Pérez Roméu se salva Isla Cristina de una carga a fondo bien merecida. Pérez Roméu, alcalde varios años, antes y después del Directorio, ha hecho de su peculio las escuelas y la Biblioteca Municipal, ha pagado excursiones escolares a Huelva, a Sevilla y a Moguer, y conferencias culturales en el Casino, con otras iniciativas del mismo orden. En obras públicas y beneficencia, en la Casa de Socorro, dotada de material moderno; en atenciones benéficas y en otros servicios ha hecho dar un gran paso al Ayuntamiento de Isla Cristina. Las escuelas están bien dotadas, con seis clases espaciosas y cómodas y buen material de todo género, incluso aparato de proyecciones. Hay patio de juegos y, sobre todo, amplias terrazas: lo mejor, lo más característico y lo más marinero de Isla Cristina. Seis maestros: D. Antonio del Molino, maestro de sección; D. Dionisio Rodríguez, D. Avelino Barrera, maestro y profesor de educación física; D. José Torcillo, D. Manuel López, D. Bianor P. Casado. A todos ellos saludo desde aquí, así como a sus dos compañeras, doña Juliana López y doña Matilde Andrade—como se ve, hemos acabado pronto con los nombres de todos los maestros y maestras nacionales de Isla Cristina—. Para completar la información diré que hay cuatro escuelas particulares subvencionadas por el Ayuntamiento. Pero éstas yo no las he visto.

También hay proyectos. El actual alcalde, don

Emiliano Cabot, comprende que no puede seguir un pueblo como Isla Cristina con sólo dos escuelas de niñas. Tampoco debería acostumbrarse a la idea de que basta a la población escolar el grupo de seis clases, capaz para trescientos niños.

Entre mi viaje a Isla Cristina y la fecha de estas líneas media cerca de un mes. Recibo carta de un maestro—Avelino Barrera—entusiasta y optimista, como puede juzgarse: "Al tener noticias ciertas de que por este Ayuntamiento se había procedido al feliz acuerdo de la creación de la escuela graduada de niñas, que, como usted sabe, era un proyecto por el que todos hacíamos votos, me apresuro a comunicárselo, con el doble fin de que sienta usted la satisfacción consiguiente y de que en su información, si lo cree oportuno, haga constar esta nota patriótica y generosa que una vez más da este digno Ayuntamiento. Por mi conducto ha sido comunicada al señor inspector la buena nueva y esperamos llegue mañana para hacer las diligencias del caso..." D. Avelino tiene razón. El Ayuntamiento merece aplauso, y conviene que su acuerdo sea conocido para emulación de los perezosos. Sin embargo, es preciso que el proyecto siga adelante, y así lo espero, porque yo también soy hombre de fe.

VII

OÑANA: EL ABSURDO

I. EL COTO D'OÑANA

VAMOS llegando al término de este viaje por las Siete Huelvas, que empezamos en Aracena. La última es Oñana: el Desierto, el Absurdo... ¿Por qué el Absurdo? Entre las marismas del Guadalquivir y las Arenas Gordas, barrera de dunas saháricas, viven maravillosamente infinitas especies de la más rica fauna terrestre y acuática. ¡Hiciera yo viaje de naturalista y no viaje de escuelas! Ya veríamos entonces cómo no me importaba aguardar en Bonares, en Almonte o en Rociana a que aclarara el tiempo y bajaran las aguas de esta inmensa albufera, por la cual sería temerario e inútil aventurarse hoy. Esperaría una semana, un mes. El maestro de Bonares, que lleva allí cuarenta y cuatro años—cuarenta y cuatro levas, cuarenta y cuatro procesiones del Rocío—, sabría encontrarme buenos prácticos. ¡Y si en vez de ser un hombre yo fuera "una escopeta"! He aquí convertido de pronto el Absurdo en el Paraíso.

Pero no. No seré nunca una escopeta. Vengo aquí como a otros lugares, para verle vivir al pueblo. En

Ríotinto baja a la contramina, en Ayamonte tripula el galeón, es jornalero del campo en La Palma y en Villalba del Alcor; en el coto de Oñana todas sus faenas han de referirse al señorío. Forma parte del inmenso coto de caza, como los ánades, los ciervos, los jabalíes... No se vea en esto propósito de confundirle entre la fauna y pegarle al terruño, puesto que en todas partes, y singularmente—exaltadamente—en Andalucía, el pueblo sabe defender su personalidad. Es hombre y señor a su manera. Tiene su ciencia, su habla, su tradición. Campesino, hortelano, guardabosque, tirador, empleado de parque zoológico; casero o cortijero para la labranza; pastor de ganado, vaquero... La vida libre, en fin. Vida abierta, salvo la dependencia. Hasta puede ser nómada. Después de andar tanto por España y de penetrar un poco — tal es mi intención — en el alma del pueblo, todo podía ocurrírseme menos compadecer a los niños del coto de Oñana porque en su mundo encantado—de cuento para niños—no hay una sola escuela. Son felices. Se crían sanos. Saben lo que deben saber. Para ser como sus padres y sus abuelos no necesitan más. Estoy seguro de que así hablan todas las escopetas que durante algunas jornadas inolvidables compartieron su vida de descanso y de placer, en plena Naturaleza, con los familiares del coto de Oñana.

Porque el coto podrá ser dominio del duque de Tarifa; pero quien lo disfruta y lo posee es el hijo del campesino. Para no variar nunca el orden preestablecido, lo mejor es que siga en libertad, aprendiendo el lenguaje de los pájaros y de las alimañas ¡Tierra singular, paradisíaca, primitiva, imposible sobre cualquier otro rincón de Europa! Lamento no haber podido hacer otra cosa sino asomarme a

ella. Pero, ¿en realidad, para qué? Su extensión es enorme. Hará un siglo tenía el coto de los marqueses de Villafranca diez o doce leguas cuadradas. Hoy acaso sea algo mayor. Cerca está el coto de los Ibarra. Y el coto del Rey, hasta Villamanrique de la Condesa. El aire libre viene desde la otra ribera del Guadalquivir, Lebrija y Los Palacios, sin tropezar con un solo pueblo en cien kilómetros. De esta parte quedan huellas de poblados desaparecidos; villares como Gatos y Chillas, que hoy son dehesas y no hace mucho tiempo aun tenían Ayuntamiento con jurisdicción exenta. Es decir: que han vivido más pueblos en medio de esta soberana y pródiga campiña, rodeada de monte, cercada al Sur por las arenas; pero capaz, entre las marismas y los lucios o espacios descubiertos, de sostener innumerable población de agricultores inteligentes. Ya que no entro en el coto de Oñana, D. Luis de Hoyos me facilita el libro "*Unexplored Spain*", que escribieron en 1910 Abel Chapman y Walter J. Buck. Estuvieron con Mr. Bunsen, embajador de su nación, en el coto de Oñana, recorriéndolo y estudiándolo como cazadores y como naturalistas. Ofrecían para ellos singular atractivo las marismas, y descubrían infinitas posibilidades. Hoy, en efecto, empieza a despejarse el porvenir de esta desembocadura, gracias al estudio de expertos ingleses, con experiencia adquirida en el delta del Nilo. Permítame el lector deducir una consecuencia. Yo hubiera preferido que los muchachos del coto de Oñana, sin perder el delicioso contacto con la Naturaleza, antes al contrario, aprendiendo a conocerla y a dominarla, fueran los que planearan y realizaran esa obra gigantesca.

El último maestro que encontramos por esta

parte es el de Almonte. En el Rocío, junto a la ermita, ha ido formándose un poblado, más bien colonia veraniega, sin escuelas. Más al Poniente, en Rociana, hubo muchos años un buen maestro, que era de Alba de Tormes: D. Agustín Santos Redondo. Al morir dieron su nombre a una calle del pueblo y le recuerdan con cariño. Pero bajando hacia la playa de Castilla no veremos ya sino alguna choza entre hinojos y carrizos; pinos pobres de centinela ante la barrera de dunas. Arena, tierra blanda, desierta, que ahora estará anegada. El ganado, casi salvaje, y la caza mayor se refugian en "los montes", que no son tales montes, sino arenas algo más altas que las marismas. ¿Dónde duermen pastores y guardas? ¿Dónde ha ido a guarecerse el hombre? Cuando baje toda esta crecida de lluvia y marea quedará un cordón de colinas blancas a todo lo largo de la playa de Castilla, guarnecida de trecho en trecho por torres fantasmas derruidas, enterradas, alguna subvertida como por un terremoto. Y entre los matojos, un rosario de lagunas de agua salobre. Sólo hay una altura en la costa: el Médano del Asperillo. Sólo un señor: el duque de Tarifa.

Siendo coto vedado, propiedad privada, parecería impropio que un desconocido, un curioso, se internara hasta las casas cortijeras y el palacio de Ofiana solicitando, como en la campiña de Jerez, escuelas para los hijos de los servidores. Acaso me convencieran de que no es posible. Siempre sería delicada la gestión. Pero el temporal resuelve todas mis dudas. Para llegar a la Marismilla será mejor aguardar otra ocasión, desde Sanlúcar. Sé que ya escritas estas notas, han hecho el camino por las arenas para la cacería regia en autos-orugas, como

para cruzar el Sahara. Todos saben que en el coto de Oñana, aparte de una prodigiosa variedad de especies europeas y africanas, corre la llanada, restituido a su primitiva y arisca libertad, el camello del Desierto. Hacia el año 40, un arrendador del marqués de Villafranca mandó traer de Canarias un macho domado y dos hembras, que se aclimataron y reprodujeron. Pronto, haciéndose al país, salieron como los jabalíes, ciervos y patos silvestres, a vivir por sí mismos. Este año, un pampero argentino, ha cazado camellos a lazo. Regresión. Es decir, vuelta al estado de Naturaleza. Las arenas de Oñana, más primitivas hoy, más arcádicas que el día ya olvidado en que vino a hendirlas y a hechizarlas la primera proa tartesia.

2. TARTESSOS, ¿BAJO LAS ARENAS?

Hemos evocado la primera proa tartesia hincada en estas arenas gordas de Oñana. Sugestión de lecturas. Estampa de cuentos para niños grandes, cuentos fragantes, espirituosos; el mejor incentivo para imaginaciones adultas. Venimos de Tartesos. Nos rodea la luz tartesia. Un paso más, y aceptamos la tesis halagadora—en el fondo, nacionalista—. ¡Aquí estuvo Tartessos! Es decir: ¡aquí fué la Atlántida! Preguntamos por el narrador de la última versión: Adolfo Schulten. Va con nosotros su libro "Tartessos. Contribución a la historia más antigua de Occidente." ("Revista de Occidente". Madrid, 1924). Pero el profesor Schulten no trabaja ya en el Cerro del Trigo. No podremos verlo en el campo—en las arenas—de sus excavaciones. Se cansó. Desistió de seguir removiendo tierra para no en-

contrar nada, y acaso convencido ya de que todo era inútil por haber partido de un error inicial. Allí no estuvo ni pudo estar la segunda boca del río tartesio. El Guadalquivir no tuvo nunca esa segunda boca, y nadie encontrará entre Sanlúcar y el Cerro del Asperillo la isla del Rey Argantonio. Nos convenció de la imposibilidad el estudio geológico de la costa hecho por Gonzalo Tarín, tal como lo analiza y aduce el profesor D. Anselmo Arenas, en otro libro que pudiéramos llamar "El contra-Tartessos"; pero que, en realidad, titula "El verdadero Tarteso" ("Según la Geología y los testimonios prehistóricos". Valencia, 1926.) Contra sus estudios numantinos y, sobre todo, contra el tono demasiado exclusivo con que la inició Schulten, olvidando a Saavedra, reaccionó Gómez Santacruz. Contra la interpretación muchas veces libre y arbitraria, de Avieno y su periplo, reacciona con verdadero furor de erudito don Anselmo Arenas. Tartessos, "la ciudad de plata hacia la cual enderezaban el rumbo las naves fenicias y griegas", no despierta de su milenario sueño. Schulten ha desistido de buscarla entre el Cerro del Trigo y el mar, a la orilla derecha del Guadalquivir, poco más arriba de su desembocadura.

Si el profesor Schulten hubiera levantado algunos testimonios—siquiera del tamaño de una lenteja, conforme a la frase cervantina—, todos los argumentos geológicos e históricos quedarían en ridículo. Como no lo ha conseguido, el profesor Arenas sostiene la recíproca. Primero se trató del descubrimiento de una necrópolis fenicia. Luego recuerdo haber oído hablar de una sortija con inscripciones de alfabeto desconocido, acaso preibérico. Varios alegres periodistas gaditanos sorprendieron a Schulten en el Cerro del Trigo y le oyeron

hablar misteriosamente de posibles hallazgos. ¡Nadal La tierra removida yace hoy bajo un charcal, y si algún secreto tiene, lo guarda.

Tartessos no estuvo en las arenas gordas, ni podía convenir a un centro de civilización paraje tan combatido por la Naturaleza. "Tartessos—conjetura Schulten—es base de la ficción platónica. La Atlántida de Platón y Timeo es una noticia oscura del Tarteso, isla próxima a Cádiz, situada entre los dos brazos de un río, celeberrima por su riqueza de metal." Ciudad de tradición remotísima para los griegos, tanto como para los cazadores de Oñana, porque a su insondable antigüedad apenas hacen número treinta o cuarenta siglos. "Todo aquello está apretado de viviendas—es grato reproducir el cuadro de la Atlántida—; el brazo del mar y el puerto están llenos de navíos y mercaderes venidos de todas partes, que hacen un ruido enorme con su vocear y los golpes de la gente trabajadora noche y día..." "Puertos, arsenales; muros y torres, templos. Cerca, en las praderas de la isla de plata, los rebaños de Gerión..." Y luego las famosas leyes en verso, viejas, de seis mil años... Frente a ese cuadro opone el profesor Arenas—aparte de un aluvión de prueba documentada en textos griegos y romanos, singularmente en Avieno—la descripción de las Marismillas del Guadalquivir en el soberbio estudio de Gonzalo Tarín: "Como es poca la altura de esta región sobre el nivel del Guadalquivir, en las avenidas de la madre y de ese río se inunda todo este terreno, formando una gran laguna la mayor parte de las marismas, y la mucha ganadería mayor, toros, caballos, que allí pacen, tienen que ir a refugiarse en los montes de arena, en el Cerro del Trigo." ¿Pudo fundarse aquí—pregunta el autor de

"El contra-Tartessos"—una segunda Roma, la ciudad más rica y más culta de la antigua Europa? ¿Para qué, teniendo tan cerca campiñas o playas más seguras?

Tartessos, sin embargo, no se les escapa a las tierras más occidentales de España. Estuvo junto a Huelva, en la desembocadura del Tinto-Odiel, los dos brazos del río ibérico que van a la montaña de la plata, a las minas antiquísimas y a su cueva infernal, negra del humo de las primitivas fundiciones. Aquí venían las naves de Tharsis, capaces para grandes navegaciones y cargamento grueso, justamente a la misma orilla de donde partieron las carabelas de Colón. ¿Tartessos bajo las arenas gordas de Oñana?... Idea torva, inquietante, más siniestra que las ruinas de Itálica. ¿Tartessos en Río de Cobre, dominando la espléndida desembocadura atlántica, con la Rábida por reminiscencia del templo pagano?... ¡Ahonden esas fatigadas orillas, excaven, comprueben y corroboren—amigos arqueólogos—el sueño de nuestro erudito!

VIII

RESUMEN Y FINAL EN HUELVA

1. POR QUE NO HE VISITADO LAS ESCUELAS SIUROT

HEMOS visto rápidamente unas cuantas proyecciones de Huelva, que invitan a internarse vida adentro con más reposo. Conviene, sin embargo, cortar. Nos esperan otras provincias. Resumen de ésta: pocas escuelas; no siempre malas. ¡Muy pocas! Una tercera parte de las que serían precisas si, en efecto, quisiéramos dar enseñanza de verdad al pueblo. Pero en todas partes descubrimos un deseo, una inquietud favorable. ¿Y la capital? ¿Por qué hemos ido desviándonos de ella? El primer viaje a Huelva nos dejó lamentable impresión. Menos escuelas, proporcionalmente, que en el último pueblo. Mayor pobreza, mayor miseria, mayor relajación. Una escuela modelo: La Esperanza—que, en efecto, fué al construirla una esperanza—, no llegaba a cubrir el cupo de asistencia, a pesar de la penuria de locales y maestros. El pueblo bajo, incomunicado, viviendo aparte. El magisterio, terrible, ferozmente dividido por culpa de la funesta habilitación. En larga, interminable cri-

sis de prestigio la escuela nacional, iban ganando popularidad y simpatía las Escuelas Siurot, del cual no tuve hasta entonces otra noticia que un curioso y famoso libro titulado "Cada maestrillo..." El cuadro era poco atractivo. Valía más Aracena. Ríotinto, Isla Cristina, Ayamonte, Niebla..., interesaban más y no daban tan triste espectáculo en medio de la calle. Una mujer, doña Gertrudis Ponce, maestra de gran estilo, comparable a la jerezana doña Luisa Regife, quizá hubiera logrado, con sus compañeras, desvanecer el mal efecto, refrescar y purificar un poco el aire. Pero valía más aguardar la enmienda, fiándola al tiempo, gran pedagogo, gran confesor, gran auxiliar de los inspectores de primera enseñanza.

Segundo viaje, casi un año después. Algo ha mejorado la situación. Algunas escuelas nuevas. Tres pequeños grupos escolares, de dos o tres clases cada uno, construídos con lujo y a punto de inaugurarse, revelan el interés del Municipio. La Esperanza tiene llenas las siete aulas para niños —a las maestras nunca les había faltado asistencia—. Se trabaja más. Hay una cantina escolar. Este maravilloso secreto de la cantina ya lo sabíamos todos; pero ha hecho falta voluntad para echarla a andar. No quiero dar nombres ni proclamar éxitos personales, porque en Huelva, donde más importa, nadie ignora quién hace los milagros. Hay cantina. Ha empezado la aproximación al pueblo de las gentes acomodadas por ministerio de una Sociedad de Amigos del Niño. He visto la cena de Nochebuena. He visto por toda la ciudad chicos que iban ayer descalzos y rotos y que ya no pueden llamarse greñudos. Son alumnos de las escuelas públicas, escuelas para pobres; y también chicos de

la calle, o del muelle, para los cuales no hay local ni maestro. Este es el principio de algo muy serio, muy importante. ¡Animo! ¡No dejarlo perder!

2. LAS ESCUELAS SIUROT,
SEGÚN TEXTOS AUTÉNTICOS.

Un Ayuntamiento de izquierdas—republicano, si no me equivoco—alzó en terrenos cedidos por la Compañía de Ríotinto las escuelas de La Esperanza. Iniciativa de D. Diego García, persona tan conocida en Madrid como en Huelva. Sugestión lejana de D. Francisco Giner. Dos pabellones espléndidos, capaces para setecientos alumnos, fueron durante muchos años destinados a todo menos a escuelas: a hospital, a cuartel, con preferencia. La ciudad, de crecimiento rapidísimo, conformábase con las escuelas del Matadero Viejo, las de San José, las de Agustín Moreno. Millares de chicos por las calles, chicos de playa, chicos de zona minera; pobres, con un grado de pobreza y abandono inconcebible. Como en el Sacro Monte de Granada nacieron por obra personal del padre Manjón las escuelas del Avemaría, en el barrio de San Francisco nacieron, por obra de Siurot y del arcipreste de Huelva, las escuelas del Sagrado Corazón de Jesús. Pronto arraigaron en terreno favorable y, sobre todo, en la simpatía popular. Al abrirse, ¡por fin!, las de La Esperanza, escuelas públicas del Estado, hizo la mala suerte que el pueblo no acudiera a ellas. Hasta ahora, en este mismo curso de 1927-28, no han cubierto el cupo de asistencia. Las escuelas Siurot atraían todo el interés por la enseñanza de que Huelva era capaz. Seguía, eso

sí, una muchedumbre de chicos su vida libre, callejera.

Estimo, sobre toda otra cosa, las cualidades personales del maestro. Aunque los actuales pedagogos portugueses ataquen a Joao de Deu y su piadosa memoria; aunque consideremos el caso del padre Manjón como singular y único, y, por lo tanto, irreproducible, la personalidad salva el método. El hombre es todo. Amparándose en esa convicción, D. Manuel Siurot, abogado, empezó a enseñar, y sus cualidades de maestro y organizador le dieron rápidamente fama. Es, por lo tanto, de tipo espontáneo. El mismo se complace en decirlo al frente de su primer libro: "Observaciones pedagógicas de uno que no ha visto en su vida un libro de Pedagogía". Tal afectación de ignorancia es de buen efecto en ciertos países donde las gentes tienen triste experiencia del fracaso de los pedantes. Extendiendo el criterio, la cerrazón lleva al retraso industrial; pero siempre acaban lo mismo: el cosechero aprendiendo a hacer vino, el labrador enterándose de los abonos y el maestro estudiando para enseñar. Siurot sólo declara su deuda con el fundador del Avemaría, pedagogo cordial, hombre de acción; como voluntad y sentimiento, un santo; como técnico, un enamorado de la enseñanza por movimientos y visiones gráficas. Gran distancia media de Manjón a Siurot; pero el juego de móviles sentimentales no varía. Dice el último: "Me he valido de *doña Constancia* y de *doña Experiencia*, hermanas de *don Sentido Común*." Y atribuye su luz en las tinieblas, no al Espíritu Santo—es decir, no a la inteligencia—, sino a "la llama ardiente que brota del sagrado corazón de Jesús". Esto es: a la inspiración emotiva, cordial. Yo creo que, aparte el

noble impulso de caridad cristiana—forma confesional de conceptos sencillamente humanitarios—, hay en todo este andamiaje gráfico manjoniano algo que sólo puede haber brotado naturalmente en Andalucía, donde la imaginación necesita vestir de formas materiales las ideas más sencillas. Tendencia que, en principio, está bien, pero que acaba por embotar el arma por exceso de uso. Ya volveremos sobre este punto.

Con ayuda de personas piadosas, primero; luego, del Municipio de Huelva y del Estado, las escuelas del Sagrado Corazón han llegado a tener seis clases de niños, con una de párvulos muy numerosa. En conjunto, más de cuatrocientos. La enseñanza católica, del tipo usual en colegios regidos por eclesiásticos. Hay un sacerdote al frente, D. Carlos Sánchez. Este carácter de enseñanza particular, confesional, excluía las escuelas Siurot de mi visita, dedicada a la enseñanza pública del Estado. Pero el Sr. Siurot tiene además un internado de estudiantes del magisterio. Las plazas son cuarenta. Gratuitas en absoluto, desde la manutención hasta las matrículas oficiales y el material. Elegidos entre los mejores solicitantes, estos cuarenta aprendices de maestro, que cursan sus estudios en la Escuela Normal de Huelva, deberán obtener las mejores notas, con riesgo, al primer descuido, de perder su beca. Tienen, como puede suponerse, el mayor estímulo, no sólo de amor propio, sino por el afán de sus familias, pobres todas, o casi todas; y esta seguridad de aplicación y suficiencia ha dado el mejor crédito a los maestrillos que, año tras año, van saliendo del internado Siurot. Sus prácticas las hacen, naturalmente, en el Sagrado Corazón. Sus primeras armas también, aunque allí los sueldos

son mínimos. Pronto alzan el vuelo y se esparcen por toda España, llevando la educación y los principios que allí les imbuyeron. Aquí ya no se trata de enseñanza particular, ajena al propósito de mi visita, sino de una colaboración con el Estado en la preparación del magisterio, lo cual ya no es ajeno, sino contrario al criterio que sostengo. Maestros de cuño Siurot, hechos en el troquel del Sagrado Corazón—aunque sigan sus cursos en la Normal—, pueden ser, suelen ser, estudiosos; pero contribuyen a ahondar un abismo que España ha querido cegar durante un siglo y a enconar luchas innecesarias. Suele decirse: "Ese cuño pronto se borra. La mayor parte olvidan el método y el espíritu." Pero ello, sobre entrañar delito de ingratitud, hemos visto en anteriores experiencias, con más de una generación educada incautamente en parecidas normas, que casi nunca es exacto. Algo queda. Júzguese como se quiera, es muy distinto un método, un espíritu pedagógico, cuando se aplica en un colegio particular y cuando se adopta en un internado, verdadero Seminario de maestros. Hemos de verlos como estatutos de una institución pública, y para ello nos bastarán sus propios textos.

* * *

El libro "Cada maestrillo..." será nuestro guía para apreciar el espíritu y el método de las Escuelas Siurot. Su estilo llano, familiar, va de lo pintoresco a lo chocarrero. No es eclesiástico D. Manuel Siurot, sino abogado; pero su tono popular, chispeante, recuerda el de los clérigos publicistas de principios del siglo XIX, por lo cual tiene tradición literaria. Parece buscar sus efectos no tanto en los

maestros como en las familias. Voluntariamente rebaja su prosa, dejándola explayarse en confianza. Habla, por ejemplo, del sol andaluz, del aire libre y de la conveniencia de ajustar la escuela al clima, y dice: "Lejos de nosotros *la fatal manía de pensar*, pretendemos vivir como se vive en Berlín y en París. Y aquí, donde desde marzo hasta noviembre es casi todo el tiempo un verano tropical, gastamos cuellos que aprietan la yugular, chaquetas que oprimen el encuentro del brazo con el busto, pantalones que sofocan y molestan siempre a toda la región baja abdominal y a sus vecinas, las demás regiones, y zapatos, inhumanos zapatos, en que el cuero muerto de una bestia hace guerra cruda al cuero vivo de un hombre, produciendo en los pies todas esas porquerías contra las cuales están llenas de específicos *maravillosos* las esquinas de las plazas de Abastos." ¡Perdón! Transcribo todo el párrafo porque veo en él como una imagen gráfica del efecto que cualquier método pedagógico, civilizado, habrá de producir en maestros que se jactan de no haber visto en su vida un solo libro de Pedagogía. Por ahorrarse tanta molestia, quieren volver a su natural y acaban por inventar métodos ya inventados.

El espíritu de estas escuelas lo irradiaba el Divino Maestro, "con su Sagrado Corazón al aire". Lo único que puede infundir al maestro valor para su tarea es el corazón de Jesús. Sin Amor no hay maestro. Ni el cariño *natural*, ni el deber bastan para el ejercicio del magisterio. Dos o tres meses de durísimas realidades asquean al hombre más sufrido... "Y yo afirmo que no hay maestro de niños pobres que a los tres meses de trabajo no les haya perdido el cariño *natural*, y por tanto que para educarlos es necesario el cariño de la *gracia*. Afirmo, pues,

como última consecuencia, que un maestro que no sea cristiano no educa absolutamente nada en nuestra civilización." Opone Siurot el concepto del amor cristiano, exclusivamente confesional, al concepto del cariño natural. No ve otros móviles.

Dando fuerza gráfica a la exposición de esa su primera idea, declara en uno de los capítulos más conocidos de su libro cuál es el único medio para contener la cólera y abstenerse de pegar a los niños. El maestro no debe pegar nunca. Tenía yo entendido que estaba casi borrada en las escuelas aquella máxima: la letra con sangre entra. No he sorprendido en mis viajes sino a un maestro pegando a un pobre muchacho que se dormía. En cambio he visto que cuando los maestros dejan a sus pequeños al cuidado de otro alumno mayor, este delegado, por exceso de celo y ejercicio de su autoridad, siempre pega. Pero en el libro de Siurot no es el mal trato régimen pedagógico, sino explosión de la ira, desfogue de los nervios. "Porque todas las calorías del corazón son pocas, y el maestro que no tiene sangre, no enseña... Es decir: que todos los que tienen condiciones para enseñar, tienen inmejorables condiciones para pegar." No sé qué opinarán de esta afirmación los maestros nuevos y los buenos maestros de todas las épocas. Pero veamos en qué forma traza el autor su gráfico del sistema "único" para lograr el dominio sobre sí mismo:

"A mí me ocurre que soy muy nervioso; conque excuso decir a usted cómo empezaría yo mis funciones del magisterio. *A cate limpio.*

Pero pensé: esto no puede ser, no debe ser. Puse por salvaguardia para contener las indignaciones el concepto de mi dignidad... ¡fracaso!

Me acuerdo de Jesús con los niños pobres... Me contengo un día, dos... ¡fracaso!

Me propongo por modelo a Cristo en la cruz. Me contengo diez, doce días... ¡fracaso!

Traen a clase un crucifijo y le digo a mis alumnos: "Hijos míos, cuando vean ustedes que por cualquier motivo, aunque sea muy fundado, empiezo a descomponerme, que me diga uno de vosotros: *Don Manuel, mire usted quién está allí*, y que me señale al Señor en la Cruz.

Me contuve un mes, dos... Un día se me encrespaban los nervios y tuvo un alumno mío que decirme: *D. Manuel, mire usted quién está allí*.

¡No tiene cura; Dios mío, qué tristeza; no tiene cura! Tenía a Cristo crucificado a la vista y no me curaba... ¿Podría hacerse más? El demonio agujoneaba por boca de maestros experimentados que me decían: ¿Lo ve usted, Don Manuel, lo ve usted?... ¡Eso es imposible!

Pero un día comulgo y formo el propósito de no enfadarme... ¡y no me enfado! Al siguiente, comunión y propósito..., ¡lo mismo! Y así un mes, dos, tres, diez y siempre. La clase viene a ser para mí una especie de corolario de la Comunión... ¿Qué le parece a usted?... Era natural. El Cristo vivo y presente en la Hostia tenía que hacer más que la imagen suya, respetabilísima y adorable, en madera. El Cuerpo mismo de Cristo y la divina Sangre... ¡Gracias, Jesús mío!"

Como en este ejemplo—bien conocido de todos los maestros, aunque para el lector acaso sea nuevo—, en casi todos los capítulos de este librito Siurot acierta a dar fuerza plástica a sus convicciones. Sólo así puede un maestro contener sus instintos. La Comunión ha de ser diaria. El sistema lo aplica como método de corrección moral a los propios alumnos. "Mire usted, yo tenía muchos niños en una escuela de pobres, y esos niños injuriaban, maldecían, hurtaban, eran crueles, y, horrorícese usted, blasfemaban; es verdad que sin saber lo que decían. Pues un día y otro día, un mes y otro mes, se los instruye en Cristo y se les mete el Sagrado Corazón

poquito a poco en el alma. Una dichosa mañanita hacen su primera comunión. Estos niños han empezado a cambiar. Vienen luego las comuniones quincenales, luego las semanales y últimamente las diarias. ¡Hijos míos, *que no mejoráis...*! ¡Que venga ese señor del argumento para que vea el milagro que ha hecho el Sacramento del Amor con vosotros en la comunión diaria...! ¿No erais golfos? ¿No sois ángeles?" —Me interesa recoger estos párrafos, no ya por las escuelas, sino por el Internado de estudiantes de la Normal.

Penetración, conocimiento del pueblo andaluz y singularmente del niño, sentido del humor y gracejo, revelan los métodos Siurot. Todo lo fía al gráfico, desde la Doctrina Cristiana hasta la Fisiología. Discípulo en ese respecto de D. Andrés Manjón, ha extremado la materialización de todas las nociones. He visto aplicadas en diversas escuelas andaluzas esas prácticas, y siempre me pareció que se fundan en una desconfianza excesiva en la inteligencia de los niños, y que sólo se logra sustituir un género de enseñanza memorista por otro, dando no las ideas sino la pantomima de las ideas. Siurot, como el padre Manjón — verdadero espíritu fervoroso de maestro y de educador —, trata de herir la imaginación del niño con actos, movimientos, sensaciones materiales de las que luego, ¿cuándo?, podrá extraer una noción. Así recomendaba en esta misma tierra, antes que ellos, un maestro de Granada que se llamó D. Melchor García Sánchez y enseñaba con trucos como el de la rayuela histórica, el de los elementos gramaticales aprendidos por medio de círculos y cuadrados y otros por el estilo. Cualquier niño de estas escuelas explicará, en efecto, el gráfico de la Doctrina. "Gráfico fabricado con la-

drillos colocados de canto en el suelo para asegurar su solidez. La circunferencia representa a Dios, dentro de cuya totalidad está la Trinidad, graficada por el triángulo equilátero." Los diez números expresan los Mandamientos de la Ley de Dios. Así, pues, el gráfico abarca a Dios y a su Ley. Veamos su funcionamiento: Diez niños se colocan cada uno en su número. Tú eres, se le dice al primero, *Amar a Dios sobre todas las cosas*. Al segundo, *tú eres...* Etcétera. — Pero ¿es necesario todo esto para enseñar conceptos tan sencillos, tan simplificados como los Mandamientos? De la misma manera veremos enseñada la Historia y hasta la misma Geometría.

Comparando el librito de Siurot y sus trabajos pedagógicos con la obra del modelo español —el padre Manjón—, vemos que Siurot logra demostrar la debilidad del sistema manjoniano prolongando sus líneas hasta el absurdo. Lo que allí está finamente indicado aparece aquí en trazos gruesos de carbón. "El Pensamiento de las Escuelas del Ave María", las "Hojas circunstanciales" contra "el naturalismo liberalista en la escuela", las "Hojas históricas", escritas para oponer la escuela cristiana frente a la escuela "neopagana", son libros de batalla, cuya elevación moral salva la violencia. El sacerdote burgalés—Manjón era de Sargentos, en Burgos—, maestro ante todo, estaba ya como serenado por la experiencia de los años. No recuerdo haber visto en sus páginas más apasionadas sugerencias del tono que revela este diálogo de Siurot: "—Don Manuel...—dice el niño—, yo quiero a la patria una barbaridad. —Pues hijo, hay mucha gente que ha dado ahora en decir que eso de la patria es una cosa inferior. —Escuche usted, don

Manuel: ¿y por qué no los meten en la cárcel?...
 —Ven acá, dame un abrazo, otro y otro. ¿Me prometes que siempre, toda tu vida, harás esa misma pregunta? —¡Sí, señor!” La exclusividad del concepto de la patria, como la intransigencia en el otro concepto fundamental de religión, no tuvo nunca en las escuelas granadinas expresiones tan gráficas. Verdad es que Siurot ha extremado el sistema de corporizar y materializar los sentimientos, como las nociones y las ideas. Basta entrar en una escuela de ese tipo para ver en las paredes los gráficos, los jeroglíficos elementales. Son ya populares procedimientos manjonianos como el de la “rayuela histórica” el gráfico gramatical, donde los muchachos representan las partes de la oración. Pero Siurot lleva el sistema mucho más lejos. Por ejemplo:

Aparato digestivo. — Un chico se llama boca, otro faringe, otro esófago, otro estómago, otro intestino delgado, otro páncreas, otro hígado y otro intestino grueso. Se forman cogidos por las blusas. (Con arreglo al cuadro.)

- ¿Tú qué haces, boca?
- Mastico y echo saliva a lo que como.
- ¿Y tú, faringe?
- Yo lo trago.
- ¿Esófago?
- Yo lo dejo pasar.
- ¿Estómago?
- Yo lo amaso un poco y le echo un líquido que sudan mis paredes por dentro, que se llama jugo gástrico. Tengo una valvulita que comunica con el intestino delgado, y se llama píloro, se abre y...
- ¿Intestino delgado?
- Llega el alimento a mí.
- ¿Hígado?
- Yo le mando la hiel biliosa por la vejiguita de la hiel.
- ¿Páncreas?
- Y yo el jugo pancreático.

—¿Qué pasa entonces en ti, intestino delgado?

—Pasa que unas venitas delgadas como pelos, que vienen a parar a mí, le chupan al alimento la sustancia para formar la sangre.

—¿Intestino grueso?

—Pues yo hago como un niño que está comiendo caña de azúcar o uva de palma, que así que ha chupado lo dulce tira fuera una pelota de cosas casi secas, que maldito lo que endulzan ya. Cojo el alimento tal como lo han dejado y lo echo fuera por un sitio... que no quiero nombrar.

Como los niños tienen a la vista, cuando están formados, el aparato pintado en la pared, lo llegan a comprender tan perfectamente, que es éste, como el gráfico de la respiración, una de las cosas que más han sido admiradas siempre en la escuela.

En el gráfico de la digestión no hay simulacro. En el de la respiración, sí. Los ocho o nueve niños que figuran ser los pulmones dan pasos adelante y atrás, "volviendo al sitio de partida, rítmicamente, siguiendo el movimiento exacto de la mano del maestro, que marcará la marcha de la respiración. Resulta una preciosidad".

Verdaderas representaciones... Es decir, espectáculo en que cada cual tiene repartido su papel, en espera del visitante. El niño, no educado, sino amaestrado. El maestro, maestro de baile. Para dejarse impresionar por la exhibición de esos números de circo hace falta no tener idea de lo que debe ser una escuela. "Resulta una preciosidad." Yo creo, en honor de Siurot, que esos medios de exteriorización teatral no están hechos para la enseñanza, sino para el público, pues maestro que no llega a hacerse comprender de otra manera demuestra muy escasos recursos mentales. Ni aun como base para explicaciones posteriores pueden ser útiles esas pantomimas, con las cuales sólo se obtiene un resultado: aumentar en los alumnos la

tendencia a la materialización de las ideas y de los conceptos, en tal forma, que perjudicará el desarrollo normal de su inteligencia y dificultará posteriores estudios.

Siempre, desde Moisés, los niños aprendieron sin gráficos los mandamientos de la Ley de Dios: para aprender geometría nada más gráfico que las líneas en la pizarra y las figuras en el espacio; para la fisiología, las láminas explicadas. No fundando en tales aparatosas prácticas la excelencia de una pedagogía, sino limitándose a usarlas como refuerzo auxiliar, secreto que no ignora ningún maestro, pueden ser aceptadas, aunque siempre con escrúpulo. Métodos exclusivos... Ni siquiera otros más científicos sirven como fundamento para enseñar en las escuelas. De modo que las aptitudes del maestro serán independientes de esas artes burdas del gráfico y del baile ruso. Enseñará bien un buen instructor, a pesar del sistema, y fracasará siendo malo, más que por los sistemas de siempre.

Más importancia que a esos consejos doy a las siguientes líneas del libro de Siurot: "como en nuestras escuelas cada maestro tiene unos treinta y cinco alumnos, los llegan a conocer muy bien..." Cada maestro llega a conocer muy bien a sus treinta y cinco alumnos. Puede enseñarles. Puede dedicar a cada uno el tiempo preciso. Esta sí es buena norma. Pero ¿cómo lograrán seguirla, fuera de las escuelas del Sagrado Corazón, de Huelva, centenares, millares de maestros españoles, que ven entrárseles todos los días por las puertas de su pobre escuelita ciento, ciento veinte muchachos?

SEVILLA, VIAJE PRELIMINAR

I

LA CAPITAL

A D. Diego Molleja, buen maestro,
del tipo antiguo, en la escuela de la
Alhóndiga.

LEGUE a Sevilla, desde Huelva, una noche fría, de lluvia, no tropical, sino cantábrica. Crecida del Guadalquivir. Avería en la electricidad. Los sevillanos, como sombras, corriendo a cuerpo limpio entre ráfagas de agua helada. ¡Mejor! Había desembarcado, probablemente, en la única semana de invierno, y este error me permitiría un viaje imparcial, independiente. Sabido es el arte de Sevilla para envolver a sus visitantes, sobornándolos, embriagándolos de cielo azul, aire tibio y aroma de azahar. Tan segura está de sí misma y de sus narcóticos, que sólo espera elogios y alabanzas. Si un sevillano nos dice: "Hable usted de Sevilla", nunca imaginará que podamos hablar con reservas. Y yo iba decidido a no alterar el tono de voz, como muchos suelen hacer con los niños... y con Sevilla. "¡Sevillal ¡Seviyiyal!" Para mí, y para la visita de escuelas, como si fuera Bilbao. En efecto, algo de ría bilbaína tenía aquella noche el Guadalquivir. Algo de Correos, la calle de las Sierpes. Por la ma-

ñana muy temprano—siempre lloviendo—estaba yo calle Mesón del Moro, detrás de la Giralda, en el ex convento de los Menores, donde vive y regenta su clase D. Francisco Guiraun. Escalera monumental, cegados los arcos de la parte alta. Gran patio siglo XVIII. Claustros viejos, goteras... Un aula inmensa. Pero habían empezado aquel día las vacaciones. Los chicos que veía por la calle con sus libritos bajo el brazo iban a colegios particulares. ¡De pago! Grave asunto es éste de las fiestas, por servir de pábulo a la murmuración popular en descrédito de los maestros oficiales. "En el colegio no hay tantas." El pueblo sólo ve que allí trabajan más, sin reparar que la escuela pública—la escuela de balde—abre cuando lo dispone la superioridad. "¡Pues que se entere la superioridad!" Podíamos ver, sin embargo, la clase del Sr. Guiraun y la de su compañero Sr. Jiménez Cuenca, ocupada hoy por los alumnos más fuertes, mejor nutridos, más flamantes de ropa y más disciplinados que he visto en mi vida. Al entrar nosotros se levantan de golpe. Saludo militar, con golpe de talones, Son cincuenta guardias de Orden Público. ¡Magníficos escolares, bien elegidos! ¿Cómo se arreglan para meterse en esas bancas? Hay que pulir el personal de agentes de la autoridad. Supongo que les enseñarán, entre otras cosas, algo de francés y de inglés. Esta es la primera impresión que recibo, al llegar a Sevilla, de la proximidad de la Exposición.

La Exposición... Todo está orientado hoy en Sevilla hacia la próxima Exposición. "Si quiere usted creerme—dice el señor Guiraun—, vale más que no vea las escuelas tal como están hoy; porque antes de un año todo habrá cambiado de arriba abajo. Cuando se inaugure la Exposición, Sevilla, que hoy

no tiene cien escuelas, tendrá más de doscientas. Vamos a construir los mejores grupos escolares de España. Está aprobado el plan de reformas y de nuevas construcciones. Ya le enteraremos a usted.”

Deseaba, sin embargo, antes de conocer ese plan ver cómo son las escuelas de Sevilla hoy. Cómo han sido hasta ahora, ya que todo el pasado vamos a ir arrinconándolo en menos de un año y no quedará ni desván para los trastos viejos. Como el propósito que ha movido estos viajes—el lector lo sabe, y todos los maestros españoles también—no ha sido otro sino despertar interés por la escuela, empezando por el principio, por el capítulo de locales, aquí, en Sevilla, nada tengo que hacer. Lo que haga, por escrúpulo de conciencia, ya que estoy aquí, tendrá cierto color histórico, casi de arqueología escolar, como si revolviera otro archivo de Indias y encontrara entre papeles viejos algún manuscrito interesante.

Por eso entré en la escuela de la Alhóndiga, donde tuve la suerte de encontrar al tipo de maestro que yo iba buscando por Andalucía: a D. Diego Molleja.

Sé que distinguiendo a uno con mención singular corro el riesgo de herir el concepto que legítimamente tienen de sí mismos otros no menos meritorios. Así acaba de ocurrirme en Huelva. Sin ver que en una maestra o en un maestro distinguidos personalizo cualidades generales. Llegarían a perder toda espontaneidad y sinceridad estas impresiones si me dejara influir por tanto temor. A veces también los pueblos se disgustan, unos porque desearían aparecer descritos con luz más favorable; no pocos por razón digna de agradecimiento: porque no los visité. Debo resignarme a esta con-

trariedad. Pero en el caso del maestro de la Alhóndiga ningún compañero sevillano sentirá molestia de amor propio.

Popular y estimado por todos. Maestro artista, poeta—poeta clásico, mide los versos con oído latino—. Su clase, en lo alto de una pintoresca dependencia municipal, mantiene abiertos sus balcones a las azoteas de enfrente; es como un taller de pintura, y los muchachos, aprendices. Nada se acomoda en la escuelita de D. Diego Molleja a las normas pedagógicas universales. Es un pisito; dos estancias llenas de sol; por campo de juego, una terraza. Quizá no se halle tampoco el mismo D. Diego vestido y perfilado por dentro muy a la moda. Su alegría, su libre discurrir socrático y el sesgo de su sonrisa me recordaron a D. Francisco Giner. Más infantil. Aunque no sea éste el modelo predilecto del maestro de la Alhóndiga. Pero si hablo de él es porque para mí representa—este maestro el tipo permanente de educador a la antigua—a la eterna—, puesto al margen—no diré por encima—de reformas y proyectos. ¿Qué pide ahora D. Diego Molleja viendo danzar millones de pesetas para las escuelas de Sevilla? Que le pongan a la suya un zócalo de azulejos. ¡Siquiera como el de la farmacia de la Alhóndiga, que tiene a la puerta de su casa! ¿Nada más? Y que sus alumnos salgan también artistas, con un poquito de esa luz celestial hecha para alumbrarnos la vida de los pobres; luz tan maravillosa que no sólo sirve para eso, sino, de añadidura, nos da para vivir.

Con este maestro de barrio populoso; con la admirable directora del grupo Carmen Benítez, doña Carlota Lucena—de quien más adelante hablaré—; con Guiraun, que conoce bien su rincón; con los

maestros de la Macarena, de Triana, de San Jacinto, podríamos recorrer Sevilla, y la veríamos como no la ven—como no nos conviene que la vean—los turistas. Aquí, en San Jacinto, tiene a la puerta de su clase D. Teudiselo de las Heras, en el antiguo claustro del convento, una invasión de familias refugiadas, que han venido de Triana y de las Eri-llas huyendo de las inundaciones. Traen sus hornillos portátiles. Una buena mujer acaba de dar a luz. A otra viejecita todo se le ha "riao", y no ha podido sacar ni el colchón. A otra la llevan al hospital. Pero aquí y en otras escuelas hemos de ver cómo son y cómo viven los muchachos, ya que esto no lo variará de golpe el proyecto de los siete millones.

II

LOS NIÑOS DEL PUEBLO SEVILLANO

ESTOS muchachos, despejados, vivaces, de rasgos finos, casi siempre pálidos y muchas veces ligeramente olivácea la piel—"morenitos de color verde...", como en la canción de Cervantes—, tienen entre sus filas los angelotes gordos y los pícaros oji-negros de Murillo, un poco ángeles también. Chicos de puerto, de gran ciudad fabril y, al mismo tiempo, de cortijo; boteros, aprendices y campesinos; los barcos, la fábrica, los toros. Sobre nuestra idea de Sevilla pasa en una línea trasversal, fatalmente, la calle de las Sierpes; pero esta ilustre vía no es imprescindible para los chicos de las escuelas, mientras que el río, el campo y el taller si lo son. Como escuelas hay pocas, imagino que los hijos del pueblo más pueblo se quedan en la calle—los más rotos, los más descalzos—; que hay, aun en el bajo pueblo, una clase media, la cual manda sus chicos a la escuela de balde, y que las clases acomodadas, muy relativamente, los envían a escuela de pago; es decir, a colegios. Mucho de eso ocurre, en efecto; pero quedan algunas escuelas, bien conceptuadas, donde se mezclan algo las clases.

Como Sevilla es única en el mundo, sus costumbres escolares también lo son. Los chicos sólo van una vez a clase; una sola sesión cada día. Entran a las once y media, tanto en octubre como en junio, en invierno como en verano.

—Y muchas veces—me dijo un profesor—, crea usted que no los tengo juntos hasta las doce. ¡Adiós mañana! Y ya no salen hasta las cuatro y media.

—¿Y qué arreglo hacen en sus casas para las comidas?

—Muy fácil. Cualquier cosa les basta. Por la mañana, cuando vienen aquí ya han comido su desayuno, los que pueden. Algunos—muchos—, con la prisa y con el jaleo de la limpieza, no tienen tiempo. O no tienen desayuno, que es lo mismo.

—Y los que lo tienen, ¿qué toman?

—Unos "calientes", o séase buñuelos. Con una taza de café puro.

—Quiere decir sin leche.

—Eso es: café solo y su "gorda de calientes". A las dos horas de estar aquí se les da el descanso para que tomen su meriendilla y un rato de recreo. ¿Usted pregunta lo que suelen traer? Pues pan con dulce de membrillo, o pan con arenques, o pan con manzanas. Algunos traen tortilla. Con esto ya se arreglan hasta las cuatro y media, hora en que los enviamos a sus casas. Allá se van a jugar, a entretener el tiempo mientras llega el padre. A esa hora, el puchero, sin carne, un poco de tocino; la "pringá", la morcilla.

—¿Y beben?

—En la mesa, poco.

He preguntado también a gentes del pueblo, que, en lo esencial, dan iguales informes. Los chicos son para todo muy precoces. Beben pronto.

—¿Aguardiente también?

—Sí; por la mañana. Como el padre y como la madre. No es lo general, claro está. Hay muchísimas casas pobres de Sevilla donde no ha entrado nunca esa mala costumbre.

Trasnochan casi todos. ¡Las habitaciones son tan pequeñas! ¡El cielo es tan benigno! ¡Quisiéramos saber lo que harían ustedes si vivieran tan apretados! ¿Hay nada como echarse a la calle? Sevilla, de noche, con luna o sin ella, siempre está bien, menos en este viaje que se me ha ocurrido emprender durante la única semana de invierno. Los maestros se quejan de que los niños se acuestan demasiado tarde. Al día siguiente vienen cerca del mediodía, sin acabarse de despertar: —Anoche era más de la una... El "cine" se acabó muy tarde—. Porque, eso sí; los chicos no comerán bien; pero nunca les falta una perra gorda para el "cine".

Suelen ir limpios. Es raro que uno se presente descalzo. Pero esto lo veremos en otro viaje; quizá cuando ya esté realizado el proyecto grande, tal como lo desean y lo esperan los maestros sevillanos. Sé también que la capacidad intelectual de los muchachos y, sobre todo, la rapidez y agilidad de compensación—de igual modo que en otras ciudades andaluzas ya visitadas—está muy por encima de su capacidad de trabajo. Pero esto, ¿no dependerá del régimen de vida? Y si depende del absurdo régimen, de costumbres que parecen ingénitas, ¿es absolutamente imposible variarlo? Yo creo que no. Conviene que no se apele demasiado a la tesis teológica del pecado original para sacar consecuencias políticas contra el pueblo. Varíe Sevilla valerosamente las cifras de su presupuesto de gastos; complete la creación e instalación de escuelas con

un buen sistema de cantinas escolares; obligue a padres y maestros a regularizar la asistencia de los alumnos; organice enseñanzas complementarias de tipo nuevo... El pueblo será otro. Yo he buscado en ese presupuesto municipal para 1927, que alcanza a diez y seis millones y medio, la cifra dedicada a primera enseñanza, a las escuelas públicas e instituciones escolares. No llega a 415.000 pesetas bien sumadas todas las partidas. El resto, hasta 630.743, destinadas a Instrucción pública, no afecta directamente a las escuelas. De diez y seis millones y medio, mucho menos de medio millón. En limpiar la vía pública gasta 865.000 pesetas. Es más: sólo en conservación y mejora de los cementerios invierte doscientas mil. Todo ello hará falta, y más aún, para que servicios tan necesarios estén bien; pero los gastos de enseñanza son inconcebiblemente mezquinos. Esa proporción sería inverosímil para los representantes municipales de cualquier gran ciudad europea, sin acudir al ejemplo de Suiza, cuyas ciudades dedican a instrucción el treinta por ciento de sus presupuestos. Verdad es que Sevilla puede contestar: —Que empiece el Estado por dar ejemplo—. Eso pretendemos. Disponer el ánimo del pueblo; ir despejando el camino a una generación que dedique a enseñanza el treinta por ciento del presupuesto del Estado.

III

LO QUE HAY.—LO QUE PROYECTAN

PRECISAMENTE por tratarse de Sevilla, donde la hipérbole esconde siempre un fondo humorístico menos ingenuo de lo que imaginamos, quiero extremar aquí mi propósito de atenerme a lo que veo. Es difícil, sin embargo, hablar de cosas vistas cuando nos preparan una tramoya de magia por la cual las escuelas sevillanas quedan dentro del maravilloso escenario de la Exposición. Son realidad bien tangible—y alguna vez lamentable—los derribos. Caen barriadas enteras. Sobre las casitas humildes, a la sombra de la Giralda, flota una nube de polvo y de consternación. Cuando desaparezca habrá en su lugar otra ciudad—anillo de oro nuevo para las viejas piedras preciosas—y en ella otro juego de edificaciones escolares digno de ser visitado por pedagogos y congresistas del mundo entero. Realizada la mutación—yo creo en ella—será la mejor obra del certamen de 1929. Sevilla, sus muchachos y sus maestros verán que eso queda. Eso no es provisional: no desaparece con la última champanada el día de clausura.

Y creo en la mutación, no porque Sevilla cree

también, sino porque no hay Exposición posible sin esa reforma. El plan se ha divulgado ya. Se ha hecho patente el gran atraso en que vive ciudad tan rica, tan bien dotada por la Naturaleza y tan favorecida por el Poder público. Todos los visitantes volverían sus ojos a esa gran mancha—que fuera de aquí no parece a nadie un gracioso lunar—y no acertarían a explicarse cómo se atrevía Sevilla a ofrecerles su casa. El primero que, según mis informes, tuvo esa sensación, fuera de los maestros, los cuales, naturalmente, vieron claro desde que se empezó a hablar del certamen, fué D. Pedro Fernández Palacios Labraña, alma del proyecto, hombre apasionado de antiguo, y no de ahora, por la enseñanza, como demuestra sosteniendo a sus expensas los patronatos de Protección a la Infancia, docentes y benéficos. Por él y por D. Pedro Alvarez Ossorio, que ha hecho suya la idea en el Ayuntamiento, el informe de la Junta local tiene ya despejado el camino, está aprobado, con todos los pronunciamientos favorables, después de una primera prueba que pareció demasiado tímida, y elevado por el Ayuntamiento al ministerio; "Anteproyecto de reforma de las Escuelas Nacionales de Sevilla instaladas en edificios municipales, supresión de los locales arrendados, creación de nuevas escuelas y construcción — en Jabugo, corazón de la sierra de Aracena — de un edificio para colonia escolar." Este es el gran proyecto a que me he referido. Estos son los siete millones.

Ateniéndonos a las cifras de ese informe, redactado por personas muy competentes dentro del Magisterio, cuenta hoy Sevilla—ciudad de doscientos mil habitantes—con "noventa y siete escuelas nacionales". "De llevarse a ejecución el plan proyec-

tado se reformarían cuarenta y ocho de las existentes, quedando perfectamente instaladas, y las 97 que hoy existen, unidas a las 117 de nueva creación que se solicita, hacen un total de 214 escuelas, quedando cubierto el cupo legal." Como veremos al hablar más detalladamente del proyecto, su riesgo está en sus proporciones, en la rapidez de su ejecución y en la coincidencia de estas obras con otras muchas no menos importantes. Pronto volveremos a Sevilla y sabremos cuál es la suerte que ha corrido.

Mientras tanto, repaso las notas del viaje preliminar, que sin el proyecto magno tendrían tono muy distinto. Noventa y siete escuelas nacionales para doscientos mil habitantes. Algunos grupos escolares de tipo nuevo: el Reina Victoria, las graduadas Borbolla. Una institución excepcional, digna de realce, obra de una mujer, de una maestra admirable, doña Carlota Lucena Zambrano. Este es el grupo "Carmen Benítez". Otras originalísimas, las de la Macarena. Entre jardines, dos pabellones hechos por la Real Maestranza de Caballería. Las de San Jacinto y alguna otra, en antiguos conventos. Y las demás, en pisos, patios acristalados, salitas con alcobas en las que se ha derribado un tabique. Muy sevillanas algunas, muy caseras, recordando con harta frecuencia las escuelitas espontáneas, las "migas". Maestros y maestras se adaptan buénamente al espíritu de la ciudad, y aun las más pobres clases tienen simpatía, gracia. Pero...

Conviene destacar a primer término varios ejemplos. Ante todo, en el barrio de Triana, en la Cava, el grupo escolar Reina Victoria. Escuelas modelo. Aulas espaciosas, abiertas, con mucha luz. Patios amplios. Material abundante. Salones de actos ver-

daderamente magníficos. Todo con gran prestancia, con lujo y prodigalidad de medios que supongo bien aprovechados por el personal docente. Estas escuelas—graduadas: seis grados de niños, seis de niñas—son obra de D. Cayetano Luca de Tena, que anticipó las cantidades necesarias, y de su viuda, que sigue favoreciéndolas. El Ayuntamiento creó láminas municipales, ya amortizadas. Aire limpio, ambiente de bienestar, flota en este edificio. Aquí se puede enseñar bien.

El grupo Borbolla es, según creo, el último construido. Aquí estaban los almacenes municipales y todavía quedan algunos que de vez en cuando invaden el patio de juegos. No pueden presentarse como ejemplo de buena inversión del dinero. La distribución del terreno está mal estudiada. Pero las clases son capaces y cómodas. Si todas fueran así podríamos pasar a otros aspectos de la instrucción más interesantes, más apasionantes que el de los locales. Hablo, claro está, de los maestros, del plan de enseñanza, de las instituciones complementarias.

IV

DE LA MACARENA AL PARQUE DE MARIA LUISA

TODA Sevilla, de punta a punta, con el firme propósito de ver escuelas nada más. Sin mirar a derecha ni a izquierda, como caballero desencantador que tiene su consigna mágica y la obedece para no caer también encantado y empedernido. De cuando en cuando, con el rabillo del ojo, algo vislumbro. Y desde el ventanal de las mismas escuelas—más bien desde el balcón, porque suelen ser casas particulares un poco venidas a menos; casas de vecinos, condenadas a soportar la invasión de una horda de chiquillos—me asomo a estudiar el campo visual, ya que no el campo de juegos, de la escuela; pero, en puridad, veo Sevilla. Alguna vez las mismas escuelas son tan sevillanas que sugieren un tipo nuevo, no ya de edificio escolar, sino de pedagogía. Por ejemplo:

EN LA MACARENA.

Escuelas de la Resolana. Dos pabellones de la Real Maestranza de Caballería; dos palme-

ras de a pie; sólo dos, pero magníficas, espigadas, dándoles guardia, y entre los pabellones y la verja un patizuelo abierto. Dos clases de tipo antiguo, inmensas, construídas hacia el año 90. Y, sobre todo, un magnífico paraninfo, salón de sesiones, coro o como quiera llamársele a la clase de párvulos. Las gradas, en anfiteatro—muy altas—, y las pinturas del friso dan aspecto singular, entre capilla y escenario, a esta lujosa escuela, construída con solemnidad y adaptada luego con gracia. Al lado tienen los niños el comedor. Largos tableros de mármol blanco que dan frío. Es fría también la clase, por lo menos ahora en invierno, e imaginamos que cuando vengan los muchachos no podrán caldearlas, según la fórmula antigua, que reza así: "Escuela llena, escuela abrigada." Ochenta o cien niños de cuatro a siete años no abrigan nada en este desmesurado salón. Pero aquí viene Sevilla. Como la estancia en clase se prolonga tantas horas, y estas criaturas tienen sueño después de comer, para que no se echen de bruces sobre el mármol y reclinen los brazos y la cabeza en algo tibio, corren a todo lo largo de las mesas unos tablerillos guateados, tan humanos, tan graciosos, que me conmueven como si estuviera viendo el último esquema pedagógico de la cuna y el primer esbozo de una Maternal. ¡Buena suerte, doña Raimunda! ¡Que en el nuevo arreglo de locales respeten y mejoren ese rincón sevillano que usted cuida y dirige con tanto cariño!

GRUPO DE CARMEN BENITEZ.

He aquí una obra personal. Con todos los honores debo distinguir a doña Carlota Luçena Zambrano,

directora del grupo. Basta entrar en el edificio para comprender que se trata de una institución personalísima, primero por obra de la fundadora—a quien debe también Jerez las mejores escuelas—, luego por los esfuerzos y sacrificios de la directora actual, cualidad más visible: la intimidad comunicativa. Aquí puede decirse que las paredes hablan. Las proporciones son discretas. No hay aulas grandes —¡aborrezco las aulas grandes!—; pero todavía éstas parecen más pequeñas por la abundancia de material y por el movimiento que ha sabido transmitir a la vida escolar una mujer activa, apasionada por la enseñanza, dedicada a ella en cuerpo y alma, dentro y fuera de las horas de clase. Construyó el edificio doña Carmen Benítez y lo donó para escuelas al Ayuntamiento, que instaló una graduada de niñas—cuatro grados—, una de párvulos y tres de niños. Sólo las primeras he visto. Encontrándolas deficientes, la señora Lucena hizo las obras necesarias para la graduación, invirtiendo de su fortuna—más bien de su trabajo personal—cuatro o cinco mil duros. Esto sería poco si además no hubiera puesto tal cantidad de espíritu y de abnegación en su labor, que ha llegado a tener verdadera trascendencia social. Tan pocas ocasiones hay de rendir tributo, fuera del radio de acción en que se mueven, a estas figuras del magisterio, cuya grandeza consiste precisamente en sus virtudes de sacrificio y de silencio, que siento gran alegría al hacerlo desde aquí, y creo que esta justicia basta para no considerar completamente inútil la visita de escuelas.

EN EL PALACIO DE ARTE ANTIGUO.

Provisionalmente tiene instalada el Municipio una escuelita en el Palacio de Arte Antigo de la Exposición. Podría considerarse como Escuela de Bosque; por lo menos, Escuela de Parque, y el local como barracón donde almacenar el material y refugio de las horas de lluvia. Así quiere verla el maestro: un buen maestro nacional, D. Antonio Miguel Pérez, que trabaja más al aire libre que dentro de la clase. El pueblo acude a ver a los muchachos en sus ejercicios y prácticas, y esta institución sevillana, sin medios, sin locales, sin otra riqueza que la de los jardines, ha llegado a tener, muy justamente, popularidad y simpatía. Lleva ya algunos años, a pesar de su carácter provisional, y algo tendrá que esperar aún. Yo temo que se descuiden los sevillanos, y al inaugurar la Exposición, entre el lujo de las nuevas instalaciones, quede olvidado el cuartito trastero en que da clase D. Antonio Miguel, y los visitantes se hallen de pronto con aquella inverosímil e incomprensible cueva, almacén de instrucción primaria, bodega pedagógica. Puestos a habilitar locales, ¿por qué no eligieron cualquier sala vacía, la mejor? Este caso me alarma; me indica el valor que, en realidad, se concede a la escuela y el enorme esfuerzo que debe hacer sobre sí mismo un Ayuntamiento para no seguir el viejo sistema de colocar a los chiquillos en los sótanos y desvanes. El prestigio personal y profesional de este maestro, bien acreditado, salva todas las deficiencias. Y además tenemos la esperanza de que el proyecto va a ser pronto realidad.

FUERA DEL PLAN NUEVO

LOS EXTRANJEROS:

COMO curiosidad, en esta información, que omito de propósito muchas cosas llamadas a variar antes de un año, hablaremos de dos instituciones extranjeras. Los alemanes tienen un "kindergarten" en el barrio del Porvenir, junto al Parque, al final de la avenida de Montevideo. Un hotelito pequeño, instalado con modestia, pero moderno. Hay una clase de párvulos, no muy numerosa, y luego tres grados de enseñanza primaria. El Patronato radica en Berlín. Lo dirige una Junta de gobierno, de la que forman parte el cónsul, el profesor Scháffer, cartógrafo, y delegados de la colonia. Hasta hace poco más de un año manteníase allí el ambiente de la Alemania anterior a la guerra; pero hubo visita de inspección, fué relevada parte del profesorado, variaron emblemas y retratos y se logró, no sin dificultad, la republicanización de la escuela. El doctor Koenig-kamp, buen maestro, que la dirige ahora, trabajó mucho para lograrlo. Se ha establecido la coeducación contra las preocupaciones locales.

Hay también una escuela francesa; pero ésta ha procurado amoldarse al país. Conserva usos y procedimientos de tipo antiguo, quizá por considerarlos corrientes en España; pero yo puedo asegurar que los castigos o penas infamantes escolares, por ejemplo, las orejas de burro, han desaparecido de nuestras escuelas nacionales hasta en los últimos pueblecitos. Asiste a las escuelas francesas enorme contingente de chicos, la gran mayoría, españoles. No descuidan la celebración de fiestas patrióticas y religiosas.

Acaso no deba incluir en esta enumeración la Escuela de las Irlandesas, en Castilleja de la Cuesta, a tres kilómetros de Triana. Las hermanas dan allí enseñanza y asistencia católica en la casa donde murió Hernán Cortés. "Como recuerdo histórico—dice el Madoz (1847) en el correspondiente artículo—, debe citarse que en la casa número 66 de la calle Real de esta villa murió desterrado el célebre Hernán Cortés, cuyos restos, embalsamados, se trasladaron al convento de jerónimos de Santiponce (la antigua Itálica), donde se hicieron los funerales, y desde allí fueron llevados al buque que los condujo a Méjico. Todavía puede señalarse la vetusta puerta por donde entraba y la parte del edificio que habitó aquel genio extraordinario." Soy poco amigo de iniciativas, sobre todo sin tener exacto conocimiento del terreno. No sé lo que resta del edificio; ni si el peregrino hallará lo que va buscando en la ruta de los conquistadores al llegar a Castilleja de la Cuesta. La casa de Hernán Cortés fué palacio del duque de Montpensier antes de transformarse en convento. Pero sé que el año próximo tendrán muchas visitas las religiosas irlandesas...

FUNDACIONES.

He hablado del grupo Carmen Benítez y del Reina Victoria, construído gracias a la iniciativa particular de D. Cayetano Luca de Tena. No son frecuentes en Andalucía rasgos de generosidad, por donación o por legado para escuelas, como los que tanto abundan en toda la costa cantábrica. Los grandes terratenientes y capitalistas no han necesitado emigrar para hacer fortuna. En Asturias y Galicia, en la Montaña—y también en los pueblecitos sorianos de las fuentes del Duero—, hemos visto que es el emigrante, reeducado, o educado en América, quien se interesa —con verdadera fe en la enseñanza—por levantar escuelas. Adquirió esa fe allá. Tuvo una terrible experiencia. Fe y experiencia americanas. Cada uno de estos fundadores considera al paisanito que embarca como un hombrecito que va a pelear en tierra ajena, lucha dura, y quiere verlo con armas. ¿Es éste el caso de los grandes propietarios e industriales andaluces? El lector puede seguir por sí solo toda la trayectoria de mi pensamiento, que tiene una lógica tan sencilla como las cuatro reglas.

Hay, sin embargo, excepciones aquí mismo, en Sevilla. D. Ramón Galíndez, que fué alcalde republicano, dejó un gran legado para escuelas hace más de veinte años. La fortuna era cuantiosa, y la parte dedicada a fines de enseñanza, considerable. No se han construído las escuelas, que por voluntad del testador habían de ser laicas. Se interpuso pleito, impugnando la autenticidad del testamento, y, según mis noticias, sigue el caso sin re-

solver, y la voluntad de D. Ramón Galíndez, sin cumplir.

Sé que hay también una fundación Pérez de Garacho, no tan importante, para construir una escuela en la Alameda. Pero no tengo noticia del esfuerzo que pueda hacer Sevilla—la ciudad, no su Ayuntamiento—para completar la buena obra de las instituciones oficiales, dando, por ejemplo, mayor amplitud y más recursos a la más importante: a la Cantina Escolar.

TANGER Y ESPAÑA



TANGER. VIAJE INSTRUCTIVO

PROLOGO, PARA DAR LAS GRACIAS

VUELVO de Tánger, por Ceuta y Tetuán, sin peligro, sin el menor cuidado. Confieso, no obstante, que todo el camino iba royéndome una inquietud, ajena en absoluto al bandolerismo y a la guerra, a la geografía y a la historia marroquí. Era el artículo de Araquistain, que había leído el día antes en una terraza del zoco chico. Era, más que nada, la imponente palabra medieval: "homénaje". Desde donde pude telegrafíé al director de *El Sol*: "Ruégole aconseje a los compañeros aguarden a ver terminada la Visita de Escuelas, considerando que ya sólo me faltan unos diez años." Al cruzar el Estrecho serenábame un poco el ventarrón del Atlántico; pero de Algeciras a Sevilla, conforme iba acercándome a Madrid y ganando fechas a los periódicos, mi inquietud se justificaba. ¡Llegaría ya tardel ¡Habían aprovechado bien mi ausencia! (1). Venía impaciente por contarle al público

(1) La propuesta de mi compañero Luis Araquistain' acogida calurosamente por *El Sol*, por la Asociación de la Prensa de Madrid y por los diarios de toda España, cristalizó en una suscripción nacional para construirme

lo aprendido en Tánger, por solicitar del Gobierno que acuerde con toda urgencia la ejecución de medidas, ya propuestas en informe técnico, para sostener allí la causa de España, y de pronto se me complicaba la vida con un incidente inesperado. Los días transcurridos desde que volví a la Península han seguido trayéndome nuevas emociones, que por fuerza darán a estas líneas carácter demasiado personal. Sin embargo, como periodista viejo, avezado a la crítica y a ver el aspecto noble, el interés general de todo suceso, sé que mi parte en el éxito de estos días es pequeño. No llegaría a valerme el diezmo en una distribución equitativa. La fuerza me la da el tema; el atractivo, hondo y cálido del asunto que yo he removido con tenacidad, y que, lejos de ser ingrato, empieza por convertírseme en jardín, con techo amable junto al laurel.

Mi gratitud a Luis Araquistain, a *El Sol* y a nuestra Asociación; a D. Luis de Hoyos, a los compañeros de Madrid y de toda España no cabe en un artículo. La otra gratitud, más difusa, la que debo a mi patria, espero demostrarla con hechos y sin grandes frases, que no entran en el estilo castellano. Todo nuevo rico—rico de dinero, de aplausos, de popularidad—tiende a meterse con harta complacencia, sin pedírselo nadie, en el terreno autobiográfico y confidencial. De algo me servirá la experiencia para manejar con discreción el te-

una casa. Aunque tuviera más sentido de la propiedad del que realmente tengo, siempre sería a mis ojos "la casa de España" y no "la casa de Luis Bello". No haría yo bien en callar aquí, por modestia, este suceso, el más halagüeño de mi vida de escritor.

soro de afecto que habéis puesto en mis manos. Separemos lo personal. Vamos a lo importante: la escuela.

¿Qué hemos conseguido en estos tres años, desde septiembre de 1925, fecha en que me asomé con Luis García Bilbao a la escuelita de Alcobendas? Yo me consideraría fracasado si todo viniera a cristalizar en un éxito de periodista y de escritor. Alcobendas, en el cerco de Madrid, sigue con las mismas escuelas; pero en otros lugares ha prendido la propaganda. Todavía da clase en Parla un pobre maestro a dos docenas de chicos, que tienen por campo de juego un toril. Pero ¿cuándo había ido un gobernador de Madrid a Somosierra y a la Puebla de la Mujer Muerta? ¿Cuándo se había interesado nadie, fuera de la inspección, que lucha desarmada, por esas aldeas de la sierra, y por esos terribles pueblos de la Edad de Piedra o de la Edad de Barro? Hoy los pueblos quieren escuelas; mandan Comisiones a Madrid para solicitarlas; arbitran recursos, acuden a sus reservas. Hoy el alcalde de Fuenlabrada, que me llevó a su despacho conducido por la Guardia civil, habrá incoado ya su expediente de construcción de escuelas. Quieren redimirse. En el fondo algo han visto que no veían antes, y no sirve decir que éste es un estado de ánimo universal, pues hasta ahora, a Fuenlabrada y a Parla sólo les interesaba el universo para la exportación de paja y grano.

Hemos conseguido, desde luego—*El Sol* es buen testigo de ello—, un movimiento nacional. Pero no hay que hacerse ilusiones. Véase lo que, en efecto, se logró con todos los movimientos nacionales, políticos, del siglo XIX. Prefiero atenerme a conceptos y a horizontes más reducidos; prescindir del

vasto panorama y ver España parcialmente, como el sacristán desde la torre de cada pueblo, o como el secretario, desde las casillas de su presupuesto municipal. Así, mientras la Prensa andaluza nos manda todo género de adhesiones, los pueblos no se conmueven. Andalucía no sale de su paso. Ahora, al hacer escala en Medina Sidonia, ciudad rica, que visité hace dos años, le pregunto a un edil en el corrillo de la plaza: —¿Han hecho ustedes algo? —Sí, señor. —¿Un grupo escolar? —No. —¿Una escuela? —No. —Pues entonces ¿qué? —"Se ha blanqueao tó bien blanqueao y le hemos dao de pintura la puerta." No digo que esté mal dar de pintura y blanquear las paredes, las puertas, la Historia y la realidad presente. Es una manera de entender las cosas. Pero yo trato de que los pueblos no se conformen con pintura (1). Toda Andalucía necesita

(1) El alcalde de Medina Sidonia, D. Antonio María de Puelles, me escribe atenta carta defendiendo la histórica ciudad. Medina Sidonia tiene más escuelas de las que yo registro. Hay trece, contando seis particulares. No es lo mismo que en 1840. Entonces sólo había dos. Pero yo abro el Madoz —1848—. Medina Sidonia tenía diez escuelas.—"Cinco de niños e igual número de niñas. Dos de niños son gratuitas, dotadas por el Ayuntamiento para la enseñanza primaria de los alumnos pobres, y tres particulares a cargo de sus respectivos maestros; de las de niñas hay también otras dos pensionadas por aquella corporación, corriendo a cargo de preceptoras particulares la enseñanza en las restantes."—El cuadro viene a ser el mismo, con ligera modificación.

Pero la carta del alcalde de Medina Sidonia sirve como semblanza del Ayuntamiento y revela un propósito de adelanto que debo hacer público. "Nuestro Ayuntamiento ha contribuído a costear material escolar, lo que no es de nuestra incumbencia, ha comprado dos casas para escuelas, una de ellas de hermosas proporciones, y la otra apta para la adecuación que se desea; se han subvencionado dos escuelas

limpiarse de la excesiva confianza en el talento natural, en las luces naturales. ¡Si vieran qué moritos más listos nos han llevado la maleta a la Aduana de Tánger!

Pero antes de hablar de Tánger, sin salirnos de este resumen escrito en acción de gracias y con propósito de medir fríamente el camino andado, conviene recordar nuestros viajes de Extremadura. Aquí los pueblos se han movido. Aquí, como en las Baleares y, últimamente, en toda la provincia de Lugo, quieren hacer el esfuerzo de una vez, y piden al Estado una cantidad fija por escuela construída. Es la solución más económica para el erario nacional; la más rápida para los Ayuntamientos. Si hasta ahora ha encontrado resistencia esa solicitud, yo confío en que lograrán vencerla con el tiempo tantas voluntades perseverantes. Pero acaso lleguemos tarde. Puede ocurrir que la veamos aceptada cuando los Ayuntamientos hayan dispuesto de sus últimos recursos—los últimos car-

privadas (ya se subvencionaban otras dos); y a pesar de que el sobrante para atenciones de primera enseñanza, que eran unas 25.000 pesetas, que paga el contribuyente de aquí, se lo ha quedado el Estado para otras escuelas de fuera de Medina, venimos sufragando puntualmente nuestras obligaciones escolares." El alcalde ha regalado máquinas de coser a las escuelas de la ciudad y a la de Benalup. Proyecta construir en esta aldea aneja nuevas escuelas, con amplios jardines. Se interesa por "el arduo problema de las escuelas campestres".

Y una noticia para terminar: "El 24 de marzo se reunieron en Cádiz los representantes de Unión Patriótica de los pueblos de esta provincia para procurar la construcción de setenta y dos grupos escolares."—Cuando veo cifras tan altas y proyectos en grande, desconfío. Pero si la U. P. de Cádiz lo consigue, yo la aplaudiré. Aunque no estimen los aplausos de la acera de enfrente.

tuchos que están quemando ya—, y entonces será preciso inventar otra cosa.

Como el lector verá, si el horno está caldeado, hay poca masa para cocer. Me obligan a profunda gratitud cuantos hablan del triunfo y de resultados obtenidos; pero yo sé que empezamos ahora, que no siento el menor cansancio y que veo la meta muy lejana. Mejor dicho: no hay meta. Cuando las escuelas estén construídas, necesitamos construir una primera enseñanza. ¡Y esta sí que será labor para Quijano el bueno!

I

¿QUE ES TANGER?

ELIMINACION DE PROBLEMAS

DONDE van a ciegas, tropezando y cayendo claras inteligencias, vamos a caminar sin tanteos ni vacilaciones, como si lleváramos el hilo en el laberinto. Verá el lector qué sencillo es para nosotros el problema de Tánger. Tánger, ciudad de ensayo; es decir, Tánger, no ya internacionalizada, sino cosmopolita y universal. Tánger, mora; o sea—en lo futuro—, Tánger para los tangerinos. Tánger, según nuestra fórmula; "Tánger, español." Es igual. Para nosotros hay un hecho más fuerte que los Tratados y las guerras. Viven en Tánger diez mil españoles y doce mil hebreos de habla española. Es como si se desprendieran los montes de la Luna en Tarifa, aguas adentro, y no quisiera el Mundo reconocernos su propiedad al encallar en la costa de enfrente. Podríamos desinteresarnos, despreocuparnos de otras cosas, pero conservaríamos lo esencial: el espíritu de familia con los que se fueron. Medio más eficaz: la comunidad de cultura. La enseñanza, empezando por la escuela. No sólo es un derecho nuestro, llevársela, y un

deber, sino una conveniencia, un interés fundado en el más elemental instinto de conservación. Por eso al tomar el barco en Algeciras, prescindí de lo episódico, eliminé todos los problemas diplomáticos, dispuesto a visitar las escuelas de esos diez mil españoles, de esos doce mil hebreos de habla española, como si Tánger estuviera en España. Iba a ser para mí, un caso más, como el caso de Tarifa, o el caso de la imperial Toledo.

Pegado al muelle de Algeciras me esperaba un viejo amigo de la infancia: el "Isleño". Este es el barco que me llevó a Palma tantas veces, desde Valencia, desde Alicante o desde Barcelona. ¿1888? ¿1890?... Primero fué el "Jaime II", vapor de ruedas... Sí. ¡Yo he navegado en vapor de ruedas; de aquellos antiguos, tan finos, tan agudos de proa, tan borbollantes y espumosos! ¡Tan pequeños el barco y yo, revolvíamos el Mediterráneo y dejábamos una estela más blanca que la del "Titanic"! Luego vino el "Lulio"; muy marinero. He visto su mascarón de proa en un museo de Palma. ¡Qué emoción sentí; no de pasajero, sino de grumete retirado! Luego el "Isleño"; pero navegando al mismo tiempo que el "Lulio". De esta manera, con sólo dos barcos: el "Jaime" y éste que me tenía a bordo, podíamos enlazar desde sus orígenes la historia de la marina de vapor. Salimos, bordeando la costa, con mala mar. Viento, lluvia y niebla me hicieron bajar a la litera. Entre sueños, sentí que nos deteníamos o que la hélice aflojaba. ¿Tan pronto? No. El "Isleño" había tenido que volver antes de encontrarse a la altura de Tarifa. Las casas que veíamos, las torres, sin azoteas ni alminares, eran, otra vez, las de Algeciras. Pero esto no porque el buque fuera viejo, sino porque la marea fuerte, en el

puerto de Tánger dificulta y llega a impedir el desembarco. Descanso de una noche. Algeciras, veinte mil habitantes, sigue con tres escuelas de niños, dos de niñas, una de párvulos. ¡Como hace dos años! Al día siguiente, abre el cielo, se aploma el mar y en cinco horas cruzamos el Estrecho, que debiera llamarse de Tarifa y que acaso se llamará así cuando el túnel o el puente nos permitan licenciar al "Isleño" y pasar de Europa al Africa en quince minutos.

Desembarcamos en la Aduana. Moros y hebreos; gritos, gesticulaciones excesivas... Pero estamos en un puerto. No ha llegado todavía el momento de preguntarnos: "¿Qué es Tánger?" Fuera de los aduaneros franceses, por todas partes oímos hablar español. Hace treinta años todos los letreros, desde el muelle al zoco, estaban en español. Ahora hay también letreros ingleses y franceses. Quien conozca, de una parte Melilla, de otra Argel, sabe, al llegar a Tánger, cuál es la influencia española en la ciudad y cuál la francesa. La urbanización del barrio europeo y el acceso a las calles en cuesta que arrancan desde la orilla del mar tiene el color y el carácter de las ciudades de placer, cosmopolitas, con una ligera pátina tangerina por donde asoma su zarpa la influencia marroquí.

II

SEA LO QUE SEA, TANGER...

DEJO HABLAR A LOS TANGERINOS

HE corrido Tánger, bien corrida. He trazado por ella, de día y de noche, todos los itinerarios posibles. ¡Buen cebo para la fantasía! Aquí se diseñan los primeros motivos orientales y centroafricanos que veríamos desarrollarse tierra adentro si penetráramos en un viaje de profundidad. Juntos el bereber, el árabe y el hebreo, al amparo de la higiene de Europa. Calles estrechas, cubiertas, llenas de pared a pared con una sola figura blanca; callejas oscuras, anuncio de los túneles tenebrosos de Gadamés o Tombuctú, pero asfaltadas y urbanizadas. En lo alto, la Kasba mora, la Alcazaba. Como si les hubieran devuelto su población pretérita musulmana y judía a tantos pueblos andaluces, extremeños y castellanos, cuya historia no acaba de convertirse en polvo. El zoco de fuera: narradores de cuentos, encantadores de serpientes, hortelanos, arrieros, carboneros, mercaderes de tapices, hierros, telas y baratijas... Pero no creo que el lector espere de mí una nueva versión del exotismo pintoresco de Tánger. En este mismo Soc-el-Barra,

formando parte de la feria, con su coto o cerca imaginaria, están los jornaleros que aguardan trabajo. Turbante, fez o cabeza rapada y trenza bárbara. ¿Qué más da? Es igual que la plaza de Brozas, o la de Jerez de los Caballeros, o la de Don Benito. Sólo se distinguen en que los de aquí tienen más paciencia. Mendigos señoriales... Y también ruinas humanas, pavesas de hombres, inconcebiblemente andrajosos; lamentables sombras de hombres en el límite de la animalidad. Para mí, hay una parte intrasformable, intangible. Admito al llegar aquí esta civilización: casa, zoco y mezquita. Pero dentro de ella hay mucho que hacer. No considero fatalmente necesaria tanta miseria; y estoy seguro de que éste sería un buen sitio para trabajar, más que por nadie por el moro.

He corrido Tánger, como digo, sin dejarme conquistar demasiado por lo pintoresco. He hablado de mi tema—de las escuelas—con españoles, hebreos y moros. Pues bien: adelanto en pocas palabras el resultado. ¿Sabéis cuál es la obsesión, la esperanza impaciente y exacerbada del español de Tánger? España. ¿Cuál es el deseo, la ilusión del hebreo sefardita tangerino? España. ¿Cuál es la aspiración del moro culto de Tánger? España. Que llegue pronto España a cumplir su misión en Tánger. Tantas fuerzas unidas deberían haber hecho ya un tiro considerable a la atención de España, obligada por esa atracción amorosa y vehemente. El objeto de mi viaje, una vez adquirido ese primer informe sobre el estado de espíritu que demuestran hoy españoles, hebreos y moros tangerinos, consistía en saber cómo ha correspondido España hasta ahora a sus instancias y en poner de mi parte todo lo posible para darles en lo futuro satisfacción.

Queda aparte el gran problema político internacional, que no traeremos aquí porque sería inocente confundirlo con el nuestro. Todos lo hemos dejado al margen de estos diálogos tangerinos. Se trata de la escuela; de la enseñanza en general; pero, sobre todo, de la escuela, primera iniciación en la vida, que españoles, hebreos sefarditas y moros de la ciudad y del campo querrían lograr bajo la protección espiritual de España. Yo tenía alguna noticia de la situación de "la enseñanza en Marruecos" por un libro publicado con ese título por D. Ricardo Ruiz, que fué inspector general de la enseñanza hispanoárabe. Pero la fecha es atrasada: 1919. Convenía confrontarlo con la realidad actual, y pues se limita en ese estudio a la enseñanza organizada por España—en Tánger, como en la zona del Protectorado—, comparar la obra que nosotros realizamos allí con la que Francia viene realizando. Sabía que a mediados de 1927 había ido a Tánger, en viaje de instrucción, uno de los mejores inspectores de España, D. Alfonso Barea, quien, por su cargo en toda la zona española, por su competencia y por su talento, estaba en condiciones de rendir información exacta y de señalar orientaciones inmejorables. Yo sólo necesitaba ir a cerciorarme; a verlo con mis propios ojos, como hice hasta ahora en la visita de escuelas, y a transmitir al público la emoción de los compatriotas. Es un asunto de España, como pueblo y no como Estado. Lo único útil que yo puedo hacer es dar entrada a la nación entera, al pueblo español, en estas cosas que parecían puramente técnicas.

¿Qué escuelas tenemos en Tánger? ¿Cómo hemos organizado la enseñanza para servir a diez mil españoles, a doce mil hebreos y a los moros afec-

tos, que podrían ser todos? Hay una escuela de niños y otra de niñas—Grupo Escolar Alfonso XIII—en edificio construido por legado del marqués de Casa Riera. Cinco clases en cada una; con escuela nocturna de adultos. Todo ello a cargo de los franciscanos. Internado. Bachillerato. Escuela de Comercio y de Dibujo. Un Colegio del Niño Jesús en la Hasnona, y otro, de San Francisco, en la Barriada, también de la misma Orden. La Escuela Mejías particular, subvencionada. La Escuela Hispanoárabe. Eso es todo. No llegan a veinte clases en conjunto. No pasan de media docena los maestros y maestras nacionales, con título, que el Estado español sostiene en Tánger, alguno en esas escuelas, otros como agregados a las de la comunidad israelita. Hemos de ver circunstanciadamente cada una de esas instituciones.

los que podían ser todos; Hay una escuela de niños y otra de niñas—Grupo Escolar Alfonso XIII—en edificio construido por legado del marqués de Casa Riata. Cinco clases en cada una; con escuela nocturna de adultos. Todo ello a cargo de los franceses. Nos interesa. Bachillerato. Escuela de Comercio y de Dibujo. Un Colegio del Niño Jesús en la Haza y otro de San Felipe en la Barriada. También de la misma Orden. La Escuela Mejías.

III

LUCHA POR LA INFLUENCIA

SUPONIENDO un ciudadano de Tánger ideal, que, como veremos, no existe, pues cuantos allí viven se sienten unidos por su raza o por su nación más que por su ciudad; suponiéndole desprejuiciado, desnaturalizado y cosmopolita, podemos imaginarle satisfecho de ver cómo le sirven oficiosamente varias naciones europeas en algo tan íntimo como la educación de sus hijos. Sin ningún esfuerzo suyo, por arte mágica, el Mundo viene a traerle una cultura. Sin molestia y sin gasto, todo se lo dan hecho. Con más espacio y mejor oportunidad, desarrollaríamos un programa de la ciudad de ensayo, verdaderamente internacional. Ahora sólo es tiempo de ver cómo colaboran las naciones civilizadoras en esta gran misión, cuyo interés no parece necesario subrayar.

LA OBRA DE FRANCIA

Los franceses han enviado a Tánger setenta instructores. Setenta profesores primarios, bien elegidos. En este número—considerable—no incluyo a

los maestros de escuelas francoárabes y francoisraelitas, ni a los catedráticos de Liceos y enseñanzas especiales. De atenerse a la población puramente francesa, harían falta muy pocos, pues no pasa de 1.500, ni habrá más de 200 niños franceses en la ciudad. Su esfuerzo, verdaderamente magnífico, tiende a dar mayor extensión a su cultura, poniéndola también al servicio de las familias hebreas y españolas. He visto el grupo escolar de Suani. El de la Playa. El anejo al Liceo de niños y el de niñas... Podría haberme dispensado de toda visita, pues mi viaje es sólo "por las Escuelas de España"; pero ¿no tienen algo nuestro escuelas donde de cada cien niños setenta son españoles, y veinte, hebreos que hablan español? Esta gran población escolar llamada luego a seguir sus estudios en los Liceos, en los establecimientos de preparación profesional, acaso en los centros de enseñanza de Marsella o París, entra desde los cuatro o cinco años en un engranaje perfecto, donde van trabajándola y moldeándola. Su número aumenta. Debe incorporársele el de los moros más adaptados que salen de las escuelas francoárabes. La práctica adquirida en Argelia, el impulso, grande, dado en Rabat, han sido útiles. Imposible realizarlo si el foco principal, el espíritu de la enseñanza francesa, no procura mantenerse con la máxima intensidad. La fuente de donde mana este maravilloso río que va llegando hasta las arenas del Sahara necesita, para no menguar, abnegación, amor y sacrificio.

He podido apreciar lo que vale el esfuerzo de Francia en un Liceo. Pero quizá sea más gráfico el efecto que me produjo la Escuela Profesional, en el paseo Cenarro, junto al antiguo cementerio cristiano, clausurado; hoy hermoso jardín. Escuela sin

burocracia. Una gran nave, tosca, de taller. En el centro, una cabina acristalada, como la garita del capitán sobre el puente. No tiene otro despacho el profesor M. Le Cozler. Este bretón, fuerte y achaparrado, lleva su escuela con la más fina inteligencia y con el sentido más práctico que puede desearse para educación de obreros y artífices del hierro y de la madera. Fuera de esa gran nave sólo he visto una clase, de batalla, con cielo vano, destartado, donde ha hecho su nido una lechuza. Pero los libros y modelos, así como todo el material de trabajo, son modernos y, sobre todo, prácticos. Acuden moros y hebreos, y también españoles, que salen muy buenos operarios. Hay cantina para el almuerzo, que supongo alcanzará a todos. La comunidad israelita ayuda con un subsidio a los aprendices hebreos. ¡Bien haría la colonia española colocando en iguales circunstancias a los suyos! M. Le Cozler extiende su vigilancia y su cuidado fuera de la escuela. Se interesa por la asistencia del alumno, indaga las causas; evita que dejen de acudir por desidia de los padres e interviene en los casos extremos de pobreza. Todos los buenos maestros españoles saben cuánto vale esta labor personal y qué eficacia logra si está apoyada en una organización y en un concurso superior. La casa de M. Le Cozler, en el ancho patio, a la sombra de un olmo, acaba de dar aspecto patriarcal a esta institución popular.

Esta misma preocupación por la sencillez y la eficacia revelan los dos Liceos que he visitado, donde nada sobra, ningún gasto es inútil, y el millón de francos que invierte en ellos Francia, anualmente, puede decir que lo emplea bien. Han buscado las afueras de Tánger, han levantado construcciones de escaso coste. El de niñas especialmente, con su

grupo escolar anejo, es un modelo de limpieza, de economía y de gracia. La dirección es muy buena; el profesorado, digno de ella. La tensión que se les pide y que transmiten a los estudios procurando el mayor rendimiento, conforme al plan general de enseñanza en los Liceos franceses, hace que esté ya creado a su alrededor favorable ambiente de prestigio.

Podríamos incluir aquí muchas escuelas hebreas, y especialmente las de la Alianza Israelita Universal, que radica en París. Son dos graduadas, y hablaré de ellas a su tiempo. Si ahora las cito es porque Francia facilita los directores, casi todo el profesorado y la mayor parte de sus recursos. También deben figurar en este resumen las Escuelas Francoárabes, de las cuales recuerdo tres: una subiendo a la Alcazaba, otra en el Tabor Primero y otra en la Fuente Nueva. Conocida la obra de Francia en Argelia y en Rabat, como centro de las organizaciones de penetración espiritual, fácil es darse cuenta del sistema que sigue toda su enseñanza en Tánger. De estas escuelas árabes, los moritos salen saludando en francés. En cuanto a los Liceos y a la mayoría de los grupos escolares, franceses o francoisraelitas—yo puedo atestiguarlo—, la entrada, la salida y la hora de asueto, es decir, los momentos espontáneos, son franca y ruidosamente españoles. El idioma de la casa y de la calle es el español.

grupo escolar anejo es un modelo de limpieza, de economía y de gracia. La dirección es muy buena; el profesorado, digno de ella. La tensión que se le pide y que transmiten a los estudios procurando el mayor rendimiento, conforme al plan general de enseñanza en los liceos franceses, hace que éste se creede a su alrededor favorable ambiente de prestigio.

IV

Podríamos incluir aquí muchas escuelas hebreas y especialmente las de la Alianza Israelita Un- ITALIA. EL PALACIO DE MULEY HAFID

¿C UANTOS hogares, cuántos tenduchos de éstos de una sola jaula, que vemos por las callejas moras y hebreas, caben en el palacio de Muley Hafid? Cada patio podría ser un zoco; cada salón, una mezquita; cada galería, una calle de los Plateros, o de los Babucheros. Fuera ya de Tánger, por el camino que traen los carboneros montañeses, asoma desde lejos su jardín como un oasis. Allí ha instalado Italia sus primeras escuelas. Lo ha hecho con esplendidez, con magnificencia. Ondean sus colores. Hay un camino de banderas; y todo un patio, dispuesto para algún festejo conmemorativo, está empavesado como una fragata. El día antes habían desfilado las camisas negras de la colonia, que luego pasearon por el Zoco Chico. Italia hace aquí una gran demostración cultural. No es un acorazado. Es como un gran bazar o una feria de muestras pedagógicas, y debemos acercarnos a ella con admiración y respeto.

Veamos antes qué otro concurso hallarán España y Francia para educar a los tangerinos. Ingla-

terra sigue distinta ruta. No he visto instituciones de enseñanza a su cargo. Hay, por lo menos, un hospital inglés, regido por misiones evangélicas, para asistencia de europeos y moros; pero no tengo noticia de ninguna escuela. En cuanto a Alemania, que podría también disputar el campo en concurrencia libre, ya sabemos que está desplazada. Por hoy, un alemán no puede desembarcar en Tánger. Ni su industria tiene aquí acceso. Italia, pues, entra ahora en campaña, y la primera posición que toma es inmejorable. ¿Cómo se podrá competir, por medio de cualquier construcción escolar, por fastuosa que sea, con el palacio de un sultán?

Construido antes de la guerra, el refugio tangerino del emperador sin imperio llevaba ya costados en 1914 más de quince millones. Muley Hafid trasladó allí cuanto pudo arrancar de sus palacios de Fez y Marrakech. Al liquidar sus bienes quedó en el aire esa finca, con obras aún no terminadas, y sin licitador, hasta que una Sociedad italiana, favorecida officiosamente, lo adquirió, según mis noticias, por cuatro millones de francos, para instalar en él la enseñanza y la beneficencia. Menos de un año hace que tomó posesión. Ha empezado por abrir algunos huecos para dar más luces y por reparar los desperfectos, considerables en catorce años de abandono. Pero el material era soberbio. Este es el primer palacio de un descendiente del Profeta que se haya construido con cemento. La intervención del mismo Muley Hafid y de sus consejeros artistas en la traza de esta obra, planeada por arquitectos franceses, ha hecho que se desfigure menos la tradición y que el edificio conserve majestad y severidad poco frecuentes en las modernas construcciones francoárabes. Las dos gale-

rías altas sobre las terrazas, los patios—el del Sultán, el del harén—, tienen una sencillez y elegancia de línea impresionantes. Líneas rectas, blancura invariable; la repetición del arco sin monotonía... ¡Mansión de sueño, no para un vencido, sino para un guerrero victorioso! ¡Cuartel de invierno para reposar después de la lucha! ¿Quién sabe todavía cuál puede ser el destino del palacio de Muley Hafid?

Hoy empieza a ocuparlo un ejército de profesores y de alumnos. Mejor dicho: empiezan a llegar las primeras patrullas con el Estado Mayor. Maestros bien elegidos; veinte profesores para la segunda enseñanza. Material abundante y lujoso. He visto las grandes salas dormitorios para el internado, desiertas aún. Las camitas blancas, en fila, aguardan, bajo aquel techo destinado a cobijar las mujeres del harén, la ruidosa y alegre población infantil que quiera mandarles Italia.

¶ Pero, ¿tiene Italia en Tánger, ni siquiera en Rabat, Casablanca y todo Marruecos, ciudadanos bastantes para llenar ese palacio? No. Por cada alumno italiano que entre aquí habrá tres hebreos de habla española y un español. Como está en las afueras, facilitan el acceso al colegio con un servicio de autobuses. El internado es económico. El personal, bien pagado, respira optimismo, confianza y energía. Italia, Mussolini... Hay retratos de Mussolini en todas las clases. Cultura itálica, más bien que cultura latina. Hemos paseado por los altos del palacio buscando la azotea del Sultán, como por un jardín colgante. En el último patio, junto a las obras del nuevo hospital—todavía dentro de Italia—, vemos un racimo de chicos. Juegan, riñen y gritan. Nos miran desde abajo, y los más pequeños

nos tienden las manos. No acaba de ser el saludo cesáreo, pero se adivina la intención. "¡China tengo!" dice una niña—. "¡Mira cuántos maestros!"—señala otra—. En español. Todos los chiquillos, los verdaderos pobladores del palacio escolar, son españoles.

nos tienden las manos. No acabo de ser el señor de cesáreo, pero se adviene la intención. "China tengo", dice una niña. "Mira cuántos naces!"—señala otra.—En español. Todos los niños quillos los verdaderos poseedores del palacio es colar, son españoles.

V

LOS HEBREOS

I. A JACOBO BENTATA

LENTAMENTE caminan, como desfile suelto de hospitalizados y amputados, estos artículos sobre Tánger. Sin embargo, no pierden su elevado espíritu; y su moral sigue tan firme, que, al pasar, saludan con los ojos alegres y el ¡vival más esperanzado que nunca. Yo sé que no trabajamos en vano ellos y yo. ¿Qué importan las heridas, ni siquiera las del amor propio? Vamos ganando, en silencio, nuestros primeros objetivos.

A usted, amigo Bentata, que en días de tribulación tuvo la bondad de abandonar sus cuidados para guiarme por las escuelitas tangerinas, especialmente por las hebreas, y de expresar como sefardí, como verdadero español, sus deseos fervientes de ver completada la obra española en Tánger, le trasmito hoy parte de mi optimismo. Creo llegada —¡por fin!—la hora que esperábamos. No sólo en Tánger, sino en toda nuestra zona de influencia y aun más allá, donde alcanza la gran marea de nuestra emigración prolífica, la escuela va a ser

atendida. ¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Qué cantidad de esfuerzo? Pronto hemos de verlo (1).

* * *

Innecesario me parece describir una vez más al hebreo de Tánger; en general, al hebreo de Marruecos. Me importa más decir que cuando el niño hebreo tangerino llega por primera vez, párvulo, a una escuela israelita, o francesa, o italiana, su lengua es la española. —¡Que alcen la mano los niños que hablen español!—he dicho en muchas clases. Todos se ponían en pie y alzaban la mano como si quisieran llegar al techo. Hebreos europeizados. Hebreitos vestidos como los muchachos que he visto en innumerables pueblos y ciudades. La escuela iguala. Diré más: hasta el ambiente de las escuelas israelitas es aquí demasiado semejante —a pesar de todo— al de las escuelas andaluzas.

Vamos por orden. Digamos antes, aun sin describir a los sefardíes, lo que significa su concurso para nosotros. —"El hebreo es honrado, laborioso, económico y prudente. Constituye la colonia extranjera más numerosa y prudente. Según algunos autores, ascienden a doscientos mil los judíos que habitan en los Mel-lah del Imperio"...—Castellana eleva su número a 250.000. Sin censo y sin estadísticas, sólo por conocer sus hábitos creo que han de ser muchos más. —"Este pueblo, unido a España por el lazo del abolengo y de la tradición, que profesa a nuestra patria un amor romántico, sólo

(1) Por desgracia, no lo hemos visto. Al trazar esas líneas confiaba en noticias que hasta ahora no han sido confirmadas.

espera que nosotros vayamos a él... para que le señalemos los senderos de la instrucción... Y debemos ir de prisa, antes que de otros países se nos adelanten demasiado en esta labor nacional."—Esto lo escribió, poco antes de morir, D. Francisco Gómez Jordana, alto comisario de España, como prólogo, no terminado, del interesante libro de D. Manuel L. Ortega *Los hebreos en Marruecos*. Debemos ir de prisa... Era esto hacia diciembre de 1917; acaso algo más tarde, en 1918. ¿Hemos ido de prisa en estos diez años?

* * *

Hay en Tánger doce mil hebreos. Seguramente más. Sefardíes, de origen español, de habla castellana; por tradición conservada fidelísimamente en arcaísmo para nosotros conmovedor. Corresponden a esa población sefardí cerca de dos mil niños en edad escolar. De estos niños, van, los que caben, los que no se educan en colegios franceses, a las escuelas de la Comunidad Israelita: una graduada de niños, una de niñas y un Instituto Rabínico. La Alianza Israelita Universal, que radica en París, es la Sociedad fundadora, la que sufraga los principales gastos. Pero ayuda la Comunidad tangerina, de israelitas sefardíes, que en la medida de sus fuerzas sostienen relación espiritual, cultural, con España. He visitado esas escuelas. La de niños, en la cuesta de la Alcazaba, tiene gran patio central, desarrollado en herradura, como un imán, con galería corrida. A ella dan las puertas de todas las clases. Diferéncianse poco de nuestras aulas tradicionales y no me parecen más cuidadas. Al contrario. En los niños descubro abandono. Hay entre ellos bastantes españoles, de familias españolas, cristianas, que

los envían allí porque no encuentran otro sitio. No se crea raro el caso. De los quinientos alumnos que asisten a esas clases, unos setenta u ochenta son españolitos. Hay cantina. A los párvulos de la maternal se les habla español, como en sus casas. Conviene repetir que la lengua materna de estos hebreos es el castellano. Pero a partir de ahí empieza la iniciación en el francés, puesto que la educación será francesa. El director, francés; así como el plan de enseñanza. El profesorado israelita es verdaderamente universal: hebreos tangerinos, feziés, franceses y balcánicos. Hay una buena profesora española: doña Carmen Mas. Un profesor español que da su clase de castellano: el Sr. Mejías. ¡Gran desproporción! Para nivelar las influencias o siquiera para mantener una proporción digna, nuestros compatriotas—españoles y sefardíes—solicitan de Madrid que envíe más profesores a estas escuelas israelitas. Hay, como es natural, enseñanza de lengua hebrea. Por cierto que éste es un punto muerto para los alumnos españoles: —¡Ya ve usted!—me dicen señalándome a un pequeño compatriota—. A éste le traen aquí ahora, y su padre no quiere que estudie hebreo.—Como la sinceridad y veracidad con que tributo elogios a cuantas instituciones lo merecen me autoriza a ser, en todo caso, igualmente sincero y veraz, diré que no traigo buena impresión de las escuelas de la Alianza Israelita.

Las de niñas—en Cenarro—me parecen mejores. Las niñas siempre llegan más vigiladas, más ordenadas, más compuestas que los muchachos. Sin embargo, las profesoras se disculpan: —El próximo sábado llega la limpieza anual, según rito, en todas las casas hebreas. Antes de esa gran fecha las madres se descuidan un poco.—También aquí

hay muchas niñas españolas. A mis preguntas, en cada clase se levantan cuatro o cinco. Padres obreros, modestos empleados. No han querido dejar sin alguna clase de educación a sus hijas y las mandan a las escuelas hebreas. Desde el primer grado, al salir de la clase de párvulos, aprenden francés, y su cultura, como la de estas niñas israelitas, será francesa.

2. DEBERES Y CONVENIENCIAS DE ESPAÑA

Además de sus escuelas israelitas tienen los hebreos de Tánger un Instituto Rabínico, instalado con modestia, bien dirigido por un hombre de cultura literaria muy europea, que conoce casi tanto como a Francia a España y, sobre todo, a Portugal; con profesores competentes, hebreos de Tánger, Tetuán y Larache, que enseñan en español, y otros franceses, del Liceo, que, naturalmente, usan su idioma. El Instituto Rabínico es nuevo. Lo creó y en gran parte lo sostiene, la comunidad israelita. El ambiente que allí he encontrado es de gran simpatía hacia España, singularmente por la discreción y amable curiosidad intelectual del director. Hay una profesora y un profesor particular de español. No debe ocultarse, sin embargo, el verdadero acento de esta institución hebrea y el principal influjo que recibe. Al pasar por ella nuestro compatriota el inspector D. Alfonso Barea, de cuyos trabajos he hablado en otro artículo—y será preciso hablar más cuando produzcan todo el resultado que merecen—, vió con claridad la importancia que tiene este vivero de rabinos intelectuales, que elevarán el nivel de la comunidad sefardí tangeri-

na y se esparcirán por las comunidades israelitas de todo Marruecos y de todo el mundo. La enseñanza equivale a nuestro bachillerato, menos intensa que la del Liceo, con base talmúdica, hebrea.

Como se ve, los doce mil hebreos tangerinos de habla castellana tienen sólo dos escuelas graduadas, predominantemente francesas, y un Instituto Rabínico. A la enseñanza de los franciscanos—es decir, a la preparación y estudios de bachillerato español—no van niños hebreos. Sólo tengo noticia de que vayan a la escuela nocturna de adultos. En cambio, los liceos franceses están llenos de hebreos, y, como he dicho, empiezan a ir también a la enseñanza italiana del palacio de Muley Hafid. Sus organizaciones no les bastan. Todo hebreo sabe leer el Talmud; pero la extensión de su cultura genuina y el enlace con la universal representan mayor esfuerzo del que ellos por sí mismos, sin Estado, pueden hacer. El caso, digno de profunda reflexión, me sirve para dejar situado en su relativo y limitado valor el alcance de la iniciativa individual. Tan lejos como pueda ir otra raza irá el disperso pueblo de los hebreos; pero difícilmente podrá crear una enseñanza. Su cultura inmortal, de tenaces raíces, de largas, robustas y floridas lianas, necesita un tronco.

Todo español penetrado del espíritu de su historia sabe que ese apoyo preciso podría y debería dárselo España. Por lo menos a los sefardíes. Leído en Tánger el libro de D. Manuel L. Ortega *Los hebreos en Marruecos*, alcanza dramático interés su capítulo sobre política sefardí. Después de reunir los datos con que puede trazarse en líneas gruesas una historia de España capaz de comprender y de realzar su parte hebrea, habla de algo que ya no

se refiere al pasado. Recuerda la frase de Murga—español y moro como Badía—: "Si alguna vez, como todo parece augurar, el comercio concluye con las antipatías de los pueblos, les da bienestar y los une con los lazos de la fraternidad humana, Marruecos deberá gran parte de este resultado a los judíos. Entre ellos hallarán hombres superiores al medio en que se encuentran, libres de muchas o de todas las preocupaciones que los rodean, que les darán sin desconfianza ni recelo útiles noticias y que les facilitarán los medios de ir levantando el velo tan tupido que cubre los misterios de Marruecos." Algo más que eso significa su colaboración. La misión del hebreo en Africa va más allá; su laboriosidad, su espíritu mercantil no basta para definirlo. Hay otras cualidades espirituales que también pesan en una obra de civilización. Su sentido práctico domina, sin embargo, y no renuncio a copiar, por su fuerza gráfica, una frase del libro de D. Manuel L. Ortega: "Hay pocos grandes terratenientes hebreos en Marruecos. Generalmente, cumpliendo el consejo talmúdico, dividen sus capitales en tres partes: un tercio para adquirir propiedades, otro para emplearlo en el comercio y el último en dinero disponible. Como nos decía un banquero sefardí del Mogreb: "Nunca el judío pone todos sus huevos en un solo cesto." Pero íbamos a otro juicio más pertinente al tema de estos artículos sobre escuelas y sobre la relación antigua histórica de dos culturas. Los sefardíes hablan castellano arcaico. Jacobo Bentata me recordaba que entre los hebreos el sefardí—español—sigue ostentando con orgullo el apellido de sus antepasados. "Le tienen y son tenidos como una aristocracia, acaso porque en el momento en que se desparra-

maron por el mundo su ilustración los colocaba a la cabeza de todas las culturas." No han dejado de solicitar la buena acogida a que se consideran acreedores en lo más firme: en el espíritu.

Pero aun resta mucho camino que andar. Dice L. Ortega: "Hemos dejado que Francia ocupe el lugar de España cerca de los judíos mogrebinos. Francia es considerada por los hebreos como la nación redentora del pueblo israelita en Marruecos. Francia, con sus escuelas y sus protecciones, es una realidad. España es un ideal romántico muy amado, pero cuya influencia bienhechora no se toca lo suficiente." El camino está bien claro. Muchos españoles han ido poniendo los letreros indicadores. Escritos los anteriores artículos he sabido que hay una información detallada del profesor Américo Castro anterior a la de Barea, pero de fecha no muy lejana. Vió bien el problema. Dejó nota expresiva donde más importa. Yo no agregaré nada nuevo. Buenos profesores, buenos maestros, buenas escuelas, un buen Instituto... Con eso España será una realidad.

3. TODOS LOS HEBREOS SABEN LEER

El Talmud les obliga, más aún que a los musulmanes el Corán. El Talmud hace que ni un solo hebreo—normal y capaz—rehuya la enseñanza de las primeras letras. Hay aquí un principio de comunidad y, por tanto, de democracia en la cultura, al que no es temerario atribuir influencia sobre la fuerza espiritual, la inquietud creadora y el valor intelectual de su raza, a través de la historia—. Veinte siglos ha—lo explicaba Bentata, hablando

del interés de España en atraerse al hebreo—que todo israelita estudia el Talmud, obra enciclopédica. "Lo estudia profundamente, a conciencia; y en esa gimnasia intelectual gana el cerebralismo atávico que le caracteriza." Separo el hecho en sí, independientemente de toda aplicación política. Interesa para la visita de escuelas.

3. TODOS LOS HEBREOS SABEN LEER

El Talmud les obliga, más aún que a los musulmanes el Corán. El Talmud hace que ni un solo hebreo—normal y capaz—renuncie la enseñanza de las primeras letras. Hay así un principio de co-
munidad y, por tanto, de democracia en la cultura, al que no es temerario atribuir influencia sobre la fuerza espiritual, la inquietud creadora y el valor intelectual de su raza, a través de la historia.—
Veinte siglos ha—lo explicaba Bentata, hablando

VI

LOS MOROS

I. ESCUELAS CORANICAS

NO es difícil trazar el cuadro de lo que deberían ser en Tánger la enseñanza árabe y la hispanoárabe. Bastaría seguir el consejo de los moros amigos. Los españoles que allí residen, verdaderamente patriotas, no ven ninguna razón que impida realizar aquí por lo menos lo que realiza Francia. El salto sería demasiado brusco. Imposible, no, pero muy difícil; porque media un abismo entre lo que debería haber y lo que hay. Esto último nos interesa. Por misera que sea la realidad, es siempre más fuerte que los sueños. Entremos, pues, en nuestro coto.

No en la escuela coránica, que, como se sabe, es coto cerrado; pero sí en sus contornos. Sólo conozco bien la nuestra, en el callejón de los Shorfás, y para tener idea equivalente a la de otras escuelitas lugareñas he querido asomarme al "mesid" de un aduar. Decir que lo conozco bien es decir demasiado. Habrá muchas cosas imperceptibles para un profano que no habla árabe, empezando por la opinión que tengan del intruso el faquir y sus dis-

cíbulos. Pero ya sé cuál enseñanza da y cuál omite la escuela coránica. Enseña a leer capítulos del Corán, a escribirlos y a recitarlos de memoria.

Local: cuatro paredes lisas, puerta abierta, ventanita morisca; aquí, con cristales de colores. Una estera de junco. Cuarenta o cincuenta muchachos sentados en el suelo balanceando frenéticamente la canturria de su versículo. Para el faquir no hay mesa ni tarima, sino una zalea, una gran piel de oveja negra. La zalea, la caña y las venerables barbas forman el "atrezzo" más teatral del pequeño escenario. Lo demás es sencillísimo. Mejor dicho: no hay nada más en los mejores "mesaid". Arriba, en la clase coránica del callejón de los Shorfás, he visto clavadas en la pared algunas estampas junto a las tabletas que sirven de pizarra a los chicos. Abdalá, bey de Túnez, cabalga con su alfanje, su turbante y su triunfal mostacho, una dama a la grupa, y por escolta el vuelo de dos pájaros simbólicos. Allí está además el árbol de los Profetas: la raíz, en tierra; la copa, en los cielos. Y el sacrificio de Ismael. Con otras burdas litografías, de industria quizá tudesca; degradación egipcia o tunecina de la devoción musulmana popular, que por nada del mundo tendrá en su casa ningún moro de calidad.

Allí trabaja como buen pastor, como buen faquir, Sid Abdeselam Telemsani—de Tlemecén—. Medio centenar de muchachos viene por las mañanas a besarle graciosa y respetuosamente la mano, a escribir en sus tablas y a clavarse bien en la memoria capítulo tras capítulo del libro santo. Parece muy sencilla la pedagogía mora, y, sin embargo, ha de tener lo que aquí llamamos problemas. El muchacho de memoria lenta está perdido. El faquir no dibujará nunca en su pizarra el signo que acre-

dita ante los padres su aprovechamiento. ¿Cómo va a llegar a "toleb" un chico sin memoria? ¿Para qué servirá un alumno de mala memoria? Sin embargo, no todo es recitar los versículos. Hay un principio de interpretación de las ciencias coránicas, es decir, del saber diluido en el texto sagrado. Por lo pronto se les ha dado la semilla.

2. DOS MEDIDAS.—EL DESPERTAR

Para nosotros, Morería, vasto término impreciso, casi ilimitado, quiere decir tanto berberiscos, montañeses, rifeños, como árabes aristócratas, granadinos o cordobeses de estirpe, y árabes nómadas, del desierto. Llegamos a meter en la Morería todo el abigarrado mundo musulmán, incluso las razas africanas del Sudán y de Senegambia. Estos moritos de buena familia, envueltos en sedas y gasas, brillantes, coloridos, perfumados, como un bombón; este copo de lana, que vemos pasar, ya grave y prestancioso, de la garra de un negro; así como el adolescente espigado ante quien se detienen todos, hasta las barbas blancas, para besarle la mano con una gran sonrisa... Moros de calidad. Señores por su nacimiento. Con quienes, desde luego, cuentan la ciudad y las naciones protectoras. Pero Tánger—¿qué no ocurrirá más adentro?—tiene innumerables series y categorías de niños moros, poco interesantes para cualquier administración colonial. Quizá sea aquí donde el niño desempeña antes mayor número de funciones. Mientras el moro fuma y sueña, su hijo trabaja. Hay por los campos y por la montaña más pastores niños que hombres, y en los tenduchos veo instalado, no como dependiente

o recadero, sino como factótum, al chiquillo del Suss, listo y fiel lo mismo que un serrano de Soria. Estos tenderos del Suss, los "suassa", han ganado en Argel los doscientos o trescientos duros necesarios para armar su tabanque, y luego hacen que vaya pasando por él toda la parentela. ¿Dónde huye la chispa de inteligencia, vivacidad y discreción que arde en los ojos de estos niños? Para otros trabajos y oficios menudos sirven bien los muchachos, y se ve que la idea de encerrarlos en una escuela sólo puede ser escuchada en nombre de algo más fuerte que el saber para un musulmán: en nombre de Dios y Mahoma su profeta. El moro, apenas puede, manda sus hijos a la escuela para que aprendan el Corán. Nuestra cultura, europea, sólo preocupa a los moros notables de inclinaciones intelectuales; quizás a los que han sabido darse cuenta de que ciencia es poder. Y hace falta llegar aquí con principios igualitarios completamente absurdos, como los míos, flotantes en el éter de un universo fantástico e irreal, para pensar que cuando salgan del saco en que van cabalgando los chiquillos de esa buena mujer descalza, tapada hasta los ojos en tela de mísera urdimbre, será para llevarlos a la clase de párvulos de una escuela graduada.

Pero yo he visto a millares de compatriotas tan lejos de las verdaderas escuelas como estos montañeses marroquíes. Y he visto en España algo semejante a la escuela coránica. Tánger puede decirse que no es Marruecos. La zona francesa ha cambiado de arriba abajo en quince años. La nuestra empieza también a enterarse de que la mezquita y la enseñanza de la mezquita no bastan. Idea perturbadora, revolucionaria, que va andando camino, poco a poco, a través del

mundo musulmán. Nace en Egipto acaso al mismo tiempo que en Turquía, aunque los franceses atribuyen su aparición a la campaña de Bonaparte. Llega a Siria hacia 1860. A Persia, quince o veinte años después. A Túnez, a fines del XIX. El carácter universitario de la cultura musulmana—y hebrea—del Egipto y de Siria se debe a los progresos hechos en todo un siglo de trabajo. Hoy brilla para los espíritus escogidos—hablo de nuestros marroquíes de Xauen a Tetuán, de Alcázar a Larache, de Arcila a Tánger—como nuevo Sol por el Oriente. Con lo dicho basta para adivinar la verdad. Es prudente amoldarnos a las realidades que encontramos. Dejaremos al moro pobre en su escuela coránica. Si acaso le iremos a buscar para enseñarle un poco de nuestro idioma: los franceses, el francés; nosotros, el español. Si acertamos a resolver el problema, tendremos dos clases de escuelas: unas para hijos de moros notables, futuros funcionarios administrativos, industriales y terratenientes. Otras escuelitas de barrio para el pueblo. Unas serán escuelas de pago. Y por ello, de acceso limitado. Las otras serán escuelas de balde. Conviene remachar bien este concepto de utilidad. Los franceses lo han hecho así por motivos "de orden pedagógico, político y social". Los chicos de familias pudientes son, en general, más despiertos que los otros; tienen más tiempo para trabajar; además, la instrucción que reciben debe hacerles capaces de reemplazar a sus padres. (Paul Marty: "Le Maroc de demain". París, 1925.) No se les va a enseñar a trabajar la madera, o el hierro, o el campo, porque, ofendidos, desertarían. La escuela única fracasaría y, en el mejor caso, sería peligrosa. Aquí una frase que me interesa recoger y guardar cuidado-

samente para cuando volvamos a España: "El fin que perseguimos no consiste en crear o reforzar una casta, sino en dar a un grupo social determinado la instrucción que requieren sus aptitudes y su papel social presente y por venir." ¡Qué arte ha tenido siempre el francés para decir las cosas más difíciles! ¡Cómo me iluminan el camino los faros de ese "auto" explorador por tierras ajenas, y qué impaciencia siento por enfocarlos al otro lado de la torreta blanca de Tarifa! El sentido práctico, utilitario, colonial, aconseja separar las enseñanzas. Hay en Marruecos demasiadas razas; les atraen fines muy divergentes para soñar con dar a los indígenas *une instruction passe-partout*. Los notables se alejan de los trabajos manuales y se consagran a las funciones públicas, a la industria, a los negocios. En tal sentido debemos, por tanto, educar a sus hijos, y de no hacerlo así contribuiremos a desclasificarlos. Con tan razonado criterio no hay *passe-partout* para el pobre. El morito notable aprende con el faquir el Corán, el árabe, la moral islámica; con el instructor francés, el lenguaje de la cultura, del comercio y de los negocios. "Lección de idiomas y de cosas, gramática y ortografía, lectura, recitados, composición francesa, moral general y humana; cálculo, elementos de historia de la civilización, del norte africano y de los grandes hombres de Francia; rudimentos de geografía, dibujo." El otro sigue con el Corán.

Comprendiendo que nuestro genio nacional, menos reflexivo, menos político, lleva a la orilla africana otro sentido de la amistad, algunos moros tangerinos vinieron a verme y a hablarme con afecto de la misión de España. Reproduciré sus palabras. Más difícil será reproducir el tono de fervor,

y al mismo tiempo de dignidad y esperanza desesperada, con que las pronunciaron.

Hablan como nosotros. Por muchas cosas, y no sólo por su castellano, el moro culto de Tánger habla como si fuera español. Uno de éstos que me visitan y cuyo nombre escribiría aquí si no temiera perjudicarlo, se parece a Larra—va de avanzada, también, entre los de su raza y el pueblo se le ha quedado atrás—. Para él, España debe llevar a Tánger una gran escuela árabe, contratando profesores sirios y egipcios. Irían alumnos de todo Marruecos. Aumentaría el prestigio español. Dejarían las escuelas francesas.

—Los moros de Tánger tienen una opinión común que yo recojo: España debe atender estas peticiones que hacemos por afecto y simpatía. Cualquiera otra nación: Francia, por ejemplo, nos recibiría con los brazos abiertos. ¿Por qué España no lo hace? Está gastando su prestigio. Siempre que viene alguien lo decimos. No nos hacen caso.

Algunos de estos moros son antiguos alumnos de Fez y de Rabat; y, particularmente, están dispuestos a estudiar un plan, a trabajar y a dar lecciones. Pero preferirían profesores de Siria y de Egipto. Lo peor es no hacer nada.

VII

RESUMEN Y ADIOS A TANGER

DESANIMO

CREO inútil escribir una palabra más sobre la situación de la enseñanza española en Tánger. ¿Para quién trabajamos? ¿Para el público? Nuestra información ha de ser fatalmente incompleta, y con lo dicho basta. ¿Para estimular al Gobierno; es decir, a quien puede resolver? El Gobierno está perfectamente enterado. Parecería segura e inmediata una intervención oficial que empezara a moverse desde ahora, con arreglo a un plan técnico, escalonado por etapas. Tuve indicios de esa movilización; pero, sin duda, está detenida, acaso abandonada. Diríase que hemos soltado la amarra de Tánger y la dejamos ir, a la deriva. Tánger, con su puerto, su barrio europeo, de placer, un poco Costa Azul; sus juderías y su alcazaba; Tánger, *la Perra*, con sus cien garitos de la calle de los Cristianos, tiendas abiertas, protegidas donde no entra el moro, tiendas de azar y de condena- ción, sórdidas...; noches de fiebre infame, "group- piers" y tanguistas, locura estúpida, ruina y un tiro en la sién a la madrugada. Tánger, tierra de

emigrantes, escalón de Algeciras, tajo para el pobre jornalero andaluz; campo de esperanzas e inquietudes para el especulador de terrenos. Tánger, cielo azul, turbante moro, kepis francés, bolsa judía, brazos españoles... Puesto que te nos vas, ¡adiós! Mejor dicho: puesto que te dejamos, ¡adiós!

* * *

Muy fácil sería tender la mano y ayudarla, lo cual equivaldría, como hemos visto, a ayudar, cumpliendo nuestro deber, a diez o doce millares de compatriotas. Aquí hemos de limitarnos a hablar de las escuelas. En resumen, sólo cuento los dos grupos de los franciscanos. Pero ¿qué es esto ante la enérgica concurrencia internacional? Edificios aceptables, pero sin patios de recreo. Material escaso. Enseñanza deficiente, a pesar de la voluntad. ¿Se quiere saber cuál es la opinión de los españoles más competentes? Basta hablar con los más cultos de la colonia. Ni siquiera eso es necesario. Basta asomarse a las clases. —Métodos y procedimientos siguen las más viejas rutinas de la primera enseñanza española. En los primeros grados, escribir, leer y contar. Con más la doctrina cristiana. Luego se amplía algo, a base de la enseñanza de Porcel y Riera. No se enseña a explicar lo leído. No redactan. No resuelven problemas del sistema métrico.—Estos inconvenientes, graves, no aparecen bastante compensados por algunas ventajas. A la cantina acuden muchos niños. Hay teatro infantil, cine con proyecciones. Sin duda, es algo; y los franciscanos tienen en Africa buena tradición; pero sería preciso asesorar y dirigir toda la enseñanza de esas escuelas con otro criterio. Harían falta maestros y

maestras. Debería nombrarseles un director, maestro nacional.

Téngase en cuenta que sólo hay eso para dos mil niños españoles—sin hablar ahora de los hebreos—: Dos grupos escolares subvencionados por España. Deberíamos referirnos también a una escuelita, "Colegio español Mejías", de pobre subvención, en la barriada de la Playa. Pero sería cruel. Vimos allí la voluntad de las familias españolas por instruir sus hijos con profesores compatriotas y el ansia de sustituir a fuerza de trabajo la falta de recursos.

Todo ello podría aprovecharse como cimiento de una organización nueva. El Gobierno tiene en su poder la solución técnica y económica del problema de la enseñanza en Tánger. Pero ¿quiere o no quiere ponerla en práctica? ¿O es que Tánger, perdido su privilegio como única desembocadura de los caminos del Mogreb, ha dejado pasar su hora y está ya definitivamente condenado?

JAEN:
VIAJE A SANTIAGO DE LA ESPADA

espulón de Pontones de Arriba.—Fué un viaje ar-
 diente el primero a Santiago de la Espada. Der-
 vó a tierra granadina, por los guanos de Hué-
 de Don Fadrique; entro en las cuevas de Hué-
 car y de Cullar, y lindó de viento de autódar, entre
 Baza y Guadix. Todo esto, como digo, era precu-
 so sereno, dejaba tepear, mientras iban lun-
 diéndose, taxonándose, y unas veces demasiado

I

Violentas.
 Ya está logrado ese propósito de orden y de ase-
 nidad. Tendrá el lector en conclusión, y sin estos inútil-
 Para el motivo de estos viajes ir a Jaén, y dentro de
 Jaén a Orcera, y dentro de Orcera a Santiago de
 la Espada, llegar al Polo. No hay más
 allí. Posee la sede hispánica de la ignorancia aso-

JAEN Y SU PROVINCIA

LA LOMA DE UBEDA

UN año entero he dejado serenar estos recuerdos del primer viaje por la Loma de Ubeda y Sierra Segura, con su famoso airón negro: Santiago de la Espada. Veo ya bien el fondo que busco, trasparente como aquella hoya donde nace el irascible y laborioso río levantino; pero nunca el agua está quieta. Hay un temblor, un borbotello, una movilidad de nube que no aflora sino que rueda por la arena y sale hecha cristal. Lo maravilloso en la fuente del Segura es sentir cómo ese cúmulus indeciso, de un blancor azulado inconcebiblemente suave y tenue, hierve, de pronto, burbujea, y, al cabo, brota, poniéndose en pie. Lo miran, torvos, desde sus crestas atormentadas, unos montes calcáreos, desnudos—denudados—, cuyos derrumbes brillan al sol como si fueran también a hervir. Sin árboles. Sin camino al margen. Solitario manadero de vida, por cuya canal silban los vientos, llevándose, entre "cras, cras" de grajos, los ecos del pobre

esquilón de Pontones de Arriba.—Fué un viaje ardiente el primero a Santiago de la Espada. Derivó a tierra granadina, por los pinares de Puebla de Don Fadrique; entró en las cuevas de Huéscar y de Cúllar, y finó, de vuelco de autobús, entre Baza y Guadix. Todo ello, como digo, era preciso serenarlo, dejarlo reposar, mientras iban fundiéndose, razonándose, algunas luces demasiado violentas.

Ya está logrado ese propósito de orden y de serenidad. Tengo el secreto que buscaba y puedo revelárselo al lector sin confusiones y sin gestos inútiles. Para el motivo de estos viajes ir a Jaén, y dentro de Jaén a Orcera, y dentro de Orcera a Santiago de la Espada, era como llegar al Polo. ¡No hay más allá! Posee la sede hispánica de la ignorancia absoluta, y si fallara la explicación del caso extremo, fallaría lo más digno de ser conocido en una "Visita de Escuelas". Es decir: fallaría toda la explicación. Para darla seguiré plan algo distinto del que he llevado hasta ahora. Téngase en cuenta que no voy al azar sino guiado por datos oficiales. El Escarabajo de Oro no esconde aquí ningún misterio. La cifra se descifra a sí misma. Pero, ¿por qué? ¿Cuál es la razón de que en esta Sierra del Segura vivan los pueblos más ignorantes de Andalucía? ¿Es la raza? ¿Es el suelo? ¿Hay otras Hurdes bárbaras por incapacidad de la tierra? No anticipo aquí la respuesta que irá dándonos cada paso del viaje. Santiago de la Espada aparecía desde la Loma de Ubeda como algo inaccesible, o por lo menos de difícil e innecesario acceso. —¿Va usted a llegar allá? Asegúrese bien. Lleve buen guía. Imagine usted que ni ellos mismos conocen el camino, que no es camino, y en días de nieve y niebla el campa-

nero toca la campana para que la gente del monte sepa dónde está el pueblo.

La campana de Santiago de la Espada suena, sumergida en un mar de leyenda. Suena sin el encanto de la campana de Is, pero no menos misteriosa, ni menos inmersa en el abismo. Hoy sé hasta el año en que la fundieron. He subido a la torrecita mocha. Conozco al campanero sacristán, y el señor cura me ha hecho discretísimas confidencias. Y aquel apóstol Santiago, con la espada desnuda en alto; su caballo de baraja saltando sobre la morisma; todo él como una figura de nacimiento, con la técnica y la gracia de un rey mago de barro, sé contra quien galopa. Algo difícil es entablar estas amistades, pero ya están hechas. Santiago de la Espada es un pueblo de España. Un pueblo más. Cuando M. Maurice Legendre llega en su estudio de geografía humana: "Las Jurdes", a examinar el grado de abandono de la instrucción, tiene una frase hiriente: —"No es que este país sea reducción fiel de España, pero sí una reducción que podríamos llamar caricaturesca, quitando a la palabra todo sentido injurioso, reducción que acusando brutalmente los rasgos de conjunto, subraya a la vez defectos y cualidades." Hierde la frase, aun siendo positivamente exagerada y falsa, por lo cual no es preciso devolverla ni contestarla. Las Hurdes no ofrecen las cualidades de España ni en caricatura. Las Hurdes son inhabitables—abandonables—, mientras que la historia de España muestra el eterno espectáculo de la codicia ajena, traducida en larga serie de invasiones y expolios. Mejor podría decir un español algo semejante, con espíritu de corrección, tratando de la ignorada tierra por donde ahora vamos a penetrar. Porque Orcera, con San-

tiago de la Espada, arroja en la estadística oficial de Instrucción pública una cifra más desfavorable que Hervás con sus ásperas Hurdes. Y yo quiero mostrar por qué causas llega a producirse hecho tan extraño en el corazón de la fabulosa Sierra Segura.

II

SIERRA SEGURA AL MARGEN

CUANDO los serranos del Segura bajan hacia Granada dicen que van a Andalucía. Ellos no se creen andaluces. Tampoco murcianos ni manchegos. Viven entre cuatro provincias. El Hornillo—luego Santiago de la Espada—fundáronlo pastores trashumantes de la serranía de Cuenca; y aun hoy conducen su ganado por toda la sierra de Alcaraz. Echan la madera río abajo a los tramos de Murcia. Van, como "gancheros", en "campañas", a los "saques" del Tajo. Hemos de verlos mucho más lejos, trabajando en las "pudrerías"—*poudrerries*—de la guerra grande y en otras arriesgadas industrias extranjeras. Sólo cuando tienen que pedir favor o justicia, reclamar, pleitear, acuden a Jaén, asomándose a la Loma de Ubeda, que es andaluza, por los pinares de Siles o por su portillo natural: la Puerta de Segura. Jaén, capital administrativa, no llegó nunca a sacarlos de su aislamiento. Pero, siendo la capital, era preciso ver en qué relación está Jaén con Santiago de la Espada; y si Santiago es lo que es, precisamente por haber caído bajo una maléfica jurisdicción. Procedía, pues, ir a Jaén antes de escribir sobre aquel rincón

de su provincia, y así acabo de hacerlo en el pasado mes de junio.

Jaén, al pie de los montes, bajo el reflector de Jabalcúz. Un castillo de centinela. Sobre el cerro, como Ubeda, como Baeza, como Martos, como la más humilde, pero también, más empinada villa de Inatoraf, el caserío va recobrándose poco a poco y baja al llano, donde sólo vienen a sitiarle pacíficos ejércitos de espigas morenas y de olivos. Con aquellos montes, de línea dura, agria, descarnada, sólo rivaliza en fuerza la catedral; piedra maciza, entrañas amorosas. Todo lo demás parece pasajero, fluctuante, viejo y en obra de renovación poco feliz. Plaza de Santa María, señorial; plaza del Concejo; jornaleros parados, *autos*, *cine* y café. Sociedad Económica de Amigos del País, todavía ilusionada, con cierta cándida ineficacia, aguardando la resurrección del XVIII. ¡El porvenir será suyo, a pesar de todo! Casa del Pueblo, gente de buena fe, trabajadores toscos. Lo más nuevo en espíritu y lo más desorientado. En el corazón de aquella casa antigua con hierros, columnas, vigas y canecillos valorados por trescientos años, quieren albergar una escuela en memoria de D. Manuel Montero Moya, maestro viejo, diputado de las Constituyentes, héroe cívico del 68. Jornales bajos. Pobreza del pueblo. Iniciativa escasa. Al margen, viviendo en la Historia, los eruditos de "Don Lope de Sosa", con su patriarca Alfredo Cazabán. Propietarios, agricultores, abogados. Pocos espíritus libres. Simpatía, cortesía. Amable trato. La política, soterrada; pero dispuesta siempre a la lucha de parciales, familiares y banderizos. Todo ello bajo la onda sonora, magnética, de las campanas de la catedral.

Pero ¿esto sólo es Jaén? No. Esto y otras muchas

cosas que iríamos tamizando y clasificando lentamente; pero que acaso no se diferencien de las cosas de otras ciudades españolas sino en la proporción de sus mezclas, en la cantidad. Vamos buscando—no lo olvide el lector—la razón de que Santiago de la Espada, su cabeza de partido, Orcera, y su capital, Jaén, tengan la triste primacía que ya conocemos. Las cifras altas más próximas van por el siguiente orden: Málaga, Granada, Almería, Albacete, Murcia... Empezamos por encontrar, situándonos a la sombra de Jabalcúz, el contacto con las otras tres provincias: Granada, Albacete, Murcia, fragmentos del mismo bloque, con características semejantes, aunque con distintos estímulos de liberación. Geografía e Historia las unieron antes que la Estadística.

¿Quiere el lector ahondar un poco y ver dónde están esas diferencias? Albacete esconde su Santiago de la Espada. Es Yeste. Pura sierra. Sierra Segura, todavía, bajo la cresta pálida del Calar del Mundo, con su población trashumante de madereros y pastores. Santiago, Yeste, allá se van. Quizá serían iguales si Yeste no tuviese un camino por donde puede llegar desde Hellín, sin grandes trabajos, un maestro. Pero Albacete, capital, se salvó hace tiempo. El llano manchego va mejorando día por día, y en Albacete ha bajado al 50 por 100 la cifra de los analfabetos, mientras que en Yeste la última cifra conocida (1920) era ésta: 83,88. ¡Perdón, si acudo por una vez a la seria garantía de los números oficiales! ¡Perdón, si empleo, por abreviar, la odiosa palabra técnica! En Orcera—véase el folleto de Luzuriaga *El analfabetismo en España*. (Madrid, 1926)—la proporción llega a 84,67, y en Santiago de la Espada, a 92,8. "De sus 8.282 habitantes,

sólo saben leer 590." De 4.132 mujeres sólo saben leer 178. ¡Honda, intrincada, recóndita Sierra Segura, sin caminos, sin valedores! Algo quiere decir que de este macizo imponente se destaquen también hacia la sierra de Benamor unos riscos y unas cañadas que entran por Murcia hasta Caravaca y Moratalla. Caravaca da la cifra más alta de su provincia: 79,73. Algún Ayuntamiento serrano, y sobre todo algunos caseríos, aldeas y cortijadas, la elevarán mucho más. Al volcarse en Murcia, capital, la sierra pétrea y la huerta moruna rayan un terrible nivel, que no puede compararse con el de Albacete. Ya no es la Sierra. Ya es otra cosa humana, modificable, porque aquí no queremos batirnos con la Geografía. Carácter, desorganización, miseria del pobre y mala fe del rico. Desidia, apatía, política del interés mal entendido. Más desfavorable aún que la de Murcia es la cifra de Jaén, ciudad opulenta, de ilustre historia, separada por tantos olivares y trigales de Sierra Segura, que bien puede mirársela como otro mundo distinto.

III

JAEN: LA CAPITAL

I. SOBRE LA RAZON ETNICA

QUIERO huir toda repetición, así como toda insistencia sobre lugares comunes. Era indispensable, sin embargo, decir que a la ignorancia absoluta de Santiago de la Espada—nombre ya célebre en la pedagogía universal—corresponde la ignorancia del pueblo en Jaén, la más retrasada entre todas nuestras ciudades españolas. Esta lección, que ya tenía aprendida, debo contrastarla y razonarla sobre el terreno. Puedo empezar por meterme en las escuelas, como hago siempre, y ver si el atraso obedece a limitación del entendimiento, a incapacidad de los muchachos. ¡Pobres muchachos! ¡Ir a buscarles las gotas de sangre mora, berberisca, almoravide, que lleven en sus venas! ¡Medirles el cráneo! ¡Dispararles a traición preguntas en serie, hasta cazarlos y dejarlos clasificados! ¡Me libraré bien! Basta verlos y hablar sencilla y amistosamente con ellos. La cordialidad y la espontaneidad empiezan, en cualquier escuela que visitemos, desde el momento en que se les pregunte a los muchachos por sus juegos. — ¿A qué jugáis

vosotros? — ¡A "máisa!", contestan siempre, lo primero, por esta tierra de Jaén—. ¡Al cangrejel ¡A la piola...!— No responde nunca el más aplicado, sino el de mayor vivacidad y vitalidad, que parece haber encontrado, por fin, su momento de justificación, su desquite. —¿Qué es tu padre? ¿En qué trabaja? —"Es albañil." "Es molinero." "Hoy ha ido al campo." "Va a la labor." "A los olivos." "Va a la tienda." "Está parao..."— Todos son pobres. Con rara excepción, hijos de proletarios, jornaleros o gentes que aun trabajando para sí ganan penosamente la vida. Las escuelas pueden ser distintas, pero los muchachos que se sientan en sus bancas tienen un denominador común: la pobreza. —¡Escuela pública, escuela para pobres!— Algo más allá iría, pero quiero templar los nervios. Por ahora es suficiente lo dicho. Son pobres, van vestidos humildemente. El tono de sus ropas es pardo, y el de sus caras, demasiadas veces, gris. Abren sus ojos negros, moros, algo sorprendidos, y el visitante respira cuando no los ve apagados, dormidos, sino llenos de luz. Lo que trabajan, Dios y el maestro lo saben. Tienen sus planas, sus cuadernitos, su pizarra; sus horas y su régimen... Como en todas partes. El resultado, "aproximadamente, como en todas partes". Los padres se llevan a los chicos muy pronto... Conviene apuntarlo: Antes que en todas partes. Cuando salen de la escuela, la mayoría de estos muchachos apenas han empezado a rebullirse del montón. Pueblo de labradores, pronto viene a llamarlos la tierra, que, como veis, los sepulta dos veces.

Pero su raza—¡tranquilícense nuestros pesimistas!—no los descalifica. Más moros que los moros de Tánger, de Tetuán o de Xauen, no van a ser estos muchachos de Jaén; y allí el que asiste a la

escuela aprende. La separación, la verdadera prueba de las razas—no tocando a las inferiores—viene más tarde. El chico normal, aquí como en toda España, maneja bien las primeras nociones. ¿Hasta dónde alcanza su antena? ¿Será mero aparato de recepción? ¿Llegará a radiar? Hay en Jaén—creo que es en "la Madelena"—una escuelita de claustro, que tiene en vez de patio de juegos, unà alberca. ¡Delicioso jardín y hermoso corredor de Museo arqueológico! Si el agua estuviera limpia; si la clase disfrutara del aire; si los niños pudiesen respirar... Muchos años lleva allí el maestro D. Luis Molina, que tiene ya setenta y uno, y sale a recibirnos, fuerte como un roble. Pues bien, asomándome, con prudencia, al hervidero en que trabaja, impávido, el veterano maestro de la alberca, me preguntaba yo: —¿Cuántos de estos muchachos llegarán con el tiempo a comprender a Einstein? ¿Cuál de ellos le rectificará?— Podría ocurrir, a pesar de todo, que de ahí salieran las matemáticas post-einstenianas. Pero no entremos temerariamente a hostigar nuestro propio espíritu de contradicción. Con algo menos podemos conformarnos. La excepción, genial, exige un nivel, que acaso no sea el de la alberca de la Madelena.

Buscando en este viaje lo que el lector ya sabe, descartamos la razón étnica—provisionalmente—y seguimos indagando razones de organización social. Hay una historia que conviene referir aquí. El año 22 el Estado español—por órgano del ministerio y de las Cortes—quiso conocer y remediar el lamentable estado de instrucción que revelaba la estadística de Jaén. Nombró una Comisión que empezó a trabajar en octubre del mismo año, no sólo en Jaén, sino, además, en Málaga, Almería y

las Hurdes. Esta Comisión se informó. La información era muy fácil. Fué a Jaén. Criticó, al principio con cierta severidad, la acción de los maestros, pero vió que el resultado del esfuerzo profesional tenía que depender fatalmente de las circunstancias esenciales. Falta de escuelas. Falta de asistencia. Se acordó entonces un plan de campaña. Pareció que íbamos a hacer algo. Se hizo muy poco. ❧

2. MAS SOBRE LA RAZON ETNICA

1922. Este es el punto de partida. Aunque fuera pobre la acción—una visita rápida, unos barracones provisionales, de mádera, a título de urgencia, unas cuantas clases para adultos, alguna escuelita nueva, varios expedientes para crear otras—, aunque todo ello pareciese poco, ya estaba el grito de alarma en el aire. Lo dió, naturalmente, Madrid. Era el Estado, el ministerio, quien empezaba a tener conciencia. Digo "naturalmente" porque los países atacados de cualquier mal nunca se adelantan a proclamarlo. Al contrario, la alarma les hierre. Miran alrededor buscando otros culpables. El más débil sufre los mayores cargos. Dicho está que aquí todos cayeron sobre el maestro. Hace un año, cuando pasé por Baeza, tenía allí su escuela un maestro muy culto. D. Francisco de Paula Belbel, hombre de genio independiente, celoso de su dignidad, cabeza firme, españolísima por dentro y por fuera. En vano he llamado ahora a su puerta. Tenía D. Francisco una casa noble, portada señorial, escalera de prócer. Las paredes de su clase, agrietadas; el piso en declive; galerías y corredores amenazando ruina. Acudían los muchachos incluso fuera de las horas de escuela, porque Belbel era

buen maestro; y en cierto modo, aquel rincón ya viejo y claudicante—Renacimiento español puro—, me pareció el último refugio que había encontrado el alma de la antigua Baeza. D. Francisco Belbel, tan caviloso, lívido como un Greco que invirtiera su mística violencia trabajando doce horas diarias, era todo conciencia. El fué quien respondió contra aquellos ataques, fundando con otros compañeros *El Vindicador*. ¡Vindicación! La obtuvo pronto con los números de las mismas estadísticas oficiales; pero Belbel ha muerto. ¡Vindicación! Por su parte, después de haber trabajado tanto, ya no la necesita.

1925. Aquí empieza otro período mucho más eficaz. El plan es vasto. Aumentan las escuelas. Se construye con lujo, con dispendio desconcertante—y ya diré por qué es desconcertante—, una maternal. Se abre la escuela de los Caños. Mejoran algo las clases viejas. Buen deseo, buena intención, que a veces supera la del Estado. En la escuela graduada, que funciona bien, podría haber otras dos clases, ya dispuestas, pero denegadas, oficialmente, por no tener patio. Se sacrifica a un principio en otros mil casos no respetado, la posibilidad de admitir cien niños más en ciudad como Jaén donde si la gente no sabe leer es porque no hay escuelas. Pero no voy a trazar punto por punto el gráfico de la primera enseñanza en Jaén. Va mejorando. Sin el revulsivo de 1922 quizás habría costado más trabajo moverla. Hay también el concurso favorable de una Escuela Normal que, en conjunto, me produjo buena impresión. Biblioteca y laboratorio. No es frecuente verlos cuidados con tanto cariño. Ello tiene gran importancia, porque aquí está el vivero y puede calcularse que la mayor parte de los maestros para la provincia saldrán de la Normal de Jaén.

Son maestros de Jaén; formados en Jaén, aunque la escuela obedezca a plan y régimen nacionales. Vienen los normalistas a estudiar desde los pueblos más lejanos, algunos de Orcera; es posible—no logré comprobarlo—que alguno venga del propio Santiago de la Espada. Todo: la Normal, las escuelas, con su población de profesores, maestros y discípulos, se mueve dentro del ambiente secular de Jaén. Otra vez podría plantearse aquí la gran cuestión de la raza y de la historia. Otra vez quiero dejarla a un lado porque, en mi opinión, no haría sino distraernos y dificultarnos el camino.

Debo, sin embargo, agregar para que en la semblanza no falten rasgos esenciales, algunas líneas sobre el Internado Teresiano. Dedicanse los internados de este nombre a la preparación de alumnas normalistas. Aquí está la matriz. Desde 1910 en que se fundó, pobremente, el de Jaén, por iniciativa y esfuerzo del P. Poveda, entonces canónigo de la catedral, hoy en la capilla de Palacio, los Internados Teresianos anduvieron mucho camino, y hay más de veinte en diversas ciudades. Siempre adosados a la Normal de Maestras, ejercen sobre ellas un influjo directo, sin contraste, formando para las alumnas del magisterio algo semejante al *colegio de pago*, junto a la escuela gratis. El profesorado lo eligen, con preferencia, del que explica en la misma Escuela Normal. Su acción, con altibajos debidos a circunstancias e incidentes de todo género, va hoy en crescendo. Envía el de Jaén sus alumnas hasta la Argentina, Chile y otros pueblos suramericanos. Afirmanse en muchas provincias los que parecían llamados a morir, y puede augurarse la mejor fortuna a su propósito de ir al copo del magisterio femenino.

IV

MARTOS. ANDUJAR

I. Y TAMBIEN OTIÑAR

A manera de calicatas en esta tierra para tantear su composición espiritual, visitaremos Martos y Andújar dentro del antiguo reino moro de Jaén. Antes llegamos una tarde a Otiñar —Santa Cristina—, en el cerco montañoso de la ciudad, al Sur. Aldea pequeña y pobre, Otiñar, bajo un temeroso risco llamado el Covarrón, vive aislada del Mundo, entregada a pequeñas labores de campo y de monte. Podíamos buscar allí el poblador originario, autóctono. Pues bien, esta gente de Otiñar, fácilmente sería trasplantada a Jaén y a Madrid. La hoya en que se guarece, hoy risueña, a la luz poniente, tiene, sin embargo algo siniestro; esta soledad parece buscada, como si estuvieran aquí extrañados, confinados. Quizá el nombre nos hace pensar sin fundamento serio, en las leproserías, y tan terrible idea basta para vestir el escenario de Otiñar con lúgubres imaginaciones. Pero los chiquillos nos rodean. La maestra, en su capillita, nos enseña unos trabajos, unos cuadernos, unas labores... ¡Como en todas partes! Cantan las mu-

chachas, alegremente, mientras lavan en el manantial del Covarrón, y su cántico nos suena a desafío, a burla y a reclamo. Todo ello tiene gracia, simpatía. Otiñar sería como cualquier otra aldea, si no mandase en ella un dueño, un señor. No es Concejo; es propiedad particular. Cuando los de Otiñar hablan de ese dueño, dicen: "El amo." El amo no les deja construir una casa más. O el amo les permite levantar cuatro paredes que no serán para quien las construye, sino para el amo. El amo no quiere reparar un techo que se viene abajo. Ahora hace un siglo que concedió el rey don Fernando a D. Jacinto Cañada las ruinas del castillo y de la villa de Otiñar para que volvieran a alzar un pueblo. Más tarde hizo que se llamara Santa Cristina, y si en 1931 Otiñar quiere celebrar su centenario lo hará dentro del mismo régimen señorial, caso de que lo permita el amo. Aquí está lo siniestro, que adivinábamos, por instinto, y no en la leprosería. De regreso a Jaén vemos en un tajo sobre la peña encima del camino, una piedra labrada que nos recuerda el alto de León. Este era el viejo paso a Granada. La inscripción dice: "Reinando Carlos III, padre de los pueblos. 1784." La mole de granito se socava y no tardará en venirse abajo. Desde ella vemos todo el llano de Jaén y el mar de montes remansándose en los olivares. Hermosa, altiva, díscola tierra, de tanto brío en apariencia; y ¡qué fácilmente se la mete en un puño!

Martos.—No es la peña de Martos. Martos es el olivar. Los olivos vienen acompañándonos, dulcificando el rigor del sol, entre su tono neutro y el rojo oscuro de los surcos. Cuando empiezan los trigales—"tierra de calma"—nos parece entrar en

un incendio. Brota la luz a llamaradas. Los olivos saben guardársela y convertirla en oro. Martos sigue, por respeto a la tradición, encaramado en la peña medieval. Primero, encontráis la plaza de abajo, con su fuente austriaca. Luego, preparaos a subir la cuesta más dura de toda Andalucía, si no existiesen Casarabonela y Arcos de la Frontera, donde, como sabe el lector, ha sido preciso poner pasamanos en las calles. Tiene, sin embargo, su encanto, el Arbolón, y ha de criar montañeses de ciudad con piernas de acero. La permanencia de esta ciudad de labradores en lo alto de la peña histórica, indica señorío. Desde aquí señorea la tierra. Jornaleros, cultivadores, pueblo trabajador, puede desparramarse hacia el llano. La propiedad, no. Sin embargo, su fuerza de absorción es tal que todo lo sube como en un torbellino hasta lo alto de la plaza principal: Concejo, cárcel, jardín, paseo y feria. Antes era la fuerza de las armas, ahora la del régimen de propiedad. La vida de Martos es próspera, y, para los Bancos, intensa. Si queremos saber cómo es para la educación de sus hijos, para las pobres y olvidadas escuelas asómese conmigo el lector a la misma calle del Castillo, junto a la Almedina y entre en la clase y en la casa de D. Santiago. Hemos llegado en hora triste. El maestro, enfermo del corazón, muy enfermo, sentirá no vernos. Pero, ¿qué va a decirnos ni qué podríamos decirle nosotros? Da clase en un local denunciado hace treinta años. Anejo al torreón, junto a un lienzo del muro que se derrumbó, cuarteadas las paredes, una gran brecha en la fachada y remiendos de hierro en las vigas... ¡Melancólica escuela, de bancas negras, humildísimas, sobre las que flota un presagio que los niños harán bien en huir! La casa medianera ya

dió en tierra. Antes estuvo allí la maestra Montesinos, de quien cuentan que por las noches no dormía midiendo con angustia cómo iba abriéndose poco a poco la grieta que rasgaba su cuarto de arriba abajo. Refugiábase la familia donde podía. Iba persiguiéndola el silbido del viento que se colaba como por un cañón. Cerca está otra escuela de niñas: la de doña Ana. Pobre, pero limpia y blanca; suplido todo por el buen deseo. El fondo de esta escuela: mejor dicho, el vuelo, es prodigioso, porque en vez de sobrado, o desván, tiene el rellano de una escalera que da al patio de guardias de una torre: la torre de Alamedina. ¡Vista espléndida sobre la pintoresca ladera, ceñida por un collar de casitas de plata! Arriba el castillo, frente a nosotros, vigilándonos. Pero nuestra torre no sirve hoy ni para palomar. Es como el penacho inútil—y peligroso—de la escuela de doña Ana. Aquí deberían venir ochenta niñas inscritas, que no vienen, como no van a las demás escuelas de Martos, que son pocas y nunca se llenan. Los chicos, casi todos pobres, hacen falta en sus casas. Van a la siega, a la aceituna. A sus labores. A cuidar de los nenes. Pero el caso, nuevo, típico y expresivo de Martos es que no hay escuelas privadas. Las públicas son alacenas o calabozos; prisión de maestros, cepo de muchachos. Si se despueblan, su razón hay para ello. Pero no funcionan otras. ¿Dónde estudian los chicos de familias acomodadas? Ciudad rica. Más de veinte mil habitantes. Millones de olivos... Volvamos a Jaén. ¿Qué me importa la riqueza de Martos? Aquí no interesan las escuelas.

Andújar.—Ahora volvemos hacia el Norte, orilla del Guadalquivir. Vamos pensando que en todos estos llanos: los de Martos hasta Jabalcuz, los

de Andújar hasta Sierra Morena, no hay aislamiento ni incomunicación. Agrego, porque acabo de verlo—y yo sólo quiero atenerme a mi observación personal—que tampoco hay rudeza nativa. Ni dificultades de idioma. Ni pobreza pública. —Pobreza de la otra, sí—. ¿Por qué se mantiene de Orcera para acá tan próximo al de Sierra Segura, el nivel de su educación? Lleguemos a Andújar, ciudad cordobesa, más que jienense. Avanzada de Córdoba; lo cual vale tanto como avanzada del encanto más hondo y más grave de Andalucía. Plazas, callejas, casas señoriales y casas humildes, patios, ventanas, tejadillos, todo es en Andújar armónico y perfecto. Cuando nos hiera alguna disonancia, será contra el pueblo, por obra de cualquier mano temeraria e incompetente. Así arrancaron de su sitio la fuente que adornaba la plaza de la Victoria y con un zócalo de azulejos la llevaron frente al palacio que vió firmar las capitulaciones de Bailén. Y otros errores inútiles contra el artículo primero de la ley Estética Municipal, no promulgada todavía: "Dejar estar las cosas que están bien." Al sentido artístico de la ciudad corresponden el trato y despejo natural de sus habitantes. Andújar es ciudad abierta, ciudad llana, de río y no de cerro. Nueve escuelas de niños. Cinco de niñas. Dos de párvulos. Todas ellas en locales alquilados; insuficientes, pero nunca odiosos. La gracia los salva. Un patizuelo. Un jardín. Un laurel. La mujer, sin duda, los considera suyos porque veo en ellos resplandecer la limpieza andaluza. Y la mujer de Andújar borra y anula todas las notas estadísticas que podamos tomar contra la raza. La raza es fuerte, inteligente. El individuo es culto. Cultivable. Pero Andújar no tiene conducción de

aguas, ni alcantarillas, ni escuelas. No ha sabido hacer obra de comunidad. El despejo, el dinero, la gracia le sirven a cada uno; pero al pueblo, no. —Empezamos a orientarnos ya. Hecha esta calicata sigamos el viaje.

2. COMENTARIOS SOBRE OTIÑAR

Don José Rodríguez de Cueto, propietario de Otiñar, envió a *El Sol* unas cuartillas que dejo incluidas en esta Visita de Escuelas, porque fijan la posición del señor, pequeño o grande, del dueño de la tierra, del amo, en el caso, no muy frecuente, de una aldea que todavía tiene amo. Dicen así:

"Otiñar. - Un comentario.

Luis Bello, en un artículo titulado "Martos, Andújar y también Otiñar", inserto en *El Sol* hace bastantes días, pero cuyo recorte no ha llegado a mi poder hasta hoy, habla en tono lacrimoso de esta aldehuela, que, como propietario de la misma, me creo en el deber de rechazar esas afirmaciones, basadas única y exclusivamente en el mero hecho de que sea propiedad particular.

El peregrino de la escuela llegó, según nos dice, una tarde a Otiñar, y aunque reconoce que la luz que la baña es risueña, encuentra "algo siniestro", que le hace decir que vive bajo la amenaza "del temeroso risco llamado el Covarrón", que dista cerca de mil metros, y "aislada del mundo".

Pero el origen de ese "algo siniestro", que caprichosamente busca en el nombre y después en el sombrío Covarrón, aparece en el correr de su pluma. La sombra siniestra que cree ver sobre Otiñar, es un prejuicio: *El Amo*.

Y nada menos que Luis Bello, el incansable peregrino que día tras día ha ido recorriendo el solar español para señalar-nos toda la miseria de la enseñanza; que conoce esas escuelas ruinosas, sucias, malolientes; que en este mismo aludido artículo habla de la de un pueblo tan rico como Martos,

grieteada y amenazando derrumbarse desde hace treinta años; que sabe toda la pobreza del obrero del campo; al llegar a aquellas cuatro casas que tienen su escuela, de muros firmes, limpia y ventilada, donde no hay ninguno que carezca de lo más necesario para vivir y todos tienen un pedazo de tierra que labrar, a la mitad de la renta corriente; aun reconociendo que aquello tiene "simpatía y gracia", se deja influir por el burdo prejuicio del *Amo* y llena de tintes sombríos tan bello paisaje.

Otiñar no está aislada, la une con Jaén una carretera de trece kilómetros, debida única y exclusivamente al esfuerzo de un *Amo*: D. Rafael Martínez Nieto, y mantiene un contacto muy íntimo con Jaén, adonde van todos los días muchos otiñeros a vender leña, frutas o adquirir algunas provisiones. Otiñar tiene alumbrado eléctrico, y quizás antes de que finalice el año, agua en su plaza y teléfono. Un veinte por ciento de los vecinos de Otiñar tienen propiedad en Jaén, la mayoría vacas, y todos cerdo y cabra.

Hay un hecho muy significativo que dice mucho más de cuanto yo pudiera señalar de la prosperidad de este pueblecito: el precio de la mano de obra. Sabido es que el grado de riqueza económica se determina, con bastante aproximación, modernamente, por el precio a que se paga el trabajo manual; pues bien, en Otiñar están los jornales más altos que en Jaén y pueblos circunvecinos.

No es que yo quiera generalizar este caso particularísimo y cantar las excelencias del régimen señorial, mi objeto es consignar sencillamente un hecho real: que aquí la clase humilde vive con un desahogo, que, por lo que nos cuentan, no lograron alcanzar en los antiguos falansterios de Fourier, colonias de Owen y recientes ensayos soviéticos. ¿Capricho del azar? ¿Milagro de la Providencia? ¿Quizás consecuencia de una reacción social que de día en día se acentúa contra esas abstracciones hueras que, durante mucho tiempo, se han tenido como fórmulas inmovibles del bienestar humano?...

Ya se van tocando en Europa los inconvenientes de un excesivo fraccionamiento de la propiedad, y así comienzan a hacérselo notar algunos economistas ingleses; pero hablar de esto me apartaría de mi propósito y haría esta réplica interminable.

El propietario y colono, que muchos pretenden separar por una barrera infranqueable, tienen intereses comunes que no es posible desligar, y, a poco que se relacionen, brota entre ambos una corriente de simpatía y mutuo apoyo. Independen-

dientemente de este factor moral, más importante de lo que comúnmente se cree, el propietario representa siempre el capital, elemento imprescindible para la producción...

Lleva razón Luis Bello: "Otiñar sería como cualquier otra aldea, si no mandase en ella un dueño, un señor." Seguramente no habría pasado de cortijada, y al igual que tantas otras de esa misma provincia—que puede ver el Sr. Bello si se decide a ensanchar esas calicatas escrutadoras de la composición espiritual de nuestro Jaén—seguiría en pleno siglo XX sin escuela, sin iglesia, sin carretera, sin agua y sin luz; pero libre del *Amo*...

Y cuando hay tantos que, no habiendo sabido conquistar para sí y sus familias un poco de bienestar y dicha, aspiran a redimir a la Humanidad o engrandecer una región con cuatro palabrejas recitadas más o menos de *carretilla*, que hagan recaer la atención sobre ellos, yo, seguramente menos capaz para tan amplias concepciones, no pretendo sino lograr poco a poco, cuanta dicha me sea posible para aquel puñado de campesinos, con los que convivo en cuantos días de ocio me permite mi carrera, a quienes quiero y me figuro que me corresponden con algún afecto, y entre los que han de descansar mis huesos el día en que Dios sea servido llamarme.—*José Rodríguez de Cueto.*"

Contestación al comentario.

Respeto, como es debido, al acoger aquí ese comentario a un artículo mío, la interpretación que quiere darle el Sr. Rodríguez de Cueto. Creo ver, en el fondo, cierta molestia personal. Al fin y al cabo yo entré en propiedad particular, en dominio ajeno, pensando entrar en un pueblo, con su Concejo y su régimen municipal. La observación y la crítica no son ya tan libres, y el viajero, sin darse cuenta, se convierte en huésped. Respeto también su concepto sobre el tono del artículo; puesto que ahí queda. Y voy a lo que importa.

Fuí a Otiñar, como aldea de montaña, inmediata a Jaén, por ver si la rudeza de sus habitantes em-

pezaba a explicarme la proporción de analfabetos en el censo de la provincia. Me encontré con que no hay tal rudeza, y la gente de Otiñar es ni más ni menos educable que la del resto de España. Así lo dije: "Esta gente de Otiñar, fácilmente sería trasplantada a Jaén y a Madrid." Eso había visto en la capital. Eso vi luego en Martos, Andújar, Baeza, Ubeda; y hasta mucho más lejos, dentro de Sierra Segura, llegan mis observaciones personales en igual sentido. Pero los 211 habitantes de Otiñar viven en régimen excepcional; y yo atribuyo al régimen de vida ciudadana—es decir, precisamente a la falta de vida ciudadana—la incultura de una región. Si al Sr. Rodríguez de Cueto le interesa conocer el juicio que formo de ese régimen le diré que en lo íntimo y esencial no me parecen distintos el de Otiñar y el de cualquier otra aldea cercana. Aquí, al amparo de una carta puebla—que eso vienen a ser el contrato de compra al caudal de propios de Jaén y la Real orden de Fernando VII—, se proclama franca y abiertamente lo que en otros lugares queda fuera de ley, pero vigente de hecho: ejerza o no su imperio, el pueblo tiene un amo. El primer propietario compró por 153.207 reales y 17 maravedís, con más un canon anual de 4.596 reales y once maravedís, el dominio sobre una antigua villa, ya destruída, y sobre su término, con la condición de reedificarla con su iglesia y sus Casas Consistoriales. De la escuela no se hablaba entonces—1826—ni se ha hablado hasta hace muy pocos años. En cuanto a las Casas Consistoriales, no tengo noticia de que haya Consistorio, aunque bien puede haberlo presidido por el dueño del señorío.

Hay carretera, en efecto. Es la antigua carretera

de Granada. Describí en mi artículo la piedra conmemorativa, el "vitor" del paso de la Escaleruela, labrado en la mejor época carlotercesca. Luego, el que entonces era allí señor, el más interesado, trabajó para que la reconstruyera el Estado. El Estado paga también la maestra de la escuelita de Otiñar. Su clase es pobre, poco más que un garaje. Sin buen deseo y sin hacerse cargo de la realidad no la autorizaría ningún inspector. Unas ventanitas muy altas están clavadas, y la ventilación se asegura por los cristales rotos. ¿Qué vale ese local, para decir que se instala una escuela? Catorce pueblos con menos población que Otiñar y que no son de señorío, en la provincia de Jaén, tienen también su escuela.

Un amo con justo título es peor que un amo por captación y abrogación de facultades, porque está siempre en el poder. El propietario de Otiñar, sin generalizar, sin defender el sistema, defiende su caso. Ejerce el señorío con modestia, con espíritu paternal, y examinándolo prácticamente, pragmáticamente, lo encuentra justo y bueno. Pero quien no sea ni amo ni súbdito de Otiñar, necesita acomodarse a principios. Imaginemos que los actuales pobladores de la antigua villa piensan como su amo. Consideran acertada su gestión, hay pastos para la cabra, engorda el cerdo y los jornales son mejores que en Jaén. ¿Está en su mano evitar que toda esta felicidad se venga abajo de la noche a la mañana? Un cambio de señor basta. Vendida la propiedad de Otiñar, vendidos los vecinos. Son 211 almas, a la manera rusa, que pueden emigrar—sin duda nadie lo impedirá—, pero que si en vez de otro amo bueno dan con uno malvado, se aferrarán a la tierra en que nacieron, la tierra de sus pa-

dres, y soportarán lo inconcebible, más allá de donde pueden llegar fuerzas humanas. Esta es la historia del régimen de señorío. Aquí, en pequeño, con limitaciones. En otros sitios, con pleno poder feudal y con territorios extensos. Dicen sus defensores: —La nueva ciencia económica demuestra que conviene concentrar la propiedad. Donde el sistema existe ya por tradición no hay motivo para cambiarlo—. No hay motivo desde el punto de vista del señor. Fuera de éste, la ley, que es para todos, necesita, como digo, fundarse en principios. El principio de la elección. El principio del gobierno y administración de los pueblos por sí mismos, por órgano y ministerio de los mejores, ya que es imposible asegurar una continuidad de amos buenos, sobre todo cuando su poder deriva del título de propiedad. Al propietario de hoy, bondadoso y patriarcal, sucederá mañana un loco, un usurero, un explotador.

Puesto que hablamos de nueva ciencia económica para defender incluso las dehesas extremeñas o andaluzas, y los inmensos cotos de caza, aplíquense también las nuevas ciencias políticas. Pruébese a llevar allí hombres libres de esos países en que está organizada sobre grandes capitales la gran propiedad, y veremos lo que piensan de esta última supervivencia del reinado de Fernando VII, viviendo bajo el régimen del pequeño dominio señorial de Otiñar.

BAEZA, CON SU HISTORIA

I. EN LA PLAZA DE SANTA MARIA

PRIMER viaje a Baeza—el inolvidable—: Estación Linares-Baeza. Calma y sol, junto al Guadalimar, sangriento. Nos aguarda, y le aguardamos a él, un tranvía amarillo naranja que con el fuego de la siesta amenaza pasar al rojo ce-reza. Un tranvía eléctrico, pero andaluz, rural y campesino, con una capacidad de estrépito de he-rrajes, voces y cuestiones incidentales que no sospechábamos al llegar, viéndole entregado a los siete durmientes. Campos y lomas. Tierra fuerte, con la sangre del Guadalimar. Canena, ancho castillo, a plomo sobre el pueblo. Luego, en los jardines veraniegos de La Yedra, después del trasbordo, despliega su verdadero encanto el viaje a Baeza. Bien está el otro por carretera desde Jaén. — *Campo, campo, campo.*—*Entre los olivos,—los cortijos blancos.*— Habría que seguir, *a la luna clara*, el vuelo de la lechuza de Santa María; pero cruzando aquellos olivares al sol, pierden el melancólico misterio que les dió Machado. Por aquel flanco asoma Baeza con sus torres, como otra ciudad más,

de cerro, amurallada y encastillada. Pero esta vía de Rus y Canena, por La Yedra, entra en intimidadas de huerto casero, altas alamedas frondosas, húmedas... ¡Túnel regio de álamos, lujoso de verdura y frescor, para un pobre eléctrico democrático como el nuestro! Luego el viñedo, como un majuelo familiar. Alegre paz; serenidad bucólica. Y, demasiado pronto, las viñas, los olivares desembocan en el rellano de Baeza. ¡Tan señora!

Hay en Baeza esta superposición, herencia de los siglos guerreros. El señorío, todo piedra, un poco ruinoso, un poco pulverizada y carcomida; desde luego, condenada a próxima muerte porque no es buena. Y el campo cada vez más joven. ¡Imagine el lector qué voy a hacer aquí si vengo buscando precisamente la escuela, es decir, el rincón desdeñado donde no llegan nunca ni el campo ni el señorío! Bruscamente—la brusquedad de un radical—corto amarras, dejo la Historia, galeón roto, a la deriva, y le ajusto a Baeza unas cuentas desagradables. Si viviera Belbel—caballero del Greco, la mano al corazón—, iríamos siguiendo sus cifras. "Tantos niños. Tantas escuelas..." Pero no hace falta detallar. Esas cuentas Baeza las conoce. Estamos al comienzo de la Loma de Ubeda, entre Jaén y Orcera. Nada vale la Historia: grandezas, esplendor pretérito, privilegios rodados, blasones... Balance a la fecha de hoy: ignorancia, miseria espiritual. Nada le valen aquellos timbres de su orgullo al "nido real de gavilanes". Yo confío más que en la historia de Baeza en los olivos de su campo. La historia ha tenido tiempo sobrado para hacerse querer. Y ¿qué ha hecho? Lo más, poner todos esos olivos en unas cuantas manos; repartirlos entre el viejo y el nuevo señorío. Fracaso tan hondo

no puede quedar escondido y lo pregonan las piedras.

Sin embargo, hay muchas maneras de vida, y en Baeza viven tantas cosas que, pronto, ellas mismas se encargan de imponerme respeto. Supongamos que yo quiero desdeñar el pasado; cerrar los ojos, aunque lo vea en pie delante de mí. Supongamos que llega el maestro D. Pedro Cabrera a enseñarme su escuela, en el Sagrario.—El Sagrario es la Catedral—. Lentamente va conduciéndome hacia las calles altas. A punto que subimos parece como si fuera envolviéndonos aire más ligero, ingrávigo, lleno de silencio. D. Pedro y yo guardamos cortesía a las cosas mudas hablando bajo. Aquí estaba la Universidad. Podré pasar de largo puesto que no vengo a visitar soberbias instituciones muertas, sino humildes escuelas vivas. Pero será gran sacrificio no pararnos ante su puerta ni asomarnos a ver el patio de las Escuelas Mayores. Dos pasos más arriba está una plazoleta, mejor que plaza un pequeño trance de calle, como decían nuestros abuelos, entre las escuelas del XVI, una casa señorial y un jardín cercado de altas y blancas tapias. Supongamos que nos queda fiereza para desentendernos y despegarnos de su imán. Pero luego viene la plaza de Santa María: el Sagrario. Y aquí es precisamente, en el ángulo más maravilloso, donde acude todos los días D. Pedro Cabrera a dar su clase. Aquí es donde yo tengo que subir para ver una estancia desmesurada, húmeda, fría; y para decir que eso no es una escuela. No es una escuela, en efecto; pero esto es una plaza. La sombra del Sagrario se alza sobre nosotros, y la plaza cae, en declive a la española, como una ladera en donde luchan los guijos y la hierba. En medio está la fuen-

te, arco triunfal, hecho para la majestad de Felipe II, que luego, sin duda, por medir la decadencia de los tiempos, ha ido humillándose, sumergiéndose en una onda de conformidad. Sumergiéndose, como un barco encantado, con todas las fastuosas velas al viento.

—Encuentren ustedes pronto la palabra mágica —digo al maestro Cabrera—, antes de que acabe de soterrarse por propia voluntad la fuente de Santa María. Aquí creen que siempre fué como ahora, que no se hunde, pues su gracia la cifra en estar hundida; pero cuando se ha viajado mucho se aprende que también las piedras se cansan de vivir.

2. RESURRECCION DE LO DECADENTE

Se cansan, sienten la soledad y en ella se desmoralizan, es decir, se desintegran las pobres piedras, que necesitan, como los niños, amor. Por sentimiento de amor nacieron: por pasión a una idea: la ciudad, el poder real o señorial, la fe... —¡Manténganse firmes, aguarden un poco más las piedras de Baeza! Están a tiempo todavía para ser salvadas. Si paseáramos aquí hasta que saliera la Luna, poblariase, en efecto, de sombras el brocal de la fuente, entraría en el Sagrario la lechuza que riñó con San Cristobalón, y oiríamos sonar la campana vieja de Santa María del Alcázar. ¡Muerte! ¡Todo muerte! Sí. Pero este bronce es *la Beltrana*. Los "labradores logados", los jornaleros de hace ochocientos años, no podían abandonar su labor antes de que tañera la campana de Santa María. "El que antes dejara la obra, pierda el loguer de aquel día". ¿No vive algo de esa campana cuyo tañer han aguardado, siglo tras siglo, tantos millares de hombres?

Bajo la falda de la *Beltrana* quedó oculta y enterrada la imagen de la Virgen, cuando los moros, muerto Alonso VII, que la ganó, volvieron a Baeza. Y aun hay piedras de tiempo mucho más remoto. Lápidas romanas del templo a Júpiter sirvieron de soporte a la muela de una tahona.—Para curiosidad de nuestros amigos de Baeza y Ubeda, como precedente local, diré que en el año 862, mandando ya el alfanje y la media luna, ocupaba la sede baeziense el obispo Saro. Y esto bajo la fe de D. Fernando de Cózar, que lo trae del *Apologético*, escrito por el abad Samson, cura de San Zoil, en Córdoba, por aquella época—. ¡D. Fernando de Cózar me valga para hablar de Baeza, su pasado glorioso, su decadencia y sus hombres ilustres! A partir de los fanáticos almoravides y almohades, todo es violencia, fuerza, mutuo exterminio. En la reconquista, Baeza es muro y ariete. Su único fin, la guerra. A trabajos y penalidades de guerra corresponden sus privilegios. El castillo—el Alcázar—es en efecto, sin metáfora, "nido real de gavilanes". De allí se lanzan sobre todas las presas posibles. Cuando el enemigo entra a saco, mata o se lleva hasta las crías. Y entra muchas veces, a pesar del cerro, de su doble muralla y del valor salvaje de los gavilanes. Pero antes y después de acabada la reconquista se odian, combaten entre sí, y se destrozan unos a otros. Los bandos de Baeza son tan nombrados como los bandos de Trujillo. Disputáanse la presa ganada, el favor regio, la carnaza, primero; luego honores y dignidades, que son presa y carnaza también. Cuando las carabelas castellanas abren el Atlántico, los gavilanes van detrás. El tercer viaje de Colón ya lleva caballeros y hombres de armas baezanos. Empieza entonces el período grande y

próspero de Baeza. Renacimiento. Toda la savia de Castilla florece en piedra labrada y en instituciones de religión, de piedad o de cultura. Nada hay en la Castilla del siglo XVI que falte en Baeza. Ya no es tierra de Jaén, fronteriza. Ya recibe el viento de Italia y ve llegada la hora de fundar las Escuelas Mayores: la Universidad.

Es el apogeo de Baeza. Mediado el gran siglo, funda el capellán Rodrigo López, por intercesión del maestro Juan de Avila, primer patrono, sus Escuelas Mayores, de Artes y Sagrada Teología. "Fué su principal cuidado la instrucción primaria—refiere D. Fernando de Cózar en su admirable libro *Noticias y documentos para la historia de Baeza*. (Jaén, 1884)—, y a fin de que el sacerdote partiese del firme peldaño de esta enseñanza elemental, creó cuatro clases para aprender a leer, una para escribir y otra para contar, que confió al cuidado de doctos maestros, todos de sus discípulos, bajo la dirección inmediata de un rector." Hizo, pues, en Baeza la primera escuela graduada. Para los estudios mayores, lección de lenguas, Filosofía y Teología, eligió Juan de Avila afamados maestros y doctores, gloria de la ilustración baezana de aquel siglo: Bernardino de Carloval, Diego Pérez de Valdivia, Gaspar del Aguila, Diego Palacios, Valentín Vélez, Gaspar de Loarte, Hernán Núñez y otros de sus más distinguidos discípulos." Tenía la ciudad cerca de veinte mil almas en 1530. De esas almas, muchas eran despiertas. Queda en la mitad cuando reunió sus informes D. Pascual Madoz. Había ocurrido para tal decadencia—precipitada vertiginosamente en el XVIII—una serie fatal de sucesos no achacables al vecindario. Fueron emancipados uno a uno los pueblos que pertenecían a la

ciudad por concesión, privilegio y palabra real: Bailén, Jabalquinto, Linares, Vilches, entre veinte; sin contar aldeas y torres. El auge y crecimiento de los lugares eran más fuertes que todo compromiso. Perdió rentas y dehesas. Abandonaron el campo los moriscos en la expulsión de 1609. De Baeza, Jaén y Andújar salieron más de siete mil. América se llevó las gentes de más iniciativa. Desmedida cabeza; poco cuerpo de bienes, la ciudad fué apagándose y despoblándose. 1824: último golpe: queda cerrada con violencia la Universidad. Han muerto los oficios. Ya los palacios abandonados vienen a los más incongruentes destinos. Palidecen los vítores en las doctas fachadas, menos seguros que las inscripciones rupestres, y empiezan a desvanecerse las armas de los Borjas en la maravillosa Casa Municipal. Un palacio es depósito de remonta. Yo he visto convertido en fábrica de capachos el de la marquesa de Busiano. Otros, se desploman. Otros, enmascarados, se degradan al modernizarse.

Como se ve, pueblos y pobladores estamos tejidos de historia. Les quedó a las últimas crías de los gavilanes—los que se guarecieron en el nido—su inclinación al lujo y a la ociosidad. Pero el Mundo marcha. Los olivos trabajan. Trabajan para el señorío los labradores logados. El señorío va a La Peña o al Nuevo Baezano. El obrero, al Casino de Artesanos, a la Agonía o al Brillante. También espera "logación" en la plaza, como en otras muchas villas y ciudades de Extremadura y Andalucía. Poco a poco vuelve a subir el censo. Si D. Fernando de Cózar contó poco más de trece mil habitantes, hoy ronda ya Baeza los veinte mil. Se acercan los caminos de hierro, mejora el cultivo, nacen nuevas industrias. Yo tengo fe en que vaya acau-

dalándose y depurándose toda esta sangre nueva hasta llenar con plenitud las venas de la antigua Baeza. Entonces, vuelta a vida próspera, total—es decir, de cuerpo y espíritu—, será para ella la mayor alegría haber guardado las viejas prendas, su riqueza, sus piedras.

3. LA PROFECIA DE SAN VICENTE FERRER

Esa terrible doctrina de los ciclos cerrados, civilizaciones fenecidas, culturas decrepitas caídas para no levantarse, deja, por fortuna, muchos portillos abiertos. En cambio sirve para decir la última palabra, la palabra póstuma sobre cada ruina. El dolor de las ruinas es el sentimiento nacional español, que ha encontrado su expresión poética más bella.—¡Itálica!—Y no por azar. El alma se nos ha llenado durante siglos de esa melancolía. Pero es dolor apacible. Evocación de crepúsculo, sentimental; más bien, intelectual... Es más agudo el dolor de la ruina en acción, sobre todo cuando vemos a los mismos pueblos, gestándola, gestionándola. Y cuando nos parece inútil cualquier acto nuestro para detener la fatalidad.

En cambio, la idea de que podemos desviar esa fatalidad, anudar, soldar, y en último caso enchufar otro ciclo nuevo, remoja nuestro mundo y nos devuelve la alegría. San Vicente Ferrer, que corrió estas tierras hacia 1410, predicando—y preparando la caída del antipapa—, usaba, como mediterráneo, al fin semítico, el arma de la profecía y de la imprecación amenazadora. Sacudía las sandalias al salir de Valencia para no llevarse ni el polvo. Para Baeza vaticinó catástrofes: "El viajero cruzará en días no

remotos, esta, entonces desolada campiña, y dirá: *Aquí estuvo Baeza.*" Necesitaba inquietar, aterrar las almas. Primero las dispersaba como Jeremías; luego iba pastoreándolas hacia su salvación. Pero, veamos si la profecía era certera y algo más que retórica. Le quedaban a la ciudad dos siglos para llegar a su apogeo, y casi tres de vida próspera. Ciertamente, si vino en decadencia no fué por falta de religión, ni siquiera por sus pasiones enconadas, sus odios y luchas intestinas. Conservando sus pueblos con iguales rentas y con las mismas dehesas; cultivado el campo por el trabajo de los moriscos, las industrias no habrían parado, las familias aristocráticas permanecerían en sus palacios. Baeza necesitó tener los infieles cerca para guerrear. Batallas para obtener nuevos privilegios. Pero al entrar el siglo XIX, cuando pareció consumarse la ruina y realizarse la profecía, fué precisamente porque esa campiña, lejos de estar desolada iba dando fuerza y vida a nuevos pueblos, villas y ciudades independientes. La campiña, más feraz, más espléndida que nunca ha multiplicado sus olivos y detiene, suspensos, no sabemos por cuántos siglos, la ejecución de la sentencia y el cumplimiento de la profecía.

Estos olivares de Jaén van siendo cada vez más finos, más ricos, a medida que corren la Loma de Ubeda hasta Beas de Segura y La Puerta. Cada vez más rica y cada vez más hermosa la ribera del Guadalquivir. Alguna vez, esos días duros de viento, en que parecen próximos a doblarse como copas de ciprés los campanarios, visto el valle desde aquel cinturón de muros lívidos, desmantelados, que en las tolvaneras no echan a los ojos polvo, sino sal: la sal sembrada cuando los arrasaron, nuestros

nervios, puestos a prueba demasiado violenta, nos harán admitir el augurio del santo predicador, y temeremos ver desolada la campiña. Pero yo creo que pasará mucho tiempo antes de que a la lechuzza de la catedral le falten en el campo de Baeza ramitos de olivo para llevárselos a Santa María.

Es decir: Baeza gana en intensidad lo que había perdido en extensión. Su término ya no es medio reino de Jaén; pero lo que resta vale hoy cien veces más que los privilegios. ¿Acabó el ciclo bélico-cristiano, con el esplendor del Renacimiento, en el remanso del XVIII y en la confusión del XIX? Pues ahora lo reanuda. Nadie le ha quitado su anfiteatro de montes, desde la sierra de Cazorla a la de Mágina. —*De luna y de piedra,—también, los cachorros—de Sierra Morena—*. No ha perdido la "Casa del Pópulo", cuya dimensión no se aprecia por metros, pues, siendo tan pequeña, se agranda en el tiempo y en el arte. Ni los arcos de la vieja Universidad, ni el palacio del Cabildo, ni el señerío, un poco adusto, de sus casas nobles. Tiene, como tantas otras grandes ciudades históricas, lo que verdaderamente es difícil de tener. Lo que no comprará ninguna ciudad nueva por mucho que refuerce su presupuesto municipal. Y ahora creo inútil y ocioso, casi redundante, pedir escuelas. Aquí me detengo.

VI

UBEDA DEL RENACIMIENTO

I. Y UBEDA RENACIDA

OTRO cerro murado con el cerco deshecho y roto; pero no por presión del caserío para desbordarlo, sino por violencia de fuera. Otra ciudad ilustre que cabe, muy holgada, dentro de su cinturón siglo XVI. Alguien viene advirtiéndome estos días: —¡Cuidado! Si usted se deja embaucar por la Historia, ¡adiós escuelas! La Historia es el dragón que nos sale al camino, a veces en su figura de tarasca, a veces convertido en hermosa doncella—. Conozco el peligro de ir por España como un arqueólogo, en plena maravilla. Cerca de eso que llaman los andaluces "un *pasmao*". Aquí es, en efecto, muy fácil olvidarlo todo para no dejar sino esas emociones de viaje pintoresco que, en el fondo, son tanto más intensas y sacuden más deliciosamente los nervios, cuanto más segura tiene el viajero la retirada, conforme a su itinerario.

Pero he llegado a la Loma de Ubeda, camino de Orcera—conviene repetirlo—, buscando explicación al atraso de la enseñanza. Tengo apuntados los últimos datos oficiales—1926—: De cada cien

habitantes del partido de Ubeda, setenta y cinco no saben leer. Es la gran ciudad del Renacimiento que dejó aquí los modelos más bellos. Parece hermana menor, y no hija, de Salamanca. La piedra no tiene aquí calidad tan noble, no llega a dorarse; y como el arte del Renacimiento luce tal juventud, nos produce cierto malestar verle envejecido. Al arte clásico y al gótico les da mayor dignidad el tiempo, sobre todo cuando los destruye; pero un plateresco en ruinas es siempre doloroso espectáculo. Sin embargo, Ubeda no muestra el ceño grave de Baeza. Nos recibe llena de alhajas; mejor dicho, toda ella es una joya, aunque mal conservada y perdidas muchas piedras. Ha tenido buenos amores. Esto es lo que quiere explicarnos, no ya el Salvador, o la Trinidad, o el Hospital de Santiago, sino la última de sus callejas. Esa iglesia del Salvador, la más pagana, la más sensual que inspiró en España el Renacimiento italiano, con su portada y su sacristía llenas de evocaciones mitológicas, parece fondeada en la Loma de Ubeda, frente a la Sierra de Mágina, como una nave que vuelve abarrotada de botín. Que volvió en tiempos, como otras mil compañeras de la misma armada, que ya no navegan.

La cultura de Ubeda cristalizó en esos monumentos hace tres siglos. Luego siguió igual proceso que la de Baeza. En las cuevas mallorquinas de Artá o en las prodigiosas grutas de Aracena—junto a las cuales esa nueva caverna de Altamira no pasa de ser una humilde capilla—, la obra del agua no se detiene nunca. Bajo la superficie del suelo está todo. La materia: la cal. El artífice, innumerable: la gota de agua. Y el espíritu misterioso ordenador de la sublime creación. Pero en estas ciudades, en estas

culturas de reflejo, la tierra pone poco. Dejándola a ella sola, ¿qué da? ¿En qué puede cristalizar? Mi buen amigo el señor Muro, cronista de Ubeda, tan entusiasta por las glorias de su tierra y tan conoedor de sus méritos, podrá decirme que todavía están en pie las antiguas defensas y la Puerta del Rosal y el mirador del Saltadero; todo ello, como otras muchas cosas de Ubeda, anterior al Renacimiento. Para probarme como catador de mostos viejos y fuertes me llevará a la casa del condestable Dávalos y entraremos en aquel patio—hoy pajar, cuadra y dependencia de una labranza—. Daremos la vuelta al hospital, soberbia fábrica, digna de Carlos V. Otra vez volveremos al Salvador, el caso más extraño y original de toda nuestra arquitectura religiosa; y paseando las calles, nos detendremos en la rinconada de San Pablo, al pie de la fuente. Luego, como argumento muy suave, muy cortés contra mí y en favor de Ubeda, me llevará a la Explanada, al Cristo del Gallo y al Alcázar. Los edificios, modernos, magníficos, que se alzan en cada uno de esos tres puntos de la ciudad son, precisamente, grupos escolares.

—Aquí tiene usted—me dirá—algo que acaba de cristalizar. La tierra de Ubeda sigue trabajando.

Y así será. Trabajan, como en Baeza, los olivos. Renace una vida que no es continuación del siglo XVII, y que parece producto natural de las energías del suelo. La Reconquista, el régimen guerrero de estas ciudades fronterizas, protegidas por privilegios, y el dominio de una clase; es decir, el gobierno de minorías aristocráticas, crearon una cultura de tipo señorial. En el siglo de mayor esplendor, la proporción de gentes incultas, de la ciudad y del campo, sería tal como es hoy y estaría

bien. Cuando cesaron los privilegios, pasó a la corte la grandeza, decayó el señorío y a las clases cultas, favorecidas, les faltaba apoyo, quedó sola aquella otra gente que no había aprendido letras en ningún seminario. Así vivió sin enterarse siquiera de su situación hasta que metió indiscreta sus narices la estadística, en una época impertinente y democrática que quiere cultura para todos. Ubeda, con 21.000 habitantes, tenía en 1924 tres maestros y cuatro maestras. Vino la visita de la Comisión especial a Jaén. Se proyectó algo. Todo hubiera sido inútil sin una intervención que cae dentro del régimen histórico y tradicional. Ubeda fué protegida, favorecida. Anclaron allí en los tres lugares citados tres naves gemelas, tres grupos escolares, como antes anclaban templos y palacios de arte italiano. Los construía el Estado. Ayudaba el Ayuntamiento. Era el mismo sistema señorial aplicado a funciones e instituciones actuales.

2. LOS TRES CASTILLOS DE UBEDA

Los últimos castillos construídos en Ubeda son esos tres grupos escolares de la Explanada, el Alcázar y el Cristo del Gallo. Edificios gemelos, de tipo semejante a los que acaba de inaugurar Madrid. A los sillares de piedra arenisca, blanda, sustituye el ladrillo. A la Escolástica, la Pedagogía. Ubeda ha renovado su tradición; y aunque no gratis, porque la parte del Municipio asciende a cantidad considerable, se encuentra como en el siglo XVI, con un regalo principesco. Tres grupos de seis clases cada uno, dignos de la Ubeda del Renacimiento.

Como sé cuánto interesa en toda España la construcción de escuelas, no temo abordar aquí un aspecto casi técnico del asunto. Suelo desviarme cuando no tienen mayor alcance, cuando son detalles sin importancia; pero este aspecto es esencial: ¿Puede servir de norma el caso de Ubeda para resolver el problema de las escuelas en España? Y citándome todavía más al motivo especial de mi viaje, ¿es el mejor camino para acabar pronto con el analfabetismo de una provincia volcar el presupuesto en una ciudad?

Los tres grupos están muy bien. La ejecución resultó desigual y el último construido tuvo menos fortuna. Pero esto importa poco. Yo visité especialmente, con mayor cuidado el de la Explanada, donde un buen maestro de tipo clásico, D. Manuel Barracas, respiraba, como todos sus compañeros, la satisfacción de encontrarse en una escuela europea, una escuela modelo. Esa misma alegría comunicábase a los alumnos y huelga decir que también al visitante. Esto es lo que pedimos: Aire, luz, limpieza, buen material, campo de juego, matrícula reducida para que sea eficaz el esfuerzo del maestro... Pues si los grupos son tal como los pide el profesorado, ¿qué reparo debe ponerse al ministerio porque construya en Ubeda tres? Ninguno. Podían ser más espléndidos, más costosos; en vez de tres podrían ser nueve, y aún nos parecería poco para dignificar la escuela. Pero situemos el caso dentro de un plan general. Apliquémoslo, concretamente, a la provincia de Jaén. ¿Qué hacen los tres palacios de Ubeda en realidad? ¿Cómo se sitúan, en la Loma, camino de Orcera, con su aire de fortines o de castillos pedagógicos? Veamos los hechos en sí; sobre el terreno. Veamos de qué modo

el país entra desde el primer día en los castillos y los declara suyos.

Ubeda tenía antes de inaugurar los grupos sus escuelas. Algún maestro daba clase en el salón de sesiones del antiguo Ayuntamiento. Allí estaban las escuelas del Mercado, en uno de los edificios más bellos que guardan estas nobles ciudades oscurecidas. Otras buscaban sitio en el caserón tradicional, en el convento desalojado, o en el piso de alquiler. No eran muchas. No pasaban de nueve o diez. Se abarrotaban de muchachos; porque la población, muy numerosa, necesitaba cuatro veces más. Abiertos los tres grupos, con diez y ocho clases, parecía resuelto—o casi resuelto—el problema, sumando las nuevas a las antiguas. Pero ningún pueblo, ninguna ciudad suele proceder tan generosamente. Abren unas para cerrar otras. Las escuelas del Mercado pasaron a ser Escuela de Artes e Industrias—y una vez perdidas para la instrucción primaria me parece muy bien su nuevo destino—. Se ha dado a los Maristas el hermoso edificio de la Latinidad, donde hubo tres escuelas, en tres buenos salones. —Esta enseñanza, subvencionada por el Ayuntamiento, es gratuita para cien niños y de pago para otros ciento. Enseñanza tosca, a cargo de personal mal preparado—. De los otros locales se ha desprendido el Municipio, y queda Ubeda con las escuelas nuevas. Pero aquí, precisamente por ser cómodas y modernas, la matrícula se limita a cuarenta alumnos por clase. En las antiguas, con el inevitable y humanitario régimen de mano abierta, entraba un centenar de chicos. Eso está mal y la limitación está bien. Pero está mal y bien dentro de una España teórica, de un Jaén hipotético, de una Ubeda cuadrículada en papel suizo. Se trata, no de

dar escuelas modelos, no de coser a una ciudad tres botones de muestra, sino de instruir a toda la población infantil. Los planes deben ser de conjunto. A la extensión deben sacrificarse otras cualidades. Y aquí, en Ubeda, con los tres castillos no se ha ganado una docena de alumnos.

Pobre, muy pobre ganancia es cuando se invierte cerca de un millón de pesetas. Los Ayuntamientos, en casos tales, no hacen mal negocio. Dejan de pagar alquileres o dedican a otros fines los edificios propios; y, en definitiva, acaban economizando algo. Así es preciso plantear, casi siempre, la propuesta de construcción de escuelas. Pero el Estado, al acudir con mano generosa, sólo consigue—aparte de esa docena de muchachos—soliviantar a los otros pueblos, que caen sobre él pidiendo también favor. Los que, por su penuria, no pueden allegar el veinte por ciento quedan ofendidos y vejados. Otros buscan las vueltas a la ley para construir escuelas sin gastar nada. En suma: la solución fastuosa los desmoraliza.

Creo preferible trazar un plan de conjunto sobre bases más rigurosas. Debe haber modelos, escuelas ejemplares, de ensayo—tipo "Cervantes" o "Baxeras"—; pero la fuerza ha de aplicarse, ante todo, a construir los millares de escuelitas que faltan en España, en Jaén, en Ubeda, capaces, limpias, útiles... y modestas. Cabe elegancia, perfección y eficacia dentro de una prudente, relativa, economía. Vamos a la solución democrática. Demos facilidades a los pueblos para construir, sin tenderles celadas, sin prepararles trampas donde caerán las mejores intenciones. Ayudemos sus iniciativas y procuremos que ellos y el Estado gasten lo menos posible, ya que ha de exigírseles también nuevo

sacrificio para duplicar el número de maestros. A éstos ha de dárseles y ha de exigírseles también cada día más. Apuntemos de paso—y ésta es otra cuestión técnica—que en los grupos de Ubeda se implanta, de hecho, un sistema libre de enseñanza graduada; sin director, y por acuerdo amistoso, autorizado reglamentariamente. Pero son tres clases unitarias de niños y tres de niñas en cada edificio. Sistema, régimen y disciplina, en cierto modo caseros—o si se quiere nacionales—que saludamos con una sonrisa de buen humor al encontrarlos instalados en los castillos de Ubeda.

VII

DERIVACION A QUESADA

I. POR TIERRA TRIGUERA.—PEAL DE BECERRO, CON LA TOYA

DOS derivaciones del camino a Sierra Segura vamos a hacer aquí: una a Quesada, otra a Cazorla. Veremos si llegando hasta las casas moras de Belerda, bajo la Peña Negra de Tiscar, encontramos ya algo que empiece a ser distinto de la Loma de Ubeda; y si subiendo, por otra parte, a las fuentes del Guadalquivir hallamos semejanza con las del Segura y con la vida pastoril y selvática de Santiago de la Espada.

A medio camino entre Ubeda y Quesada, después, de cortar el Guadalquivir, está Peal de Becerro, pueblo de labranza, antigua aldehuela de Cazorla hoy cada vez más próspera, llamada quizás por su posición en el llano a mayores destinos. Le rodean grandes trigales. Un trigo moreno, de espigas gordas, altas, a la altura de un hombre, que cuando están granadas apaciguan con su tono oscuro la iracunda reverberación del sol. En abril llega el verde oleaje a la cintura: "con los panes al cinto", decíase en la lengua romanceada de los pri-

meros fueros. Hoy podríamos caminar por un surco a campo traviesa, sin encorbarnos y sin que nos vieran más que los pájaros. Tierra de ondulaciones muy amplias, que aquí llaman "tierra de calma", porque siempre la cultivaron lentamente, en rotación de tres años: un año de hoja, otro de rastrojo, otro de barbecho. Pero en ninguna parte de Andalucía se sabe trabajar hoy la tierra como en Peal. Es, por lo visto, un arte nuevo, que todavía tiene maravillados a los mismos que lo practican. Lo enseñó—como esto debe enseñarse: con el ejemplo—un aristócrata, labrador, en Los Barrios. Y han recibido tan bien sus enseñanzas que, poco a poco, la comarca va enriqueciéndose. Peal, por su nombre—*peal* es la banda de correa que defiende la pierna del tobillo a la rodilla—, nació como pueblo carretero, junto al camino; pero hoy le vemos ya afincado y apersonado, con su orgullo, con sus ambiciones. Es el mejor momento para llegarle a él y recordarle que ningún pueblo de labradores merece ser rico si no atiende a dos cosas: la situación del jornalero y la educación de los hijos.

Pero estos muchachos de tierra de calma se diferenciarán poco de los chicos de Baeza o de Ubeda. Parecen todavía menos andaluces, y como escolares no demuestran inferioridad. ¿Cómo podría esperarse de ellos grandes cosas, si hasta ahora Peal, con más de tres mil habitantes, sólo ha tenido un maestro y una maestra? Yo he visitado la escuela de doña Carmen Yubera, que lleva aquí doce años. Tenía *doscientas* niñas en lista y daba clase diariamente a 125. ¿Dónde las colocaba? ¿De qué manera podía manejarse dentro de su pajarera? Ahora ya hay dos maestras y dos maestros; pero se los obliga a restringir la matrícula a 50. Total:

lo mismo que antes. Después de esperar un año el nombramiento de maestros, el pueblo, que había preparado locales, se encuentra con que no hay sitio para más muchachos. La asistencia es irregular. Los pobres necesitan a sus hijos y a sus hijas gran parte del año, aunque sean pequeños. Trabajan, Dios sabe en cuantas faenas, y por lo menos, cuidan de los más chicos, y quedándose ellos ya no está sola la casa.

Inteligencia: la normal. Ni más ni menos. Tierra triguera, tierra de calma, de labradorcillos, buenos para jornaleros, pero también buenos para doctores. ¿Por qué no? Depende, entre otras cosas, de quien los enseñe. He querido saber si algún maestro deja libre espontaneidad a las facultades de los muchachos. Aquí está la plana de Francisco Lorente Mata—once años—, en la escuela de don Juan Manuel Bautista Monterreal:

"Cierta día dos muchachos se pelearon por un alfiler. Los padres se pelearon por la pelea de los hijos, y como eran las familias muy largas vino entre ellas tal motín que todo el pueblo se puso en revolución por causa de los muchachos. De aquel pueblo a otro, del otro al otro, que toda la nación se puso en guerra. ¡Vaya disgustos que trajeron los dos niños!"

Aquí la moral es, sin duda, del maestro; mientras la simplificación de la historia de España, con sus Américas, así como el estilo, desnudo, conciso—de tierra llana—pertenece al discípulo. Como en todas partes, llegan más lejos los que asisten más tiempo; pero raro es el muchacho que va a escuela cumplidos los doce años. Casas bajas tendidas a lo largo de la carretera, polvo y estruendo de carros, *autos* y camionetas; una torre, morena como las

espigas, para que no falte algún vestigio del adelantamiento de Cazorla... Y ese aire de los pueblos nuevos, sin carácter, que tienden a parecer manchegos en cualquier llanura española. Así es Peal de Becerro; y si no tuviera doctores que adoctrinaran al viajero, sólo esta impresión nos llevaríamos. Por fortuna está aquí Rafael Láinez Alcalá, amable guía que conoce la tierra; y, por su consejo, salimos al campo para aprender algo de lo que eran estas lomas mucho antes de la Reconquista y del Adelantamiento; es decir: cuando se alzaban sobre estos rastros los muros de *Tugia*—hoy Toya—, que podía tener bajo su señorío como aldeas a Quesada y Cazorla.

Reprodúcese al llegar a los trigos de Toya la emoción colonial, hispanorromana, como la sentimos en tierra de Barros entrando en el área de Mérida. Algo tiene de Mérida esto. Una Mérida, incendiada, saqueada, dispersa, hecha polvo bajo el arado. Más campo de soledad que Itálica; pero no mustio, porque las olas de tierra lo han cubierto de oro, y con la fuerza del Sol, brilla el collado en pleno triunfo de luz y de alegría. Coronando el cerro de la Horca, hemos entrado en una cámara sepulcral, prerromana, ibérica, o todo lo más—según Cabré—andaluza, de influencia cartaginesa. Es decir, que aquí se han sucedido diversas civilizaciones, destruyéndose unas a otras; alguna vez han convivido. En treinta o cuarenta siglos, los trigos invadieron la ciudad o la ciudad invadió los trigos. *Tugia*—*Toya*—ha desparramado sus piedras. Un soplo de viento la enterró. ¿Y sus hijos? ¿Hasta dónde llegaba esa civilización del monte Argentario? ¿Entró en la sierra de Cazorla y en la del Segura? Sin duda alguna gota de sangre turgiense quedará en

las venas de esos muchachos que acaban de levantarse al verme entrar en la escuela de D. Juan Manuel. Mucho se ha batallado aquí por la tierra, por el goce del exterminio..., o por un alfiler. De Tugia sólo han dejado una cámara sepulcral. Los pueblos son como los chicos, y ahora los de Peal tienen que empezar otra vez. Aceptemos en el cerro de la Horca la moraleja del ejercicio escolar: "¡Vaya disgustos que trajeron los niños!"

2. QUESADA Y TISCAR

Vamos rodeando el núcleo montañoso de Cazorla, como si quisiéramos tantear un reconocimiento de Sierra Segura, con prejuicio de caminar hacia lo más tosco, lo más inculto de España. Acaba la tierra llana, van remontándose los olivares y asoma sobre su cerro, esperándonos, otra villa fuerte: Quesada. Siempre es nueva, siempre enciende y aviva la sangre esta emoción de ver desplegarse a la revuelta del camino un nido de hombres. Y aquí la mayor novedad consiste en que la villa tiene abo-lengo castellano: está unida históricamente a Toledo y su mitra. Viene a ser puebla de reconquista y lo aborigen, lo autóctono—si en alguna parte existe lo autóctono—habríamos de buscarlo en los montes. Con haberse metido tan dentro de Andalucía, en el paso de Pozo Alcón a Baza y Granada, esta villa no tiene acento andaluz. Lo viejo—muros casi derruidos, casas señoriales nunca grandes, barrios de morería o judería, algún convento—es tal como podríamos hallarlo en toda nuestra Castilla fronteriza. Las casas nuevas empiezan a ser ya de tipo serrano. Andalucía deberá infiltrarse por el agujero de Tiscar, con el viento granadino, el

más cálido, y con la administración jiennense, la más fría de España.

Digo esto porque hablando con las gentes de Quesada para perseguir lo que aquí me trae, desecho las razones étnicas y geográficas. Esta no es una raza ineducable. Ninguna fatalidad la agobia. No faltan, en absoluto, comunicaciones, como en Santiago de la Espada. Están formados lo que podríamos llamar cuadros de organización cultural. Si todo ello flaquea, y especialmente lo de abajo, sus razones hay. Mi buen amigo Juan de Mata Carriazo es voto de mayor excepción. Este profesor de ciencias históricas, erudito de tipo moderno, estudioso, cauto, mesurado, antes de aventurarse en hipótesis y generalizaciones, podía servirme por sí solo como buen ejemplo. Jaén tiene a D. Alfredo Cababán; Ubeda, a D. Manuel Muro; Peal, a Rafael Láinez, investigadores, cada cual con sus aptitudes y su fecha. Pero Quesada tiene a Juan de Mata Carriazo, que abarca desde la Prehistoria al Adelantamiento, y desde el Adelantamiento hasta donde sea menester. Pues bien, si quisiéramos buscar las causas de la incultura regional midiendo los cráneos dolicocefalos que Carriazo desenterró en el cerro de la Magdalena y rebajándoles el ángulo cefálico, cometeríamos una ligereza imperdonable. Si buscáramos en las acciones y reacciones musulmanas, quizá bereberes, un fondo lógico para la estadística de analfabetos, seguiríamos moviéndonos en falso. Más breve será decir que en Quesada, villa de nueve mil habitantes, ha habido hasta ahora dos maestros y dos maestras. No está en los cráneos ni en la sangre la razón que busco; por lo menos, directamente. Está—hay que decirlo aquí, como en otros muchos lugares—en el régimen social.

Ni los hombres de la Edad del Bronce con su cultura argárica, ni los que entraron luego a saquear los montes argentarios, ni siquiera los moros, tienen culpa de que aquí no haya escuelas. Más bien han sido los cristianos, y esto no es un juego de palabras. Los cristianos, con el adelantamiento, empezaron a modelar el alma de estos pueblos. El poder lejos; el adelantado con su corte, nombrados por la mitra toledana, viviendo sobre el país; a su arbitrio las rentas de la tierra, como la justicia y la vida de sus habitantes, administrando el favor, gobernando en función delegada. Así han vivido hasta hace poco tiempo Quesada y Cazorla. Todavía conserva Toledo jurisdicción espiritual; pero la otra logró mantenerla hasta bien entrado el siglo XIX. Por lo menos, los primeros señores peleaban y ganaban su prebenda, mientras que luego pasaron a dominar como árbitros, jueces, recaudadores e intermediarios. Tal sistema crea fatalmente dos castas; y así ha llegado a ser esta tierra la mejor para los olivos y para los caciques. Aquí lo ha invadido todo esta terrible planta parasitaria. Una sola plaga, síntesis de todas las otras, y que no da descanso a los pueblos que la sufren. Como habrá observado el lector atento, huyo todo lo posible de aquellas palabras que por exceso de uso ineficaz han perdido prestigio: *paludismo, analfabetismo, caciquismo...* Sólo al llegar a tierras muy castigadas, transijo con ellas para explicarme pronto, aceptando su valor convenido. Preferiría contar historias y anécdotas de las bárbaras luchas políticas, tal como Ciges Aparicio en su novela *Villavieja*, que, desde luego, no es Quesada, ni Cazorla, ni Orcera. Pero no lo creo preciso. Lo único importante es afirmar desde aquí la enemiga del cacique a la escuela.

Tierra de caciques no dará nunca escuelas. En la ignorancia del pueblo se funda su poder; y si alguna vez se ve obligado por azares del mando a construirlas o solicitarlas, ya buscará manera de desvirtuar la buena labor de los maestros.

Hay en la plaza grande de Quesada una umbría de olmos, cuyos altos troncos destacan en el fondo blanco, azul y rosa de las casitas, enlucidas. Cruzan los *autos* hacia Tiscar, vienen las mocitas por agua, abre su ojo vigilante la botica junto al Ayuntamiento, y empieza el paseo al caer de la tarde a una luz prodigiosamente fina, luz de cumbre. Toda la villa, así como el trato cortés de sus moradores, revela sencillez y natural distinción, con un género de llaneza que a mí se me antojó toledana. Pero en Toledo también hay esas cosas terribles que hacen del pueblo más sencillo un campo de batalla. Y en fin, puesto que la mitra cesó, aguardemos ahora tiempos nuevos. En esa misma plaza están las escuelas, alojadas en un viejo convento de dominicos, que es, además, mercado. Tres clases, no muy cómodas, ni muy seguras. Podría habilitarse todo el edificio llevando los abastos a otra plaza. Ahí o en cualquier lugar, sería necesario crear más escuelas, llenarlas, no sólo de muchachos y de maestros, sino de espíritu.

3. TISCAR; Y, DEBAJO, BELERDA

Por aquel agujerón de Tiscar desemboca el alma castellana en un lago de cielo granadino, andaluz, sarraceno. Otro rebote sobre la áspera sierra de Baza y será suyo el Mediterráneo en su costa más abrasada. Pero, antes de darlo, necesita detenerse, y mirar. ¡Formidable miradero, el castillo de Tis-

car! Supongamos que llega el lector sin compañía, que subiendo la cuestecita del Santuario no ve a nadie en la plazoleta: ni cura, ni oficiantes, ni fieles. Nadie en el camino ni en la boca del túnel. Nadie en aquella fuentecilla, cercada, en lo hondo, de un conclave de álamos. Nadie por los breñales, al pie de Peña Negra. Se verá solo, en la más ancha y magnífica soledad. Todo, a su alrededor aparentemente quieto. Pronto, sin embargo, se penetrará; mejor dicho: pronto le penetrará, agudamente, la idea de que en ningún otro paraje del Mundo tienen las cosas inanimadas tanta vida como aquí. Los riscos están trabajados, atormentados. Son como esquirlas de gigantescas e inconcebibles fracturas. Se clavaron en pie de guerra contra un enemigo feroz: el viento, que ya los tiene casi vencidos. La batalla, épica, continúa, y siguen rotos, dentellados, cada vez con más huecos en las filas, seguros de que cuando ellos salten todavía seguirá incommovible la Peña Negra. Peña Negra es también un personaje violento. Atrae y detiene las nubes. Las desvía. Da la nota más grave—bronca—en este concierto de amenazas. Nunca se agotan sus derrumbes. Por entre ellos va filtrándose gota a gota el agua que labra más abajo las grutas. Pero aquí no lleva la voz el agua ni es ella quien tiene movimiento, sino la tierra, hecha de roca. El mundo de Tiscar es un mundo de roca viva, todo energía y violencia. El castillo moro, que antes sería Dios sabe qué, y luego fué castellano, se alza como un risco más, dentro del mismo ritmo de tambor guerrero que tomaron los montes. Hubo allí un pueblo, una ciudad mora. El viento y el hilo del agua se la llevaron, como se llevan otras aristas del muro derruido. Una noche—fué el año 716 de la Egira;

1319 para los cristianos—"quiso Dios que un ome muy pequeño, que decían Pero Hidalgo, que era del maestre de Calatrava, subió por mandado del Infante D. Pedro en una peña, que decían la Peña Negra, que estaba sobre la villa cerca del castillo, que era una de las fortalezas que y avia, et que la estaban guardando diez Moros: et subió suso con pocos omes que con él iban, sábado víspera de cincuesma; et quando amanesció recudió con los moros que la velabant, et matolos, et tomó la peña, et apoderóse de ella..." Así ganó el infante, según cuenta la *Crónica de Alfonso XI*, la peña, el castillo y la villa de Tiscar, *que era la más fuerte cosa que tenían los moros*. Y lo que hizo Pero Hidalgo, ese "ome muy pequeño", van haciéndolo por siglos de siglos otros asaltantes más pequeños y más tenaces todavía, contra la brava fortaleza de Tiscar.

Todo llega en el viejo portillo ibérico a su máxima vitalidad. Hoy calla el viento, arde la peña reseca al fuego del Sol, planean, altas, las águilas en un silencio consternado. ¿Qué va a pasar? ¿Qué augurio nos traen? El Santuario duerme bajo los peñascos un sueño de boa. Pero el Santuario es hoy lo que antes fué el castillo. Asumió el mando hace tiempo. Se encargó de guardar el paso, con sus fuertes rotos, su torre ciega y su fronda a orillas del camino; porque era el único espíritu capaz de echar raíces en la roca cuando ya la había desalojado el espíritu de la Reconquista. Tiene también este santuario de Tiscar, que ahora parece muerto, su energía oculta. —Fuerza escondida, fuerza doblada—. Llegará septiembre y se desbordará también él, como otra nueva fuerza de la Naturaleza, no menos ciega y bárbara que la piedra, el agua y el viento. Vendrán, no peregrinos,

día tras día, sino romeros de una sola fecha. Quiere decir que acudirán como aluvión, ya que aquí todo ha de ser violencia; y cuando se imaginen ellos que vienen de fuera, de lejos, ocurrirá que no es así, pues brotan de la misma peña, como criaturas nacidas en la entraña de Tiscar.

Todo es violencia, como digo; todo ataca o resiste. Bordeando Peña Negra, viene de la serranía de Cazorla un efluvio suave y tónico. El pinar. Elemento nuevo. Personaje nuevo, el pino, en esta leyenda épica de roca desnuda. Nueva también la cinta firme, bien trazada, del camino forestal. Y nuevo el espíritu que me conduce por el escenario de las tragedias geológicas y de las invasiones históricas; porque es el profesor Juan de Mata Carriazo quien me trae aquí, todavía con el martillo de las excavaciones en el cerro de la Magdalena—osario de la más remota cultura—; pero mundano y pulcro, como si no manchara la tierra ni tuvieran polvo ni telarañas los archivos. Estos elementos nuevos empiezan a trabajar ahora. Los otros no han cesado nunca. Para demostrarlo nos sale al camino una nube que viene bruscamente y se anuncia con grán aparato de truenos. No hay tiempo ya sino para asomarnos a Belerda. Casas pobres, población humilde, almas primitivas, de trazo moro, berberisco; gestos lentos... ¿Y por qué berberiscos? ¿No pueden ser todavía los mismos hombres del cerro de la Magdalena, salidos de aquella cultura rudimentaria que hoy llamamos argárica y sin haber entrado en otra como no sea en la del Santuario? Busquémosle la palabra. Preguntemos cómo viven, de padres a hijos. ¿Habremos encontrado ya algo quieto, inmóvil, sin batalla interior, bajo la belicosa peña de Tiscar?

VIII

LA SIERRA DE CAZORLA

1. DESDE LA CIUDAD

OTRA derivación del viaje a Sierra Segura: Cazorla. Vista desde Madrid, ahora, cuando escribo, Cazorla se me pierde en el macizo de sus monterías. Se me convierte en roca. Es porque he ido labrando sin querer una teoría nueva del Adelantamiento. Como ciudad histórica la teníamos allí "adelantada", no ya contra los moros, sino contra la selvática serranía. Su deber era ése: penetrar pacíficamente en la sierra. Resistirla y civilizarla. Y me parece ver que con su castillo y sus jardines se nos ha dormido orilla de la gran ola de piedra. Si en vez de visitar escuelas, visitáramos ciudades de la España pintoresca, se llevaría la palma Cazorla. Si buscáramos atenciones personales y amable acogida, pondríamos a Cazorla en lugar preferente. De todos modos, hay que tomarla como es. Una suma de montaña, castillo y jardín. ¿Escuelas?... Sí... Mejor haríamos en dejarlas para luego. Vamos primero al paseo de la plaza Mayor. Veremos la sal del pueblo: la florida juventud. Haremos amistad con Luis Cano, erudito del presente

más que del pasado, artista, excursionista, gran fotógrafo. Saludaremos a D. Fidel Láinez—apellido de la Reconquista—, y cuando entremos en su casa nos costará trabajo separarnos del jardín cazorleño. ¿Y el castillo? ¿Y la fuente de la Oliviya, con versos de Florencio, historias contemporáneas de D. Miguel, el castellano, y dulces de la Rojita? La vida de Cazorla es amable para el recién llegado. Tienen los turistas que quieran ir un gran hotel, y por cualquier lado que tiendan el vuelo, perspectivas maravillosas. Ofrezco a la Comisaría Regia uno de los mejores circuitos de España: Baeza-Ubeda-Peal-Cazorla-Fuentes del Guadalquivir. Vuelta por Tiscar y Quesada. Para ello sólo falta abrir paso al automóvil por los caminos forestales, hasta el manantial del viejo Betis—más joven cada día—, y buscar el enlace con la carretera de Tiscar a Pozo-Alcón. Paisaje, historia, monumentos, naturaleza espléndida y saludable... Palomas del Renacimiento y alcotanes de estirpe medieval criados por los caballeros del reino moro de Jaén.

En este circuito, al pasar por Cazorla habría que detenerse; pero de ningún modo a ver las escuelas. Hay un edificio, con pretensiones, que llaman "Grupo Escolar Foronda". Podría ser, en efecto, un buen grupo escolar, y sólo veo una clase de niñas, otra de niños. Tropezó el buen deseo del fundador en los obstáculos de siempre. Hay otras clases, grandes, en el Ayuntamiento, edificio de gran empaque. Allí es donde he visto una buena maestra, abnegada, que entró en el Magisterio con espíritu religioso, y que no sólo tiene sus habitaciones expuestas a hundirse cualquier día, con grietas y vanos por donde pueden asomar—y asoman— las miradas curiosas, sino que está temiendo siempre la catás-

trofe para ella y para sus alumnos. Y una escuelita de párvulos en bajos húmedos, oscuros y fríos. Y otra nueva, humildísima, frente a las ruinas del templo que empezó Vandaelvira, bajo el castillo. Esta podrá llevársela el río cuando quiera, como se llevó la casa que había antes. En suma, para ocho o diez mil habitantes ha tenido Cazorla hasta hace poco dos maestros y cuatro maestras. Hoy, alguno más. Cifra oficial de analfabetos en el partido: 79,04 por 100. No encontraremos otra mayor por este lado, sino en el de Orcera. Téngase en cuenta que el Partido de Cazorla comprende la sierra. Es, en gran parte, sierra de Cazorla.

Cuidándose tan poco de sí misma, ¿cómo cuida de su sierra esta ciudad, cabeza del Adelantamiento, bajo el dominio espiritual de la archidiócesis de Toledo? —Lo que aquí hace falta—nos decía en Cazorla un sacerdote con elocuencia bélica de guerrillero de la fe—es que la enseñanza esté bien traspasada de espíritu cristiano. ¿Hacer muchas escuelas? ¿Nombrar muchos maestros? ¿Y la idealidad? ¡Lo que hace falta es que los maestros que nos envíen sean buenos cristianos!—. Recordando la angustia de aquella maestra, buena cristiana, que espera morir aplastada y ganar el cielo cualquier día, pensaba yo: —No se contentan con santos y santas. Quieren mártires—. Pero en Cazorla no ha faltado nunca tradición religiosa desde la Reconquista. Todos han sido buenos cristianos. Cuanto más sencillas las almas, más cristianas. En la ciudad, en los lugares y aldeas de la sierra, en las últimas cortijadas, nunca faltó la revelación bajo la férula de los arzobispos. Aquí está bien probado que son dos cosas perfectamente distintas. Aunque pongamos el sello del cardenal toledano Sandoval y

Rojas en el lomo de cada alimaña y en el tronco de cada pino, si no enviamos maestros, los chicos no recibirán nunca instrucción primaria. El actual alcalde de Cazorla se cuidó, ya que no tenía maestros titulares, de buscar quien hiciera sus veces, como los "enseñaores" de Jerez y los "perrilleros" de Málaga. Yo he querido conocer a uno de ellos y he dado con él, como veremos pronto, en la sierra de Cazorla, orilla del Guadalquivir—que nace pocos kilómetros más arriba—, en una cortijada que llaman Vadillo de Castril.

2. LA SIERRA.—UN MAESTRO AMBULANTE

Encontrar al maestro ambulante en sus dominios de la Sierra es más difícil de lo que parece. Ir a buscarlo, al azar, sin pedir antes nota de su itinerario, es gana de correr aventuras, y si salimos después de las ocho, en plena mañana de junio, parecerá temeridad. Porque el camino de La Iruela es pedregoso, sin umbrías; pero al otro lado del castillo empieza la cuesta en un puro pedregal y ya no cesa hasta que pasamos el puerto. Este camino, en este tiempo, es de los que se hacen parándose de fuente en fuente. La primera, la más fresca, se llama fuente de La Rechita. Luego por todas las eses que va trazando la subida de Peñón Borondo salta algún hilo de agua, pero no hay árboles. Los pinares, conservados o repoblados, empiezan en la otra vertiente, por donde bulle y juega, en un paisaje, bravo, el Guadalquivir recién nacido. Aquí empieza la jurisdicción del maestríto de la Sierra, tanto por la parte de Sacejo, donde hay una casa forestal, como por todo el valle bajo que se divisa

desde el Puerto de las Palomas. Si la infancia, demasiado selvática, del río le permitiera ir a la escuela tendría que contentarse con lo que buena-mente pudiera enseñarle el amigo Plaza.

¡Buen andarín! ¡Buen práctico el maestro de la Sierra! Yo sabía por el alcalde de Cazorla cómo iban a su manera, bandeándose estos caseríos. La Iruela tiene algunas escuelitas de cortijada. En la Estrella, en el Palomar, en Chilluevar, en el Burunchel, hay maestros, que son ya titulares, maestros nacionales. Pero como la población anda muy dispersa hacen falta otros, volanderos.—Que no todo el mundo sirve para esto y da de espaldas a los seis meses como no sea muy voluntario—. Por de pronto está "el maestricho de la campiña". Allí tenemos gente acomodada. Cada chico le lleva un real por semana. Como en la misma ciudad de Cazorla, donde todavía hay escuelas perrilleras, casas de la miga. Trabaja mucho el de la campiña. A Plaza, el de la Sierra, que cumple bien y es muy buen hombre, el Ayuntamiento le pasa un diario de cuatro pesetas. Porque allí son más pobres y no darían ni la perrilla. Maneja el amigo Plaza 70 u 80 muchachos.

—Bien o mal, casi todos van sabiendo leer y escribir, que para pastorcillos y gente serrana no es poco. Cada día va a un sitio por la mañana y a otro por la tarde. Con sol y con nieve. ¿Qué es hoy? ¿Sábado? Pues a estas horas estará por el "Collao del Oso". Corre mucho monte. Desde las Pinareas hasta el Campillo y las Navillas y hasta cerca del Chaparral. Alguna vez los cita y los trae aquí a todos. Más de un mozancón viene con sus diez y siete o diez y ocho años. Y como los trae a confesar y a que los pregunte la gente, el pueblo ve que este maestrillo no es torpe. El sueldo entero se lo da a

su madre, que vive aquí. ¡Ya quisiéramos unos cuantos como Plazal Tiene que pelear con chicos cerriles—¡claro está!—. Material, bien poco. El escritorio en la piedra. Aquellas familias viven tan aparte del Mundo que no saben ni lo más elemental. Un día vino a mi casa un chico de Chirrispe, con su madre. Entró comiendo avellanas y le dijo la madre: —Que no tires las cáscaras al suelo—. Estuvo un rato con las cáscaras sin saber qué hacer y luego pensó: "¡Pues por la ventana!" Y las tiró por la ventana que estaba cerrada. Pero como los cristales las devolvieron, se quedó espantado: —¡Huy, madre! ¡Que no cuele!— No había visto nunca un cristal!

Pues bien, a este maestro volandero le encontramos, por fin—como he dicho—, en el Vadillo de Castril. Habíamos ido siguiendo el Guadalquivir después de bañarnos a la sombra del puente de las Herrerías, que será el primer puentecillo formal que lo cruza; entre pinares muy densos, espesa manigua donde no asoma la pedriza, y alguna que otra huerta con un chozón o un techado inverosímilmente pobre, bajo la pompa de unos álamos o de unos olmos, regios. Habíamos descansado en medio de esta naturaleza silvestre, algo áspera, pero sana y amable, sin hierba blanda, sin molicie, y habíamos vuelto a cansarnos, monte arriba, monte abajo, buscando en algún caserío al maestro de la Sierra, hasta que dimos con él en el Vadillo, sentado a la puerta de casa de Reyes Lara. Es, como el lector comprenderá, un hombre del campo, maestro de los que llamamos "de pana", tostado del sol, fuerte de hombros y ligero de pie. Cuando sube por una senda de cantos parece que no los pisa; y si baja, va serenamente deslizándose, sin desparramar chi-

narros. Sin él no hubiéramos podido llegar aquella noche a Cazorla por el Puerto de los Arenales, porque nadie frecuenta las veredas como el maestro ambulante. Ha dado ya lección. Los muchachos han vuelto a sus casas. Los de aquí suben y bajan una barrancada que bordea el camino, sin caerse nunca. El Lazarillo se ha ido con las ovejas. El más pequeño, en cueros, triponcillo, greñudo, con greñas doradas, hermoso y fuerte, sonríe como un angelote veneciano. Cría bien a sus chicos la sierra de Cazorla. Este y otros cuatro son hijos de viuda, que los ha recogido a todos la abuela. Damos al segundo una de estas ricas bizcochadas que aquí llaman herraduras, y la guarda con mucho cuidado: —"Esto, pa cuando venga Pepe." Pepe es el otro hermano, el tercero. Y el cuarto, que no levanta dos pies del suelo, cuida del quinto chico: le pone de pie; le enseña a hablar. No tocar la golosina; guardarla para el hermano... Aquí es bien fácil educar los sentimientos, y yo creo—aunque diga una herejía—que los sentimientos son inteligencia.

Lo que no conseguimos ni el maestro ni yo es que el muchacho generoso quiera leer en su cartilla. —*Pero sabe, sabe...*—advierte el profesor montaraz—. *Yo hago aquí lo que me mandan. Enséñales a leer y escribir correctamente. Aunque—ya se comprende—no con la misma brevedad que en Cazorla.*

Es hombre del campo—ya lo hemos dicho—el amigo Plaza. Trata con serranos, cortijeros, leñadores, madereros y roturadores. Va, no sólo donde explicó el alcalde, sino también al Tresacejo, a la Espinareda, a los Ranchales y el Arroyo de los Habares, hasta las Lagunillas y la Loma de la Sagra. Donde le corresponde cada noche, cena y duerme. El apetito es bueno: gachamigas, ajopán,

gazpacho. Carne de oveja, un poco, durante el esquilero. Muchos matan su cerdo. Ponen cocido con tocino y morcilla. Pero las gachamigas son una terrible base de cemento; harina y patata con aceite, ajo y pimienta molido. Hacen falta los veintitantos años del maestro ambulante para resistirlas y echarse a dormir luego, envuelto en una manta en cualquier rincón de estos caseríos. Antes llevaba un caballo, pero le obligaba a dar muchos rodeos; y en algunos sitios las casas son tan pobres que no tenían ni cuadra donde meterlo. Estas abarcas que hacen aquí, de soguilla, con suela, mejor dicho, con piso de triple trama, son más seguras que el caballo.

Nadie se ofenderá si digo que, aun viviendo con sencillez, estas gentes de la Sierra tienen sus quebraderos de cabeza. Hoy han venido unos colonos al Vadillo de Castril a dejar el importe de no sé qué renta. Cada peseta les costaba un dolor. Otro no sabía a ciencia cierta cuánto llevaba ya pagado: —*Oyeme, Consuelo*—decía Reyes Lara—, *tengo yo sombra que dió un duro*—. No he visto papeles, ni cuentas, ni recibos, aunque pudiera ser que el maestro salve las situaciones apuradas. —Usted es joven—le aconsejo al amigo Plaza—. Puede ir a la Normal si quieren ayudarle en Cazorla. Hágase maestro. Aunque luego venga usted aquí para algo más que para enseñar a estos muchachos "a leé y escribil".

Salimos del Vadillo muy tarde y se nos echa encima la noche cuando empezamos una valerosa caminata a la luz de la Luna. Pero en estas revueltas la mitad del camino, por lo menos, es sombra. Veredas de guijos, de escombros y de peñas; tierras húmedas donde el pie se hunde, zarzales, terribles pendientes. En los pasos peores me ayuda

una linternilla eléctrica, muy útil para la visita nocturna de escuelas por este terreno. Cuando la proyecto hacia el maestro, que nos guía, siempre le veo esperándonos en pie, muy discreto, sin impacientarse. Hay una cortadura gigantesca, más allá del Puerto de los Arenales, y todavía falta mucho para divisar las luces de Burunchel. ¡Y el cemento de las gachaminas pesa como lo que es, como cemento! Tropiezos, resbalones... Sed... Cuando creemos el Cuerpo de Maestros Ambulantes traeremos aquí el año de prácticas. Fatiga... Sueño... Nos sostiene el agua de las fuentes escondidas que conoce Plaza. Nos tonifica el soberbio paisaje del valle, hasta Sierra Segura, visto a la clara y fantástica luz lunar. ¿Las dos? ¿Las tres de la mañana? ¡Buen sueño podríamos echar aquí a orilla del camino, descansando la cabeza en una piedra! Por fin, el castillo de La Iruela, más torvo que nunca. Los derrumbes, como último obstáculo. Suenan las campanas de Cazorla. Ya estamos. ¡Gracias, amigo Plaza! Ha sido una buena prueba para usted y para nosotros.

IX

CAMINO DE ORCERA

PARADA EN TORREPEROGIL EXCURSION A SABIOTE

LA Torre de Pero Gil sólo conserva, para ilustrar nombre de tanto sabor clásico, el cimientito de sus muros, algunos caserones de buena traza y una iglesia, donde queda escondida una maravillosa Piedad labrada en piedra. Tal polvareda levanta el autobús al pasar por Torreperogil, que poco a poco va poniéndolo del color de la carretera. Con los olivos nada puede, porque la ceniza al llegar a ellos se convierte en plata. Pero el pueblo, desde la plaza hasta la ermita, es como el camino y se deshace más de prisa. Pueblo rico, sin embargo, antesala de Villacarrillo. Buenos olivares. Trigales. Tendrá siete mil, acaso diez mil habitantes. Por el arroyo anda, corre, juega y riñe, en pleno sol, un diluvio de chicos.—¡Pocas escuelas!

Cuando pasé la primera vez por Torreperogil había unas miserables escuelitas, que todavía siguen en el mismo sitio, porque un año es muy poco tiempo para estas cosas. Se entraba en ellas saltando sobre una letrina. El piso era de yeso en

el bajo. Arriba, de tablas agujereadas. Humedad. Abandono. Sordidez... Un inspector las clausuró. Luego volvió a abrirlas, porque el pueblo no se movía. Allí estuvo la Guardia civil; pero el local era tan malo, de higiene tan dudosa, que levantaron el cuartel y se lo llevaron a Sabiote. Luego quisieron hacerlo posada. Tampoco podía ser. Volvió la escuela porque a los maestros y a los chicos se los coloca en cualquier parte.

Pues bien: nada más curioso de ver que el trabajo de los maestros para utilizar en ese laboratorio su grande o pequeño bagaje científico, su reliciente instrumental de Pedagogía. Se les llenan las clases—por temporadas—con 70 u 80 alumnos. No importa. —Mis chicos—decía un profesor— analizan lógicamente—. Otro tenía establecido un sistema de premios y de cargos escolares, por elección entre los condiscípulos. Guardo varios impresos: "Escuela Nacional de Niños, núm. 1, de Torreperogil (Jaén)." Un impreso para los jurados, otro impreso con la designación de cargos. "Estos nombramientos—reza una nota al pie—se expiden tanto para su mayor estímulo cuanto para habilitarlos al cumplimiento exacto de sus deberes cívicos." Don Celestino Segura Villa, el maestro de esa escuela núm. 1, es optimista y confía en el porvenir. Unas maestritas jóvenes y animosas—doña Carmen, doña Filomena—mitigan con flores la dureza y hostilidad de aquellas cárceles. Las niñas cantan y hacen gimnasia rítmica en el corralillo. Todos ponen gran entusiasmo. El que llega, como llegué yo, por el camino de Ubeda a Orcera, no sabe si reír o llorar con los impresos de don Celestino.

—Lo malo es...—me explicaba cierto maestro

veterano a la sombra de un olmo, un árbol escolar, prisionero también entre cuatro paredes—. Lo malo es que la escuela aquí no interesa. Lo que aprenden hoy, mañana ya se les ha borrado. Porque tienen su manera de ver las cosas. Todavía puede usted convencerlos de que un triángulo debe tener tres lados; pero eso de las haches, "verbi gratia", no les importa. ¡Qué más da hambre con h que sin ella! ¿Sabe usted lo que discurrió un compañero mío, de por aquí cerca, para vencer la indiferencia de un muchachote, hijo de buena familia? Pues enseñarle el silabeo en un cartel de toros.

Hoy parece que la escuela empieza a interesar en los pueblos del vino, del aceite y del trigo. Proyectan grupos escolares, y Torreperogil creo que tiene grandes planes. Vamos a esperar; y mientras tanto seguiremos por la loma de Ubeda, torciendo para no quedarnos sin ver el castillo de Sabiote. A todo español que quiera conocer España le aconsejo que cuando vea un castillo suba a él y procure enterarse de si está vivo o está muerto. ¿Está muerto? Entonces la geometría del pueblo se basa en el triángulo y cualquier maestrillo puede señalar sus vértices: la Iglesia, el Concejo, la Escuela. Pero si el castillo está vivo, no consiente otra geometría que la de la pirámide. Viajando al vuelo, es difícil tomarles el pulso a los castillos, porque la vida les late misteriosamente. Este de Sabiote, por ejemplo, parece muerto. Perduran el formidable cubo flanqueado y el espolón sobre los pacíficos olivares. Dentro queda algún arco, algún escudo entre zarzas. Las ovejas y los cerdos entran por todas partes hasta en la boca de una temerosa mazmorra que, según los muchachos, está empedrada con los huesos de los cautivos. Todas estas

pedras son del condado de Camarasa y las tierras circundantes también. Hay otros propietarios, de Ubeda los más fuertes; pero las veinte o treinta huertas que rodean el pueblo son de la Camarasa, como el grueso del ejército de olivos. Las tierras están a terrazgo; a tanto por fanega, de cosecha; casi siempre, de siete partes, dos. O al tercio, en los ruedos del pueblo. Y en las otras propiedades que pudiéramos considerar desvinculadas no deja de latir también, muy en el fondo, la vena del castillo.

Una iglesita graciosa, de mucho empaque, obra de Vandaelvira. Un pequeño bulevar de los Italianos, con asfalto y acacias en la calle de los Casinos. La escuela en un antiguo Pósito. Pero no una escuela cualquiera, sino la escuela típica de pueblo con castillo. Fechada noble. Alusiones al César Carlos V. En la mejor plaza, frente a la iglesia. Y por dentro, la terrible escuela-desván, con teja vana, goteras y agujeros en el solado; los ventanales, deshechos por debajo de los tableros, sin un cristal. —Tengo este pupitre aquí en medio—dice el maestro—para tapar un hueco de las tablas por donde podría caerse un muchacho. Pero, eso sí; esta es la escuela de la Naturaleza. Entran la lluvia y el viento como quieren, y en días de aire hay que licenciar a los chicos. El techo cría de todo, y una vez hemos cazado a tiros, con escopeta, una bicha grande como un dragón, que vivía entre las vigas.—Y aquí tiene el lector ciudadano, madrileño, barcelonés, bilbaíno, etc.—hablo de las ciudades organizadas—, un caso que nunca podría sospechar. El maestro nuevo de Sabiote, al llegar a su escuela, "sintió tal pena por los niños y por él", que quiso levantar otra. No sé cómo pudo arreglarse. Creo

que su padre es maestro de obras. Consiguió un solar en las afueras. Pidió línea al Ayuntamiento. Se atuvo a ella y empezó a construir. Y cuando ya estaba mediada, el Ayuntamiento acordó variar el trazado de la calle y echarla por mitad de la escuela nueva. ¡Gran batalla para el pobre maestro, que era también un poco sastre del Campillo! No tengo noticias de cómo acabó, ni de si acabó el forcejeo; pero el maestro se llama Alejandro—Alejandro Franco—, y el nombre obliga. No basta ser santo ni héroe para alzar una escuela en pueblos con castillo. Hace falta ser también gran general.

REGIMEN DE VILLACARRILLO

LA VIDA EN UN PUEBLO RICO DE JAEN

AJOS, calandrajos; migas y gachamigas; todo ello harina y aceite. Esto suele comer la gente pobre de Villacarrillo y alguna que, sin ser pobre, vive a lo pobre. Pan con aceite crudo es la golosina de los chicos. Pan y picante para el vino, la del trabajador. Sacrifican en el Matadero pocas reses. La carne no llega a cien kilos diarios, y viven allí ocho mil personas. Garbanzos, habas y—como digo—mucho aceite. La familia de un maestro de Villacarrillo, hijo del país, gasta veinte arrobas de aceite. Inmensa mayoría de trabajadores—entre unos cuantos capitalistas y un centenar de familias medio acomodadas—se defiende contra la mezquindad de sus salarios gracias a la aceituna. Cuando tienen jornal van bien. La cava, en años buenos, llega a pagarse a duro. —La cava de pie, a catorce reales y el aceite. La cava a tajo parejo, a cinco pesetas secas—. Cuando no hay jornal, a morir y a pasar trabajos. Algo les vale "la rebusca". Primero tienen la recogida de la aceituna, donde ganan de dos a tres pesetas; pero luego, por costumbre

añeja, sale el pueblo entero a la rebusca del fruto caído y perdido. No queda un alma en los hogares. El maestro puede cerrar la escuela, porque no va nadie. Las criadas se despiden de las casas. Y durante tres días, cada olivar es un hormiguero. Familias numerosas, con muchas hormiguitas, logran llevarse hasta seis y ocho arrobas, que valen, mal pagadas, treinta o cuarenta duros. Mal pagadas, porque se explota el origen impuro, democrático de esta última cosecha para el pobre. Les ayuda, sin embargo, a desempeñarse un poco. Y como ellos dicen: entretiene el hambre.

Quien va a Villacarrillo visita, por fuerza, la plaza y la calle larga de Mingo Priego, del Santo Cristo o del Prior Pellón. La plaza está dispuesta para correr toros; queda el ruedo todo el año, y los balcones tienen su régimen de propiedad, independiente del de la finca. La calle larga produce extraña y confusa sensación de malestar, al principio inexplicable, hasta que damos con la causa. Aquí estaban las chozas de Mingo Priego, villa desde los tiempos del arzobispo Carrillo, y aquí vino la primera nobleza a levantar sus casas solariegas. Estas que vemos hoy son las mismas, remozadas, urbanizadas según la moda, sin perder nunca el señorío. Casas muy severas; por fuera lisas, por dentro fastuosas.

Su severidad no explica, sin embargo, esa sensación de disgusto; pero es que todas están cerradas. Ni un postigo ni una ventana abierta. ¡Como si en vez de pasar nosotros desfilara hacia la alameda el cortejo de un terrible Sultán y la consigna fuese bajo pena de la vida! Si están o no en ella sus dueños, el pueblo no lo sabe. Han entrado por la otra parte de estos casones. No los ha visto. Pero en realidad, no están casi nunca. Ha ido cre-

ciendo en torno de las casas señoriales una muchedumbre de familias jornaleras. Aumenta la población proletaria que antes vivían con ellas en régimen patriarcal, o por lo menos, de mutua asistencia. Ha habido también en las mismas casas de Mingo Prieto cambios, mutaciones, transmisiones. Y en suma, los antiguos lazos se rompieron, por lo cual es poco grata sin duda la estancia en el terruño. A esto se llama en otro mundo "absentismo", y aquí puede llamarse despego, aunque habría otras muchas palabras para fijar en sus varios matices este aspecto afectivo, íntimo, de "la cuestión social". Todo ello flota en el ambiente de Villacarrillo y se extiende a otras villas y otros lugares que tienen su Mingo Priego, su Cristo y su Prior Pellón. Este último mezclaba señorío y clerecía, como un arcipreste de Hita sin vena poética, pero con poder feudal. Pasamos de aquí a los barrios populosos de Villacarrillo. Los barrios que envían sus chicos a la escuela pública.

Porque no olvido con cuanto llevo dicho el objeto principal del viaje. Aquí, como en ninguna parte, la escuela se abre para los pobres. Van hijos de obreros, jornaleros, sirvientes y empleados en destinos humildes. La escuela de balde no la quieren los ricos. Por no costarles dinero no la estiman. Es curioso que si el maestro de la escuela gratuita se hiciera pagar tendría en muchos pueblos matrículas más altas. Pero es más curioso todavía saber que no yendo a la escuela para pobres, los muchachos de familias ricas no van aquí a ninguna escuela, porque no hay otras. Ni escuelas ni colegios particulares. Hay, sí, una parroquia del Ave María, sostenida personalmente por una señora, doña Teresa Poblaciones, viuda de

Millán, y otra de los Hermanos Mercedarios, pero también son de pobres. ¿Dónde estudian los niños ricos? —Téngase en cuenta que prefieren no estudiar y seguir a los padres: en primavera, al cortijo; al pueblo, en fiestas; a Sevilla, en Semana Santa y ferias; en verano, a San Sebastián. Alguno regularmente acomodado empieza a trabajar. Alguno se asoma a la escuela o da lecciones en casa; pero aparte de que las lecciones han estado prohibidas por error de la ley, y no podían darlas los maestros, faltaba en las familias y en los muchachos constancia. El sistema de vida trashumante se lo impedía, aunque hubiesen querido. A pesar de todo, es preciso hacerlos bachilleres. Entran Dios sabe cómo. Caminan de tropiezo en tropiezo. Pasan por internados, donde necesitan inteligencia excepcional para no fracasar por falta de preparación. Unos se cansan, y vuelven a ser analfabetos por desuso. Otros siguen carrera penosamente. Han querido edificar sin cimientos. Capacitarse por autoridad.

¡Gran suceso podría ocurrir si fueran extremándose las dos inclinaciones: la del rico, a vivir cada vez mejor; la del pobre, a estudiar cada vez más! Porque aquí manifiesta el obrero deseos de aprender. Tienen las escuelas para pobres, entre maestros y maestras, catorce profesores. Se construyó en 1911 un edificio para escuelas graduadas, con dos grupos de seis. He leído el número de una "Revista Escolar", dedicado a la inauguración. ¡Qué concurrencia de entusiasmos! Muchos maestros de toda España escribían allí, conmovidos. Los políticos se felicitaban. El padre Manjón aprovechaba la oportunidad para burlarse, a pesar de todo, del "Estado solidocente o pedagógico único y onnipotente", y

reclamaba ya "libertad de enseñanza para los organismos cuya vocación y profesión es educar y enseñar..." Burell, generoso y arbitrario, se retrataba en una frase: "Considero como el mejor recuerdo de mi gestión ministerial el haber pasado por encima de todos los escrúpulos consultivos y de todos los miramientos burocráticos, haciendo de modo que fuera, por primera vez en España, una verdad la graduación de Escuelas..."—¡Fecha memorable y gloriosa para Villacarrillo...!—decían los articulitos de circunstancias—. Hoy he visto funcionar melancólicamente esas escuelas, abandonadas del Ayuntamiento, que no destina a su cuidado la más mínima consignación. Está el grupo en los Ruedos de la Iglesia, bajo el campanario. No hay campo ni patio de juegos. Las clases, bajas, húmedas, decrepitas en diez y siete años, dan la misma impresión de sordidez que las escuelitas de pisos alquilados. Me dicen que por allí han desfilado cada año de seis a siete maestros nuevos. Los que hay luchan heroicamente por que el medio no los acabe de envolver. Las peores son las clases de niñas; tres en la graduada y dos unitarias. —¡Laboremos todos!—decía un maestro el día de la inauguración—. ¡Coadyuvemos a la obra regeneradora, queridos convecinos! ¡Si lo hacéis, Dios os lo premie; y si no, os lo demande!—Este maestro veía el porvenir.

XI

EL CERRO DE IZNATORAF

IZNATORAF EN EL SIGLO XIII

ES en el siglo XIII cuando el cerro de Iznatoraf vive su hora dramática e intensa. Estos momentos fugaces de plenitud que no llegará a más y que, sin embargo, está llena de esperanzas en un porvenir destinado a frustrarse, son tan conmovedores en la historia de los lugares como en la novela de los hombres. Iznatoraf, castillo moro hecho villa cristiana, tenía fuero como Baeza. Por sus tierras y por su posición podía ser amparado por el Rey Santo—más que Baeza y Ubeda y Quesada—. No lo quiso así su destino. Pero hay en el planeta pocas eminencias frustradas que se conserven enhiestas con dignidad tan impertérrita como el cerro de Iznatoraf. Se mantiene sereno, a pesar de todo, en el centro de un vastísimo panorama, sirviendo desde los valles y las sierras, lejanísimas, como punto de mira, como último centinela en el horizonte. Subimos fatigados una pendiente demasiado dura en las breñas de Cazorla, volviendo de las fuentes del Guadalquivir, y al llegar a un repecho nos detenemos, por respirar a pleno pulmón y por mirar a

una luz nueva la maravilla del mundo, que siempre tiene para quien sabe contemplarlo algo de Paraíso terrenal, y allá al fondo, solo, discretamente gigantesco, aparece el cerro de Iznatoraf. Y si venimos por Sierra Morena desde Villamanrique o por Segura de la Sierra, en la ruta del Yelmo, o por cualquier altura desde Jaén a la sierra de Mágina, tendremos que descansar los ojos en la silueta cónica de Iznatoraf. Sin ser alto, tiene posición favorable; para que se le vea, y no para dominar. No domina nada el pobre cerro. Ni siquiera a Villanueva, que está al pie y que se le alzó, separándose, desde tiempos del arzobispo. Lo único que hace es mostrarse como si guardara un gran secreto o alguna joya muy preciada.

¿Qué joya guarda este pequeño Fusiyama sin nieves, rodeado de olivares? Yo quise saberlo, y desviándome una vez más del camino de Orcera subí a lo alto de aquella meseta, que desde todas partes parece como si fuera el cráter del volcán. No hay cráter. Lo que hay es un pueblo amurallado. Las murallas, rotas. La iglesia, en reparación. Callejuelas pintorescas con arcos sobre los muros antiguos y casitas apretadas dentro del nido, como en Castellar de la Frontera. En la plaza, el Ayuntamiento. Y en el Ayuntamiento, bien guardado en una caja de caudales, el fuero que dió a Iznatoraf Fernando el Santo.

Esta es la grandeza y la riqueza en esperanzas que tenía el Iznatoraf del siglo XIII: su fuero. Cuando llegaron las armas de Fernando III a rescatarla de los moros, el fuero le auguraba buen porvenir. Guardó mucho tiempo la villa cierto aspecto señorial, aunque ya estuvieran quebrados sus medros por el empuje de las ciudades colindantes.

Tuvo escuela de latinidad. Salían al olivar las casas, rompiendo el cerco de murallas. Hoy su vida es modesta. Tiene menos vecinos que en la francesada, cuando el invasor se llevó de la iglesia treinta arrobas de plata. Hay dos maestros. Dos buenos maestros jóvenes, uno de ellos valenciano, y si logra el Ayuntamiento sus propósitos, quizá construya un grupo escolar.

Pocos lances tiene el presente para Iznatoraf, y corriendo aquellas cuestas comprendemos que su ideal hubiera sido parar el reloj de la Historia en el siglo XIII. Hemos pedido licencia, como es natural, para ver el fuero. Guarda una llave de la caja el señor alcalde, y ha ido por otras dos—pues son indispensables las tres—un chico de la escuela, enviado por don Rigoberto. Anduvo el libro muchos años—siglos—tirado por los rincones, y se conserva de milagro, no sólo porque el pergamino de que lo hicieron vive más que el papel de pasta de madera, sino porque el Rey Santo habrá intercedido para defenderlo contra la barbarie o la codicia. Como la firma de mano santa lo convirtió en reliquia, estuvo largo tiempo soportando la devoción de los fieles en la catedral de Jaén, y a fuerza de piedad y de ósculos, los trazos que dicen "Yo el Rey" y la rúbrica aparecen casi desvanecidos. Junto a la firma de Fernando III autorizando y legalizando, sin duda, el fuero de 1245, aparece otra firma del siglo XIX. Firma y rubrica también Víctor Jimena. Víctor era hijo de un veterinario, muchacho estudioso, muy listo, que se volvió loco. "De tan listo como era—dicen allí—, se le fué la *chimba*." Pero el ejemplar es soberbio, y conociéndolo y estimándolo con el amor que merece un buen códice, sobre todo cuando se le encuentra en

su sitio, como la rosa en su rosal, empezamos a explicarnos el orgullo del cerro de Iznatoraf. Acaso algún día se descubra, siguiendo la mina que dejaron hecha los moros, algún rico venero o alguna gruta como las de Aracena. Pero el fuero le basta hoy para humillar a Villanueva del Arzobispo.

XII

BEAS DE SEGURA

CON SU "POBLACION INFANTIL"

ESTAMOS aguardando a don José, el maestro, unos cuantos muchachos y yo, a la puerta de esta escuelita que llaman de las Casas Nuevas. En el repecho de una cuesta empedrada de guijos, orilla de una buena fuente de piedra. Como van viniendo poco a poco, hay tiempo para que se acostumbren a verme, y aun tratándose de extraño tan extraño, no tardan más en aceptarme de lo que habrían tardado en cualquier escuela de Madrid. Pregunto cosas ajenas—al parecer—a la enseñanza. Por ejemplo: qué comen en sus casas; a qué juegan.

Preguntas, como el lector verá, sin importancia. Preguntas insignificantes. Perdóneme si le entretengo y malgasto su tiempo contando lo que come un chico de pueblo antes de ir a la escuela. De ocho niños, a uno le dieron pan y chocolate crudo. A otro, pan y sardina. A dos, pan solo. Y a cuatro no les habían dado nada. Sin duda, llegaron primero los que podían aligerar. Luego van apareciendo otros de mejor estampa, más lavados y menos rotos. Los hay que han tomado café, y alguno,

café con leche. Pan con tocino. Por último, la mejor fórmula: pan con aceite, "con bujero". Cuando llegan los más acomodados, ya es difícil saber lo que comen los otros, porque no quieren decirlo y su dignidad les exalta la fantasía. Un pucherito con sopa de pan. Habas crudas de postre—o "ensalá"—. Y en el puchero de garbanzos y patatas—que también llaman por aquí cerca "crillas"—, tocino. Y hasta carne de cordero. "Y morcilla, sí, señor. Y hueso añejo, que también lo echa mi madre."

A la comida le dicen la merienda. Por la noche, un guiso de arroz o de patatas y gazpacho. O una salsilla, "pa mojar". O patatas "asás". Pero ésta es la tierra del aceite; más que Villacarrillo, a cuyo partido pertenece Beas de Segura. Más que Martos. ¡Y ya es ponderación! Nadie tendrá por tierra pobre a la que da doscientas mil fanegas al año. Chicos y grandes van también a coger aceituna, mediado diciembre, hasta marzo; y cuando llega el día, van a la rebusca. Igualmente se emplean muchachos y muchachas, en marzo y abril, para la escarda. Tampoco es pobre por exceso de división de la propiedad. Aunque tiene grandes capitalistas—tres o cuatro de veinte mil olivas para arriba y unos doscientos medianamente ricos—, hay en Beas más de dos mil pequeños propietarios. El año 60 se vendieron las dehesas; pero el pueblo las roturó, y el 73 se anuló la subasta. Allí empezaron los olivares, de resultas de ese reparto espontáneo. La calidad es buena, y, por lo tanto, el término debe considerarse como uno de los más felices de España. Mi visita a la escuela y mi conversación con los muchachos indican que esta felicidad ha de tener sus excepciones y sus limitaciones.

Porque la escuela es pobre. Los alumnos, como

ta escuela. Y ahora diré por qué razón anoto en muchas partes, y en este viaje a Orcera singularmente, los juegos infantiles. Para mí, los juegos entrañan cultura, una forma delicada, y al mismo tiempo robusta, de la cultura popular. Imaginación—es decir, vida—para crearlos. Tradición—es decir, memoria—para conservarlos. Aquí estoy en el límite de lo que hemos llamado cumbre del analfabetismo español. Es Beas "de Segura", aunque pertenezca a Villacarrillo. Y en el mismo partido de Villacarrillo la proporción de analfabetos es de 78,25 por 100, según la estadística oficial. Busco, por consiguiente, la primera razón de esta cifra en la incapacidad.

Pues bien: yo no sacaré consecuencias ni dictaminaré si hay una cultura antigua de la palabra hablada y otra cultura nueva de la letra escrita, que en cierta manera, y por desgracia, se excluyen mutuamente; pero en ninguna parte he encontrado tal abundancia y riqueza de juegos como entre los muchachos pobres de Beas. Juegan como suelen jugar en toda España: siguiendo aquella curiosa rotación, tan fija como las estaciones del año; pero además tienen sus variantes y sus nombres locales. Juegan a "maisa", al "cangreje" y a la "piola". Al boliche. Al castro. Al borriquito del agua. Al cortacuellos. Al mogón. Al cuco. A "hinchate, sapo". A "Mariquilla está mala". ¿Con qué la curaremos?... A "peña ronca". A las "herraúras". Al cazarratones o "chimilimindrón, ¿que no sido yo?" A "Roma, Romo, el palo en el suelo." A guardagorra. A la rata "escondía". Al domacaballos, tres y salto. Al molino de viento. Al salto del papo. A "Los mochos, contamos ocho"... Larga había de ser aquí la pragmática de los juegos; pero

los muchachos la aprenden sin esfuerzo, muy pronto. Lo mismo pueden aprender, aunque no las inventen ellos solos, como Pascal, las proposiciones de Euclides.

Ya está aquí don José, el maestro. Subamos con él las gradas del zaguán y la escalerilla volada, que parece despojo de algún barco naufrago. Veamos cómo da su clase en esta escuela brava, de tipo antiguo, un maestro tan bueno como don José de la Torre. Primero atenderemos a los muchachos, que al llegar a sus bancas, ordenándose con arreglo al concepto que allí merecen, cambian de valoración y de cara. Dos chicos no valen lo mismo, comparativamente, cotizados en su pupitre y cotizados en la calle. Unos más despejados, otros más lentos; unos voluntarios, otros distraídos, toda esta tropa va marchando. A mi propósito basta con decir que ni ellos ni sus maestros tienen la culpa de que la Estadística maltrate como ya sabemos a la provincia de Jaén. Pero aparte de eso hay que ser ciego para no ver la terrible dureza del espectáculo que ofrece la escuela pública. Los muchachos salen, por sus trazas, no de un combate, sino de una larga guerra. Lo de menos sería el trasquilón de ése y la pedrada en la cabeza de aquél. Pero veo un desgraciado, cojo, lleno de laceras y—seguramente—de miseria. El ambiente es sórdido. Los contactos, inevitables. La pelagra del otro muchacho fuerte y sano, ¿de dónde viene? El sentido democrático de la escuela se acendra, se purifica con prueba tan agria. Todo esto es reformable. Todo esto que parece fatalidad del orden social puede cambiar. Pero ello no evita que corran por la piel del visitador de escuelas diferentes temblores. Y que un tumulto de protestas altere la

ecuanimidad que debe conservar un pedagogo. Mirando hacia el cielo, por descansar los ojos en el azul, veo que está muy alto porque se interpone una ladera próxima. Arriba hay una cruz que llaman la Cruz de los Trabajos. Antes se alzaba sobre peñascales, y ahora todo ese monte está roturado y olivado. Poco a poco, el pueblo gana. Estas escuelas irán pronto a mejor local, porque hay otras casi construídas. Habrá más sitio para los chicos. Más maestros. Para precisar más mis noticias y no hablar vagamente, diré que hay aquí, además de cinco maestros y tres maestras, un colegio de monjas subvencionado por el Ayuntamiento, con obligación de educar sesenta niñas pobres. En el arroyo del Ojanco, en las cuevas de Ambrosio y en los prados de Armijo han hecho escuelitas que ya deben tener maestro si la *Gaceta* se ha acordado de ellas. Yo creo que va llegándoles también a los muchachos y a sus maestros la hora de salir de esa terrible advocación, ya que han vivido tanto tiempo bajo la Cruz de los Trabajos.

XIII

AL LLEGAR A LA PUERTA

I. UN VISITADOR DE 1841

LA Puerta es así: puerta de sierra Segura, y su comunicación natural con el camino de Jaén-Baeza-Ubeda y Albacete. Unos cuantos kilómetros de carretera desde La Puerta, por Hornos y Pontones, bastarían para romper el encantamiento de Santiago de la Espada. Otros cuantos desde Siles—no muchos; pero sí muy bravos—, bordeando el Calar del Mundo, y acabaría de saltar el maleficio de sierra Segura comunicándola por Yeste con el Mediterráneo. —¡Soberbios paisajes! ¡Poderosas montañas! ¡Pobre gentel—. Llegué, desde Beas, parando unos minutos en Puente de Génave, para ver una escuelita mixta, prueba de buen deseo. Me detuvo en La Puerta la amable hospitalidad de don Ramón Martínez Ruiz, el médico, hermano de *Azorín*, y ahora veo que aquella escala entre personas inteligentes fué muy útil para todo el viaje. Jenaro Navarro, Juan Ardoy, Mariano Cospedal... Por excepción apunto nombres que no son de maestros. Pero es grato encontrar en este camino—nueva peregrinación de Santiago—pueblos

como La Puerta y como Siles, de otro espíritu que todo el contorno, sin duda por acción, más o menos antigua, de una minoría. También pasé, yendo de Huéscar a Cúllar, en la provincia de Granada, por un pueblo modelo: Galera, administrado dignamente, en medio, como ya se dirá, de los más deplorables ejemplos. Casos curiosos, que siempre obedecen a algo. En Siles hubo un enciclopedista, gran lector de Jovellanos—y de Rousseau—, muy imbuido en nuestra buena tradición del XVIII: don Juan de la Cruz Martínez, jurisperito y agricultor, diputado en las Constituyentes del 46, del cual tuve noticia en La Puerta por un librito suyo que guardaba, como recuerdo de familia, Jenaro Navarro. Pero en La Puerta esta acción benéfica empieza ahora. Sólo ha conseguido preparar el terreno, construir un pequeño grupo escolar, insuficiente, y sobre todo, despertar lo que podría llamarse pundonor local. La Puerta, a orillas del Guadalimar, se abre hacia el llano en que alza su cerro y en el cerro la frente rota de su castillo, Segura de la Sierra. Tan ilustre e histórica villa ha ido perdiéndolo todo, poco a poco. Orcera le rapiñó, entre otras cosas, la capitalidad. A La Puerta, por vivir en el valle, fueron acogiéndose cuantos no necesitaban ya el nido de águilas. Tiene este llano parajes bellísimos; cortijadas como la de Catena, tierra feraz, olivos muy ricos, pinares. Al fondo, el Yelmo. Nieve y viento. Una luz clara, fina, que en los crepúsculos se avalora con la límpida transparencia del aire.

No podíamos imaginar tan hermosa la entrada del partido de Orcera. Puro prejuicio, porque la instrucción no influye en el paisaje, ni en la riqueza nativa del suelo. Pero esto ya es Orcera.

Aquí, de 100 personas, 73 no saben leer. En la propia cabeza del partido, en Orcera, 82. En Pontones, 88. Y en Santiago de la Espada—le hemos dicho ya—son 93 de cada ciento. La explicación—al menos el principio de la explicación—va a dárnosla un testigo de cien años ha: precisamente el enciclopedista de Siles, don Juan de la Cruz. Conociendo bien su país, escribió unas *Memorias sobre el partido judicial de Segura de la Sierra*, impresas en Baeza el año 1842. Todavía conservaba Segura la cabecera. El ejemplar de este libro que me facilitó en La Puerta el señor Navarro, está falto de un pliego al llegar al Párrafo tercero—”Estadística de las escuelas del partido de Segura de la Sierra”—. Pero he dado con otro, por fortuna íntegro, en la Biblioteca Nacional; y su valor, para mí, es inapreciable, porque don Juan de la Cruz Martínez fué también visitador de escuelas, mucho más autorizado que yo, y como hombre recto, observador y minucioso, describe con exactitud y con emoción—su emoción es ya muy siglo XIX—el estado de la enseñanza en aquella comarca. La visita fué oficial; por encargo de la Comisión provincial de Instrucción Primaria, y rindió informe en 12 de mayo de 1841.

Creo de interés recoger, extractadas, sus noticias. El cotejo de ayer a hoy daría lugar a extensos comentarios, que con mucho trabajo reprimo.

Segura de la Sierra.—Cabeza del partido. Tenía 1.650 habitantes, y hoy tiene 494. ¡Dispersión! ¡Ruina! Ya entraremos por la brecha del muro que no defiende nadie. ”No hay más que una escuela privada para niños—decía don Juan de la Cruz—, de los que concurren nueve, todos gratuitos.” —¿Cómo vivía el maestro?— ”A cargo de

Francisco Regis Moreno, sin título, certificación ni otra cosa que lo habilite." "La aptitud del Moreno es nula—agregaba el visitador entrando a fondo en cumplimiento de su misión—, y a los niños pobres no se les provee de los libros y útiles necesarios. En esta escuela se desconocen los métodos de enseñanza más acreditados; pues no se les enseña otra cosa que algunas oraciones del padre Ripalda." "Tengo prevenido a este Ayuntamiento publique la vacante que en otros tiempos ha existido, pagada de los fondos de propios con 1.642 reales..."

Orcera.—1.405 almas. Hoy el doble. Una escuela pública. Un maestro con título expedido por el Real Consejo Superior de Castilla. 76 niños. Gratuitos." Adelantos de los niños, escasos. Capacidad del profesor, escasa. Método de enseñanza individual, tan reducida y viciada como la que se encuentra en todos los pueblos visitados." Local, nada a propósito. Menaje, reducido a una mesa de pino en muy mal uso.—Hasta 1927 ha habido en Orcera, con 2.255 habitantes, una escuela de niños, una de niñas. Para la población dispersa en cortijadas, ninguna.

Benatae.—800 habitantes. Como hoy. Una escuela a la que acudían 16 niños. Maestro de pobre capacidad. "No se cumplen las instrucciones."

Torres de Albánchez.—590 almas. Pocas más tiene hoy. Aquí el maestro era don Idefonso Fermín, el párroco, profesor de Latinidad, 14 niños. "Está ausente el maestro. Lleva un mes la escuela cerrada."

Génave.—650 habitantes. Hoy tiene el doble. Un maestro: "Manuel Plaza, el sacristán, sin título ni certificado que lo habilite." 28 alumnos gratuitos.

2 pensionistas. Método individual. "La capacidad del Plaza bastante reducida. El estado de las clases, indefinible."

La Puerta.—885 almas. Hoy el doble. Una escuela. El profesor, don Adriano Bellón, enseñaba a 9 niños con los métodos "del benemérito y erudito don J. Mariano Vallejo", y caligrafía de Iturzaeta. "Pero el maestro Bellón no los comprende."

Siles.—2.580. Poco más o menos la población actual. Una escuela pública. El profesor, don Ramón Rubio, habilitado con título bastante. Concurren 100 niños. "El estado de las clases es muy regular; la capacidad del maestro, mediana, y a la enseñanza se le da más extensión y latitud que en las otras escuelas."—La diferencia, como se ve, viene de muy antiguo. ¡Siempre es por algo!

2. SIGUEN LAS "MEMORIAS" DE DON JUAN DE LA CRUZ MARTINEZ SOBRE EL PARTIDO DE SEGURA

Breve paréntesis abriremos aquí en honor de don Juan de la Cruz Martínez, que, como dejamos dicho, fué natural de Siles, jurisperito y labrador. Tenía, si mis noticias son ciertas, cuando escribió esas Memorias sobre el partido de Segura, veintidós años. ¿Qué haría hoy en Siles un muchacho de veintidós años con ambición intelectual y voracidad de lecturas, influído por el correo de Madrid que le llega en automóvil desde Ubeda y no por el valijero de Infantes, como a Juan de la Cruz? No lo quiero saber. Este muchacho escribía de buena fe. Sobre la Historia. Sobre los vegetales del partido de Segura. Sobre la educación y su estado en

dicho partido. Sobre los montes. Sobre la estadística. Tenía recientes las lecciones de Filosofía política de Bourbon Leblanc—nombre traspapelado—. Economía y Estadística, como base del bello, noble y difícil arte de gobernar—. "Con los datos que los pueblos nos suministran, nunca adelantaremos gran cosa, porque en ellos sólo se encuentra falsedad y mentira." Para rectificarlos quiso hacer por sí mismo las "relaciones topográficas" de su partido. Cifrabá muy alto el valor de la instrucción. "La instrucción es una deuda del Estado para con el pueblo. "Deuda que no se paga ni apenas es reconocida por los hombres de gobierno. "Lean con atención nuestra estadística de escuelas del partido de Segura y no dejarán de experimentar un sentimiento de pena, si en algo tienen el honor y la felicidad de esta desgraciada nación." "Nuestro tiempo se desperdicia en disputas de ningún provecho." Dos frases nada más reproduciremos en esta semblanza de un joven de 1841, conservador como terrateniente, pero progresista como hombre ilustrado. Una mirando hacia fuera: "No pasa un día, no se desliza un instante sin que con pesar inexplicable no recuerde lo que uno de los hombres de Estado más hábiles que ha producido la soberbia Albión—¿William Pitt?—solía repetir con frecuencia: *Que la política que convenía a la Europa observar con España, era mantenerla en su ignorancia para tenerla perpetuamente en contribución*".

Y otra frase, mirando hacia dentro, es decir hacia la España del período "ominoso", cuyo recuerdo se conservaba muy vivo todavía: "... Ocupados en envilecer y degradar su dignidad moral, creyeron que el medio más conducente para ello era

embrutecer al pueblo." "... Un pueblo fanático, pobre e ignorante, se presta a cuantos caprichos pueda figurar el más extravagante delirio." ¿Disculpáremos hoy el tono exaltado, sentimental—digámoslo todo de una vez: romántico—, en este joven que apenas empieza a vivir y ya se permite amar al pueblo y conocerlo? Esta clase de muchachos no vivía en las nubes. Demostración: "Nada debe encomendarse, nada debe dejarse (en esta parte de la enseñanza) al cuidado de los pueblos; porque no conociendo los Ayuntamientos la importancia y necesidad de la educación, atienden sólo a procurársela barata a sus administrados, los que, llevados de la idea equivocada y disparatada de que con la ilustración no se come ni se vive, la desatienden y abandonan completamente..." "Es bueno que se sepa y quede sentado que con teorías nada se adelanta; que es indispensable se vigile mucho el cumplimiento de las órdenes que se comuniquen; y que se haga de manera que los deseos filantrópicos del Gobierno no queden ilusorios en los pueblos distantes de la capital, en los que apenas se deja sentir la influencia de las autoridades provinciales; donde todos los negocios se descuidan, se abandonan y después cumplen cuando se los amaga con enredos y falsedades, que las oficinas autorizan de muy buena fe. Trascritas esas líneas, que, a mi juicio, bastan para formar idea del visitador, volvamos a la visita.

Villa-Rodrigo.—905 almas. Hoy unos 1.300 habitantes. Una escuela, a cargo de Félix Rosa, sin título ni nada que lo habilite. Pobres clases. Pobres adelantos. El material de enseñanza, según dice el maestro, es el Fleury. Han ganado algo; muy poco. Tienen en 1928 una escuela de niños, otra de niñas.

Villa-Rodrigo venía en decadencia cuando la visitó Juan de la Cruz Martínez, porque antes había sido cabeza de la diócesis o vicaría de su nombre.

Hornos con Bujaraiza.—Villa también; muy antigua y linajuda, con ruinas del viejo caserío en lo alto de un peñasco; y un tajo, como Ronda, un temeroso derrumbadero que llaman "la Gloria". Tenía una escuela mixta para sus 500 habitantes. Al frente de ella, don Rufo, el teniente cura. Iban 51 niños. "Los adelantos, insensibles." Yo he ido hacia Hornos en automóvil desde La Puerta, por Cortijos Nuevos; pero al llegar aquí, la carretera se interrumpe; Bujaraiza se pierde y no la encontramos ni en el mapa; empiezan los "países desconocidos". Sin embargo, allí ha doblado la población. Tienen una escuela de niñas y otra mixta. El espléndido aislamiento de Hornos con Bujaraiza luce para las dos cabezas una corona soberbia: el Yelmo.—*Nota de 1928.*—En Cortijos Nuevos, donde quizá no haya llegado otro visitador desde Juan de la Cruz Martínez—me salió al paso un grupo de vecinos, con Antonio Ramos al frente. Allí quieren escuela. Hay más de cien muchachos en edad escolar, aunque dispersos en cuatro poblados muy próximos. El del centro reúne 63 chicos. Cumplo mi palabra y traslado la petición.

Beas de Segura.—Tres mil almas. Una escuela pública. Maestro con título. 1.500 reales y casa. Asistían cien niños; ochenta, gratuitos.—Ya sabemos que en Beas, con 5.000 habitantes y vida próspera, había en 1924 dos escuelas de niños y dos de niñas.

Pontones.—1.650 habitantes. (Sin duda en los diversos núcleos de población.) "Una escuela dotada de los fondos de propios con 880 reales, cerrada

ya hace tiempo; y, por lo mismo, no se ha visitado." "No hay Comisión local, ni reglamento, ni plan, ni cosa que lo valga." Sobre el terreno hablaremos del caso de Pontones.

Y por último:

Santiago de la Espada.—4.262 habitantes. "Una escuela pública a cargo del sangrador Joaquín Jiménez Soria. Concurren 60 niños, gratuitos. No se cumplen los reglamentos. Los adelantos de la juventud, ningunos; y la inteligencia del maestro, obtusa. Queda excitada la Comisión para que procure por todos los medios la mejora, fomento y extensión que necesita la enseñanza."

Prolonguemos esta situación, ligerísimamente alterada, durante un siglo; con escuelas fantasmas; cerradas o entreabiertas, a cargo del sacristán, del maestro-ciruela, es decir, del maestro sin título, del párroco o del teniente cura, del sangrador... ¡Pensar que dentro de un siglo pueden venir a copiarme estos párrafos como yo le copio los suyos a don Juan de la Cruz Martínez!

XIV

SEGURA DE LA SIERRA

"¡QUE LASTIMA!"

CUANDO todo este país empiece a vivir en el siglo, La Puerta creará una Turística Comercial, S. A., y subiremos a Segura de la Sierra en funicular. —También a lo alto del Yelmo, aunque tenga nieve—. Mientras tanto, subimos a caballo con un espolique de Orcera, un buen hombre muy despejado, que no sabe leer y que, en diálogo largo, por decir "sí", dice siempre "¡ea!" *Ea* es aquí una fórmula suave de afirmación y de conformidad.

—Usted vendrá de muy lejos, ¿no? ¿Lo menos de Jaén?—me pregunta ya en confianza—. De Madrid. —¿De Madrid? ¡Qué lástima!— "¡Qué lástima!" es una exclamación que no debemos interpretar aquí como en Castilla. Se aplica a todo y yo veo en ella otra fórmula dulce y mansa de pueblo sometido.

¿A qué vendremos a Segura de la Sierra desde Madrid, si apenas queda nadie arriba? El espolique ha visto el castillo y dice que allí dentro no hay nada. Una vez, hace mucho tiempo, empezaron a cavar debajo de la torre y sólo dieron con un

pozo. Creían que iban a encontrar un tesoro, y nada... ¡Aguá! Por eso la llamaban la torre del agua. El mismo espolique, que ha estado aquí de chico, me da la versión confusa de la leyenda de Mudarra, sin conservar el nombre. Yo la había leído en la relación de Sigura, tal como se la enviaron al Rey don Felipe II en 1575. Aquí estaba Mudarra jugando a las damas con el rey moro de Sigura—porque Sigura, ella sola, era ya un reino—, y como el infiel le llamara "hijo de ninguno", lo mató dándole con el tablero en la cabeza, y luego se salió a tomar venganza de los siete infantes de Lara. Por mucha ira que llevase, no podría caminar de prisa, porque todo está lleno de pedruscos y en cada revuelta hay que afirmar bien el pie. Entonces era Segura de la Sierra mucho más grande que hoy. Desbordaba el caserío fuera de murellas, y estas casas Dios sabe cuándo las hicieron y cuándo se cayeron; acaso antes de alzarse el castillo moro. "En torno de esta villa—dice la relación—como un tiro de ballesta della, do quiera que caven hay edificios... y sepulturas... y muchos huesos de hombres." En ninguna parte mejor que aquí podemos exhumar estas rancias. Si le quitamos también a Segura de la Sierra su historia, ¿qué le queda? Hay arriba un formidable castillo con sus torres en pie, y el paredón ocre muestra dos grandes huecos, como dos ojos ciegos que reflejan el cielo azul. Abajo están los olivares y el llano es muy fértil; pero en lo alto todo es peña, en un solo bloque el risco, el pueblo y el fuerte. Cuando el zigzag nos tapa la carretera de La Puerta a Siles y no vemos automóviles, el mundo ha vuelto para nosotros al siglo XIII. Está la villa rodeada de cascote, las casas en hilera, pocas y pobres; la igle-

sia más pobre todavía. Todo ello se sostiene por tesón, porque Orcera no acabe de adjudicarse la victoria y, más que nada, por respeto a la grandeza heroica del gesto. Nunca podrá ser este cerro lo que fué cuando el castillo tenía vida, ni es posible que un cerro llegue a más en medio de una naturaleza tan brava como ésta.

Tal como es ahora, la villa se recorre muy pronto. La fuente, la iglesia, una calle central y a su término un arco de muralla, cuyo adarve es practicable todavía entrando por el Ayuntamiento. El muro se hundió hace siglos, y el adarve da en el vacío, en la cortadura, de modo que el Concejo de Segura de la Sierra tiene una salida al abismo, por donde parece que han ido escapándose y despeñándose todos sus bienes. El alcalde, el secretario y el maestro me llevan a contemplar tanta desolación. Primero los antiguos casones hidalgos, ruinosos hoy y deshabitados. Luego la fuente de Carlos V, el Emperador. Luego la iglesita, donde todavía queda por milagro alguna casulla. Y después del Ayuntamiento, con su salida al arco roto, me guían hasta la vuelta del castillo, asomándonos al lomo por donde el cerro se derrumba sobre un arroyo que bulle muy abajo. La otra margen es ya ladera del Yelmo. Allí empieza el pinar; pero esta parte casi toda es cárcava monda y pelada. En la solitaria grandeza de este paraje, todavía son algo el castillo por su arrogancia y el señor alcalde por su autoridad. Pero el maestro y el pueblo y yo, ¿qué somos, perdidos en el cerro de Segura, como en la cresta de una ola? Aquí vendría bien la exclamación del espolique de Orcera: — ¡Qué lástima!

— Todo nos lo han ido quitando. Se llevaron los mejores montes, y la tala ha llegado hasta las mu-

rallas de Segura. Pero esto no lo hicieron, naturalmente, los de fuera, porque en la relación a Felipe II ya consta que la media legua del monte bajo que la rodeaba se había gastado para proveimiento de la villa..

—Cada cual se llevó lo que pudo, ¿verdad?

—¡Ea!

Siendo tan pobres no pueden pensar en escuelas. Yo fui a buscar al maestro, que se llama don Manuel de la Peña Alfaro, al fondo de una casita antigua, junto a la iglesia, pasando un patio o pequeño claustro abovedado, que bien pudo ser cisterna o, mejor, baño moro. Allí acuden veinte o treinta muchachos. Si uno falta, admite a otro, y van adelantando. Como la escuela es fría, don Manuel planta su estufa, que en aquel sitio, con material tan viejo, parece una maravillosa invención—eso sí, los aires en el buen tiempo y las vistas valen cualquier cosa—. Menos suerte tiene doña María de la Concepción Ortega, la maestra. Como el pavimento, de Segura, por las callejas transversales de tipo medieval, viene a ser el de las torrenteras, difícil y resbaladizo, doña Concha cayó el invierno pasado y quedó impedida. No hay cruces pensionadas para estos hechos de armas. Doña Concha va y viene con una cayada. La escuela es imponente. Y a pesar de sus trabajos sólo pide una cosa: que le envíen un mapa de España. Aunque en él no parezca ya ni con un nombre el antiguo reino de Segura de la Sierra. Como la villa disminuye, casi bastarían dos escuelas si fueran buenas. Nunca tuvo más. Cuando fué don Juan de la Cruz Martínez sólo había allí una escuela privada, "al cargo de Francisco Regis Moreno, sin título, certificación ni otra cosa que lo habilite". Iban nueve

niños, todos gratuitos, y tenía Segura cuatro veces la población de hoy. Pero en tiempos mejores—los del Emperador—, no consta que hubiera allí ninguna enseñanza para sus tres mil habitantes. Había otras muchas dignidades en cambio.

Había—según la relación—, en primer término, un gobernador puesto por el Rey. Y el justicia era gobernador letrado. Tres alcaldes, con siete regidores y un fiel ejecutor perpetuo. Un alguacil mayor, tres alguaciles. Un alcaide de cárcel. Tres procuradores. Un vicario con su vicaría. En la audiencia del vicario hay un fiscal, un notario y un escribano público. Otro escribano del Concejo. Un mayordomo. "E un depositario del pan del Alhorí que se le da 10.000 maravedís al año." Y un portero. Y un pregonero. "A un médico, porque cure los enfermos de la villa de balde, le da el Concejo 150 ducados cada año." Pero todavía no figura un maestro.

Mil quinientos. Es decir, decadencia rápida de los pueblos encaramados en cerros, a la sombra de un castillo. Cabían en el de Segura cuatro mil hombres de armas. ¿Para qué ya? El vecindario civil se quedó solo en sus montes, que no explotaba sino para hacer leña. Estaba exento de tributos, pechos, servicios y peajes. Pero iban desmembrándosele arrabales y aldeas, empezando por Orcera, La Puerta, Hornos, que al romper suscitaban mil conflictos. El término era comunal y los vecinos, libres de cargas, podían vivir. Pero "el Concejo gasta todas sus rentas en defender los pleitos y causas que le mueven y en los salarios que da a letrados y procuradores que tiene en corte". ¡Viejo mal, llamado a durar muchos años en diversas formas!

ORCERA. LUEGO, SILES

LAS VILLAS. LOS CASERIOS

CUANDO Segura quedó sin rentas para pagar salarios a letrados y procuradores en corte—así dicen arriba—, Orcera, su antiguo arrabal, asumió el mando alzándose como cabeza del partido. Yo he visto la escuela de Orcera, con los ochenta o noventa chicos que tenía allí don José Arroyo de la Cruz. Los he visto en la calle. ¿Cómo son? Tomándolos por muestra de los otros, los millares de paisanos suyos, grandes y pequeños, que nunca pisaron una escuela, ¿en qué se distinguen de los granadinos—por ejemplo—, de los manchegos o de los murcianos? Esta es Orcera. Estos son los niños. Conservo, para no olvidarlos nunca, una fotografía que me dió el maestro y que pongo a disposición de cuantos quieran relacionar los rasgos fisiognómicos de los muchachos con el número de analfabetos. A los que van buscando "el factor raza" les advertiré para despejarles una dificultad que las primeras letras y las primeras nociones llegan a recibirlas, mejor o peor, todos. Un profesor de Jaén se me ofendía porque aludiendo a la sangre árabe,

mora, y en el peor caso bereber, yo he dicho que los moritos de Tánger y Tetuán leen y escriben como les enseñan en su *mesaid*. ¿A qué viene eso? ¿Qué analogías establezco? Ninguna. Quiero decir y digo que aunque los chicos de Orcera fuesen tangerinos o tetuanés, su raza no explicaría ni ilustraría la estadística. Denles escuelas, y todos las aprovecharán. Por el contrario, si a los chicos rubios, de ojos azules, que vi en Gibraltar, les quitamos sus escuelas inglesas y los traemos a las Gorgollitas, su raza nada les valdrá. Serán como hijos de pastores serranos y de roturadores. Por la sangre y por la posición social hay de todo en el grupo de la escuela de Orcera. Caras finas, de expresión muy inteligente. Caras típicas de chico de pueblo, que un día veremos tan borrosas como aquí, no de escolar, sino de quinto. También las caras asimétricas. Y las otras de ceño fosco, retardador. Tipos de secretario nato, de monaguillo, sacristán incipiente; larvas de cura, maestro o civil, como suelo hallarlas en todas partes. Y el chico de la gleba... —Me resisto a creer que haya chicos de la gleba, y en realidad no los hay, aunque estoy viéndolos—. Estos y aquéllos, y todos, se ríen del "factor raza". Estudian. Aprenden. Sin embargo... Vamos a examinarlos de nuevo, a otra luz. Estos pequeños son los hombres de Orcera, herederos del dominio que antes tuvo Segura. ¿Serán capaces de llevarlo mejor? ¿Corregirán ellos la famosa estadística? Puestos a administrar y a gobernar, ¿pondrán en la enseñanza el orden que no acertaron a poner los hombres de Segura de la Sierra? ¿O empezará a intervenir aquí "el factor raza"?

Deseo dar en estas líneas el informe casi definitivo, que no guardaré para el término de mi viaje

porque sería imposible ocultarlo como se oculta el truco de una comedia de intriga. Desde aquí se ve ya todo el panorama social del partido de Orcera, desde Segura a Santiago de la Espada. Luego precisaremos los términos, ampliaremos detalles; pero nuestro juicio no variará. Es imposible descartar la historia, que tiene aquí un aire dramático, españo-lísimo. Segura, nido de águilas, hubiera hecho muy bien en bajar al llano, dejando su peñón en los días de peligro. En vez de instalarse ella destacó gente menuda, aldehuelas, poblachos, que al emanciparse la dejaron materialmente colgada de la peña. Así nacieron Hornillos (Santiago), Bayona (que no prosperó), La Puerta, Horcera. La espléndida, pero selvática Sierra de Segura se le había huído. Compartió durante mucho tiempo el señorío de sus bosques con la Marina Real. Era provincia marítima Segura de la Sierra; echaba sus maderas al Guadalimar, el Segura y el Guadalquivir. En su derecho entraban a saco los lugares nuevos, y ella respondía violentamente. Debates, pleitos y diferencias con heridas y muertes de hombres. Era el tesoro de los bosques disputado en talas y sacas, con alternativas de favor y desgracia. Cuando el departamento de Marina instaló en Horcera su Tribunal de Montes, Segura pudo darse por muerta. Esta media legua de jaras y peñascos que acabamos de trepar nosotros era su mayor enemiga. Desde 1837, Segura lo perdió todo, y su arrabal, la Orcera de hoy, no ha perdido más que una hache. Ganó la cabecera y pasó a ella el dominio efectivo de la Sierra, por la parte que mira a Jaén y Madrid, es decir, al mundo oficial. ¿Qué ha dado ella, en cambio?

Orcera no acaba de estar en el llano. Queda en

la escarpa del macizo de Peñolta. Viniendo de Segura por el atajo que corta el arroyo, volvemos a subir entre unas casas pobres, de tapial, casas viejas, arrabaleras, que acaban a la puerta de la iglesia. En cambio, al camino de Ubeda salen las buenas casas de labranza. Grandes corrales. Trajín de ganado. Como señores, con su servidumbre, magníficos caballos de la Remonta, que tienen otro palacio en Baeza. La parte alta es también pobre, aunque pintoresca; y todo ello da impresión de pueblo feudal, donde la fuerza está en manos de unos pocos. Una escuela de niños. Otra ya habilitada, esperando que la creación provisional fuese definitiva. Dos de niñas, una de ellas nueva. Es decir: el principio de una enmienda. Del Ayuntamiento de Orcera dicen las cifras oficiales—tengo la última edición de *El analfabetismo en España* por Luzuriaga (1926)—que de 2.671 habitantes, 2.194 son analfabetos, esto es: el 82,1 por 100. Segura de la Sierra está más alto aún porque hemos dicho que llega al 88,9. Pero yo voy a explicar esta cifra, que, como se verá, no es tan grave para Segura como para Orcera; y al explicarla quedará iluminada una gran parte del misterio.

Segura tiene esparcidos en un término dilatado, a quince, veinte y hasta veintiséis kilómetros del castillo, caseríos de reducida población, que no llegan a cien habitantes. Sólo Cortijos Nuevos da 223. Los demás cuentan por decenas. Y estos caseríos, en parajes recónditos, sin caminos, de acceso difícil casi todos, son, según mi nota, *cuarenta y cuatro*. Los mayores: Ojuelo, Los Carrascos, Robledo Alto, rondan el centenar de habitantes. Otros, como Arroyo Frío, Arroyo Canales, Las Hazas altas, Espinareda, la mitad. Cortijadas que

aprovechan un prado, un valle al socaire, chozas de pastores, refugios. Entiéndase que viven en el término de Segura 3.205 personas, y de ellas sólo 223 en la villa. Esos cortijeros—ya iremos a verlos—vegetan sin escuelas y sin otras muchas cosas precisas. Dan mayoría. Vuelcan el censo; ya sabe el lector de que lado. ¿Cómo van a aprender? ¿Quién se ha ocupado de ellos? Segura, malviviendo, apenas tiene para sí. No ha creado una sola escuela de montaña; ni ha ido nadie a ayudarle y decirle cómo puede hacerse eso. Orcera, en cambio, tiene sólo nueve agregados; algunos muy próximos. El único distante La Marañososa. Entre todos dan 700 habitantes y la villa 2.000. La estadística define a Orcera y no a su término. Es otro caso el de Segura.

El aislamiento, la incomunicación ya no existen. Hay automóvil de línea hasta Orcera, y de aquí a Siles, un coche diario hace servicio regular. El viaje en sí mismo valdría la pena, y Siles, pueblo excepcional de rasgos muy personales, merecería ser visitado, aunque no arrancara de allí el camino forestal de la Cumbre que ha de llevarme a la Garganta de Hornos en la ruta mejor para Santiago de la Espada.

XVI

SILES, VILLA RISUEÑA

LA SORPRESA DE SIERRA SEGURA

LEGABAMOS a Siles cuando se atascó el carro de este cuento, ya que no de este viaje (1) y veníamos con prisa por internarnos en la Sierra. Vencido, por fin, el mal paso, ahora seguiremos nuestro camino con calma. Sé que mientras yo apenas ando media provincia, otros dan la vuelta al mundo, y al regreso parece que me encuentran en el mismo lugar. Así es; pero la gracia—quiero decir la eficacia de mi tarea—está precisamente en contarla, y mientras el relato dure sigue el viaje obrando su virtud. El descanso no nos vendrá mal ni al lector ni a mí. ¡Ojalá hubiera podido parar también materialmente, cuerpo y alma, en aquel delicioso valle de Siles donde el aire es tan limpio y el pueblo tan hospitalario! Como embocadura de una región fragosa y áspera, primitiva, cuyas características imponen cierto respeto, Siles se nos antojó hecha de la misma piedra. Piedra *Silex*. No, Siles, por fortuna, es

(1) Entre el capítulo anterior y este mediaron tres meses de grave enfermedad.

la sorpresa. Si llegáramos hoy por el camino de Orcera, en pleno invierno, nevadas todas las cumbres, cara al viento que sopla por el agujero de Yeste, supondríamos que allí se acababa, en efecto, el mundo habitable. Momentos después estaríamos entre amigos, en el Touring-Club, al fuego de una chimenea de campana, de tipo inglés; y en ambiente culto, afectuoso, y lo más difícil: alegre. La buena voluntad, la sociabilidad que revela este círculo, vamos a encontrarlas como norma de un pueblo excepcional. ¿Por qué? Los pueblos—más que los libros—tienen su destino. El destino de Siles llevó allá hace años a un ingeniero de Montes, Viñas, cuyo nombre y cuya obra no podrá olvidar nunca. En la sierra, y sobre todo en el pueblo, Viñas trabajó como un educador. Por todas partes quedan testimonios de su acción inteligente y de su sentido práctico.

Sin embargo, es justo—y además es curioso—decir que antes hubo en Siles otros educadores. Acaso sin ellos no hubieran prendido las lecciones de Viñas. Don Juan de la Cruz Martínez, que nació allí, escribe en las Memorias ya citadas: "Siles se levanta orgullosa sobre las villas del valle, engalanada con sus recuerdos, sus huertas, su cielo, sus brisas y su poesía; señala su riqueza y su prosperidad y dice frecuentemente: *mi dicha la debo a un hombre y a mi laboriosidad.*" Era, sin duda, ese hombre el padre del diputado enciclopedista; y luego continuó su tradición el propio don Juan de la Cruz. "Mi dicha la debo a un hombre". Siempre venimos a parar a lo mismo por estas tierras: ¡Un hombre! Un caudillo. Una cabeza. Para bien y para mal, un protector, un padrino, un cacique. Aquí han sido buenos, desinteresados, cuidadosos del

bien común. Pero el hecho de que un pueblo ayude a la acción de los hombres buenos ya es algo. Otros prefieren los malos y se ingenian por hacerlos peores de lo que son.

Yo he ido al Salto del Cerro, avanzada de la primitiva villa, derrumbadero de tierra roja, como cinabrio, desde el cual se domina un panorama de olivares y de recios montes escalonados. En días de aire parece como si estuviera allí para darles salida a los vientos por su punta de imán. Allí se alza el sanatorio de Fausto—otro protector cuyo recuerdo va unido al de su cuñado: el doctor Viguera, entusiasta de Siles aunque viva en Madrid—. En ese sanatorio estaban las escuelas, interinamente. No sé dónde daría clase el profesor don Ramón Rubio a quien visitó Juan de la Cruz Martínez. Sería arriba, junto a la iglesia, dentro de murallas. Pero consta que no lo hacía mal. Muchos años mantuvo Siles la misma única escuelita, y hasta 1924, según el Nonmenclátor, no pasó de ese arreglo: una clase de niños, otra de niñas. Cuando yo estuve, vi dos maestras, y destaco sus nombres: María del Carmen Pérez Muñoz, Juana Torres. Un maestro: Domingo Fernández Cazorla; aunque había además otro. Todos ellos jóvenes, animosos, de buen rendimiento. Como eran pocos para los tres mil habitantes que reunirá Siles, y como está aquí el cuadro que no perdona, dando a Siles un 82,9 por 100 de analfabetos, más que a Orcera, se habló de aumentar el número de escuelas. Luego he sabido que van a construir un grupo escolar detrás del Carrascal, en un monte muy próximo a la villa, donde llega la repoblación de Montes. No necesita el pueblo otro estímulo, por lo tanto, sino el de mantener su buena fama. Para explicar esa cifra de la estadística hay

que suponer una falla, una depresión violenta que va desde la muerte de don Juan de la Cruz hasta la llegada del ingeniero Viñas. Los agregados lejanos, es decir, el vecindario disperso, están en proporción escasa. No hay duda: es la falla. El abandono de tres cuartos de siglo hasta que vienen por la carretera de La Puerta los primeros automóviles.

Todo va a progresar ahora con ese salto brusco que desearíamos—sin ningún miedo—para España entera. Por aquí llega, abriéndose paso espada en mano, el ramo de Obras públicas. Un general ha conseguido que se apruebe por el lado de Hornos el pantano del Tranco. Este Tranco ¿es el famoso Tranco de Monzoque, cuyo paso corría antes en cornisa con un artificio frágil de puentes y andamios clavados en la roca? Era, según creo, en el camino de Santiago, Pontones y Hornos a las villas de la Loma. Y además se proyecta con el mismo padrino otro pantano, de la Fuensanta, en el Segura. ¡Buena ocasión para seguir la carretera de Cortijos Nuevos a Pontones y Santiago! Carreteras, comunicaciones... Esto es lo que han pedido siempre los pueblos. Yo trabajo para que agreguen otro capítulo del que no se acordaron nunca: Escuelas.

Siles tiene todos los atractivos de un pueblo de montaña, empezando por los pinares. El valle se prolonga aguas arriba del Gaudalimar, río de anchas márgenes, bien acompañado de arboleda y de hueitas hasta llegar a la sierra brava, que ya no es de Segura, sino de Alcaraz. ¡Paisaje de Paraíso terrenal, blando, suave plácido! Pero de Paraíso a la española, con el fondo inquietante del Calar del Mundo, que asoma su calvero lívido; y con veredas que pronto se pierden entre riscos y monte espeso. Los amigos del Touring-Club me llevaron hacia

Riopar, ya dentro de la provincia de Albacete. Cuando el Guadalimar se acaba—antes nacía, no sé ahora, en una ermita del señor San Blas—, empieza el río Mundo. Buscando bien, podríamos encontrar el atajo para llegar a Yeste. Y también el sitio donde vino a refugiarse y a hacerse fusilar el Niño del Arahal, el compañero del Pernautes. En este tiempo crudo, el camino de Siles a Riopar será un poco sombrío, pero en mayo ofrece la más deliciosa excursión por sierras españolas. Fábricas de San Juan de Alcaraz, orillas del río, vi unas escuelas pobres y tristes. Una maestra valenciana trabajaba en ellas con ahinco y buen deseo. Aun sin conocernos ni tener noticia de nosotros, nos ofrecía amablemente una cesta de huevos Pero ¿vamos a seguir hasta Alcaraz? No es posible. Vuelta a Siles. Hay otras cosas que ver en un pueblo de historia. Falta la iglesita con su nido de cigüeña en el campanario. Aquí debo decir que en esa iglesia de Siles he oído a una jovencita, casi una niña, leyendo de viva voz cierta página mística, con tanta pasión y con tan agudo sentimiento que sólo por oírla valía la pena el viaje. Arte de lectora, arte dramático, elevado, pura y naturalmente, al patetismo; voz toda alma, y alma capaz de los más complejos y delicados sentimientos. En gracia al maravilloso don de esta niña de la iglesia de Siles, afrontamos con más tranquilidad la estadística.

Había que ver también las casas humildes. He entrado en una, al pie de la iglesia. Una ventana a la calleja, un solo cuarto con una sola ventana, que no aprovecha la familia, sino el borriquillo. Al fondo, más allá de la chimenea del hogar, otro cuartejo trastero: la alcoba. Y nada más. La vida es mísera. Aunque Siles no deje de ser la villa ri-

sueña, hay aquí de todo. En 1570 tenía Siles trescientos humos. Tres casas hidalgas: los Arias, los Ojedas y los Machados. Sólo siete u ocho vecinos que poseyeran mil ducados. Cien labradores. Los demás, jornaleros, gente de poco gasto. Así consta de la Relación enviada al Rey Don Felipe. Hoy el pueblo crece y mejora.

—Pero, ¿sabe usted?—dice la abuela de esta casa—, para los pobres en todas partes hay trabajos.

XVII

DE SILES A PONTONES

EL ARAMBOL DE JULIAN CONCEJIL

¡A DIOS al paradójico Touring Club de Sierra Segura; a Olivares, su secretario; al médico don Francisco Marín! También, ¡no faltaba más!, a don José Blanco, "cura forestal", que cuando no oficia va siempre vestido de paisano... Un abrazo a Siles en la persona de su alcalde, don Manuel Vélez. Y vamos ya hacia Santiago de la Espada.—Han transcurrido días, ha llovido bastante desde que hice este primer viaje, pero ajustándome a mis notas, conservaré rigurosa exactitud y acaso abrevie la relación.—De madrugada, antes de las tres, había salido el espolique con los caballos. Nosotros le dejamos adelantarse, y a las siete arrancamos, mejor dicho: despegamos, de Siles, en "auto", en larva de avión, por el camino forestal de la Cumbre. Entonces llegaba este camino hasta la casa de la Garganta de Hornos, y ahora tocará al límite del monte, en los Aguadericos, a empalmar con la futura carretera de Beas a Santiago, por Pontones. Ruta nueva, sin estrenar. El ayudante de Montes don Toribio López, que tuvo la bondad de ahorrarme

seis horas de camino, sueña con ver toda esta maraña de bosques convertida en inmenso y espléndido parque.

Puede hacerse, aunque la fiera sea muy brava; y esta parte de los pinares más próxima a Siles lo demuestra. Pero aquí empieza una de las masas arbóreas importantes que tiene la Península, grande como un reino; intrincada y ríscosa; a veces foresta, a veces manigua, y no pocas, roza o calvero. Esto fué "provincia marítima de Segura de la Sierra", hasta bien entrado el siglo XIX. Comprendía 41 pueblos, muy distanciados. Desde Cazorla, inclusa, a Yeste; desde Alcaraz a Pozoalcón. Después del viaje he visto otro libro del protector de Siles, D. Juan de la Cruz: "Estudios sobre el ramo de montes arbolados de España"—Madrid, 1855—, y en él señala dentro de esa provincia 486 montes con 264 millones de árboles. Sólo el partido de Segura tenía 81 montes con 102 millones de árboles. Y entonces Siles no llegaba a 150.000. Siles, que hoy, gracias al trabajo de ese benemérito Cuerpo de Montes, y especialmente a Viñas, destaca en toda esta sierra, como en terrenos fatigados, la franja verde favorecida por el abono químico. Soberbios pinos salgareños—que aquí llaman de artesa—, buenos para la arboladura de los grandes navíos; pinos rodeznos, más silvestres, de peor madera, como el pino carrasco; pino doncel, de los mejores, y recio pino negral. Robles, encinas, álamos negros, chopos, nogales, fresnos, sabinas, castaños y almeces. En esa cuenta de 102 millones de árboles adjudicados sólo al distrito de Segura, don Juan de la Cruz no hacía mérito, por su inferior calidad "de acebos, maguillos, servales silvestres, agracejos, almotejas, durillos, tejos, bojes, pespejones, barbarijas, madro-

ños, espinos, enebros, aceves y muchos frutales”.

Todo esto lo apreciamos desde el camino forestal, que apenas arranca de Siles toma vuelo hacia las alturas, hasta la casa de las Acebeas. Allí habita el ingeniero de Montes, en uno de los parajes más hermosos y más sanos de esta sierra; y la instalación que hizo Viñas es un verdadero modelo de vida confortable. Hoy estará rodeada de nieve; pero el sabor fuerte de la montaña puede gustarse sin peligro desde la casa de las Acebeas. ¡Y así podría ser toda la sierra con sus propios recursos! Grande era la tentación de quedarse como guardabosque, como hachero o como ermitaño laico, pero en el camino de la cumbre debía estar aguardando el espolique de Siles. Seis horas a caballo—las que habríamos tenido que hacer viniendo un año antes—llevaba ya el buen arriero cuando el "auto" llegó a la loma de Martín Sánchez, lugar de cita; y aun hubo que esperarle. Desde aquí, torciendo a mano izquierda, por sendas y no caminos, debíamos seguir el Masegoso, pasando por la fuente del Biezo, ascendiendo la parte más agria por Espiernacaballos—o Despiernacaballos—, cuesta dura—para caer en Santiago de la Espada hacia el anochecer. Como en la Mancha no se supo nunca lo que era una legua, aquí no se sabe lo que es una hora. Al despedirme del Ayudante López y de los Vélez, eran las nueve. A las siete de la tarde, diez horas después, el espolique y yo no estábamos en Santiago de la Espada, sino en Pontones. Casi más lejos que al salir. El buen arriero, de nombre y apellido Julián Concejil, había tomado el arambol; y ahora me explicaré.

En jornada tan larga, con una merienda por medio, había tiempo para todo, y el arriero, aunque

silencioso de genio, algo tenía que hablar. Por ser enviado del alcalde y por su linaje, Concejil guardaba respeto a los señores del pueblo. — ¡Pero los de Orcera! ¡Peores que los de Pontones! De por ahí debió de ser el que mató en este camino a dos hombres, padre e hijo, mientras dormían. Primero les pidió del pan que llevaban, y los hombres le dieron pan y vino. Y cuando los mató, a traición, pasaban unos carniceros de Benatae, pero no vieron nada. El tío se fué a ellos, muy manso, y les dijo: —Aquí me he encontrado un reló de plata. ¿De quién será? Por si acaso, llévenselo al pueblo y pregunten si lo ha perdido algún arriero de por allí—. Y los carniceros lo tomaron; de modo que cuando corrió lo de las muertes a ellos les echaron la culpa, y un pariente que vió el reló de plata los mató a palos. Pero no crea usted, el criminal era flojo y medio gibao, que no tenía un empujón—. Esta historia es ya otra al llegar a Pontones. No es verdad que mataran a golpes a los carniceros, pero sí que fueron a la cárcel. En cambio al cuento de Concejil le faltaba un detalle: la pena que le fué impuesta al asesino, tal como me lo explicó aquella misma noche una vieja de la posada de Felipe: — Bien atao, le pusieron la cabeza bajo una canal pa que cayera el agua gota a gota. Hasta que hizo bujero—. En diez años se ha completado ya la leyenda del crimen de la Cumbre. El lugar, solitario, con esa soledad de monte y de altura más imponente que la del llano, sigue siendo muy a propósito para estos romances de ciego. Habíamos dominado en el camino forestal el valle de Segura, y no sólo el risco de la villa, sino el Yelmo, maravilloso centinela, cien veces más corpulento, lo habíamos visto a nuestros pies. Ibamos luego por la

loma alta, con esa sensación inconfundible de cima, de meseta, cada vez más pobre de vegetación y más fría. Aquél no podía ser el camino de Santiago de la Espada, que baja mucho para escalar Espiernacaballos. —Estos son los majanos—montones de piedras—para no perderse cuando nieva.—Pero, ¿no hubiera sido mejor tirar hacia la izquierda? —No, señor; no. Vea usted. Ya va tomando el camino su arambol.

Contorneaba, en efecto; daba el camino la vuelta a un cerro monstruoso, salpicado de pinos pobres. Todo el monte estaba esquilmado al llegar aquí. Una altiplanicie. Una cañada más honda. Luego las casas de Rocalañas. —Pero ¿esto no es el Masegosol —No, señor. Vamos al río Segura y a Pontones. Yo he ido una vez a Santiago de la Espada cuando era chico; pero este camino de Pontones lo conozco mejor—. Y, en efecto, Julián Concejil había tomado el arambol (1).

(1) El diccionario de la Academia no trae "arambol". Da otra palabra parecida, "arambel", sin relación con el camino del arriero de Siles.

XVIII

ANATOMIA DE PONTONES

I. LA CABEZA. EL CUERPO DISPERSO

EL Segura, recién nacido y ya hombre. El pontón de madera. Mujeres, como en los nacimientos de Navidad, lavando en el agua virgen. —Aquí habrá posada, ¿verdad? —Sí, señor. A la mano derecha. —¡Sí, hombre, ahí a mano izquierda! — En realidad, el camino mismo pasado el río, dice dónde está la posada. Iban los ojos tan alegres con la hermosura de este inesperado final de ruta, que Pontones, un poco serio, como pueblo entre cerros altos, les pareció sombrío. Pero antes de juzgar las cosas hay que verlas. Hoy ya puedo trazar una semblanza de Pontones, que empieza por no ser pueblo sino villa, y por tener anatomía más compleja de lo que aparenta. Estudiándolo bien, precisando cómo funciona ese pequeño organismo social, nos explicaremos, no sólo el caso de Pontones, sino también el de Santiago de la Espada. No fué perdido, pues, el tiempo que paramos en la posada de Felipe.

El poblado es pequeño. Un centenar de casas pobres. En la plaza, tres o cuatro de más volumen. Desde el poyo de la posada contemplé un formidable

caserón con pocas ventanas, todas ellas muy chicas y enrejadas hasta en el tercer piso. ¿Era un convento? No. Nunca hubo convento en Pontones. ¿Cárcel? Tampoco. Otras casas están así también, convertidas en fuertes, y esto quizás ayude al efecto que nos causara el pueblo al llegar. Habíamos oído historias de abusos, violencias y hasta crímenes del caciquismo. Pontones, escondido en un rincón de Sierra Segura, aislado del Mundo, sin caminos, era el pueblo típico de esa subespecie de régimen feudal. El último señor de horca y cuchillo, con jurisdicción casi efectiva había sido un famoso Quirico, "el de los botones de plata". —Ahí le tiene usted—me dijo el arriero—a la puerta de su casa—. En efecto, allí estaba, en el portal de al lado, un hombre alto, recio, joven todavía y demasiado fuerte para dejarse quitar el mando. Don Quirico Martínez, ganadero, alcalde durante muchos años, apoyado en Madrid. Como otros caudillos electorales de distritos en que no ha surgido aún el sentimiento de ciudadanía. Como el respetado y temido "Pantorrilles", castellonense. Esta era—o por lo menos había sido—la cabeza del pueblo. No llevaba ya traje serrano. No figuraba como alcalde. Retirado a un segundo término después del 13 de septiembre, el responsable ya no era él.

¿Cuál era el criterio sobre educación en ese régimen? Decir criterio es decir demasiado. Vamos a los hechos. Por tiempo inmemorial, la escuela de Pontones ha estado cerrada. Recuérdese que he copiado la frase de don Juan de la Cruz: "Una escuela dotada de los fondos propios, con 880 reales, cerrada ya hace tiempo, y que, por lo mismo, no se ha visitado. No hay Comisión local, ni reglamento, ni plan, ni cosa que lo valga..." Esto era en 1842.

Luego vino un período en que el cargo de maestro de Pontones o no estaba provisto o era puramente honorífico. Luego, cuando el Estado sustituyó a los Ayuntamientos, los maestros iban a tomar posesión, pero no abrían su escuela. ¿Por qué? Se les aconsejaba, por su bien, que pidieran traslado o licencia. Se les daba toda clase de facilidades administrativas. De aquí es de donde yo he oído contar la historia de un maestro que, a pesar de cuantas indicaciones e intimaciones se le hicieron, quiso abrir su escuelita, y, en efecto, la abrió, pero no acudió nadie. Como se quejara al pueblo, llegaron a la otra mañana dos muchachos y luego el secretario del Ayuntamiento, que habló así: —¿No se lo decía a usted yo? Aquí no hace falta que sepan leer. Y si usted se empeña ya tiene usted dos alumnos: mi chico y el chico del señor alcalde—. ¡Poco tiempo debería aguantar un maestro con semejante trato! A decir verdad—con precisión y con garantías fidedignas, como es mi deseo—, esta lucha entre maestros y autoridades debía de tener sus alternativas. He buscado a don Vicente Bosquets Molina, que ahora es maestro en Quesada, y me dijo que él había dado clase en Pontones y que los niños asistían. Pero debió de ser poco tiempo. De 2.620 habitantes no saben leer 2.327, lo cual quiere decir que esos 293 restantes en alguna parte han aprendido. La cuestión, como ya he dicho, es algo compleja, y, pues llegamos a tratar de la población, conviene hacerlo con algún detalle.

El cuerpo de Pontones no está sólo en la villa, sino disperso, en poblados de 50, 100, 200 habitantes. Pontones tiene 265. Pontón Alto, 256. Tal es la población de hecho, y lo extraño, lo misterioso, es que la población de derecho casi duplica esas cifras.

A 469 y 451 asciende, respectivamente, la población de derecho de Pontones y de Pontón Alto. En ninguna parte llega a tal proporción el vecindario ausente o ilusorio, aunque en otros lugares abundan los hacendados forasteros. Comparando en el mismo censo de 1920 esas cifras con las de otros distintos, no hay ninguno que se le aproxime, y yo creo que ni en toda España. La diferencia está casi siempre a favor de la población de hecho. En zonas mineras de La Carolina, como Baños y Centenilla, o en explotaciones agrícolas como La Laguna (Baeza) esta diferencia es enorme. El contingente eventual, de trabajadores, jornaleros, aumenta la población. ¿Qué fenómeno contrario se produce para que en Las Canalejas, por ejemplo, aldea de Pontones, haya 197 habitantes de hecho y 254 de derecho? ¿Y por qué ocurre igual en Santiago de la Espada? Ya volveremos sobre esto. Ahora interesa decir que Pontones cuenta más de veinte poblados, alguno de ellos a 17 kilómetros, y cuando yo pasé sólo tenían escuela: la villa, Pontón Alto, Casas de Carrasco y Las Canalejas, aunque esta última sin inaugurar, y la anterior cerrada hacía ya cuatro meses. Empezaremos por la de Pontones e iremos a saludar al maestro, que merece párrafo aparte.

2. UN MAESTRITO VASCO. NOCHE EN PONTONES

Matrimonio pedagógico.—Así se dice entre profesionales—. Victoriano Aguado, el maestro. Virginia Alonso, la maestra. Guipuzcoanos. Salieron de San Sebastián para tomar posesión de sus escuelas en Pontones. Se adelantó él y llegó como hemos llegado todos: la mitad del camino a caballo, la

mitad andando. A los pocos días ya estaba enterado de que en las fuentes del Segura la vida es algo difícil. Tomó posesión y se marchó. —¡Buen viaje! ¡La del humo! ¡Como tantos otros!—dirían en el pueblo. Antes de una semana ya estaba de vuelta; pero no solo, sino con su mujer, su hijo primogénito y sus muebles. Esto último es lo maravilloso. Don Victoriano llevó sus muebles en un carrito. ¡Y Pontones no había visto nunca la rueda de un carro! Conocía esos vehículos de referencia, como los trenes y los automóviles; pero en la posada de Felipe no había parado jamás un carrero con su carro. ¿Por dónde fué? ¿De qué medios se valió el maestro para llevar sus cuatro trastos por verdaderos caminos de cabras? Por donde yo llegué era imposible rodar un carro más de dos kilómetros. —¿Cómo se arregló usted? —Pues a fuerza de trabajo—. A fuerza de trabajo se instaló, abrió su escuela y poco a poco hizo acudir a los muchachos. Para distraerse si no tenía con quien hablar, y para alegrar la cocina, don Victoriano se echaba al monte. Porque se me olvidaba decir que además de la mujer, el chico y los muebles el testarudo vasco había llevado una escopeta. Nunca iba sin ella. Y ya lo sabe todo el mundo: "el maestro de Pontones, donde pone el ojo pone la bala".

—Confieso a usted—me declaró don Victoriano—que al principio esto no era verdad. Ahora sí. Y no crea que lo inventé para hacerme respetar; porque aquí siempre me han querido bien.

La escuela, pequeñísima. Dos ventanos por donde nunca entró un rayo de sol. Asisten unos veinte muchachos. Cuando no tienen nada que hacer acuden hasta treinta. Mejor voluntad demuestran las niñas, aunque su clase es todavía más misera-

ble. El maestro, con sus propias manos puso allí un zócalo de madera. No había material. Lo llevó él. No respondía nadie del crédito para libros. Respondió él. Ante hombre tan expeditivo, ¿qué va a hacer un ayuntamiento? Conviene decir que el presupuesto municipal ronda los diez mil duros. Montes, pastos y dehesas de propios, de las cuales una sola renta 14.000 pesetas. Pero en instrucción no es costumbre gastar dinero. El año pasado, de 28 mozos supieron firmar dos. Claro es que casi todos vienen de esos remotos y pintorescos agregados, sin cura, ni médico, ni boticario, ni maestro. Para la escuela de Las Canalejas dió madera, solar, calera y otras cosas el Cuerpo de Montes. El Ayuntamiento sólo puso 1.500 pesetas. No funcionaba todavía; pero sé que construída en terreno movedizo, su vida no será muy larga. La de las Casas de Carrasco está más tiempo cerrada que abierta. No hablo de los maestros porque hoy son unos, mañana serán otros. Ni siquiera estoy seguro de don Victoriano, aunque le tengo por hombre de asiento, capaz de aguantar muchos temporales y riadas.

¿Y los muchachos? Son por toda esta sierra voluntarios, aplicados y serios. No está en ellos la maca. Por su parte, las familias quieren escuelas. Han solicitado una en La Ballestera; otra, en Pumaredas o Espumaredas Bajas; otra, en Fuente Segura. Y varias cortijadas: Montalvo, Los Goldínez, La Rolla, de 50 a 100 habitantes, quisieran también contar con un maestro. Están muy separados unos de otros estos poblados, y el suelo es agrío, sin caminos, casi sin veredas, por lo cual trabajaría con más apuros un maestro ambulante que en la sierra de Cazorla. —Ante todo, caminos. Vecinales, provinciales... Como sean—. El pueblo, a pesar de

todo, quiere instruirse. Lo malo es que ni para hacer caminos ni para hacer escuelas acaban nunca de entenderse. Viven allí en estado de guerra, siempre unos contra otros; lo que éste levante, aquél lo echará abajo. Y aun es peor el cuento de que éste quiera una cosa y aquél la quiera también. A estos lugares que cito y a otros de nombre todavía más bravo: La Agracea, Las Zahurdillas, Malezas de las Espinaredas, habría que dárselo todo hecho.

Volví a dormir a la posada. Felipe es hombre que ha visto mundo. Cuando la guerra, estuvo en Lyon, en las "pudrerías", haciendo municiones, y trajo dinero con que comprar la casa. Paran allí arrieros y algún valeroso comisionista, de paso para Santiago. A estos arrieros no les cobra, como en otras partes, que les sacan un real y hasta cuatro perras. Sólo el gasto que hacen—¡pobreza, nada, un poco de vino!—y la paja que consumen las bestias. Hay que contar también que el ganado siempre deja algo. Este amable patrón me había hecho preparar la cama en un cuarto lleno de mantas con su ventano abierto al río Segura. Por la noche, ya tarde, empujé la puerta. Los arrieros dormían en el zaguán, sobre el santo suelo, tapados con sus mantas; por cabecera, el aparejo de las caballerías. Había muchos y anduve con cuidado, no sólo para no pisarlos, sino para no dejar caer la cerilla. Me dormí pronto, de golpe, como debe hacerse en las posadas, y me despertó, no sé al cabo de cuánto tiempo, algo que al principio me pareció el estruendo del río. Sí. Sonaba el río como si bajara por un cañón; pero lo que molestaba era una lengüeta o tarabilla, de madera, que sustituye al picaporte en la puerta del cuarto, chirriando al compás de los envites del ventano. Y aun había algo más. Encendí mis ceri-

llas. Hervían las mantas, apiladas como en un depósito de campaña. Me pareció lo mejor salir, saltando otra vez sobre el campo de batalla. Cuando el aire llega a cargarse tanto como el de aquel zaguán, es muy agradable echarse a la calle, aunque sea de noche, y aguardar a que amanezca, para ver como sale el sol, a una hora de la fuente del Segura.

Sólo diré que hacía frío y que el crepúsculo matutino es allí largo y brumoso. Bien entrado el día noté cierto revuelo en el pueblo y vi pasar grupos de mozas, muy compuestas, como si hubiera boda o bateo. Era sólo una tornaboda. Sentí no haber llegado con más oportunidad, porque en los pueblos de esta Sierra la boda es lo pintoresco. Se inicia la fiesta con aguardiente, mientras tuestan tres o cuatro fanegas de garbanzos con sal. Después de la iglesia, el chocolate, y al mediodía la comida. Parece que lo divertido es ametrallarse mutuamente con garbanzos tostados. Luego ponen en medio de la mesa un pañuelo en el que cada invitado va echando las monedas que quiere para los novios. Entonces empieza el baile. En la tornaboda, al otro día, el compadre se limita a pagar el aguardiente y más garbanzos tostados.—Opté por ir a Pontón de Arriba, al nacimiento del Segura.

3. PONTON ALTO

Tenemos poco tiempo para Pontón Alto. ¡Injusticia! Somos injustos, como el destino que hasta ahora sufrió paraje tan hermoso. Ya le llegará su desquite. Por donde fuimos, río arriba, primero pegados a unas tristes casas hundidas o próximas a hundirse; luego entre chopos y álamos; más allá en

puro peñascal, bajo el arco roto de una monstruosa risca; y al fin, por los mismos cantos rodados del Segura, digo que cuando haya camino fácil no tardará en llegar la caravana del turismo. Paisaje de rocas calcáreas, muy atormentadas, que de pronto parecen augurarnos el desplome, mirándonos de través como un iracundo gallo, con su ojo único bajo la cresta—el ojo, el agujero de la foradada—y que al llegar a la hoya donde nace el río, extreman su siniestra lámina de desolación. El manantial nace poderoso. Es un cuerpo de río, no un brazo de agua; y parece que toda la vida de estas peñas se va en el esfuerzo de darlo a luz. Quedan agotadas, lívidas y si yo dijera que tienen desfallecimiento y sopor de sobrepardo, no falsearía mi impresión. Pero, ¿diría la verdad? ¿No haría víctima de una metáfora a la buena fe del lector? Esta hoya se llamó en tiempos Sima del Pinar del Risco o Pinar negro, y era toda frondosa de bosque. Si hoy está rasa, monda y calva, es porque la han talado. No queda un pino. Ni una mata. Lluvias y vientos han arrasado la tierra vegetal. Lo primero que ve el río al nacer es un crimen. Su madre-Tierra yace allí, desnuda, asesinada... Cuando vi al alcalde de Pontones que vino a mi encuentro al regreso de esta expedición, me pareció inocente preguntarle quién había talado estos montes. El problema para ellos no es ése, como veremos en Santiago de la Espada, sino todo lo contrario, el de legitimar la propiedad de terrenos roturados. Esa es su lucha, y su tragedia. ¿Qué les importan los bosques ni las escuelas? Lo grave para ellos es vivir bajo la persecución del Cuerpo de Montes, y ver llegar todos los días un guarda forestal con el zurrón lleno de denuncias. Yo creo que a cambio de esa legitimación estaban

dispuestos a no pedir jamás ni en Jaén ni en Madrid un solo camino vecinal. En cuanto a las escuelas, se pasarían sin ellas, como se pasaron sus abuelos.

Pontón Alto tiene—o tenía cuando yo fui—un buen maestro, granadino, de Montefrío: don Pedro Avila del Moral—diez y seis años de servicio con 2.000 pesetas—. Su escuela es de esas de calabozo; húmeda, que rezuman las paredes, y por dos ventanucos se divisan los cerros próximos, abalanzándose para aplastarla. Noventa chicos matriculados. Asisten muchos, cerca de ochenta, cuando no tienen que ir con las ovejas o con los mulos. Pero a los diez años, los padres se los llevan. Me dijeron—y no sé si creerlo—que una carga de leña cuesta cuatro pesetas. En tiempos, una carga de leña de encina valía un real y era carga de acémila. Muy lejos han de ir ahora por ella los chiquillos y las mujeres; es decir, muy lejos ha llegado la devastación. Un día de un muchacho vale por lo tanto ese dinero. ¿Quién le manda a la escuela?

4. EN CAMINO. POR CAÑADA HERMOSA

Salgamos ya de los dos Pontones. Vamos a seguir nuestro viaje por Cañada-Hermosa. Julián Concejil se volvió a Siles y acepté los servicios del correo que anda ese camino dos veces por semana. Pero no tenía caballo, sino una pobre burra harto abultada de vientre, que estaba pidiendo que la dejáramos en paz. Valía más ir a pie. Desde las mismas tapias del pueblo arranca una subida pedregosa, muy dura, que no es camino sino gradería de pedregos rotos, deshechos y movedizos. Dominamos en seguida la cañada por donde baja el río, apre-

ciando la humildad de una villa sin torres, sin silueta y sin ruidos. Corría un aire matinal, de montaña, tónico, estimulante. Estos aires—según el patriarca de Siles—frescos y saludables, "gastan, por lo mismo, vigorosamente los muelles de la vida". Frase contradictoria, pero que ha de tener, sin duda, su explicación local, aunque no corresponda sólo a Pontones. Hay otros lugares de la misma Sierra Segura, donde los muelles de la vida se templan y no se gastan. En Yeste, por ejemplo, es tradición que hay muchos centenarios y los hombres no se tienen por viejos hasta noventa años, porque trabajan y entienden en sus haciendas. En la Relación de 1575, se lee así: "... Y habrá un año que se hizo aquí una información de seis testigos que tuvieron entre todos 547 años." Estos altos por donde caminábamos, una vez ganada la pendiente, son poco hospitalarios. Alguna tierrecilla de labor. Algún árbol enano que entre la niebla pegada al suelo aparece como un fantasma. Y en la cumbre no se cría nada, por la gran frialdad de la tierra, sino es una hierba que se dice "atoyosa". Pero esto también ocurre en Yeste, entre Calar del Mundo y Calar Blanco. Siguiendo el río de Yeste a Letur daríamos en una ribera que se llama el Llano de la Vida, nombre que incita a trasponer estos cerros hacia el Mediterráneo. Piedras, tierra descarnada es lo que pisamos aquí. No hay vida. No veo ni rebaños. — Pero los hay; sí, señor. Anda mucho ganado por todo esto, y no hace mucho que corrían lobos y alimañas salvajunas. Si no viniéramos de camino ya vería usted cosas.—El correo ha estado en Francia. —¿Como Felipe, el posadero? —Sí, señor. Y como la mitad de la gente de aquí—. Ha fabricado pólvora y municiones en las "pudrerías" de

Lyon; pero traje muy poco. Su fuerte es, precisamente, la caza. Ha corrido todas las sierras hasta Granada, buscando turones, y en Francia los ha buscado también, donde nadie sabe que los hay.

—Con media docena que usted enganche ya saca usted para el viaje y para vivir un año. Son las pieles que pagan mejor las señoras. *Y hay quien dice que la seda que tienen los billetes de Banco es del pelo del turón.*

Mucho se aprende en los viajes. También aprendí que Cañada-Hermosa es uno de los descampados más desapacibles del planeta. Tierra blanda, de salobral, en la que se hunde el pie. Sacudida por violentas ráfagas de viento y de lluvia. Es de esos sitios que el viajero quiere pasar de prisa, empeño inútil porque se prolonga como una pampa, cada vez más hostil y más cenagosa, haciendo amable la cuesta de Espiernacaballos. Pero es la última defensa del secreto que voy buscando. Luego viene una torrentera, por cuyo lecho vamos mejor que por la orilla; y luego una de esas estampas de égloga: los álamos, la senda en el césped, los niños jugando a la puerta de un molino. Sólo que entre álamo y álamo hay a veces un enorme peñasco, desprendido del calar próximo, y estos peñascos junto a los troncos derechos, pastan como bisontes paleolíticos, avance y centinela de la vida que encontramos sólo con subir esa cuesta y desembocar en Santiago de la Espada.

XIX

SANTIAGO DE LA ESPADA

*INFORME PUBLICO SOBRE LAS CAUSAS
DE UN FAMOSO 92,8 POR 100*

I. VISTA PANORAMICA

CUANDO yo llegué a Santiago de la Espada y vi un pueblo como cualquiera otro, comprendí que su dramático interés está precisamente en eso. ¡Ahí es nadal! ¡Ser un pueblo como otro cualquiera y haber dado nota tan personal y tan aguda! Todo quedará ante el lector explicado, razonado; y, al mismo tiempo que la explicación del caso de este pueblo, encontrará una síntesis de mayor alcance. De algo nos ha servido subir cerca de los dos mil metros y colocarnos en este observatorio.—Santiago de la Espada no tiene castillo. Vive amparada del viento Norte por un cerro más sombrío que el de Jabalcuz. Ahora estará cubierto de nieve el cabezo, y hay allí en lo alto un agujero de la peña que silba los días de vendaval. Si la nieve llega a Santiago y cubre toda la loma hasta la cañada, el cerro parece de mármol negro, jaspeado. Pero nunca tuvo castillo. El castillo es todo el término, en sí mismo: villa, cerro, bosques, montañas, que sin amurallarse, han logrado durante siglos la forma más inex-

pugnable del castillo roquero. Segura de la Sierra con aquella soberbia fábrica, tan fuerte como el Yelmo, ha ido dejándose morir. Hornos está sobre una peña tajada viva todo alrededor, y aún levantaron en el borde del tajo una vara de cal y canto, sin cornisa; a pesar de lo cual acabó por rendirse. Mientras que Santiago de la Espada, tan mansa, se ha mantenido en régimen oligárquico independiente. Quiere decir que el encastillamiento sirve a esta oligarquía para dominar a los de dentro. Aislarlos, Administrarlos, hacerlos trabajar... Mantenerlos en su santa ignorancia... Pero yo quería dar aquí una vista panorámica, y, sin pensarlo, estoy empezando la explicación.

La primera impresión al entrar es de simpatía. No parece uno de estos pueblos que se deshacen, sino al contrario. Así como le falta castillo, le falta silueta. No hay torres. Sólo la iglesia del apóstol tiene una torre mocha. En las calles que van a la plaza veo algunas construcciones nuevas, de poca gracia; y entre ellas luce más la casa antigua, con su solana, de sierra; y la otra de tipo señorial, con escudo de piedra y ancho alero. Estas últimas casas, medio hundidas, divididas y habilitadas para varias familias pobres, se ve que pasaron hace mucho tiempo. Camino de la casa del Hornillo, la vieja, hay una fuente de muchos caños, lo más alegre de Santiago de la Espada. Abajo corre un festón de huertas y sembrados; arriba, a todo lo largo, una calle de jornaleros y menestrales, con casas bajas, de tapiería, de puerta y ventana. Y hay callejas de escalinata, por donde se trepa al barrio pobre. Mujeres de facciones bellas, de tipo moruno, diríase que aguardan no sé qué. Siempre nos parece que las mujeres de los pueblos, si son hermosas, espe-

ran el desencantamiento. Pero en esa calle alta observé una extraña inquietud al paso de los señoritos. Esto es lo que me dió más confusa sensación de pueblo señorial. Vive en Santiago de la Espada una casta de gentes sumisas y dulces. Como en Segura de la Sierra, el *ea*, en vez del sí, es una fórmula de resignación más que de afirmación. En pueblos de Castilla buscaremos a "la tía Pachica", "la tía Polonia"... Aquí fuimos a casa de "la hermana Urbana", que no es monja y ha puesto escuela, y hemos visto a "la hermana Teresa, la de Venancio", tejiendo en su telar. Con preferir el nombre de hermana al de tía en este tratamiento entre vecinos, creo yo que demuestran blandura y amor al prójimo. Pero sería preciso ver la emoción de Teresa, la de Venancio, cuando entró conmigo a honrar su casa un Ruiz Blázquez, descendiente de "los amos buenos y caballeros." A Alfonso Ruiz, aun siendo demócrata, le conmovían las lágrimas y le halagaba la ternura expresiva de aquella buena mujer. Para mí, ese sentimiento, tan arcaico como el telar, traía demasiado sabor a señorío. Debería venir filtrado y purificado por una química desconocida en Santiago de la Espada. Y aquí otra vez recaigo en la explicación.

Pues no hay escape, y todas las pendientes nos llevan al mismo reguero, vamos a entrar a fondo en el corazón de Santiago de la Espada. De estos hombres que nos rodean saben leer diez por cada ciento. De estas mujeres, saben leer cuatro por cada ciento. Ese 92,8 por 100 es la cifra máxima del analfabetismo en España. De 8.282 habitantes—según el censo de 1920—saben leer 590. Yo quise abrir información apenas me limpié el barro del camino, preguntando ante todo a los maestros; pero el úni-

co que había acababa de salir con licencia. Fui, en vista de este primer fracaso, a ver a las maestras. Encontré una; buena, voluntariosa; pero tenía yo que levantar mucho la voz para que me oyera. La escuela—ya se sabe—en el antiguo Pósito; grande y húmeda. Tenía de matrícula 37 niñas. Asistían casi todas. ¿Inteligencia? "Regular... como en todas partes..." Esto, que parece un tópico de los maestros, aquí me sonaba a verdad; y a verdad interesante. "El material humano" de Santiago de la Espada es, no diré yo que como en todas partes, pero sí como en toda esta anchísima franja que viene del antiguo reino de Murcia, y por el de Jaén corre hasta la costa granadina. Parecerá algo duro decir que para trabajar ese material pueden poco una maestra sorda y una nueva, en interinidad. Pero eso es lo que yo encontré. Había también una maestra particular, muy inteligente; y como institución supletoria, la miga: "la hermana Urbana". ¡Terrible escuela, a puerta de calle, cuatro palmos de terreno; los niños a un lado, las niñas a otro, y la hermana, cojita, entreteniéndolos a todos, dulcemente, con gestos y llamadas de pastor! Todo de pana. Quiero que lean algo. Deletrean los mayores. Trato de saber si entendieron. Nada. Cerrazón absoluta. — Junto a la rectoral—me dicen—hay un chico muy listo, hijo de un maestro del Cortijo, maestro de afición, claro está—. Vamos a verle. Su escuela es cortijera también. Los muchachos van haciendo algo. Uno de aspecto tosco, pero no torpe, lee una página de Agricultura. "Para el arrastre del arado se emplean mulas o bueyes. En América usan locomotoras de vapor".— ¿Qué es una locomotora? —No lo saben. No han visto nunca locomotoras. Pero, señor, ¿cómo van a ver locomotoras, si no han visto carros? ¡Si a

Santiago de la Espada no llegan carros? Hubo un labrador rico, hace tiempo, tan caprichoso y novelero que se hizo construir un carrito de ruedas y anduvo con él unos días por el camino de Zumeta, y por el delas Cuevas de Engarbo; pero se cansó y lo arrinconó o lo quemó. No podía ir más allá de dos kilómetros.

Sé que desde mi viaje hasta la fecha han creado allí algunas escuelas y han enviado maestros, aunque pocos. Me dicen que ya se llega por el Sur desde Puebla de Don Fadrique. Es decir que empieza a desencantarse Santiago de la Espada. No es grande mi confianza en tan buenas noticias. Para ayudar cumpliré la misión que me impuse dando este informe sobre las causas del famoso 92,8 por 100. Aparte de la falta de escuelas—que es efecto y no causa—, estudiaré: 1.º, La Geografía. Diseminación de poblados. Pastoreo. 2.º, La Historia. Jurisdicciones encontradas y poder lejano. 3.º, Régimen de la propiedad. 4.º, Aislamiento. Sistema de incomunicación. Si ello afectara sólo a este rincón de Sierra Segura como mero problema local, mi trabajo sería más breve.

2. LA GEOGRAFIA: DISEMINACION DE POBLADOS. PASTOREO

Viven dos terceras partes de la población de Santiago en aldeas, caseríos y cortijadas, o en grupos todavía menores, de tres o cuatro casas; que serán chozas, cobertizos, abrigos y cerraderos del ganado. Tiene dos mil habitantes la villa. Más de seis mil esos otros núcleos. Alguno, como Miller, pasa de cuatrocientos; otros—Las Matas, las Gorgollitas, La Toba—, tienen más de doscientos, y superan el centenar catorce o quince poblados, sociedades ele-

mentales, de civilización detenida sabe Dios en qué siglo pretérito, para cuya pobreza material y espiritual Santiago de la Espada es Babilonia. Suman 43 los agregados de esta villa. 43 satélites. Todos luchando con la bravura de la Sierra y con la frialdad del astro que les deparó su mala fortuna. Santiago de la Espada no les envía luz porque no la tiene para sí, en medio de estas montañas, madres de grandes ríos. Tampoco ha podido hacerles caminos. 35 kilómetros y medio hay que andar para ir a Roble Hondo. 35, a Los Villares. 31, a Zarzalar. Una jornada durísima para ir; otra para volver. No tiene médicos. Sólo hay dos, en la villa; los titulares de Santiago de la Espada. Cuando envían a avisarles con urgencia en el tiempo frío, que dura casi todo el año—nieves, ventiscas, nieblas tupidas y repentinas, como telones—, el enfermo tiene lugar para curarse el solo o para morirse. Y en este último caso se va al otro mundo sin los auxilios espirituales, porque tampoco hay cura. Pero, ¿no es ya "el otro mundo", o por lo menos el confín del limbo, ese paraje donde se vive una existencia tan primitiva?

De esos serranos la mayoría son pastores. Los hatos de Santiago de la Espada, cuyo término es el más vasto de la provincia después de Andújar, encierran setenta mil cabezas de ganado lanar, explotadas en sistema trashumante. De noviembre a mayo van los pastores a Sierra Morena, a la de Alcaraz o a la de Murcia. De mayo a noviembre vuelven al término, pero no al pueblo, y siguen su vida cerril. Sé que es frecuente ver a los pastores sorianos leyendo un periódico o un libro, por entretener su continua soledad, pero en estas cañadas nadie lee. Ni los pastores, ni los amos. Llamábanse estos úl-

timos "señores de hatos"—hoy decimos ganaderos—y el señorío no les obligaba, ni les obliga a educarse mejor. Pero, ¿dónde van a aprender? No hay escuelas, como tengo dicho. Alguna vez un buen hombre se mete a enseñar; y, valga o no valga, hay que agradecerse. Pero eso es en los poblados. Las gentes del monte tienen otras cosas que aprender, y ya veremos cuál es la ciencia de los roturadores. El pastoreo, el cultivo cada vez más lejano de las cortijadas, y la emigración, ya temporal, ya definitiva, reducen los poblados a cifras cada vez más pobres. Todos son trashumantes como sus ovejas. El género de vida que soportan en esas aldeas y caseríos llega a ser durísimo. Pero el pastor que duerme al raso, como su mujer que se queda en la choza, viven en estado de naturaleza. ¡Perturbadora novedad había de llevarles una escuela donde sus hijos aprendieran, no a leer y escribir, sino a ser hombres civilizados del siglo XXI!

Quise asomarme a esos poblados, llegando a los más próximos. Primero, a Zumeta, donde está "la noguera de la Monja". La monja que buscaba la sombra de ese nogal, según tradición, era Santa Teresa, que vivió en Beas, y por su genio andariego bien pudo venir a Santiago de la Espada. Allí conocí a Senén Maturana, maestro cortijero que durante treinta años ha enseñado en las Casas de Don Juan, junto a Puebla de Don Fadrique, y había ido a pasar fiestas con su hijo, que es maestro. Ahora enseña "en los Ruices de Arriba", en un portalón desmesurado, grandes vigas en el techo, como decoración de zarzuela. Reúne allí veinte niños y niñas, que aprenden hasta la tabla de multiplicar. Cada uno le invita a comer en su casa un día. Duerme en la escuela.—Y ¿qué tal los muchachos? ¿Son listos?

—Pues verá usted: dan más lumbre que los granadinos—. Bajé también a las cuevas de Engarbo, abiertas en el socavón de un peñasco calcáreo. La misma roca sirve de pared trasera, y en parte de techo, a una treintena de casuchas, abrigadas y casi cómodas. El peñón va deshaciéndose. Los pedazos llegan a la huerta y ruedan a la misma orilla del río. Una cueva de trogloditas se quedó en lo alto, y el molinero, que subió un día atando tres o cuatro escaleras, dice que los huesos que hay allí son de oveja. Viven al amparo de ese peligro más de cien hortelanos y pastores con un número inverosímil de chiquillos. Gozan comodidades—todo es relativo—, y en una casa vi buenos jamones colgados de la peña. También puedo decir, entrando en lo que más me interesa, que los cuatro chicos de Casto, labrador, podrían ir en representación de Sierra Segura a una Fiesta de la Raza, eugenésica. No. No tiene culpa la raza. La raza es fuerte, inteligente. Por lo menos a orilla de este río no ha llegado a sufrir miseria fisiológica. País delicioso. Gente buena, aunque nadie sepa leer.

Fuí a La Matea—277 habitantes—. Allí el barbero y alpargatero del pueblo construyó una escuela, arrendada al Ayuntamiento. Hay maestro nacional; un joven, interino, que "hoy se ha ido a los cerros, a cazar, o quizá río arriba, con la caña, porque también pesca". Ahora sé que han nombrado otro. Ese día, el maestro interino se remojó bien, porque al llegar nosotros a su escuela cayó una de esas tormentas rápidas, de montaña, con gran aparato de truenos. El agua pasó pronto. La escuela nueva rechinaba y se bamboleaba.—No está afirmada todavía—me dijeron. En días de verdadera tempestad hay allí riadas bruscas que lo arrastran todo, árboles y

casas. Pero aquella tarde escampó en seguida y pudimos vadear el río con los caballos y seguir hasta Los Teatinos, donde tenía yo que ver al "maestro gibao".

Ya el caserío de Los Teatinos empieza a tomar un viso adusto de lugar solitario. Casas terrizas, sin encalar, en fila india a lo largo de un cerrete: estiércol, perros, chiquillos que corren, gritando... Acaso hubo allí un monasterio teatino. Ahora no veo nada. Representa la vida espiritual "el maestro gibao", y cuando les falte, el alma se les irá a Los Teatinos. Se llama García Cruz, y aunque no tiene título de maestro es "un maestro". Trabaja entre cuatro paredes en crudo, sin enlucir. Una sola ventanita, enrejada. En la poyata los tinteros. Van treinta niños y niñas, y si no son demasiado pobres cada uno le da sus dos pesetas al mes. Nunca faltan. Lo asombroso es que don José María, débil de complexión, al parecer, es fuerte como un roble de muchos nudos, y tiene ochenta años. No descansa. Por él no habría fiestas. Y los chicos adelantan como en ninguna parte. Es que estuvo de pasante con don Francisco de Paula Erena, un maestro de verdad que hubo en Santiago.—De disciplina tenía aquel maestro una caña hueca, y era muy buen hombre.—Habían salido ya los alumnos la tarde que yo fui y volvieron a sus bancas por si queríamos preguntarles algo; y, en efecto, no sólo comprobé que allí se trabaja, sino otra cosa más importante para mi información: Los chicos demuestran capacidad normal. Algunos, por encima de la normal. Comparado su repertorio de juegos con el de Beas de Segura es notablemente inferior. Quiere decir que se les reduce el horizonte desde niños, en todo lo que es vida social; pero no por falta de inteligencia, sino por aislamiento.

¿Dónde empieza a sentirse ese aire que no sólo "gasta los muelles de la vida", como el de Pontones, sino, además, la divina luz del entendimiento? Por toda la Sierra se habla de las Gorgollitas y del Parralejo, como lugares de gente primitiva que apenas maneja un centenar de palabras y huye del trato humano. Proverbiales, como las Batuecas, son las Gorgollitas. Pero antes de llegar a ellas hay otros caseríos semejantes; y más arriba quedan muchos a mayor distancia de Santiago de la Espada. Para ir a las Gorgollitas es preciso desandar parte del camino que yo llevé desde Pontones, por el río Zumeta; y cuando se deja la ribera internarse por unos montes que al pasar, en pleno mayo, estaban tapizados de hierbas balsámicas. El perfume agresivo, penetrante y, al mismo tiempo, delicado, de estas empinadas laderas, diluyéndose en el aire más limpio que pueden respirar pulmones humanos, es uno de los buenos recuerdos que guardo de mi viaje por las escuelas. Riqueza, fausto y opulencia de la naturaleza más pobre, derrochados a manos llenas, sin que nadie piense intentar una explotación. Pero, ¿quién habla de explotación? La palabra, sola, es una ofensa a la natural y espontánea liberalidad de estos riscos que condensan en el aroma un género de elocuencia y de armonía, ya que se le negaron otras cualidades atractivas. La mitad del año toda esta floresta yace bajo la nieve. De los calares, y sobre todo de unas crestas en murallón que se abren para dejar paso a la rampa del puerto, baja un viento tan frío, que cuando asoma el caminante, sudoroso, por la cuesta de Espiernacaballos, queda de pronto aterido y entumecido. Tres montones de piedras y tres cruces en el mismo borde de la cumbre y en el campo raso que la continúa, recuerdan

otras tantas muertes. Llegar a esa imponente atalaya, en primavera, por placer del paisaje bravo y por escudriñar vidas de aldea, es muy distinto que atravesar este nevero detrás de una recua, por ganarse el pan, cuando la Sierra muestra su habitual catadura. Y si fuéramos en busca de un médico, con prisa y urgencia y viéramos que nos faltaba luz para llegar a Santiago de la Espada, seguramente nos parecerían menos bellas estas montañas de la Luna. Cuando yo las subí, todo estimulaba a dejar por un momento el camino y trepar hasta la peña más alta. Veíamos abajo la ese del río Segura, encajonado entre poderosos cerros. Creo que uno es el Calar de Gilimón. No sé si están aquí también el Majalimar y el Armonjón de Canda, porque me dejé entre Baza y Guadix el croquis de este panorama de cerros, con sus nombres. Empiezan ya los pinares, y aunque la peña caliza es salvaje y atormentada, esta vertiente no parece pobre. Si estuvieran aún los grandes pinos salgareños, el paisaje sería completo. Pero, el hacha... Y el fuego... A medida que vayamos llegando a poblado veremos su enorme poder de devastación. A la entrada de Espiernacaballos, y "al oripié" del río, está la Toba, y un kilómetro más allá Casicas del Río Segura. Aquí hay maestro: Juan Camposa Navarro. Este, el de La Matea, el de Miller y el de Casas de las Tablas—el más valiente, porque es el que se sostiene más lejos—eran los únicos que cuando fui a Santiago de la Espada tenían escuela nacional. En diciembre del 28 celebró Fiesta de la Bandera el de Casicas. Discursos, cantos infantiles, música. ¿Cómo son allí los muchachos? "Ni mejores, ni peores que en todas partes." Correríamos la Sierra de arriba abajo y oiríamos la misma respuesta. Pero ya

no podría dárnosla ningún otro maestro, porque no lo hay.

Saliendo temprano de Santiago se puede dormir en las Gorgollitas, pasando por El Parralejo. Ya dije la fama que tienen estos caseríos. Por ella supuse que estarían situados en altura o páramos, y no es así. Sin embargo, en las Gorgollitas, en Casicas y en toda la parte del río hay numerosos casos de bocio, mientras en Pontones, que está más alto, ni vi, ni me hablaron de ninguno. Cuatro mozos se habían librado de quintas en un año por bocio, muchos por cortos de talla y por exiguo perímetro torácico. Quería yo haber llegado a esa región, pero el tiempo no me lo permitió y hubo que regresar, de modo que mis datos de las Gorgollitas los tengo por referencia. Los médicos de Santiago están en condiciones de conocerla bien. Viven esos serranos hacinados y revueltos en habitaciones sin luz y sin aire. No hay paludismo; pero hace estragos en ellos la tuberculosis. El desorden de la alimentación y su falta de higiene les origina trastornos constantes. De allí tuvo que ir a Santiago en el reclutamiento de 1927 un hombre con figura de mono, que anda en cuatro pies. Su alarma ante la gente le hacía gruñir y arañar al médico que le cuidaba. No probó comida desde que salió de su casa. Pero este caso, que vino a agravar la leyenda de las Gorgollitas, parece ser único y sin duda lo es. Los padres y los hermanos del monstruo son normales. Sería preciso dejar a esta gente entregada a sí misma otros cuantos siglos, para que siguieran el camino de ese recluta de 1927.

La descripción hace pensar en las Hurdes. Pero aquí el suelo no es ingrato. La sierra de Santiago de la Espada no es país que sólo haya podido po-

blarse por presión de enemigos, como se sospecha de las Hurdes. Son causas humanas las que lo hacen inhabitable. Por su extensión, por el número de pequeños poblados y por la distancia de ellos a la ciudad se parecen; pero éste es el antiguo término de Segura de la Sierra, tan rico de bosques. De los 43 agregados, muchos podrían llevar otra vida con distinto régimen de la propiedad y con caminos. Las Gorgollitas tenían nogueras, parrales y diversos árboles de fruto, comunes. En El Cerezo arraiga hasta el naranjo. La posición de los poblados les da distinta capacidad de resistencia al clima, pero éstas no son Hurdes, porque si en algún rincón el hombre empieza a degenerar, sería muy fácil levantarlo. Aquí detengo informes y consideraciones que tendrán más adecuado lugar en otro sitio. Baste ahora con saber que, de esa población dispersa, muchos centenares de hombres y de muchachos en edad para salir al monte, son pastores. Quiere decir que, por sí mismos, nunca podrán variar la condición de sus aldeas.

3. LA HISTORIA. JURISDICCIONES ENCONTRADAS Y PODER LEJANO

Por su historia, vino a caer esta villa, con su término, en el confín más apartado y de más difícil acceso, al Este de la provincia de Jaén. Aparte del sonoro nombre y de algún escudo señorial, la Historia le dejó a Santiago de la Espada esa dependencia administrativa. Antes había vivido varios siglos en plena confusión de jurisdicciones. Era villa del rey, por venir de la Orden de Santiago, pero pagaba décimas al Priorato del convento de Uclés. En Cortes hablaba por ella Murcia. Dependió para lo judicial de la cancillería de Granada y para lo ecle-

siástico del obispado de Cartagena. Las riendas en varias manos, lejanas, que no sabían hacerse sentir. Y cuando entró bajo un solo poder, fué éste el de Jaén, a veintiuna leguas. Si alguien considera desplazada e incongruente con estos artículos cualquier consideración histórica, vea si tiene valor el hecho de que un pedazo de Sierra, donde sólo viven leñadores y pastores, venga a ser regido desde Jaén. Ya he dicho cómo atiende Jaén sus propias instituciones de cultura. ¿Qué iba a hacer con Hornos, con Pontones y con Santiago de la Espada?

Por su parte, la villa bastante hacía con vivir.—*Primum vivere*—dicen todos estos lugares—. Lo fundaron pastores y labradores serranos, unos creen que de la parte de Alcaraz, y otros que de Cuenca. Era, en realidad, una hoya donde sólo había una majada de gran carrascal y robles muy espesos. Acudían con el ganado gentes de Segura y de Siles, que se juntaban a cocer el pan en el hornillo. Armaron unas chozas de iniesta con cuatro palos y luego hicieron una ermita. Pero la Relación de 1575 cuenta así las cosas: "Los primeros que edificaron, ha cincuenta años, fueron unos vecinos de Siles: Asensio Sánchez, Martín Hernández e Pedro Navarro; Gil Martínez, Cristóbal Martínez e Andrés Fustel". Se llamaba El Hornillo; pero la visitó el mariscal de León, Cristóbal López de Aguilera, quien alzó allí una iglesia y bautizó al lugar Puebla de Santiago. Ya he dicho que junto a la fuente está la casa del Hornillo. Y en la iglesia me enseñó el párroco, don Juan María Torres, un retrato, borroso, del fundador; a más de la imagen del Apóstol, matando moros, a caballo, en el estilo popular y en la traza ingenua de las figuritas de Nacimiento. Acaso el lector no sienta la misma ternura que yo

por los principios—dígame la infancia—de un pueblo obscuro como Santiago de la Espada. Pero traigo estas referencias para explicar cómo empezaba a vivir humildemente sólo la vida material dependiendo de Segura de la Sierra. Había unos cien vecinos, "dellos veinte labradores y catorce señores de hatos. La demás, gente de servicio y pobre gente." Muchos se iban a Granada. Y vea don José María lo que escribe la Relación sobre su compañero de 1575: "Hay un clérigo por cura; lo puso Su Majestad como maestro y administrador de la Orden, y se coló por el obispo de Cartagena." Se va con las apelaciones a donde más quieren los apelantes: a Granada, la cancillería, con 30 leguas. A la corte, con 48. A Segura, 6, con agraz terra y con la cuesta de Espiernacaballos.

Toda la sierra tiene su historia, más vieja que la del Hornillo. Hay señales de haber estado mucho más poblada que ahora, con los romanos y con los árabes. Cuando se dice que los caballeros de Santiago la limpiaron de mahometanos, se indica ya el sistema político. Vivían entre pinos y robles aldeas que hoy son villares, ruinas, cimientos de casas abandonadas, torres y castellones fuertes, como las peñas de Morilla, donde se recogían en tiempo de guerra. Es frecuente hallar monedas árabes de fecha que corresponde a nuestro siglo XII; y aun me dijeron que alguna vez han salido rollos de pergaminos, de escritura árabe, liados en esterillas de esparto; pero tan tomados de humedad que no aprovecharon para nada. De todos modos, siempre debió de habitar aquí gente dura propia para sierra tan agria. Siempre labradores y pastores que llegaban a viejos sin enseñarse a leer en otro libro que en el cielo, con sus estrellas.

Curiosa es la estadística que recoge don Juan de la Cruz Martínez, en su citada Memoria, sobre la población del partido de Segura de la Sierra, según el censo general de 1837. Santiago de la Espada, ya villa, era el centro más populoso. Reunía 815 vecinos, con sus agregados. He dicho que el maestro de la única escuela era el sangrador, "hombre de inteligencia obstusa". Sin embargo, había en la villa dos profesores de ciencias. Tres boticarios y veterinarios; pero ningún médico, a no ser que lo fuera alguno de estos profesores. 64 labradores, 68 propietarios—acaso los mismos—y 285 jornaleros. Un rasgo diferencia notablemente a Santiago de la Espada de los otros pueblos. Hay 227 mendigos; de ellos, mujeres 127, y hombres, 100. Tal proporción de jornaleros y pobres de solemnidad demuestra un estado social irregular, extraño. Hay en esta sociedad de tipo primitivo unos cuantos privilegiados y una masa de trabajadores y desvalidos, entre los cuales acaso estuviese la mendicidad originada por dolencias semejantes a las que hoy encontramos en Casicas, El Parralejo y Las Gorgollitas. Cuando pasó Orcera a ser cabeza del partido, la situación siguió siendo la misma; quizá peor, porque Orcera tenía intereses más fuertes que los de Segura de la Sierra. El alto interés público lo mantenía, en el régimen parlamentario, un diputado por el distrito Villacarrillo-Orcera. Durante muchos años alternaron un liberal y un conservador, siempre los mismos, siempre afectos al régimen que les daba el acta. ¿Qué elección podía hacer, en Hornos, en Orcera, en Pontones y en otros lugares de tan vasto distrito ese 90 ó 92,8 por 100 de analfabetos? ¿Y los 285 jornaleros y los cien mendigos de Santiago de la Espada? No eran ellos sino los propietarios,

letrados o incultos, quienes elegían, asegurando la continuación del régimen de propiedad. Todo el siglo pasó sin que se los tocara. Si no fuera porque el tono de nuestra época es distinto podríamos repetir hoy las frases finales de don Juan de la Cruz: —..."Imposible fuera terminar esta Memoria sin que previamente hagamos entender que allá en los desiertos de Gontar, Borosa y otros mil sitios escarpados de la sierra, hemos encontrado muchas veces criaturas de tres y cuatro años que sólo tenían la figura de racionales, criaturas que se asombraban a nuestra vista y de nuestros trajes; que aún no habían recibido el ser de gracia y el carácter de cristianos. ¡Oh! y cuánto padecía nuestro corazón en aquellos instantes, y cuánto nos irritaba tan escandaloso abandono. Multitud de reflexiones, ora dolorosas, ora terribles, asaltaban la mente, y esas mismas reflexiones son las que en estos momentos nos arrancan la pluma de los dedos, porque seguir escribiendo cuanto allá vimos y observamos sería un soberano escándalo en el siglo XIX, una injuria a la Filosofía y una mengua para nosotros."—El lenguaje romántico de D. Juan de la Cruz era expresivo; su emoción, sincera; pero no fué contra el dragón: contra el régimen de propiedad.

4. REGIMEN DE LA PROPIEDAD. EL ESTADO, EL PROPIETARIO Y EL ROTURADOR

Cuestión ardua es esta de la propiedad en Sierra Segura. Por tratarla pensando en el pueblo—aunque sea mísero, ¡aunque tenga bocio!—, mis amigos del Cuerpo de Montes, dijeron que me había pasado al enemigo. El enemigo era el roturador;

mejor dicho, el explotador del roturador, el propietario sin justo título, que compra a precio de usurero, terrenos roturados indebidamente; más claro: terrenos robados a los montes públicos. Lo leí con paciencia porque nadie está libre de que lo tomen por abogado defensor de la sacrosanta propiedad, que en la mayoría de los casos arranca de orígenes muy semejantes al de los predios de Pontones y Santiago de la Espada. No. Esa propiedad ya tiene bastantes caballeros que la defiendan. Un poco más alto está mi punto de vista; y creo que no lo ignora ningún lector de esta Visita de Escuelas. El régimen de propiedad no acaba de ser el dragón, porque los legendarios dragones, siempre vencidos, según todas las trazas, eran estúpidos diplodocus; lagartos, en suma, de sangre fría y cobarde; mientras que esta otra especie, siempre vencedora, tiene fiereza, malicia, y aun inteligencia. Yo he llegado a convenirme de que la gran propiedad no quiere escuelas. La Propiedad, ente de razón, podía comprender que elevándose el nivel de cultura suben todos los valores, incluso el de la tierra. Pero el propietario, el don Fulano, o el tío Fulano, de vida limitada, teme ser él, personalmente, en su generación, víctima de cambio tan hondo. Y tan necesario. Prefiere que las cosas sigan como van. El pueblo, abajo, con su ignorancia y su bienaventurada pobreza de espíritu. Instruirle es soliviantarle. Por eso tiene tanta fuerza aquella frase del secretario de Pontones: —Aquí no necesitan saber escribir más que mi hijo y el hijo del señor Alcalde.

Pero la propiedad de esta tierra vive en situación tan extraña que son mucho mayores que en todas partes sus miedos y sus inquietudes, no sólo de ver el pueblo instruido, sino de comunicarle con el

Mundo. Lo único que le interesa es asegurarse, ganar todas las garantías, legitimarse. Está como el bastardo, siempre pendiente de que se lo llamen. Cuando yo llegué a Santiago de la Espada encontré gentes que me oían hablar de escuelas y de caminos; pero pronto vi que les preocupaba otra cosa. Por fin, a última hora, me confiaron copia de una instancia que elevaban al presidente del Consejo varios vecinos. ¿Qué pedían? Lo sustancial: la legitimación. Ese era el problema de ellos, de los propietarios a medias, con título vergonzante. El problema del pueblo, tal como lo encontré, era de escuelas y de caminos. Pero como el otro lo enlazaba y lo enredaba todo, pedí en *El Sol* que fuera a Santiago de la Espada una Misión oficial, como había ido a Canarias y al Valle de Arán, encargada de informar, y si era factible, de resolver las tres cosas de Sierra Segura. No fué tal Misión oficial. Se llamó a las autoridades y a representación de gente interesada; y si en Madrid se habló de algo fué de la propiedad en su lucha con el ramo de Montes. Más tarde, no hará dos meses, por no sé qué sucesos escandalosos, ha hecho falta nombrar persona que practicara allí una información. Públicamente no sabemos el resultado.

La lucha de que hablo, en distintas formas lleva ya muchos siglos. Todos han querido entrar a saco en el tesoro, que parecía inagotable, de aquellos bosques. Los primeros, naturalmente, los pobladores de Sierra Segura. Debió haber un tiempo feliz en que los bosques eran libres, como el aire y el agua; pero desde que hubo pueblos, aldeas o caseríos, acotaron a su alrededor una propiedad comunal. El sentimiento de ese derecho o privilegio común a todos los vecinos, inextinguible, a pesar de

las leyes, sigue siendo causa de infinitas denuncias y de la pequeña guerra entre los montañeses y la guardería forestal. Nadie podrá convencerles de que una carga de leña motive una persecución. Cuando llegó a explotarse con procedimientos y ordenaciones primitivas la riqueza de los montes, fué, sin duda, obedeciendo a principios que los mismos pobladores se dictaban. Ya no era la leña del hogar ni la madera para construir sus casas y sus muebles. Ya era el árbol como fruto de la tierra, vendible o cambiabile, para viguería de las ciudades costeras, para entibar las minas, quizá para arbolar las naves fenicias, cartaginesas o romanas. De todos modos Sierra Segura debió de quedar muy escondida; en largas épocas de sopor, buenas para criar árboles, osos y pastores. Parece que con los árabes se mantuvo bien y se pobló en términos hoy inverosímiles, tanto que all legar la Reconquista y al limpiarla de moros la Orden de Santiago, aquella región se desangró. Esas ruinas, esos villares que nunca más resucitarán, son de principios del siglo XIII. Pero ya entonces—en 1214—la misma Orden, conquistadora, o lo que es igual, dueña, propietaria, llamó a la repoblación con exenciones y franquicias. Es curioso saber que entre las gentes que acudieron hubo muchos vizcaínos—"no pocos industriosos, fuertes, entendidos y hábiles vizcaínos", dice don Juan de la Cruz—, y ellos comenzaron el tráfico de maderas, exportándolas a pueblos de la Mancha, y enviándolas por los ríos Guadarmena, Guadalimar y Guadalquivir a los reinos de Jaén, Córdoba y Sevilla. Nacieron numerosas familias de hacheros, aserradores, canteros y pineros. Empezaron a trabajar las sierras de agua. Tenían sus ordenanzas para administración de los arbolados y una batalla perpetua

para hacerlas cumplir, ya por abuso de los vecinos, o de los forasteros que se llamaban a la parte; ya por codicia de los «Señores de sierras de agua». Tendría interés ir siguiendo esta historia hasta que a fines del XVI, ya reinando Carlos I, cesa la navegación por los ríos andaluces y vienen los flamencos a traer madera a España. Pero nos llevaría mucho espacio y no diríamos nada nuevo. Lo que sí importa consignar es que a los pobladores de Sierra Segura estas épocas les parecen envidiables y creen que su desdicha empieza cuando el ministerio de Marina les arrebató los bosques, creando la provincia marítima de Segura de la Sierra.

Quisiera no dejar letra muerta en mis artículos, y si enhebro toda la historia de los montes voy a darlos demasiado peso. Necesito, sin embargo, decir que estos pueblos de Sierra Segura se sintieron invadidos una vez más y expoliados cuando entraron a manejarles y administrarles sus bosques, por una parte, la Marina, y por otra, el Negociado de Hacienda. Así dicen todavía: "Cuando nos arrebataron los montes..." Las dos administraciones—que desde luego eran rivales—trabajaban por impedir los abusos de los pueblos; y los pueblos protestaban constantemente contra los abusos de ambas administraciones. Cuando se enconaba la lucha, unos y otros desfogaban la ira en los pobres árboles y hacían terribles cortas, como si los pasaran a cuchillo. Los arsenales se llenaban de madera que a veces se podría. Caían, naturalmente, las piezas mejores; y con el derecho "de hacha y vuelo", que alcanzaba a todo pino dañado por otro al derribarlo, iban formándose calveros. El mal trato producía verdaderas pelagras. Eran enemigos del árbol—furtivos y constantes—los ganaderos y sus pastores, los due-

ños de ferrerías y otras mecánicas que necesitaban carbón, los resentidos y malintencionados, los fabricantes de resina, pez, alquitrán y aguarrás... Pero aun eran peores los declarados: la Marina, el Negociado y los propietarios particulares.

De éstos no había muchos en 1800. La Marina vigilaba. Hacienda no les consentía disponer a su arbitrio de la riqueza forestal, aunque los árboles fueran suyos. A las Cortes de Cádiz se debe el primer desorden y la más desatada confusión. Aplicaron revolucionariamente, con buen deseo, el criterio de libertad y derogaron las leyes y ordenanzas relativas a montes particulares, "con el justo fin de redimir los montes y plantíos de dominio particular de la opresión y servidumbre en que por un espíritu de mal entendida protección los han tenido hasta ahora..." Partiendo de este error fundamental, la Revolución, como podrá suponerse, no favoreció al pueblo. Con la ley y con la francesada, quienes se aprovecharon fueron unos cuantos audaces, que no sólo cortaron sus montes, sino los marginales. Del río revuelto salieron propietarios nuevos, y sufrieron aquellos bosques una formidable embestida. Vino luego otro período de reacción y de lucha con Marina y Hacienda, que acaparaban las conducciones por los ríos mientras los serranos las estorbaban. Cortas indebidas. Denuncias. "Preciso es confesar que la Marina tenía un celo regular en la recaudación de los productos de los montes y la necesaria legalidad en la cuenta y razón; pero preciso es también decir que su sistema de enjuiciar era de lo más opresor e injusto que puede darse—quien habla así es un contemporáneo, hijo del país—. Las causas se estancaban, su curso era difícil y embrollado; la decisión, interminable. Llegaron a acumularse en

un solo Juzgado de mil doscientas a dos mil causas criminales." Numerosas familias quedaban reducidas a la miseria y a la mendicidad. El rencor descargaba sobre los árboles. Pero cuando estas administraciones levantaban la mano, aun siendo pecadora, los pueblos, ciegos de codicia, se desquitaban. "Hubo destrozos grandes—en 1834—; se reconoció multitud de propietarios". La gavilla de latrofaciosos de Peñuela quemó el archivo de Marina, con lo cual aumentaron la confusión y el caos. En esta forma sigue todo, con un período breve de buena administración de don Pedro Fernando Martínez—el patriarca de Siles—, hasta que se crea el Cuerpo de Ingenieros de Montes y un hombre de gran espíritu, de cultura práctica, profundamente española, don Antonio Sandalio de Arias, acomete la gran empresa de organizar o, por lo menos, de iniciar la organización de ese caos.

Como se ve—y esto es lo que me importa en los períodos reseñados y, según veremos, en el siguiente—, el pueblo, el común de vecinos, ha ido poco a poco desapareciendo. Se habla de la Marina, del Negociado, del propietario particular. La desamortización, con sus consecuencias, acabaría sin duda de eliminar al hombre del país que no heredó ni supo crearse una propiedad. Ahora, como antes, este oscuro poblador de la sierra pastorea ganado ajeno o intenta en los bosques del Estado hazañas parecidas a las del cazador furtivo en el coto señorial. No ha llegado el momento de organizar la propiedad de la tierra, contando en primer término con él. O admite esa situación, resignado a compartir el bocio y el 92,8, o se rebela y emigra. El otro camino que le queda, más desdichado aún, es el de hacerse roturador.

El roturador de hoy es un pobre hombre que tiene su miserable guarida de cuatro peñas o cuatro tablas en medio de la sierra. Derriba unos pinos en cualquier lindero de los montes públicos, siembra o planta, confiando en borrar el rastro, cambiándole la cara al suelo, y cuando se ve mal, sin recursos o perseguido, vende su propiedad—su rapiña—a un pájaro de presa más fuerte que él, a un verdadero propietario. ¿Título? "La posesión del causante desde tiempo inmemorial". Los treinta años. El tercer poseedor... El Cuerpo de Montes conoce bien todas esas tretas, que durante mucho tiempo dieron gran resultado. De los ingenieros recibí yo unas fotografías de infelices roturadores, cuyo aspecto era lamentable. ¡Estos son los pioniers de Sierra Segura! No avanzan sobre el bosque libre, sino sobre los montes del Estado. Son más bien roedores de un queso que acaba por llevarse otro. Y también me facilitaron vistas del destrozo que han hecho entre todos. En el término de Santiago de la Espada quedan muy pocos árboles. En el de Pontones yo he visto la desolación del nacimiento del Segura.

Pensar que esto haya podido hacerlo con los dientes el roturador sería demasiada ingenuidad. Ha habido, no buitres, sino tiburones. El siglo pasado, en paz y en guerra, lo aprovecharon bien algunos para habilitarse una legalidad. Allí hablaban de cierto señor que empezó como hachero y acabó talando por su cuenta medio término de Santiago. Fué popularísimo. Con la fortuna así lograda adquirió allí cerca, legítimamente, en buena compra, una de las mejores fincas señoriales de España. Primero lo defendían su audacia, su conocimiento del país, la indiferencia con que Jaén y

Madrid dejaban pasar sucesos tan lejanos, los hábitos de inmoralidad administrativa que él no había creado, pero que supo explotar. Luego, ya poderoso, encontró valimiento en la política. Por él hubo largos debates parlamentarios, en que algunos personajes mostraron su cinismo, y, si no recuerdo mal, por el hachero de Sierra Segura se produjo una crisis. Como no era él solo, como casi toda la propiedad se funda sobre base dudosa, lo que pedían aquellos caciques era que nadie interviniera en sus asuntos. Pueblo ignorante, sumiso; Poder lejano, distraído. Incomunicación. Desde entonces ha ido apretándoles mucho el Cuerpo de Montes, que en otro tiempo flaqueó. Y ahora sólo piden las legitimaciones. Valor jurídico para sus títulos de propiedad. Como entre ellos hay pobre gente y un verdadero estado permanente de inquietud, sigo creyendo que haría mucho bien una Misión especial que supiera colocarse por encima de la cuestión de propiedad. Está hoy en la Dirección de Montes un ingeniero joven, bien preparado, don Octavio Elorrieta, que antes intervino en la Junta de Acción Social Agraria. He aquí un caso clarísimo de acción social. Hay que reorganizar sobre bases comunales la propiedad de esos montes. Caminos, escuelas y otro régimen de la propiedad.

5. AISLAMIENTO. REGIMEN DE INCOMUNICACION

Varios días de mayo pasé en Santiago de la Espada. Todos me hablaban allí de la carretera a Puebla de Don Fadrique y de un famoso puente de Arroyo Frío, proyectado hace veinte años. Pedí a mis amigos que me llevaran a verlo, y fuimos en

una hora escasa, por camino de herradura, fácil y casi llano, no hasta el puente, sino hasta el sitio donde debiera construirse el puente. Hay ahora un paso de tablas; y al otro lado, sólo con subir un repecho, espera el automóvil que nos llevará, cuando queramos, a Puebla de Don Fadrique. De Arroyo Frío para allá, es ya Granada. Hay carretera, cruzando los pinares que fueron del ducado de Huéscar; selva o manigua casi inaccesible en otro tiempo, pero hoy en poder de dueños que supieron buscarse protección oficial y abrir camino. Los montes del ducado están bien servidos; pero el puente ya no interesa. ¡Siga Santiago de la Espada como vivió siempre, en su maravillosa incomunicación, y como es la Jefatura granadina quien debe construir esa obra y no la construye, siga el régimen de aislamiento! Antes se podía pasar mejor que ahora por una puente natural que hacían dos peñas javalunas, pero se minaron y se hundieron. Llegan, pues, hasta aquí las murallas de Sierra Segura, y nadie sabe si las pusieron los de dentro para defenderla, o los de fuera para tenerla encerrada.

Cuando el célebre puente estuviera hecho, vencida la oposición que ha encontrado hasta ahora, faltarían los otros tramos: Santiago-Pontones-Hornos-Cortijos Nuevos-Orcera. Es decir, faltaría la comunicación con la cabeza del partido. Pero con los "autos", camiones y carros llegaría la rueda, que hasta ahora no han visto los chicos de Santiago de la Espada. Este caso de civilización retrasada no hay que imputárselo a Santiago, sino a Jaén y a Madrid. Cuando lo conté, a raíz de mi viaje, no querían creerme; pero ésa es la verdad. Si clavamos la punta del compás al pie de la casa del Hornillo lograremos el círculo de mayor radio que puede

trazarse en el mapa de España sin encontrar una vía férrea. Y si llevaran un ferrocarril de pronto —por ejemplo, el de Baeza a Requena, con ramal a Santiago—, les serviría de poco, sin caminos auxiliares. Creen los del país que, restaurando sus bosques, aquello podría ser una gran factoría industrial, porque dicen que se da el carbón—la hulla— y el hierro a flor de tierra. Pero reconocen que se han abandonado mucho. No han sabido reunirse para montar una fábrica de electricidad. No han hecho por su cuenta un puente que sustituya al que no les quieren construir. No han intentado convertir en caminos las veredas que llevan a todas sus aldeas y cortijadas—¡ayúdate, y Dios—el Estado—te ayudará!—. Unos por egoístas y otros por mansos de espíritu, soportan una vida inverosímil, aislados del mundo y demasiado pobres hasta los más ricos. La diferencia entre ese estado social y el que va consiguiendo ya toda España es cada día mayor, porque antes los caminos de la Sierra se llevaban poco con otros de provincias que hoy están ya bien comunicadas. Encuentro en el Madoz esta descripción de los pasos de Sierra Segura: "...El camino que desde las villas (Ubeda, Baeza) sube por la derecha del Guadalquivir para ir a Hornos, Santiago de la Espada y pueblecillos inmediatos, tales como Pontones, Bujaralza, Casas de Carrasco y otros menos notables..., aunque firme por estar casi todo en sierra, es fatal. En él se encuentra el difícil y peligroso tranco de Monzoque, que divide el término de dichas villas y el de Segura. Este tranco está en una elevadísima risca situada a la derecha del Guadalquivir, y si tiene acceso, aunque muy difícil, es por medio de cortes y composiciones hechos en su trayecto; antes de dominarla preséntase

la vereda en un vacío, desde el cual, por medio de agujeros y poyos hechos en la risca, forman el camino unos maderos colocados de un punto a otro de ella, camino cuya anchura tiene apenas cinco palmos y más de 100 varas de altura de precipicio colocado bajo de él. El paso de esta especie de puente es imposible dejar de hacerlo en el supuesto de tomar este camino; mas sólo las personas que tienen costumbre lo verifican sin marearse o sin experimentar al menos un gran estremecimiento de horror, pues otra cosa no puede suceder ínterin se atraviesan las diez varas que tendrá de largo, en las cuales no se deja de percibir la profundidad del abismo, por la poca anchura del paso y el espantoso ruido que forma el río estrellado en las rocas que encuentra en su corriente." Transcribo el párrafo, un poco largo, no sólo por su colorido, sino porque sirve para explicar el aislamiento de Santiago de la Espada. O tomar este camino, o rodear mucho, o no ir. El último acuerdo era el de la Administración provincial. Ese temeroso paso del tranco de Monzoque, cuyo peligro acaso exageran los caciques de Sierra Segura, es en figura romántica lo mismo que el puente de Arroyo Frío. Si aquél no se podía pasar, éste no se puede hacer. "Desde Santiago de la Espada—continuaba el Madoz—sigue el camino hasta salir a la provincia de Murcia, o sea hasta Archivel; es tan malo como el anterior, por ir siempre por medio de montañas, por lo cual son muy pocas las personas que lo toman. Sin perjuicio de estos caminos, únicos que dan paso a los montes de Segura, hay otros de pueblo a pueblo, todos tan malos y aun peores que el anterior." Y si no había otros, ¿cuáles iban a tomar? Buenos o malos, eran caminos; y desde entonces—1847—,

en la parte de Santiago no se han hecho mejores. Si la proximidad de la carretera de Puebla une esta región al resto de España, es por el confín de Granada; pero la vuelta por Baza y Guadix sería enorme, y hay que ir a Caravaca, en Murcia. Murcia está mucho más cerca que Jaén.

6. RESUMEN

Comprendo que el lector necesita paciencia para soportar esta aparente desviación del asunto principal. Me tolera tratando de escuelas, y yo le hablo de caminos. Desde la altura de un problema nacional desciendo a necesidades locales. Quiero, sin embargo, tener derecho a decir verdades tan secas como las que hallarán en estos artículos los propietarios y los caciques de Sierra Segura. Pero, ¿qué ha hecho el Estado por esos pueblos? Santiago de la Espada, con término municipal de 50.000 hectáreas, de las cuales casi la mitad son del propio Estado, sin vías férreas, ni carreteras, ni caminos vecinales, ni maestros, ni telégrafos, ni teléfonos, ni correo siquiera, paga 17.000 duros por contribuciones y obligaciones con la Diputación y el partido, y alista anualmente de 100 a 125 hombres para nuestro Ejército. Hace cuatro años, en una asamblea magna celebrada en Jaén, un diputado provincial, don Juan José Ruiz y Sánchez, que, según creo, vive en Hornos, propuso ciertas conclusiones para mejorar la situación de Sierra Segura —Santiago de la Espada, Pontones y Hornos especialmente—. Dió el plan de creación y construcción de escuelas para Santiago y para nueve cabezas de distrito escolar, con lo cual quedaban servidos los diversos grupos de aldeas, cortijadas y caseríos.

Ruiz Sánchez, por ser del país, lo conoce bien: "En este término (Santiago) existen veinte alcaldes de barrio analfabetos que pastorean cada uno a un rebaño de seres humanos, bajo las inspiraciones de un alcalde o cacique, que cuando no es un manígero cerril se encuentra aislado en toda iniciativa meritoria." Su plan está muy bien. No hay sino ejecutarlo; y aquí, por ser el caso tan extremo, contra mi criterio de sobriedad en los gastos, yo lo haría hasta con largueza. Lo diremos una vez más, y con esto acaba — ¡por fin! — el informe: Escuelas, caminos y otro régimen de la propiedad, fundado, no en las autorizaciones—que deben resolverse de una vez en justicia—, sino en el aprovechamiento comunal.

Salgamos ya de la hoya del Hornillo. Querría volver en otra ocasión, llegar hasta el Parralejo y las Gorgollitas. No he querido hablar de memoria; mejor dicho, de referencia. Por algo a la cumbre más alta de Sierra Segura, desde donde se desgajan las aguas que caen sobre Miller, la llaman aquí Peña de las Mentiras. Debería volver con hombres de ciencia, buenos amigos, buenos investigadores, buenos andarines. Desde ahora invito a Constancio Bernaldo de Quirós y a Francisco Barnés.

EPILOGO: POR GRANADA

DE SANTIAGO A GUADIX

PINARES del Ducado, sierra de Guillemona, poblada de árboles y no de hombres; llano frío de Don Fadrique, el Maestre; cerros troglodíticos de Huéscar... Desde aquí los veo como vertiente granadina de Sierra Segura o como estribos de Sierra Nevada; criando un solo pueblo de gentes semejantes en raza, hábitos y cultura, que llega, por Baza y por Guadix, hasta el mar de Motril y de Vélez-Málaga. ¿Y Murcia? ¿Y Almería? Yo sólo hablo de esto que vi desde Jaén a Granada, uniéndolo con el otro viaje a Alora y Casarabonela. Pero en las sierras bajas, entre Málaga y Cádiz, empieza ya otra luz natural, otra Andalucía, que hoy queremos suponer tartesia, para explicarnos por la Historia su diferencia.

I. PUEBLA DE DON FADRIQUE

He visto amanecer esta villa dormida, cenicienta, desde el rincón de una solana, en la casa más noble, más silenciosa, más ensañada contra sí misma a fuerza de melancólicos recuerdos. Se sos-

tiene de amor a su propia melancolía; y sabe, sin embargo, ser muy afable y muy cortés. El sol, antes de entrar en ella, da en la proa de un barco fantasma gigantesco: la Sagra, que hoy tendrá nevada la cima como el Fusiyama. Campos, huertas, arboledas antiguas. Molinos cortijeros al pie del monte por donde corren las fuentes del Barbata y el Guardal. ¡Demasiado silencio! ¡Demasiada ceniza! Esta solana y esta puebla de Don Fadrique, el Maestre, que murió mozo, asesinado, están pidiendo savia nueva, juventud. Voy a buscarla adonde yo suelo ir: a las escuelas. Viejos conventos, cámaras ruinosas de planta baja. En una, cuando salen los niños y a veces cuando todavía están allí, entra un cerdo por la media puerta de su cochiguera. Una maestra me señala, con desesperación—cómica, aunque no queramos—, las vistas de su clase: el patio para echar las yeguas de una parada de sementales. Abandono. Intrusismo. Hay un buen maestro: Lozano, que está orgulloso de sus alumnos: "Estos se encargarán de arreglar la Puebla de Don Fadrique." — ¡Si se acuerdan cuando sean hombres!—responde un filósofo del país. Me dicen que este mismo año construirán ocho escuelas, porque cede el solar un vecino: don Pascual Arias. Arreglarán la Puebla antes de que sean alcaldes los alumnos del maestro Lozano. Pueblo de labradores y gente a jornal. Parece como si resonaran allí los hachazos de los pinares de Huéscar y hasta de Santiago de la Espada. El héroe es el hachero. Y como en otros lugares el pirata o el bandido opulento, allí tiene leyenda el leñador audaz y rapaz que se hizo rico.

2. HUESCAR

Asoman a la entrada de Huéscar esos cerros calizos que veremos también en Galera, en Baza, sobre todo en Guadix. Cuando están pinteados de brezo, verdinegros, son grandes saurios antediluvianos. Cuando les nace flor, se convierten en leopardos. Profundas cárcavas los desgarran. Al llegar a poblado, la gente pobre los horada para vivir dentro. Pero hay también anchos cultivos de altiplanicie, y praderas donde aprovechan plantas balsámicas: tomillo, mejorana, espliego, salvia, alhucema... Campos cubiertos de amapola que aquí llaman el anapol. Una flor tan silvestre va a viajar, a pasar la frontera, y civilizada, desmoralizada, servirá para hacer cocaína. En grandes montones, al sol, como la naranja, nos alegra los ojos la amapola. Hay en Huéscar quien ha tenido seis mil kilos de espliego, que llegó a venderse a cinco duros, aunque ahora no valga la mitad. También da la tierra de Huéscar, por todas partes—últimamente en el Cerro de los Cuartos—, vestigios de población romana, monedas, enterramientos. Y en el cerro del Tonto se cosechan dientes fósiles de mamut, hachas de piedra... Las cuevas han visto y seguirán viendo todas las civilizaciones. La civilización del hacha de sílex y la civilización de la cocaína. A su lado va desenvolviéndose la ciudad y sería injusto suponer que las cuevas de Huéscar son otra cosa que suburbios. Entre ellas y las casas típicas de nuestro extrarradio—Tetuán, Puente de Vallecas—yo prefiero las cuevas. Pero lo prehistórico nos atrae, y queremos verlas, para lo cual visitamos, ante todo, Barrio Nuevo.

BARRIO NUEVO DE HUESCAR.—Es decir: burguesía troglodítica. Ya sé que aun debajo de tierra hay modo de dividir a los hombres en pobres y ricos, y que aquellas cuevas que yo ví tenían hasta el aire limpio, por cuidado de la mujer que sabe embellecerlo todo. Tres habitaciones: zaguán, alcoba y cuadra, con un agujero en lo alto. Cortinas blancas, cromos; innumerables cachivaches, vasos, jarras y peroles de cobre pendientes de la pared. Temperatura igual, aunque abrase el Sol o entre nieve por la chimenea. Bien; pero ¿y las gentes? Son familias de trabajadores, de trajinantes o de mendigos; pero no las define el hecho de vivir en cuevas. El troglodita no existe. Es el trabajador, el marchante o tratante, el vecino arruinado, el pobre de solemnidad. También hay quien tiene su tierrecita y su ganado y no sale de Barrio Nuevo. Lo que sí llega a darles carácter es su independenciamiento. Irse a las cuevas es como saltar al otro lado de la valla. De hecho, eximirse de tributos. El cerro tiene su propietario, que por diez pesetas concede derecho a abrir una puerta y cavar lo que se quiera, mientras no haya perjuicio de vecino.—Si usted manda cavar una cueva le costará treinta o cuarenta duros; pero aquí se la hacen ellos mismos—. El contrato, particular, ante el notario de las Cuevas, especifica bien, con su fórmula tradicional: "el vendedor se compromete a la "vición" y saneamiento". Los linderos son los montes, y cuando no hay otra cueva "no tiene linderos". Sabiendo que en alguno de estos pueblos hay, o por lo menos ha habido, escuelas públicas instaladas en cuevas, quise ver la de Barrio Nuevo. Pero don Manuel Vargas, maestro, consiguió del dueño del terreno una parcela plana y en ella se ha construído una escuelita mixta, muy

alegre. Van muchos chicos, cuando no se los llevan a la escabilla—a escardar—, pero niñas, ninguna. Prefieren mandarlas a Huéscar, con las monjas. —La mitad vienen descalzos, y crea usted, en invierno da pena—. No todo es burguesía entre los trogloditas de Barrio Nuevo.

EN LA CIUDAD.—¡Buena plaza para procesiones de Semana Santa con encapuchados, y aun para autos de fe, la plaza grande de Huéscar! ¡Soberbia fábrica herreriana—del propio Herrera—la iglesia de Santa María! En las escuelas ya empezaríamos a poner reparos. Hay muy pocas. Las niñas tienen hoy dos clases, como hace un siglo. Si las setecientas casas de Barrio Nuevo cuentan con una escuela, las mil casas de la ciudad no tienen más de cinco. Allí peleaban cuando yo fui, en un caserón viejo, los cuatro maestros de la graduada: Moratalla, Navarro, Vargas, Uriarte, sacando el partido posible de los medios materiales de que disponen, que son pobres. Pero estos buenos amigos habrán de dispensarme si creo que la escuela típica de Huéscar es la de su compañero Dengra. Está don Pascual Dengra en la Tercia, que antes fué capilla del rito muzárabe. Clase inmensa. Techo artesonado. En las dos larguísimas filas de bancas negras, cien muchachos. ¿Ciento o doscientos? No hay arráz, porque don Pascual es bueno; pero los veo remando y llevándose la capilla del rito muzárabe, a fuerza de puños, sabe Dios hasta dónde. Hay párvulos en un jardín, con su acacia unitaria. Y en el pañol de popa de esta magnífica galera hay—o había—un artista: Baldomero de la Fuente, que debería ensayar la estética prístina de los niños mejicanos. Todo se basa aquí en el prestigio y en la labor personal. Es la escuela que le satisface al pueblo, llámese el

maestro don Pascual Dengra o llámese don Andrés Manjón. El mecanismo oficial de una graduada le parece frío.—Los anejos de Huéscar—San Clemente, Cuevas del Canal y otras cortijadas grandes—carecen de escuela.

3. GALERA

El "auto" de línea entre Huéscar y Cúllar-Baza para en Galera. Este pueblo, de tradición romana, que no ha desaparecido como Tugia, merecía por sí solo el viaje. Vega fastuosa, huertos, bosquetes y alamedas siguiendo diversos hilos de agua. Casas sencillas, muy cuidadas, como las calles, con aspecto de bienestar. Y en vez de setos, en el campo y en los caminos cenefas de árboles del paraíso cuyo verde gris de humo de incienso es ya un aroma suave. ¿Por qué no me detuve en Galera aquel día? Hubiera evitado un mal paso. Tenía allí el pueblo modelo: administración ordenada, escuelas suficientes y cómodas, maestros buenos. Un cerro, como el de Huéscar, para ver cuevas, y unas zanjas en la ciudad antigua para resucitar la Historia. Podía haber ido también a Castril de la Peña, que no está lejos, pueblo de sierra alta: el racimo de casas cabalgando sobre la doble cúspide del promontorio y un cementerio de Gustavo Doré donde, según fama, hay número de plazas limitado y cuando llega nuevo ocupante desaloja al más antiguo, que rebota de peña en peña sobre otros que le precedieron y no tuvieron suerte para alcanzar el río Castril... En vez de la colonia romana y del peñón dantesco se me ofrecía el camino de Cúllar, y lo seguí por puro prejuicio, por atenerme al plan, falta grave que merecía un castigo, y lo tuvo.

4. CULLAR-BAZA

¡POBRES MAESTROS!—Pero a Cúllar de Baza era preciso que llegara un español que no va, como los extranjeros, a ver en las vertientes estériles los ojos negros de las cuevas por comprobar remotas supervivencias ibéricas. Tal es la diferencia entre un viaje puramente estético y el mío, pues apenas desembarqué del coche en Cúllar me atrajeron otras cuevas que no interesan al turista. Primero, la escuela de la placeta del Bendo. Escuela típica de tierra de caciques. Escuela que, si yo pudiese, iría con todas sus grietas, sus lacras y sus goteras, con toda su mugre, su polvo y su carcinoma, al museo arqueológico que debemos ir preparando a la España del año 2000. Allí vivía el maestro cuando yo fuí. Ocupaba el piso principal, en calle estrecha, ni mejor ni peor que otras viviendas granadinas, aunque la escalera es oscura. La clase estaba arriba. Era temprano. El maestro no había empezado a trabajar aún. "Subiré yo solo mientras usted se arregla." Y subí por una escalerilla más lóbrega—peldaños claudicantes, pasamanos roto—. ¿Cómo soportaba aquel andamio tan frágil el aluvión de los muchachos, y sobre todo el peso del maestro, que era hombre macizo y corpulento? Crujió la última tabla y me encontré en la clase. En el desván. Vigas viejas al aire. Ventanitas bajas, tan pobres, tan humildes como las bancas; pero no tanto como dos niños que me contemplaban asombrados desde un rincón. El efecto de tanta miseria y de tan inconcebible abandono me hizo mirarlos con infinito dolor. Volví los ojos hacia el techo para ver por alguna rendija un pedazo de cielo. En esto me

pareció que el más pequeño sorbía demasiado, y luego, que se sobresaltaba y empezaba a hipar. Por fin, lloró.

—¿Qué te han hecho?—le dije—. ¿Por qué lloras?

—¡Es porque está usted aquí!

—Sí, señor—intervino el otro—; es de verle a usted.

Y tenían razón. Yo debía de ser—esta vez de verdad—un caballero de la triste figura. Lloraba el pobre muchacho por él y por mí.

Pues todavía hay en Cúllar de Baza algo más grave. Todo fuí viéndolo en compañía de un alumno de la otra escuela—la de don Antonio, que es algo mejor, pero que está también en un desván—. Este chico, ya mayor, muy despejado, se llama Camacho y es hijo de un contratista de carreteras. Me hizo ver el barrio de las cuevas, con muy discretos comentarios, mostrándome cómo era cierto que allí un viajero podía atar el caballo en la chimenea de las casas. Luego me llevó a la escuela de doña María. Trabaja esta señora en un piso en declive tan pronunciado que se le ve irse a pique, y como yo lo observara humorísticamente, la vi estremecerse y temblar. Hacía pocos meses, un día de comunión, cuando estaban más niñas reunidas junto a la pizarra, se partió la viga maestra que sostiene toda la cruzía; y gracias a que, por milagro, entró aquella mañana en la bodega el mismo dueño de la casa y pudo mandarlo reparar a tiempo. Yo bajé a esa bodega y vi la viga rota y los pies derechos en que provisionalmente descansa la escuela, con doña María y sus setenta u ochenta niñas. Me explico el rostro demacrado y la expresión ascética de aquella mujer inteligente. ¡Pobres maestros!

¡POBRES PUEBLOS!—¡Pobres maestros! Y también ¡pobres pueblos! El maestro asume—o debe asumir—la sensibilidad que al niño le falta. El niño—ya lo hemos visto—es cera blanda: se amolda a todo. Cuando la presión a que le obligan es demasiado fuerte, se limita a morir. Y su única defensa es la liberación. La fuga. La falta de asistencia. El cerrilismo absoluto es mejor, más sano, material y espiritualmente, que el envenenamiento de escuelas como las que vi en aquel confín granadino. ¡Pobres pueblos! Echémonos a buscar explicación del caso de Cúllar, que no está fuera del comercio humano, como Santiago de la Espada. Cruza por allí desde tiempo inmemorial el camino de Granada a Murcia, y el ferrocarril llega muy cerca, hasta Baza. Hay sierras porque se prolonga su término hasta la de María y la de las Estancias; pero también llanos y vegas, con numerosos pueblecitos agregados, de los cuales cinco o seis tienen escuelas que no he visto, pero que no pueden estar peor que las de Cúllar. Al llegar aquí se descubre, no ya descuido, sino hostilidad, ensañamiento contra la instrucción. ¿Por qué? He dicho antes que toda esta franja montañosa de Jaén a Málaga se parece demasiado. El partido de Baza, por donde caminamos en este relato, da una suma de analfabetos tan alta como la de Jaén; la más alta de la provincia de Granada. Hay algo que no depende sólo de la geografía. Algo que es también efecto y causa. Preciso e inevitable es, al llegar aquí, destacar una figura, hija del país, producto del medio: el cacique.

Algo sabía yo de Cúllar-Baza antes de ir. Con buena memoria, para acordarnos de las discusiones de actas—documentos parlamentarios donde

aparece revuelto, y, por tanto, visible el poso de la vida local española—tenemos noción aproximada del carácter de cada pueblo. En algunos el silencio equivalía a una declaración. Pero casi siempre a través de la estrategia política relampagueaba la verdad, y por un momento veíamos los pueblos a la luz más siniestra, que no por serlo dejaba de darnos sus líneas exactas. ¡Cuadros realistas, de una realidad espantosa! Eran oídas aquellas descripciones como relatos de guerra; con la costumbre y la indiferencia del horror. Se bromeaba. Se hacía ingenio. Como en campaña. ¡Cuánto hay que estudiar! ¡Cuánto habrá que prever si se quiere fundar lo nuevo sobre una base honrada e inteligente! Pues bien, lo que conocíamos de Cúllar-Baza eran historias inconcebibles de dominio personal y político fundado en el terror. Allí dominó muchos años un famoso cacique apoyado, por una parte, en la oligarquía de Madrid, y por otra, en una cuadrilla de valientes entre los cuales figuraban ex presidiarios. El mismo había sufrido persecución por la justicia. Sin tener al pueblo metido en un puño, Madrid no le hubiera hecho caso. Sin contar con Madrid, el pueblo se le hubiera rebelado cien veces. Cualidades contradictorias de inteligencia y de carácter poseía aquel reyezuelo de la taifa de Cúllar, cuya vida tenía dos caras de muy distinta catadura, según la mirase el amigo o el enemigo.

De mozo, siendo obrero, había matado a un fabricante inglés que vino a Cúllar, se encariñó con el pueblo y montó en su término una elaboración de espartos. ¿Vindicación? ¿Asesinato? Según quien nos lo cuente. Volvió del penal, y si hoy mismo preguntáis en el pueblo cómo llegó a ser árbitro y tirano, unos dirán que por su audacia y por su

cuadrilla, y otros que por su generosidad y su talento natural. ¡Formidable poder el que ejercen estos hombres de presa, con capacidad de mando, si caen sobre pueblos débiles, ignorantes, dejados de la mano de Dios, donde pueden estar seguros de la impunidad! Fué concitando contra él muchos odios, pero contenidos en silencio por la impotencia. Y porque en país dominado son pocos los hombres capaces de arriesgar su vida contra otro que maneja el censo—es decir, la *Gaceta*—, los impuestos, la administración; y que, además, tiene a su servicio amigos en Madrid y matones en el lugar. Este es el tipo del cacique, que ojalá fuera hoy pura historia, arqueología política. El 13 de Septiembre—porque no estoy hablando del romano, ni del cartaginés, sino de nuestro tiempo—, el 13 de Septiembre del año 23 les llegó la ocasión a sus enemigos. Me contaron que le habían hecho salir a un balcón del Ayuntamiento, esposado y ensangrentado, para darle al pueblo ese dramático desquite. Pero no fué así. Quedó al margen; le abandonaron sus defensores, y aunque perseguido, no hubo tragedia de gran espectáculo. Murió oscuramente, de un modo extraño, en un café. Yo renuncié a buscar detalles de este final en la leyenda del cacique vencido, porque no sabía qué era allí más odioso: si la sumisión antes o el encono después. Aun hay en Cúllar gente leal, que, después de muerto, no le niega. Más arriba de la fonda o posada donde yo paré me señalaron la casa en que vivió y reinó.—Esta era la puerta del cacique.

Las letras no le hicieron falta, y las tuvo instaladas, de misericordia, donde el lector ha visto.

5. BAZA Y SU HOYA

Esta tierra mora de Baza debí yo correrla con un moro de corazón como aquel D. Mariano Gaspar Remiro, que fué gran amigo mío y se pasó media vida estudiando las agonías de la corte nazarí de Granada. Cuando D. Mariano encontraba algún documento árabe que nadie había sabido leer, por el cual se explicaba un poco la conducta del desdichado Boabdil, venía a vernos y a contárnoslo misteriosamente, como si le doliera murmurar del rey D. Fernando el Aragonés, que, al fin, era paisano suyo. Para el buen arabista, profesor de hebreo, la Historia no era Historia, sino vida actual; y aunque buen cristiano, alguna vez me pareció que tenía intenciones de advertirle al rey Chico que no se dejara engañar. Un compañero así; un erudito entusiasta me hubiera hecho falta al llegar a Baza. ¿Qué resta—en pura realidad, sin fantasías—en Baza, su Hoya y sus contornos, de los ocho siglos árabes? ¿Tienen algún influjo esos ocho siglos en las consabidas cifras estadísticas? La civilización que había aquí, hasta el mar, se hundió, tras muchos años de ruina, decadencia y degradación. La que vino a sustituirla empezó en el 1500. Este es, por consiguiente, un país tan nuevo como América. Un país de inmigrantes y colonos, de conquistadores y funcionarios. El otro que acabo de dejar, en Sierra Segura, lindante con el granadino, era, hasta esa fecha, algo peor: un *hinterland*, una tierra de nadie, buena para escondite y refugio de vencidos. Huéscar, Cúllar, Baza, Guadix, ciudades de un reino que se desmoronó el día antes de la toma de Granada, quedaron despo-

bladas. El campo y la sierra mucho más. Entonces, ¿para qué hablar del influjo moro? ¿Para qué traer a un arabista? Confieso que no piso firme sobre este capítulo de historia. No sé si quedaron bien raídos, primero de moros y luego de moriscos, los llanos y las montañas, ni si tiene volumen apreciable la masa de sangre que se conservó. Noto un acento muy fuerte, nativo, acaso anterior a moros, godos y romanos; pero esa tesis, que podría agradar a un aborigenista, a mí no me conviene. Yo no quiero que lo nativo sea lo más rudo. Yo prefiero echar la culpa a moros, moriscos y torpes y fanáticos colonizadores; salvando ese acento de la Hoya de Baza, de la Alpujarra y toda la Andalucía Oriental.

Los maestros de Baza creerán que al cabo de tanto tiempo me olvidé de ellos y de la guerra que, involuntariamente, les di, distrayéndoles de su trabajo y haciéndoles ir por causa mía a los Llanos de El Baúl. Todo lo contrario. Recibí tan buena impresión de su cordialidad, del entusiasmo e inteligencia con que trabajan, que muchas veces los he puesto como ejemplo de compenetración y compañerismo. Vuelvo a ver hoy como si estuviera en ellas sus escuelas. Típicas de ciudad labradora y rica. Instaladas, según costumbre, en cualquier parte; en pisos de casas particulares; indicio de domesticidad de la enseñanza. Así la escuela de D. Luis Magaria en la calle Parroquial Mayor. La de D. Rafael, en un granero—arreglado, disfrazado y encalado, con su parral en el patio, como un jardín colgante en abreviatura—. Otra más señorial: la de D. Eduardo Hernández en la casa de los Mendoza. Demasiado empaque. Escasas condiciones. Una señora anciana, con su hija y su nieta,

todas maestras, procura defenderse en un viejo caserón ruinoso. Otra se empeña en dar clase en una lonja, buena para almacén de garbanzos... ¿Para qué seguir? Organización provisional, eternamente provisional, de la enseñanza. Grandes proyectos de grupos escolares: "Palacios de la Instrucción Pública Municipal"; que acaso se realicen, como en otras ciudades andaluzas, por ejemplo: Ubeda; y que yo desearía ver convertidos en proyectos más prácticos de edificios sencillos, con capacidad, por el mismo sacrificio del pueblo y del Estado, para triple número de alumnos. Lo que vi fué eso: pocas, muy pocas escuelas, con buenos maestros, y clases llenas, en locales inadecuados.

La ciudad de Baza—grandeza pretérita—parece como si quisiera incorporarse. Fué perdiendo pobladores de siglo en siglo, y ahora empieza a recuperarlos. Su Colegial es magnífica, rotunda afirmación cristiana sobre la mezquita mora. —Por eso—me decía un maestro—no estaría mal aquí otra magnífica afirmación. —¡Desconfíe usted de las magnificencias!—le dije—; nuestro culto no necesita catedrales—. Junto a la iglesia, cuya planta data de Recaredo, hay casas de abolengo y viejos conventos. Entramos en el de Santo Domingo, desalojado por Mendizábal. Claustro del más fino Renacimiento español, con arquería bellísima. Bajo las columnas veo dos filas de pesebres y una recua de mulos y asnos. A otro lado, sacos repletos y cedazos. Al otro, más pesebres y una camioneta gris. En el centro, una hermosa fuente llena de agua de lavar. La galería alta, cegada. Todo el convento lo ofrecieron hace pocos años al Municipio, por cinco mil pesetas, para grupo escolar. No interesó la oferta. Me dijeron que unos arqueólogos alema-

nes dan veinte mil duros por el claustro. ¡Historias de antiguas y nobles ciudades que tienen siempre algo de almonedal

6. PARADA ENTRE BAZA Y GUADIX

Entre Baza y Guadix me ocurrió el vuelco del autobús. Todo fué suerte en aquel accidente: —Suerte que no han volcado ustedes más abajo, donde empiezan las torrenteras! Si caen ahí no queda uno para contarlo. —¡Suerte que el palo del telégrafo contuvo un poco y sólo dieron ustedes una vuelta! —¡Suerte que la herida es en la cabeza, y eso, si no mata, cura pronto! —¡También es suerte que no se haya partido usted la pierna con un golpe tan seco! — Todo, verdad. Y aun había otra prueba más elocuente de que aquel día nací con buena fortuna: el sitio del vuelco. Si el lector quiere a toda costa probar las emociones de un accidente de autobús, le aconsejo que haga lo que yo. Vaya a caer lo más cerca posible de la casita de don Celso Ros. Allí le curarán; le tratarán con amabilidad y llana cortesía. Encontrará atenciones y cuidados discretos, con arreglo a la hospitalidad inglesa. Aire de sanatorio. Mesa limpia. ¡Y un armario de libros!

Cuando yo vi el armario de libros, cosa tan rara en este viaje, pensé: ¡Aquí me quedo! Ni por un momento creí que iba a quedarme en la cuneta de la carretera, ni aun en aquel instante solemne en que nos estrellamos. Mejor dicho: ese instante se compuso de tres: uno, el del vuelco, con su golpe retumbante y sordo; otro, el de la lluvia de cristales; y el último, el más imponente: el del silencio que siguió. Todavía podríamos subdividir cada uno de esos instantes en otros varios, porque da mucho

de sí el tiempo en ciertas ocasiones. Por ejemplo, en el instante final, el aire se hizo irrespirable, nuestra caja se llenó de humo. Podía arder el depósito de gasolina. Desde que hubo esa posibilidad hasta que me descolgué por la ventanilla y salté al encinar en que habíamos hecho parada, no era difícil apreciar unas cuantas pausas. Luego cuando empezaron los gritos de los heridos y yo mismo, sentado en tierra, debajo de una encina pude reconocerme, pasarme revista y encontrarme entero, el tiempo tuvo mucha menos importancia. Igual daba una hora que un año. ¡Qué cielo tan alto! ¡Qué buen sol! — ¡Ahora iremos con usted! Espere usted un poco que aquí hay uno muy grave!—Lo que quisieran. Yo estaba pensando, plácidamente, muchas cosas y la sangre que sentía correr, al fin y al cabo, era algo, natural en una campaña. Así se dice: "el bautismo de sangre". — ¡Si esto sirviera, al menos, para que hagan las escuelas de Cúllar!— Me acordaba de Cúllar y no de Baza, porque en un cafetín de Cúllar, con más moscas que en todo este encinar, alguien me había dicho: —No vaya usted a Guadix en el "Autedia", que está averiao.— Y también allí contaron que, no hacía mucho tiempo, habían puesto al paso de este coche un poste telegráfico, siguiendo la sombra de otro poste, para que el conductor no lo viera; y volcó y se hirieron no sé cuantos curas de una comisión que iba a Granada. Sospechaban de unos gitanos. Hablaban también de la competencia de una camioneta. Pero, desde luego, fué intencionado ese vuelco; mientras que el mío, no. El mío, si alguien pudo desearlo fuí yo, que en aquella deliciosa mañana gozaba, medio despierto, medio dormido, un inesperado descanso.

¡Qué bien hice en quedarme allí, valido de mi *schock* traumático, más grave que la herida y que las magulladuras! Un médico de Guadix situado providencialmente al paso del "Autedia" me curó. Luego cuando se llevaban a los otros, caí en plena felicidad. ¿No se ha dicho que la felicidad es un gran deseo de dormir? Ocho días pasé en la casita de campo del médico de Baza, D. Celso Ros, a quien debo gratitud que quiero manifestar en este libro, no sólo por él, sino por su madre y su esposa. La vida de un médico que se atreve a ejercer en los Llanos de El Baúl sería demasiado dura si no le rodeasen el cariño y la devoción de una familia como ésta. En pleno invierno, a veces a media noche, se detiene un caballo al pie de la terraza de D. Celso. Llueva o nieve, el que venga a buscarle se lo lleva, sabe Dios a qué caserío o cortijada de la Sierra. Otras viene el enfermo; o lo traen. Le ha mordido un perro rabioso. O se ha dado un hachazo en el pie partiendo leña. O tiene unas calenturas que no sabe de qué son y no puede perder el jornal. Yo he asistido allí a la vacuna de los chicos y de muchos grandes. El prestigio del médico es tan arraigado y tan fundado, que llegan hasta a dejarse vacunar. Pero ¡su trabajo les cuesta! He visto lo que representa en el campo "una consulta". No quiero decir—el lector lo adivina—cuál otro mensajero de la vida pongo yo junto al médico. En cuanto me fué posible andar con alguna seguridad me eché a buscarlo: porque si donde no hay médicos hay curanderos, donde no hay maestros tiene que haber enseñaores.

7. "ENSEÑAORES"

Hice, pues, mi primera salida más arriba de donde estuvo la famosa Venta del Baúl, que dió nombre a estos llanos. La casa de D. Celso está situada en lo más elevado de la altiplanicie de Baza, a 1,500 metros. Lugar silencioso, aire fino bajo los pinares, aire de sierra que cuando tuve la suerte de poder respirarlo como un bálsamo, no era demasiado frío. Sesgado al paso del camino hay un cerro enorme, un poco torvo, porque vienen a buscarlo las nubes; pero bronceado de pinos y de "pionchos" o piornos, que empiezan a echar flor. Fuera de este cerro, obstáculo para ver la cumbre de Santa Bárbara, en anchísimos horizontes—al Norte y al Este sobre todo—, el panorama se desarrolla completamente abierto hasta la sierra de Cazorla y hasta Sierra Nevada. Dos veces por semana cruza altísimo un avión francés del servicio postal a Marruecos. Entra bordeando el Jabalcón, y desde que asoma hasta que lo pierden los prismáticos, rumbo sureste, a Málaga, hay dos horas de vuelo. Dos horas de paz, dos horas largas que a nosotros nos sobran, pues, como digo, se trata de estar quietos, de ver pasar a los demás, en "auto", en tren, en avión, y aprovechar la quietud y los silencios como regalos de la Fortuna. El Jabalcón es rubicundo; los cerros de Jaén destacan unos escalones rojizos, y estos llanos próximos, hacia Bernalúa, parecen de tierra clara de hormiguero, tierra de cuevas. Lo más fuerte, la sierra de Baza. Todo ello con infinitos cambiantes, como la superficie del mar, como si sólo fuera luz. El escenógrafo no se cansa nunca, y es el espectador quien debe echarse

fuera de la magia. ¿Dónde están los hombres? No los que pasan volando, sino los que se quedan aquí. ¿Cómo es la buena gente del pueblo en los llanos del Cuquillo, de la Chirlata, de los Alfozares?...

Atravieso el camino—camino real de Andalucía—, doy algunos pasos, monte arriba, muy despacio para probar fuerzas. Bulle el pinar. Ha entrado la primavera. Rastros de conejos... Quizá una levantada de codornices que yo desperdicio como un ignorante. En cambio, sé apreciar el misterio de esta plazoleta de roble y jara, en cuyo fondo algo o alguien se mueve. En efecto: aparece ese burro viejo, melancólico, trabado de las manos, que suelen encontrar los automovilistas abandonado en la carretera para que se suicide. Luego, por una deliciosa vereda, llego a una especie de rancho de carboneros. Cuatro casas rodeando a un nogal, y atadas al tronco, dos cabras. Pero no hay nadie. Las puertas, cerradas. En el encalado de una jamba, este letrero: "*Aquí ha hestado el Maestro.*"

—¿Qué maestro es ese?—pregunto al volver de mi excursión.

—Es el maestro que viene aquí—me dicen—. El letrero lo ha escrito él mismo, para hacer constar que no ha faltado. Y hay que dispensarle la ortografía, porque es un buen hombre que cumple bastante bien. Enseña de todo: la salve, el credo, el abecé, la plana de escritura... ¡De todo! Sin floreos, porque a él mismo le cuesta trabajo leer de corrido. Cada muchacho suele darle al año una fanega de trigo, que vendrá a valer sus veinte o veintidós pesetas. Y además le siembran un celemín de garbanzos. Viene a sacar muy poco. Según los chicos que haya en cada cortijo. A veces, estos maestros son también barberos, y hay uno que va vendiendo

albarcas. Pasan sus apuros, porque los chicos quieren saber, y cuando tropiezan con palabras raras, las echan el alto. Por ejemplo, *quimico*. Así, sin el acento. "¡Quimico, quimicol... Y diga usted: esto de *quimico*, ¿qué es?" El maestro le contestó al muchacho: "Pues, hombre' así, de pronto, no lo sé; pero ya veremos mañana."

Por los sembrados, haciendo vereda nueva entre las espigas, llegué hasta La Noguera, donde, en efecto, hay un hermoso nogal y otros árboles de mucha fronda. —Nota: Conviene hacerse amigo de los derros en estos cortijos, sobre todo si el que anda entre los sembrados cojea y lleva un cayado de pobre—. Iba a casa de Juan Lozano, labrador, para ver a otro maestro cortijero, que se llama Pedro Blázquez Alonso. Estampa rústica: la del pueblo, a orilla de un arroyo, que podía ser limpiísimo; la de la casa, con mucha viguería y toda la nervadura negra al aire; la del maestro, seco, magro y moreno del sol, como un pastor. Un número inverosímil de moscas. Un ramusgo de cebolleta y de heno prensado o mosto, o Dios sabe qué. Es curioso cómo pueden convertirse en ciudad con todos los inconvenientes urbanos y ninguna de las ventajas campestres cuatro casas levantadas en medio del campo. Pues allí, entre las mujeres, que lo contemplan con respeto, dan clase Pedro Blázquez y sus alumnos. Un montón de chicos mira desde la puerta; pero trabajando no hay más que tres. Ninguno quiere leer en alta voz. Hay además una mozuela. "Pero a esa no podemos decirle nada, que *está puesta*" hace un mes." Y Rosalía no sale porque está escribiendo una plana—"como ya es grande, no quiere que la vean"—. Parece como si estos buenos muchachos estuvieran sometiéndose a

una operación y Blázquez fuera a circuncidarlos o a vacunarlos, por lo menos. El esfuerzo de su voluntad se aprecia en el ceño y en cierto ímpetu de los ojos asestados sobre la cartilla.

Por allá viene, desembocando de la Hoya de Baza, muy alto, pero bien a la vista, el avión correo. Los muchachos que se han quedado fuera empiezan a gritar. Uno le caza con el gesto, como a un pájaro. Yo recordaba de cuando era chico aquel cuento de Andersen, autobiográfico: el patito feo, que ve pasar junto a las nubes, audaz y magnífico, un vuelo de cisnes. El patito de esta historia sentimental, que en realidad es cisne, aspira, sueña; su vago instinto le dice que él llegará a volar también. Veamos cuál de los discípulos de Blázquez es capaz de sentir ese anhelo y de mirar a lo alto de cierta manera. Los del arroyo miran como cazadores. El avión para ellos es un blanco, una pieza que va muy alta.

8. GUADIX.—DE BENALUA A PAULENCA

El cuadro que venía esbozándose desde Huéscar llega a plena realización en Guadix. Mejor vega, mejor ciudad, mejor fondo para el paisaje, puesto que hemos llegado al pie de Sierra Nevada, y mejores cerros de cuevas. Estos cerros de ocre, lívidos o rosados, según la luz, parece que van a romper como una ola rasa, inmensa, sobre la ciudad. Todo lo contrario: la ciudad rompe sobre ellos; los taja, los horada e infiltra en profundas conejeras cinco o seis mil de sus habitantes más genuinos. Desde Gorafe y Gor, las trincheras del ferrocarril de Murcia son tierra de cuevas. En la misma estación de Guadix las alturas están coronadas por unas

construcciones mixtas de casa y cueva. Arquitectura extraña; especie de mudejarismo; transacción, no del moro con el cristiano vencedor, sino del troglodita con el granadino. Yo hubiera querido ver, dentro de mi programa, una escuela nacional, con maestro o maestra, titulares, instalada en cueva. Pensaba ir a Benalúa de Guadix.

—En Benalúa—me dijeron—no es extraño que ocurra eso. Así ha vivido todo el pueblo siempre. ¿Por qué había de ser distinta la escuela?

De igual modo, cuando vemos chicos descalzos, nos lo explican sencillamente: "Es costumbre." Y a veces: "Es comodidad." La escuela, el niño, hasta el maestro, fundidos con la tierra; del mismo color que la tierra. Pensaba haber visitado ese pueblo—como digo—, y luego el barrio de Camarate, donde también había—o hay—escuela mixta servida por maestra, que da clase y vive en una cueva miserable. Pero no pudo ser. No podía andar cuatro pasos, ni subir escaleras, y lo mejor era volver a Madrid, a casa, cuanto antes. Tuve que contentarme con buenas y fidedignas referencias, aunque no sea ese mi sistema. Benalúa empezó a respirar con una azucarera y una fábrica de pasta de papel. Estas hicieron escuela y llevaron un buen maestro. Pero quedaban las antiguas, en cuevas. Enseñanza, por todos conceptos, troglodítica. En Camarate fué clausurada la escuela-caverna. Luego la volvieron a autorizar. Hoy, no sé... Y si esa es la vida del país—me reprochan algunos—, ¿cómo va usted a pedirles a gentes tan pobres que hagan una excepción para lo que a usted le interesa? ¡Otras cosas necesitan antes que las escuelas!

En Guadix está la sede, la capital—o el ombligo, para decirlo más exactamente—de ese orbe subte-

rráneo. Podemos asomarnos desde la Ermita o desde las Erillas del Ara. Los cerros se nos vendrán encima, gesticulantes. La ola traerá innumerables picos de formas grotescas, de aquellarre. Pero como no se desploma nunca, llegaremos a bucearla por cualquiera de sus repliegues y de sus infinitas galerías. Todos esos túmulos soterrados que parecen formar una vastísima necrópolis tienen su salida de humos. Si quiere atar aquí su caballo el barón de Munchausen, mañana se lo encontrará colgando, no de la veleta de la torre, sino de la chimenea. Y ante la abundancia de agujeros, guaridas humanas, pensamos que por estas madrigueras se llamó Hesperia a la Península, y en una de estas vegas debió de estar el jardín de las Hespérides, hipótesis que me limito a exponer, sin encariñarme demasiado con ella, porque este viaje lleva otros fines.

Las cuevas son lo más singular y pintoresco, pero no lo más importante de Guadix. La ciudad cristiana conserva su catedral; la primera, la más antigua de España, según tradición, y su plaza del 1600. Un corregidor, Bohorques, caballero del hábito de Santiago; un alguacil mayor del Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Granada, veinticuatro de la ciudad de Córdoba; y un Rivalta Dávalos, alcalde mayor, perpetuaron, más que su nombre, el de la autoridad real y municipal. Al amparo de esas potestades y de la vega espléndida creció una ciudad rica, más semejante a Ubeda que a Baza y a Granada. Supongo que hacia esos días del alcalde Rivalta Dávalos, tuvo Guadix su momento de plenitud, y que no le ha faltado nunca espíritu para acompañar las grandezas de la Iglesia y del Poder Real. Esto parece que debería obligarme a hablar un poco más de la

ciudad cristiana y un poco menos de las cuevas; pero la instrucción que yo busco, la de sus escuelas primarias, corresponde más a las cuevas que a la Catedral y a la plaza de la Constitución. Hay muy pocas. No llegan a diez, para doce mil habitantes. Ninguna graduada. Las mejores las construyó una Empresa: la Compañía del Ferrocarril. El maestro de Ermita Nueva vive, como todo el barrio, en una cueva que cedió el Obispo al Municipio al mismo tiempo que el local de la escuela. Otras dos escuelas recién creadas se habían instalado provisionalmente, cuando yo llegué, en lugares impropios, húmedos y oscuros, sin otro material que cuatro bancos destartalados. Todo por el buen deseo de no perder el derecho dejando transcurrir el plazo.

Imagine uno de estos maestros nuevos, que no necesitan estímulo de nadie para estudiar y para tener conciencia de su deber, que la suerte lo lleva cerca de Guadix, a la escuelita de Paulenca. La clase está en edificio de planta. Su cuarto de dormir, más al fondo, en cueva. Como la cocina de campana y el horno están dentro de la clase y tienen cierto aspecto decorativo, pondrá arriba el retrato del Rey; pero si coloca la mesa debajo, por simetría, le lloverá hollín. Si va solo, buscará por todo el pueblo hospedaje y no lo encontrará. ¡Agradezca a las buenas almas que quieran darle de almorzar! ¿Dónde para un maestro, si no hay posada? Ofrecerá dinero. Es inútil. ¿Son inhospitales? No. ¿Desconfían? Tampoco. No quieren comprometerse a estar en la casa a hora fija ni a encender lumbre cuando le conviene al maestro. Se las arreglará como pueda. Y el primer día verá entrar por la puerta de su escuela veinte o veinticinco muchachos, legítimos de Paulenca, la ma-

yoría descalzos, que hoy asisten y mañana no, y que se le irán al campo antes de hacer carrera de ellos. Por afecto a sus alumnos, estudiará la vida del pueblo y verá que la pobreza material no es la peor. Paulenca está en un cerro. La dueña del cerro, por vínculo, es doña Matilde, que da las cuevas a censo. Cultivan olivares y hay muchos pequeños propietarios que trabajan lo suyo, y cuando les toca son jornaleros de los otros. Con todo ello podrían vivir mejor, pero nadie los saca de sus cuevas, donde nacieron y donde, seguramente, morirán.

También podía enviarlo a Belerda. ¡Paulenca es París, junto a Belerdal Cuevas en un barranco, madrigueras. Dos o tres casucas de tejas. Cultivo pobre: "Una poquiya vega, y esparto." La escuela, mixta; "pero las niñas no quieren ir con los chicos porque les da vergüenza." Local mísero. Dos cuartos pequeños, y el maestro en la puerta. Y cuando empieza a desesperarse, verá con sorpresa que hay allí más interés. Van adultos y adultas. Encuentra hospedaje, donde le tratan bien. Los chicos faltan menos y tienen voluntad. En medio de tan extrema pobreza, su espíritu de misionero acaba por encontrarse a gusto. Porque los pueblos son así.

GRANADA LA BELLA

I. ENTRE GANIVET Y EL P. MANJON

GRANADA la bella! Invocación de enamorado, de amante con mal de ausencia, como Ganivet en Helsingfors. La diríamos en árabe y nos sonaría más. La pondríamos en boca del último rey moro y daríamos una versión fatalista del Paraíso perdido. Versión musulmana, sin rebeldía, ¡naturalmente!; sin ángel, mejor dicho. Era el Paraíso lo que perdió Boabdil, y tenía motivos para suspirar. Desde entonces, los mismos hijos de Granada, que no lo han perdido, hablan de ella suspirando un poco también, como si no la miraran desde dentro, sino desde el camino del Padul. "¡Oh gran Dios!", que fué la frase del Zogobi, "el pequeño desventurado". ¿Qué les falta? ¿Qué cosa perdieron o van perdiendo irreparablemente los granadinos?

Puesto que he nombrado a Ganivet, él nos lo dirá como nadie. Era un español de excepción, un granadino de excepción. Pero estos genios singulares—yo creo en el genio de Ganivet, nuestro pobre Hércules malogrado—, estos hombres distintos de

los demás, son quienes de verdad representan la grey que no tiene voz ni sabe siquiera cómo es en el fondo su sentir. Hace tiempo, mucho antes de emprender este viaje, venía yo guardándole rencor al mejor Ganivet, al de Granada la bella, por ciertas páginas cuyo móvil no acertaba a explicarme bien, aun estando de acuerdo con aquella naturaleza bravia, tan enemiga de todo lo que fuese desnaturalizar al pueblo y de llevar al bosque arte de tijera y de jardinería. En la Alhambra, en el Generalife, Ganivet hubiera sido para mí un buen compañero. Mejor aún en el Albaicín. Pero estoy seguro de que me habría dejado solo en cuanto se enterase de que yo iba a Granada para ver las escuelas. Un día, al bajar rodeado de maestros la carrera del Darro, como llevaran todos un gran desánimo y trataran de convencerme de que mi empeño era inútil y de que allí no podríamos hacer nada, recordé de pronto a Ganivet y me pareció que estaba oyéndole hablar:

"Sabedlo, pedagogos de tres al cuarto, propagandistas de la instrucción gratuita obligatoria. Jeremías de la Estadística, que os sofocáis cuando veis en ella que el 50 por 100 de los españoles no saben leer ni escribir, y pretendéis infundirles conocimientos artificiales por medio de caprichosos sistemas: el único papel decoroso que España ha representado en la política de Europa en lo que va de siglo no lo habéis representado vosotros o vuestros precursores, sino que lo ha representado ese pueblo ignorante que un artista tan ignorante y genial como él, Goya, ha simbolizado en su cuadro del "Dos de Mayo", en aquel hombre o fiera que, con los brazos abiertos, el pecho salido, desafiando con los ojos, ruge delante de las balas que lo asesinan."

Fué allí, en presencia de tantas caras tristes, donde se me apareció el verdadero Ganivet. A mí

ya no podía engañarme con exabruptos de esa especie. Era el enorme y experimentado conocimiento de sus contemporáneos lo que le obligaba a pedirles que estuvieran quietos, que no hicieran nada ni tocaran nada. "Quedémonos en la dulce interinidad en que vivimos... Veamos claro, orientémonos antes de reformar; tanteemos nuestras fuerzas." Todavía va más allá: "No encendamos luz—dice— hasta saber lo que vamos a alumbrar. El candil y el velón han sido en España dos firmes sostenes de la vida familiar, que hoy se va relajando por varias causas, entre las cuales no es la menor el abuso de la luz..." "Poned un foco eléctrico y una estufa que iluminen y calienten toda una habitación por igual, y habéis dado el primer paso para la disolución de la familia." Era maza demasiado fuerte el talento de Ganivet para hacer humorismo; pero lo vemos reír según va internándose en esa manigua de apariencia tradicionalista. Se ríe de Granada, como de España; de los hombrecillos que él conocía y que inevitablemente habían de ser los que se encargaran de hacer las cosas. Y además se ríe algo de sí mismo. Todo el sabroso capítulo costumbrista del "¡Agua!" es una broma fina de granadino escrita en 1895 y de actualidad hoy, al cabo de treinta y tantos años. Las guías lo tradujeron a su modo en una línea: "¡Desconfiad del agua!" Y Ganivet se adelantó a contestarles: "¡Desconfiad del higienista!" Pero le inspiraba siempre el temor a que Granada perdiera carácter sin ganar dignidad. Para él, los más temibles no eran los burros del Avellano.

Interinidad. Peréntesis. Un siglo o dos de reposo legislativo. Y no preocuparse por extender la instrucción, sino por ennoblecer la ciudad, restaurar su vida comunal y conquistar las libertades municipi-

pales. Yo no voy a argumentar ahora frente a la estatua de Ganivet, que no habla. Ese programa me parece más difícil que el ajuste a una Constitución. Para ennoblecerse no le estorbaría a la ciudad que el buen pueblo tuviera escuelas. El buen pueblo, que el año 8 cerró España y el año 20 la abrió a los mismos invasores, no hizo en ambos casos sino obedecer al clero. La primera vez, para su gloria; la segunda, para su vergüenza. ¿Es que Ganivet no quería darle alas y lo juzgaba incapaz, condenándolo a tutela perpetua? Me temo que hubiera algo de eso, porque en toda su obra asoma el gobernante, el hombre que tantea su propia aptitud de gobernar y teme el obstáculo de los semi-ilustrados. De todos modos, lo más profundo de su sentido de la interinidad vengo yo ahora a verlo corroborado por las escuelas granadinas. Ganivet dió una razón alegable. Halagó el amor propio de la ciudad, que se admiró a sí misma, dejando de hacer por inteligencia lo que no hacía por incapacidad. En fin, autorizó a Granada la bella para ser la bella durmiente.

Un consejo dió, sin embargo, Ganivet: "Si hacéis algo nuevo, dadlo color y sabor granadinos. Si intentáis unas escuelas Froebel, llevadlas a un carmen." Pero ya se le había adelantado, quizá mientras él estudiaba en Madrid, un canónigo burgalés, hombre bueno y también genial, que supo herir la fantasía y el corazón de los granadinos. Mientras todo dormía, el siglo o los dos siglos que juzgaba convenientes el pesimista de Helsingfors, bajaba por el Sacro Monte el Padre Manjón montado en una burra blanca, como bajaron de la sierra aquellos eremitas motáziles y masarríes que iban a edificar con su ascetismo y a iluminar con su doctrina

el pueblo de Granada. Dos resortes maravillosos acertó a tocar el canónigo del Sacro Monte. No paró la burra en la carrera del Genil ni en la plaza de Bibarrambra, sino en las cuevas de los gitanos. No trasplantó modelos de ninguna parte, sino que lo creó todo, e hizo brotar escuelas del Avemaría, flores silvestres, como si las diera naturalmente el terreno. Es decir, con lo primero dió un paso más, un gran paso piadoso y caritativo, en la cristianización de Granada; con lo segundo satisfizo su anhelo de originalidad. "Granada la bella" es de 1895; la primera escuela del Avemaría, de 1889.

"... Mas he aquí que un día que bajaba sobre mi burra blanca para la Universidad (y montado, como siempre, en el borriquito de mi fijo pensamiento), oí, sorprendido, canturriar la Doctrina cristiana en una cueva que caía sobre el camino, y me dió un salto el corazón. Descendí de la burra, trepé por las veredas y hallé en una cueva a una mujer pequeña y vulgar, rodeada de diez chiquillas, alguna de las cuales era gitana. Entonces me avergoncé de no haber hecho yo siquiera lo que aquella pobre mujer, salida del hospicio, estaba haciendo..."

¡Gran corazón, el canónigo del Sacro Monte! Empezó por pagar la cueva, que tenía parte de casa y costaba al mes 4,50. Hizo que la Abadía enviase para las niñas, poca cosa, las sobras del colegio. "La maestra *Migas*, que estaba medio loca, un día salió de Granada y no se la volvió a ver." "Pero aquella loca me enseñó mucho más que los amigos sabios y cuerdos; porque dije yo: si con una tal maestra y un tal local y tan escasos medios se ha podido organizar una escuela de niñas en el camino del Monte, ¿quién duda que mejorándolo todo se llegará a tener un colegio con todo cuanto se quiera?" Compró don Andrés un carmen debajo

de la cueva, buscó maestra con título y en Octubre del 89—mes del Rosario—abrió su primera escuela de niñas. "Los niños y Dios han ido haciendo lo demás." Es decir, por una parte, el ejemplo de la extrema pobreza y la extrema incapacidad. Por otra, el milagro de la caridad cristiana. ¡Gran corazón!; pero también ¡gran sentido práctico! Porque si el canónigo del Sacro Monte hubiera trabajado por que el Ayuntamiento abriese en su barrio y en otros de Granada escuelas nacionales, solución sencilla y aparentemente no milagrosa, lo más probable es que hubiera perdido el tiempo. "El borriquito de su fijo pensamiento" se habría cansado de subir y bajar; y no habría dado nunca el gran brinco, la gran corveta de una creación propia, personal, auténtica y legítimamente granadina. Yo estimo en el ejemplo del P. Manjón, más que sus doctrinas pedagógicas, su ardor de misionero—y no hablo aquí de los gitanos—, su valentía y su constancia de fundador. Pero sobre todas las cosas, su conocimiento de la tierra que pisaba. Sin ser paisano de Ganivet, caló tan hondo como él, y no aspirando a tanto, consiguió más. Véase cómo iban siguiendo el hilo y la corriente del Darro y del Genil las conclusiones del P. Manjón:

Primera: Que hoy la educación es la enervación, puesto que enseñar letras equivale a restar fuerzas. *Segunda:* Que civilizamos hombres debilitando la naturaleza, por haber muchas escuelas que matan o envenenan enseñando, y, a veces, las mejores son las que matan más. *Tercera:* Que la ignorancia e incultura son más higiénicas que la ilustración y las letras, tal como suelen administrarse en muchos centros de enseñanza; y, por tanto, que progresamos achicándonos, enervándonos, degenerándonos; de donde se sigue que hay un progreso y una civilización más aborrecibles y despreciables que la misma barbarie e incultura. (Ley... del Ave María, Gr., 1908.)

Todo ello es verdad, y salvo ser una verdad "picuda", como diría Ganivet, está bien. Cuando lo escribió en 1908 era ya verdad reconocida en todas partes. Aire, sol y aseo... Jardín o campo de juego... Indicaciones obligadas. Pero el talento de Manjón consistía en saberlo decir como si sonara por primera vez; y con el acento local, ¡contra algo!, es decir, en forma que sirviera de justificación a una ciudad que sólo quiso abrir las menos posibles de esas escuelas donde el hombre se civiliza envenenándose. Era el suyo un camino nuevo. Granada podía estar satisfecha de no haber adelantado por el antiguo. Se lo afirmaba un santo, un héroe popular, con su aureola, su positivo don de gentes. Tenía por lema la educación cristiana. Hacer hombres "como Dios los quiere". Por base "conveniente, aunque no siempre necesaria", el Catecismo. Por centro de su enseñanza, la religión. Por aire propicio, la alegría, el juego, la lección fácil. Por arma, la memoria. y por sistema auxiliar, unos recursos divertidos, que, usándolos él, no eran todavía trucos. En cualquier página del Padre Manjón aparece el hombre bueno, el Cristiano. Hablaba siempre de Cristo y de educar cristianos.

—¿Y nosotros?—oigo que me interrumpen al llegar aquí, tímidamente, los maestros de Granada, los oscuros maestros nacionales.

—Ustedes no bajan del Monte, vestidos de sayal y montados en una burra blanca. No redimen gitanos. No dan pábulo a la visible llama de la caridad. Y aun no siendo santos ni héroes los sucesores del P. Manjón, su fuerza se ha extendido porque trabajan más dentro de la ortodoxia que el propio fundador. Puesto que estamos en Granada, les diré que los eremitas masarries, por probado que fuera

su ascetismo, eran siempre pospuestos a los alfaquies, atenidos estrictamente a la fórmula de la ortodoxia malequí: "El Alcorán, la palabra del Profeta y *el no sé*." El canónigo del Sacro Monte no era un alfaquí. Ni un masarrí tampoco. Pero ya he dicho que nunca habló sino de educar cristianos. Los excesos de celo—malequíes han venido después.

En cuanto a la ciudad—pues de ella se trata y de sus preferencias—, ya tenía, al aparecer el P. Manjón, un motivo serio para no ayudar a la escuela de siempre, la escuela sin héroe, sin santo, sin milagros y sin acento local. Desde la primera cueva de la hospiciana hasta las actuales escuelas del Ave María van cuarenta años de trabajo, con diverso resultado y también con diverso objetivo. En 1900 tenían ya seis cármenes en Granada. El objetivo era extender la enseñanza a mayor número de niños. Al llegar yo en mi primer viaje por Andalucía—1926—, sólo encontré en Granada cuatro escuelas del Ave María. El objetivo ya era otro: Crear un vivero de maestros. El interés de la fundación se concentraba en el Internado o Residencia, de donde han de salir los mejores maestros católicos con los procedimientos de Manjón, aunque sin el espíritu evangélico. Porque el canónigo del Sacro Monte llegó montado en una burra blanca, pero los sucesores creen llegada la hora de montar a caballo.

Esperaba yo que la obra del P. Manjón hubiera resuelto, a su manera, el problema de la enseñanza, en Granada, mucho más sabiendo que contaba y cuenta con las mejores protecciones. Mi asombro fué ver cuán exigua es la ayuda que presta a la pobre escuela nacional. Más de cien mil habitantes tiene Granada. Más de doce mil niños. ¿Cuántas

escuelas públicas? ¡38! ¡Treinta y ocho clases, de las cuales estaban clausuradas, por distintas razones, catorce, cuando yo quise visitarlas. Por lo tanto, en ejercicio, veinticuatro maestros! ¿Cuántas escuelas privadas? 32. Las cuatro del Ave María podían convertirse, no en cuarenta, sino en doscientas, y habría chicos para llenarlas, aunque no fueran los gitanos. No había escuela pública en el Sagrario, en San Pedro, en San José, ni en los arrabales de Bobadilla, Cruz de Lagos y El Cerrillo. En muchos barrios no había una sola escuela de niños. De niñas, menos. Locales pobres; algunos, lamentables. La propia graduada, aneja a la Normal, despertaba compasión. Pero no describiré el espectáculo, limitándome a considerarlo como una consecuencia lógica que sacó el espíritu de Granada la bella, no por descuido, sino por principios.

2. EL DOMINIO DE LA ESCUELA

De manera que Ganivet dijo: "Aquí lo mejor es no hacer nada." Y el P. Manjón pensó: "Muy bien. Pues nadie hace nada, probaremos nosotros." Cuando llegué, en el primer viaje por Andalucía, era alcalde de Granada un hombre de carácter entero, administrador severísimo, gestor íntegro, ordenancista en fondo y forma y tieso como un caballero del Greco. Los concejales que tenía designados apenas se atrevían a formular objeciones, ni a cruzar las piernas en sesión. Sus setenta años y su autoridad imponían respeto, obligándoles a guardar sala. Poseía—y posee, aunque ya no ostente la vara—todos los prestigios, el marqués de Casablanca, Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza, propietario de un pueblo. Deifontes,

con brillante carrera en el arma de Artillería. Planteábase todos los años la gran cuestión del abandono de las escuelas nacionales, que, siendo pocas, iban cerrándose una a una, ya por ruinosas, ya por intentarse la novación del contrato de alquiler. Algún concejal, maestro, repetía sus lamentaciones. ¿Cómo no asomaba por el salón, para hacerle callar, la sombra del autor de Granada la bella?... "La cultura del pueblo..." "Millares de niños por las calles..." "El analfabetismo..." "La Estadística..." Estas cosas que también suelo decir yo como un Jeremías de tres al cuarto. El alcalde contestaba expeditivamente: —El dinero del municipio es para gastos necesarios, no para mejoras superfluas. Granada hace lo que puede. Ya buscamos casas para destinarlas a escuelas, y si no las hay, no es culpa nuestra. El municipio es sólo una especie de agente de casas para el Estado. —¡Pero puede solicitar más escuelas! ¡Instruir expedientes! —¿Para qué? Ya hay colegios privados. Ya tenemos las escuelas del Ave María.

Si he acertado a expresarme con lo que llevo dicho en artículos anteriores, el lector verá que esas palabras eran tan claras y corrientes como el agua de la Alhambra. Los únicos que marchaban río arriba, contra lógica, eran los maestros. Celebrábase por aquellos días el II Congreso Catequístico Nacional, gran despliegue de fuerzas alrededor de la enseñanza primaria. Discursos, memorias, ejercicios e ilustraciones prácticas giraban, con el Arca Santa, en torno de la escuela. Lo más original fué, para mí, la "Obra del Catecismo de Atocha", que se sirve también del sistema gráfico para enseñar conceptos bastante abstrusos. Aquí no era la rayuela histórica, ni el simulacro fisioló-

gico. Era la doctrina sobre la Eucaristía materializada en cerca de doscientos estandartes, cada cual con su color y su lema. A cualquier pregunta respondía el niño dando un número y avanzaba el portaestandarte correspondiente, prevenido para la lección. Ingenioso invento del Magistral de la Coruña, que en Granada no parecía extravagante. Pero lo esencial no era esto, sino el espíritu bélico de los cruzados, después de velar las armas en la Abadía del Sacro Monte. Terminado el Congreso, debía yo dar una conferencia en la Unión Mercantil, y la di, en efecto, sobre la Visita de Escuelas; pero antes, el Gobernador me advirtió que en Granada se podía hablar de todo, aunque no de las escuelas granadinas. ¿Por qué? Porque eso equivaldría a hacer política local; a ponerse en favor o enfrente de algo o de alguien que no debía ser discutido. Fué, pues, mi predicación, en cifra. "A ti te lo digo, Juan; entiéndelo tú, Pedro." Como se ve, por el estilo, algo me había contagiado ya la catequesis. Y no sólo era la escuela—¡inexistente, la desventurada!—eje de la política local, municipal, sino punto de choque de las fuerzas desiguales, aplastada una de ellas, dominante la otra. Difícil para un recién llegado parecía entrar en el laberinto de sucesos, grandes o chicos, que habían ido guiando la situación a una de sus fases más agrias; pero descollaba por encima de todos un pleito serio. No una lucha personal. No un pique de autoridades y funcionarios, sino toda la guerra por la escuela en un solo episodio; es decir, algo tan expresivo que debe quedar escrito aquí; porque si lo dejáramos a un lado, faltaría a mi tarea, no ya interés y veracidad, sino conciencia; y desde luego, decoro. Me refiero a la pérdida de destino y carrera del

Inspector de Primera Enseñanza, D. Fernando Sáinz.

Ya no se trata de Ganivet, ni del P. Manjón, ni siquiera de la ciudad, sino de la Escuela Nacional Española, cuyos fueros—la palabra fueros no me gusta por lo que tiene de privilegio, favor o concesión—, cuya ley constitutiva, mejor dicho, defendía en este caso un hombre solo. D. Fernando Sáinz no era ya Inspector Jefe de la provincia cuando yo visité las escuelas de Granada. Había sido relevado de la Jefatura; y su pleito, muy peligroso, como vimos luego, le rodeaba de malos presagios y creaba en torno suyo una atmósfera de consternación. Era la víctima propiciatoria; y todos lo sabían. Funcionario modelo, uno de los buenos inspectores de España, salido de las primeras promociones de la Escuela Superior del Magisterio, Sáinz cumplía bien los deberes de la inspección del Estado en la enseñanza, con un criterio celoso de la libertad de la Escuela, dentro de la ley. De los varios incidentes que fueron surgiendo, algunos me interesan menos. Sáinz organizó en el Centro Artístico conferencias educativas, públicas, de pago. Ortega y Gasset, Morente, D'Ors, Zulueta, Marquina, nombres de diversas significaciones. Las conferencias se suspendieron, de orden gubernativa. Ni esto, ni el choque final de que luego hablaré, importa tanto como el originado con motivo del homenaje a Manjón. Procuraban entonces los discípulos del Ave María que se impusieran los métodos manjonianos en todas las escuelas de la provincia y que el Seminario del Sacro Monte concediera títulos de maestros como las Normales. La actitud del Inspector fué de abierta oposición no a lo último, que no era de su competencia, sino a la imposición de los mé-

todos manjonianos. Dentro de sus escuelas estaba obligado a sostener su independenciam de todo otro poder que no fuera el Estado. Pero, además, los maestros saben muy bien el valor relativo que puede concederse a estos métodos y los rechazan porque son inferiores a los suyos. Respetan la figura de D. Andrés Manjón, maestro de verdad, pero no estiman sus métodos y se acuerdan del pobre D. Melchor García Sánchez, que trabajó en la escuela privada de la calle de Aben-Hamar, número 2, empleando ya el truco de la "rayuela histórica"; que en la Pedagogía de Díaz Muñoz se llama así: "Procedimiento García Sánchez." Y los elementos gramaticales por medio de círculos, etc. Comparados con el método que podía llevar la loca de la cueva de gitanos del Sacro Monte, estos otros eran pasmosos. Pero un verdadero maestro no los necesita. No sólo por independencia, sino por conocimiento, hacía muy bien Sáinz en no admitir la imposición.

Motivó el último incidente la llegada del Cardenal Casanova y la resistencia de Sáinz a dar orden a los maestros de que abrieran la carrera con los niños de sus escuelas. El Inspector se limitaba a hacer una indicación, no a dar la orden. Fué destituido por telégrafo. Se incoó expediente y nombró juez el mismo Rector de la Universidad. Pero no hallándose contra Sáinz cargo alguno de naturaleza administrativa ni profesional, sin informe del Consejo de Instrucción pública, se le aplicó el decreto de carácter político de 16 de Mayo de 1927, y después de largo y penoso debatir, vió que el Consejo de Ministros no sólo confirmaba su destitución, sino que le separaba del Magisterio, con pérdida de todos sus derechos. Nada han logrado sus compañeros, los

Inspectores españoles. Nada han podido hacer los maestros. Al tener noticia de este desenlace, que ya me anunciaban mis amigos, recordé la cruzada del Congreso Catequístico por el dominio de la escuela. Guardo un número de la *Gaceta del Sur*, resumen del Congreso, donde se precisa ya—y se localiza—el punto de ataque. "Dentro de algunos años—dice en su editorial—los maestros, en su inmensa mayoría, estarán formados según el espíritu institucionista. Y cuando llegue ese caso, que no ha de tardar, y los niños españoles sean moldeados por tales maestros y la enseñanza vigilada por inspectores de tal calaña—que ya no faltan—, y se haga obligatoria la enseñanza oficial—que a eso se tiende—, ¿de qué servirán todas las catequesis...?"—He separado al referir este episodio lo personal. Mientras llega la reparación, que llegará pronto, D. Fernando Sáinz ya no es inspector. Su cultura y su talento le permiten vivir de su trabajo, con dignidad. El sacrificio no será estéril. Ha sostenido la posición del Estado en la lucha por el dominio de la Escuela.

3. PROYECTOS REALIZABLES OTRO IDEARIO GRANADINO

Desde ese viaje que acabo de contar—en 1927—, parece que Granada ha cambiado de pensamiento y de conducta. He ido siguiéndolo con gran interés, recogiendo todos los datos favorables—los otros, ¿para qué?—, guardando papeles que parecían abrir un resquicio de luz. Un día, alcalde nuevo: edictos, bandos sobre la asistencia de los niños a las escuelas nacionales. Por ejemplo: "El alcalde de Granada recuerda a los padres, tutores o encar-

gados, la obligación en que se encuentran de enviar a las escuelas nacionales a los niños que se hallen en edad escolar. Se decretan contra los infractores aquellas sanciones que autorizan las leyes y se hace notar la importancia de prestar acatamiento a la obligatoriedad de la escuela, para impedir la vagancia y combatir la vergüenza del analfabetismo." (*Defensor de Granada*, 4 Oct. 28.) Edictos ejemplares, prueba de buena intención; pero que desconciertan a quien conoce bien las ciudades. ¿Cómo van a ir los chicos a la escuela, si no hay escuelas? Un buen padre, un buen tutor, ¿cómo van a consentir que sus hijos, sus protegidos, pasen ocho horas diarias en ciertos antros? Ya la palabra "obligatoriedad" suena a cosa afectada y falsa. El oído no nos engaña. No puede haber obligatoriedad. Si la hay para alguien es para el Estado, para los municipios. Estas instituciones tienen obligación de abrir escuelas, escuelas buenas, por lo menos habitables y útiles, para todos los muchachos. ¿Sanciones? Conformes. La sanción que los ciudadanos imponemos al Estado y a los municipios, a manera de multa, es la de que reparen el daño, gastando en ello doble de lo que normalmente debería gastarse. Así hacen esas instituciones con el pueblo. Así debe hacer el pueblo con ellas.

Como el reparo saltaba a la vista, el nuevo alcalde, Sr. Sánchez Puerta, presentó a la Comisión Municipal Permanente un proyecto "para resolver el problema de las escuelas en Granada". (*Defensor*, 17 Oct.). Supongo que habrá seguido su curso, que estará aprobado y llevará vencidos unos cuantos trámites. Le deseo mejor suerte que a los gigantescos planes de los sevillanos.

Y ahora, puesto que no estoy aún en condiciones

de ir a la Alpujarra, como desearía, para ver las escuelas—lo único de que no se acordó Pedro Antonio de Alarcón, gloria de Guadix, que habló en su viaje con todos, hasta con un sepulturero erudito, con todos menos con los maestros—, dejaré para otra ocasión Orgiva, Soportujar, Capileira. Yo quería llegar a Pitres, a Torviscón y Pampaneira; ver en Cañar una escuela con tejado de launa, que no es roja como la teja, sino azul, más suave que la pizarra. De todos esos pueblos, de Trévez, Pitres, Bubión y Lanjarón, tengo noticias que me incitan a ir... Sin "amigos políticos..." Sin caciques... Pero otra vez será. También en el viaje de regreso a Madrid nos llaman estos otros pueblos: Deifontes, entre los álamos, con la yeguada al pie y en lo alto una crestería de cerros salvajes, rematada en los altos picos. Iznalloz, encima de un túnel: las montañas, dentelladas, al fondo, muy sombrías y, delante, un rabioso amarillo de triguil. Bogarre, paisaje pobre: Veinte casas vueltas de espaldas a la vía. Si pudiéramos detenernos, cada pueblo, seguramente, nos daría una emoción distinta. Pero nos vamos de aquí sin acercarnos a Sierra Nevada y esto significa que es preciso volver.

Mientras tanto, deseo dar, junto al ideario de Granada la bella, que escribió Ganivet, otro con el que simpatizo más, escrito por un granadino de adopción, si no de nacimiento, por Américo Castro. Es el ideario de un profesor. Ideario optimista de hombre de otro tiempo. *El Noticiero Granadino* abrió una encuesta "Pro Granada la bella", y Américo Castro respondió transcribiendo un sueño, una "maravillosa visión del porvenir", que subscribo, aunque, por amor a nuestro Ganivet, yo pro-

curaría no romper para siempre con los aguadores de la Alhambra:

"... El agua potable, traída por europeos procedimientos, hace que el forastero no sea un candidato a enfermedades enojosas. El analfabetismo en la ciudad y su perímetro no existe. Centenares de escuelas inspiradas en modelos ingleses y suizos—claras, alegres, eficaces—cultivan las bien dispuestas cabecitas de los niños. Apenas quedan restos de la antigua pronunciación dialectal, algo rústica.

Se habla de historia granadina. Existe una Historia de Granada en varios volúmenes y con placer nos dicen sus páginas cómo desde Nebrija en el siglo XVI hasta Fernández y González, Giner de los Ríos y Simonet, siempre hubo hombres doctos que esperaron crear una tradición casi nunca lograda y que, al fin, da ahora sus más apretados frutos.

La Universidad ejerce su indudable influjo sobre toda la región. Su departamento de Agricultura e Industria, con profesores eminentes venidos del extranjero, ha logrado renovar culturas aprovechando la prodigiosa variedad de climas desplegada entre la ciudad y el mar.

Las restantes Facultades han conseguido resultados muy valiosos. El estudio de la cultura granadina durante la época árabe, el extraordinario desarrollo de los estudios orientales atrae a Granada una población escolar numerosa y oriental. Convencida hace años la Universidad de que su actividad debía encaminarse hacia ese campo, hizo venir a escogidos maestros de Egipto, Siria y Alemania; el resultado ha sido que los estudiosos aficionados al semitismo no se limiten a frecuentar las Universidades de El Cairo, Viena y Copenhague, sino que acudan a la ciudad del Generalife.

Una consecuencia prevista ha sido que las grandes familias del N. de Africa envíen sus hijos a Granada. La inauguración de una gran mezquita, la segunda en Europa, atrae a los turistas musulmanes. Desaparecidas las preocupaciones algo levíticas que en otros tiempos daban a Granada aspecto un tanto rústico, hoy alternan en pacífico trato gentes de muy varia religión. Se ha restablecido la convivencia medieval de cristianos, moros y judíos.

La afluencia de extranjeros aumenta por meses. Una hábil propaganda, hecha en todo el mundo, atrae a legiones de americanos, que no desdeñan a España por Italia. Granada les ofrece el atractivo único de armonizar monumentos exquisitos de la civilización oriental y renacentista, con los encantos naturales de Suiza, fundido todo ello en la fuerte originalidad del espíritu español, pulido y afinado con el roce frecuente con otros pueblos del mundo culto.

Varias misiones de sabios granadinos han ido a Oriente y Marruecos a explorar librerías privadas y públicas, y han hallado maravillas concernientes a la historia de su pueblo. Se conoce ahora la historia íntima de la ciudad desde el siglo XIII al XV. Centenares de códices—adquiridos o fotografiados—enriquecen las bibliotecas granadinas. Los cursos públicos de la Universidad ganan cada día en interés; se trata en ellos problemas locales y universales, y hubo que ampliar el tamaño de muchas salas. Apenas se recuerda la época en que la Universidad era frecuentada tan sólo por chiquillos, casi siempre menores de veinte años, que iban meramente a obtener un título profesional.

La ciudad—muy antigua y muy moderna—es una de las joyas de España. La abundancia de escuelas, bibliotecas y librerías; la facilidad y frecuencia de las comunicaciones; la afluencia de extranjeros, de estudiantes, de deportistas; la no existencia de prejuicios confesionales, ha determinado un formidable progreso de las costumbres. Las doncellas más lindas discurren solas o con sus amigas, sin tropezar con ojos chispeantes de lubricidad, sin ser objeto de insinuaciones de carácter sexual. El deporte, practicado en común por jóvenes de ambos sexos; el frecuentar juntos la Universidad y otros centros de trabajo, ha ido reduciendo a sus sanas proporciones la obsesión voluptuosa que suele atrofiar las mejores energías del joven andaluz, muy dado a gastar ociosamente la vida, formando quiméricos proyectos, a base de una intimidad femenina que apenas conoce, si no es en el prostíbulo. Y, sin embargo, esa intimidad femenina, entendida como se entiende ya en casi todo el mundo, es el más alto móvil educativo, es norte para el espíritu y la sensibilidad. Ahora la mujer granadina—gracia encantadora y buen sentido—, liberada de sombríos prejuicios y rutinas de aldea, contempla abiertamente la vida y llena de energía

y virtudes ancestrales sonríe a su ciudad del modo que sólo ella sabe."

He reproducido todo el sueño. Condensa en pocas líneas observaciones a que yo no podría llegar, en un viaje de escuelas. En el fondo, algo semejante veía Ganivet para cuando pasara uno o acaso dos siglos. Américo Castro no fija plazo. En eso y en pensar soñando ha sido más granadino que Ganivet.

F I N

INDICE

LAS SIETE HUELVAS

	Págs.
Razón del método.	9
I.—Aracena: la Sierra.	11
1. Por Fuenteheridos y Galaroza	11
2. Aracena	12
3. El castillo	13
4. La gruta de las Maravillas.	16
II.—Ríotinto: las Minas.	19
1. El pueblo y las escuelas	19
2. La corta. La contramina	22
3. El contorno. Nerva	28
4. Una objeción. Las escuelitas inglesas.	30
III.—Niebla: la Historia	34
1. Entre murallas	34
2. Niebla con sus arqueólogos. El condado de doña Elena	38
3. El Castillo. El cura de Niebla.	43
IV.—Palma del Condado: el Campo.	47
1. La Palma	47
2. Villalba del Alcor, pueblo de labradores.	51

	Págs.
3. Posadas. Fondas. Malas noches; buenas gentes.....	55
V.—Palos y la Rábida: la Historia.....	59
1. Moguer, camino de Palos y camino de América.....	59
2. Moguer y su poeta. Cartas y respuestas	63
3. El puerto de Palos.....	71
4. En el estuario de Huelva. Reflexiones frías desde La Rábida.....	73
VI.—Ayamonte: las Pesquerías.....	77
1. Diciembre. Mal tiempo.....	77
2. Ayamonte. La vida del mar.....	80
3. Sigue la vida del mar.....	83
4. Pedagogía para el atún. Pedagogía para gente de galeón.....	87
5. Isla Cristina. Antes La Higuera.....	90
6. Presente de Isla Cristina.....	93
7. Porvenir de Isla Cristina. Las escuelas nuevas.....	98
VII.—Oñana: el absurdo.....	101
1. El coto de Oñana.....	101
2. Tartessos, ¿bajo las arenas?.....	105
VIII.—Resumen y final en Huelva.....	109
1. Por qué no he visitado las escuelas Siurot.	109
2. Las escuelas Siurot, según textos auténticos.....	111

SEVILLA

Viaje preliminar.

I.—La capital.....	125
II.—Los niños del pueblo sevillano.....	130

	Págs.
III.—Lo que hay. Lo que proyectan.	134
IV.—De la Macarena al Parque de María Luisa.	138
V.—Fuera del plan nuevo.	142

TANGER Y ESPAÑA

Tánger: Viaje instructivo.

Prólogo, para dar las gracias.	149
I.—¿Qué es Tánger?.....	155
II.—Sea lo que sea Tánger, dejo hablar a los tangerinos.....	158
III.—La lucha por la influencia. Francia..	162
IV.—Italia. El palacio de Muley Hafid....	166
V.—Los Hebreos.....	170
1. A Jacobo Bentata.....	170
2. Deberes y conveniencias de España ..	174
3. Todos los hebreos saben leer.....	177
VI.—Los moros.....	179
1. Escuelas coránicas.....	179
2. Dos medidas. El despertar.	181
VII.—Resumen y adiós a Tánger.....	186

JAEN Y GRANADA

Viaje a Santiago de la Espada.

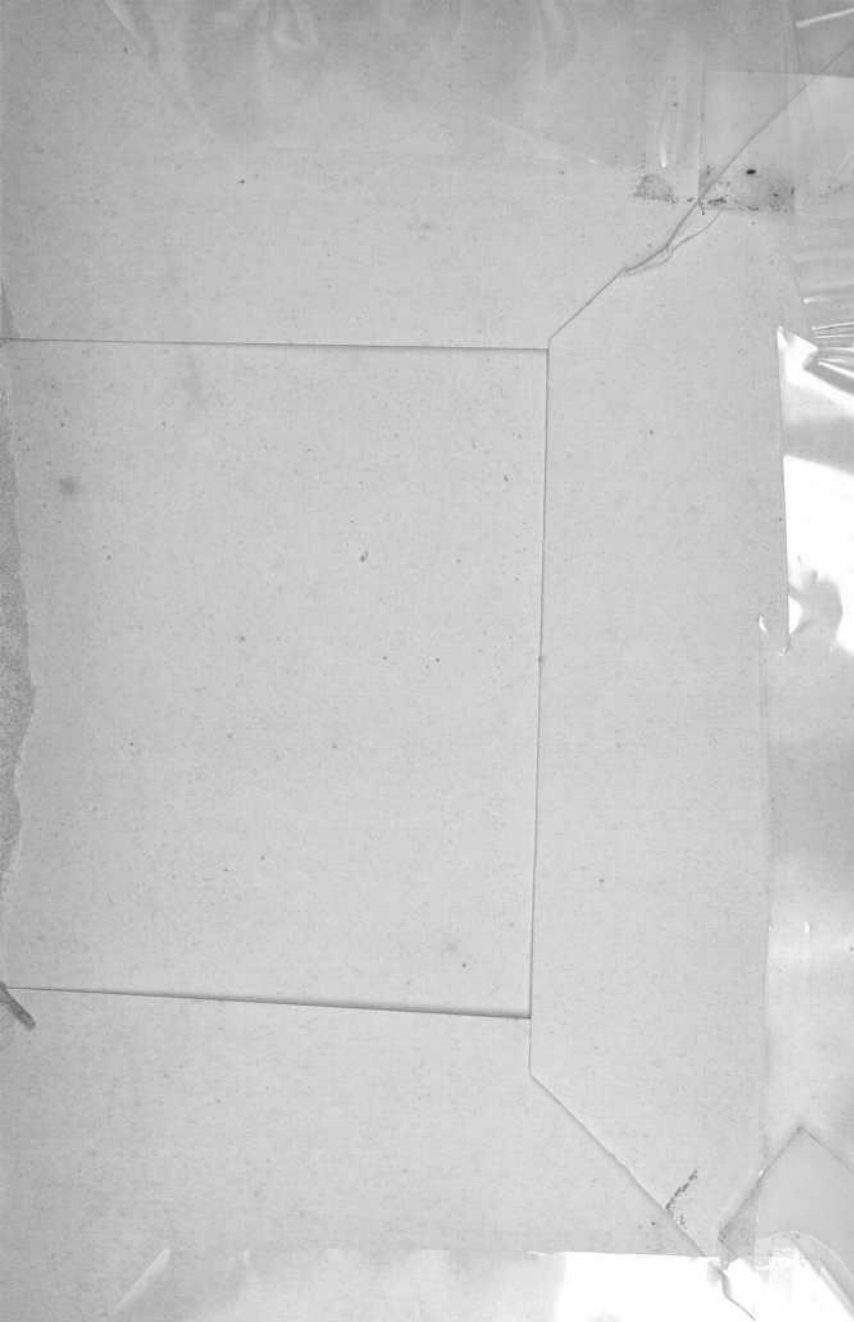
I.—Jaén y su provincia. La Loma de Ubeda.....	191
II.—Sierra Segura al margen.....	195

	Págs.
III.—Jaén: la capital.....	199
1. Sobre la razón étnica	199
2. Más sobre la razón étnica.	202
IV.—Martos. Andújar.....	205
1. Y también Otiñar.....	205
2. Comentarios sobre Otiñar.	210
V.—Baeza, con su historia.....	216
1. En la Plaza de Santa María.	216
2. Resurrección de lo decadente	219
3. La profecía de San Vicente Ferrer....	223
VI.—Ubeda del Renacimiento.....	226
1. Y Ubeda renacida	226
2. Los tres castillos de Ubeda	229
VII.—Derivación a Quesada.....	234
1. Por tierra triguera.—Peal de Becerro, con la Toya	234
2. Quesada y Tiscar.	238
3. Tiscar, y debajo Belerda.....	241
VIII.—La sierra de Cazorla.....	245
1. Desde la ciudad	245
2. La sierra.—Un maestro ambulante ...	248
IX.—Camino de Orcera.....	254
Parada en Torreperogil y excursión a Sabiote	254
X.—Régimen de Villacarrillo.....	259
La vida en un pueblo rico de Jaén.....	259
XI.—El cerro de Iznatoraf.....	264
Iznatoraf en el siglo XIII.....	264

	Págs.
XII.—Beas de Segura.....	268
Con su "población infantil".....	268
XIII.—Al llegar a La Puerta.....	273
1. Un Visitador de 1841.....	273
2. Siguen las "Memorias" de don Juan de la Cruz Martínez, sobre el partido de Segura.....	277
XIV.—Segura de la Sierra.....	282
"¡Qué lástima!".....	282
XV.—Orcera. Luego, Siles.....	287
Las Villas. Los Caseríos.....	287
XVI.—Siles, villa risueña.....	292
La sorpresa de Sierra Segura.....	292
XVII.—De Siles a Pontones.....	298
El arambol de Julián Concejil.....	298
XVIII.—Anatomía de Pontones.....	303
1. La cabeza. El cuerpo disperso.....	303
2. Un maestrillo vasco. Noche en Pon- tones.....	306
3. Pontón Alto.....	310
4. En camino. Por Cañada Hermosa..	312
XIX.—Santiago de la Espada. (Informe pú- blico sobre las causas de un famoso 92,8 por 100).....	315
1. Vista panorámica.....	315
2. La Geografía. Diseminación de po- blados. Pastoreo.....	319
3. La Historia. Jurisdicciones encontra- das y poder lejano.....	327

	Págs.
4. Régimen de la propiedad. El Estado, el propietario y el roturador.....	331
5. Aislamiento. Régimen de incomunicación.....	339
6. Resumen.....	343
XX.—Epílogo: por Granada. (De Santiago a Guadix).....	345
1. Puebla de don Fadrique.....	345
2. Huéscar.....	347
3. Galera.....	350
4. Cúllar-Baza.....	351
5. Baza y su Hoya.....	356
6. Parada entre Baza y Guadix.....	359
7. Enseñaores.....	362
8. Guadix. De Benalúa a Paulenca...	365
XXI.—Granada la bella.....	370
1. Entre Ganivet y el P. Manjón.....	370
2. El dominio de la Escuela.....	378
3. Proyectos realizables. Otro ideario granadino.....	383
Índice.....	389







C. I. A. P.

PRECIO: 6 PESETAS

Printed in Spain.

LUIS BELLO

POBLAS
ESQUELAS
DE
ESPAÑA

HUENES

SEVILLA

EN:

Mateo San Juan

e la España

GRADUADA

G 29476